

A close-up, black and white photograph of a wolf's face, looking directly at the camera. The wolf's fur is dark and textured, with its eyes and nose clearly visible. The text is overlaid on the image.

FRAN
BARRERO

AMURAO

El aullido del lobo solitario

AMURAO
El aullido del lobo solitario

—

FRAN BARRERO

Primera edición: Noviembre de 2019

© Fran Barrero

AVISO LEGAL: Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Diseño de la portada: Fran Barrero

Correcciones: Ramón Portalés y Eva Tendero

Depósito Legal: M-21.991-2016

ISBN:

Biografía

Nacido en Huelva (España) en 1976, Fran Barrero es un autor independiente que inicia su carrera literaria en 2008 con su primer libro didáctico sobre fotografía. Tras doce manuales publicados sobre esa especialidad, emprende el desafío de probar suerte en la narrativa de ficción con su primera novela *Alfil*, primera entrega de la *Trilogía de Alfil*. En la actualidad ha publicado también:

Alfil Blanco y Alfil Rojo

Anatomía de un suicidio

Bloody Mary y Bloody Mary 2

Wanda y el robo del cristal

El otro lado del retrato

El corazón del último ángel

Herencia de Cenizas

Lluvia de Otoño

Amurao: El purgatorio de los niños perdidos

Amurao: Monstruos en la oscuridad

Amurao: La soberbia de los nonatos

Amurao: Las princesas no lloran

www.franbarrero.es

facebook: [turincondelecturablog](#)

twitter: [VenusFranB](#)

instagram: [franbarrero_escritor](#)

Para Laura Chans Ortega

Prólogo

Si el miedo desprendiese hedor, habría allí una manada de lobos esperándola para darse un festín, aunque no era ella la que sentía pánico. Los diez días que llevaba allí podrían haber afectado a su estómago, a sus nervios o a sus ganas de abandonar el lugar más que nada en el mundo, pero no a su coraje.

Entró con el máximo sigilo por la ventana. No se veía nada en absoluto, sus ojos aún tendrían que acostumbrarse a la casi completa oscuridad que invadía el interior de la casa; y no podía encender las luces sin delatar su posición, estaría muerta en cuestión de segundos. Tras echar un vistazo durante los siguientes minutos al salón y la cocina, a la inspectora Cristina Collado solo le quedaba subir a la planta de arriba, el único lugar en que podría encontrar al asesino de sus compañeros. Le sudaba la mano a pesar del frío, pero no se le escurriría el cuchillo de cocina que esgrimía, algo insuficiente ante un astuto y despiadado criminal que contaba con una pistola, pero no tenía nada mejor que usar.

Sentía ahora su respiración con más intensidad al tratar de contenerse para no temblar por el frío, tenía otras preocupaciones mayores en ese momento que morir congelada, como no caer en una trampa ni ser sorprendida por la espalda. Debía golpear primero o estaría desahuciada.

Subir el primer peldaño de las escaleras supuso una declaración de intenciones, ya no había marcha atrás. El fino cable emitió un destello justo antes de que ella dejara caer el pie, su corazón se detuvo por un larguísimo instante. Había evitado la muerte de un modo demasiado fortuito, no podría esperar la misma suerte a partir de ese momento. No, ella no se lo pondría tan fácil al asesino como

lo habían hecho los demás. Saltó del primero al cuarto escalón y continuó decidida hacia su destino.

Cristina sabía que no tenía muchas opciones de salir con vida de allí, que tal vez no volviese a ver a su hija ni al resto de su familia y amigos jamás, pero no podía luchar contra lo que sentía manar de su pecho, algo que creía dormido desde que perdió a Fran unos meses atrás: aquello que la había conducido a dedicar su vida a proteger a los débiles. Sonó estúpido y peliculero en su mente, pero sabía que era la mejor forma de definirlo. Morir esa noche sería mucho menos trágico que vivir hasta los cien años recordando, como un castigo cruel, la cobardía de huir y refugiarse a la espera de refuerzos. ¿Cómo iba a mirar a su pequeña pensando que estaba a su lado gracias a dejar morir a otros? ¿Cómo iba a mirarse al espejo cada mañana? Rehusar el ataque y detención de un criminal por miedo... No, eso no sucedería.

—Aaaaauuuuuuuuuu.

Toda la piel del cuerpo se le erizó y el escalofrío hizo que tuviera que agarrarse al pasamanos para mantener el equilibrio. El aullido había resultado tan real como si lo hubiese emitido un lobo. Uno enorme y blanco como el que la atormentaba en sus recientes pesadillas.

Cristina hizo un esfuerzo para recuperar la templanza.

«¿Quieres una lucha entre lobos, cabrón? Pues deja la pistola y peleemos. No te escondas como un puto cobarde».

Capítulo 1

Febrero de 1992. Westminster, 70 km al norte de Washington D. C. (Maryland).

La manada lo había abandonado a su suerte. A su suerte... interesante palabra en esa situación.

La oscuridad y la desorientación eran lo de menos, *a priori*, porque el inspector Christian Mitchell sabía que no lograría sobrevivir si no encontraba lo antes posible el camino de regreso al coche. También podría volver a la casa en la que acababan de irrumpir para detener a dos asesinos. ¿La casa? Maldita sea, la casa y el coche estaban a pocos metros la una del otro.

¿Qué coño había pasado? ¿Cómo se había torcido tanto lo que debía ser una detención rutinaria? A uno de los tipos lo mató Nolan durante el tiroteo, el otro se rindió y fue esposado antes de llevarlo al coche patrulla. Entonces, ¿de dónde surgió aquel tercer tipo con la escopeta? Christian salió de la casa como pudo, atravesando una ventana, en cuanto vio que iba a dispararle; luego se desató un infierno durante demasiado tiempo como para pensar que el tercer asesino había sido reducido con facilidad, quizás había alcanzado a alguno de sus compañeros. En estos tiempos, cualquier paleta puede comprar en un supermercado una ametralladora o escopeta. Si además se trata de presuntos homicidas, el asunto empeora.

La tempestad había empezado antes de que ellos llegaran a la casa, pero ahora se mostraba tan intensa que había provocado que se perdiese sin saber siquiera cómo había ocurrido. Caminó durante unos minutos hacia donde creía que estaba la casa, nada, luego regresó siguiendo sus pasos, o eso creía él, y buscó alternativas

como esperar a que ellos lo llamasen. Eran sus compañeros, sus hermanos, pero sus voces no llegaron.

Estaba perdido.

Casi no sentía los dedos de sus manos y pies a pesar de la ropa térmica que el departamento les había asignado. Estaría a más de veinte bajo cero, sometido a una densa nevada con viento rasante, y comenzó a sentir un miedo que jamás antes había experimentado. ¿Lograría salir de allí con vida? Cada vez dudaba más de esa posibilidad.

—Somos lobos bajo la tempestad —se dijo con un temblor de mandíbula que no lograba contener. Era el grito de guerra del grupo de homicidios al que pertenecía. No, sus compañeros no lo dejarían morir bajo la nieve en una puta noche de invierno, estaba seguro de ello. Apostaría su vida. Que no oyese sus gritos mientras lo buscaban era por culpa del muro de nieve que caía sin cesar y de que tenía aún los oídos dañados por el estruendo del tiroteo anterior.

El viento arrojaba fríos y gruesos copos de nieve contra su cara, comenzaba a sentir cómo se le escarchaban los ojos. Mala señal.

Podría disparar al aire para que lo oyeran. ¿Dónde estaba su arma? La había perdido y hasta ese momento no se había dado cuenta; estaría en el suelo de la casa. ¿Qué más daba? No sirve de nada lamentarse por cosas que no se pueden deshacer. Y, además, ahora tenía enemigos diferentes con los que luchar, de esos que no caen ante una bala, se trataba del frío, el miedo, la soledad y la incertidumbre.

Siempre podría gritar con todas sus fuerzas.

Sus compañeros tardaban demasiado en encontrarlo. A pesar del sonido del viento y de la capa de aire y nieve que había entre ellos, una batida de cinco o diez minutos habría bastado para que se cruzasen. Estaba cerca de la casa y de los coches patrulla, del amparo y el calor de la calefacción, no habría ni cien metros hacia la salvación, pero cada minuto sentía alejarse kilómetros de ella.

Miró hacia el suelo, parecía no haber pisadas a su derecha, la nieve se mostraba como un denso e inmaculado manto de muerte. Quizás aquel fuese el camino acertado, el sendero que aún no había probado, así que cambió de rumbo a la vez que gritaba con

todas sus fuerzas. Luego pensó que lo de las huellas no era fiable, ya que estas se borraban en pocos minutos al quedar sepultadas por la nevada.

«Quien dijo que la esperanza es lo último que se pierde, no habría vivido una situación como esta en su puta vida».

Cada vez le costaba más dar el siguiente paso, no sentía ya las rodillas y su mente le susurraba que abandonase, que se tumbara en el suelo para dormir un poco.

No. Tenía que hacer lo imposible por volver con su familia, no pensaba renunciar a ellos, especialmente a su hijo de diez años. Le había prometido que irían juntos a ver las semifinales de la liga mundial. Los Piratas habían perdido en esa misma fase el año anterior y ahora les tocaba vencer y enfrentarse en la final a los Blues de Toronto. Sí, este era el año en que volverían a ganar la liga, el año en que él podría celebrarlo con su pequeño pistolero.

Apretó los dientes en una última acometida, caminando con firmeza a la vez que gritaba a todo pulmón. No avanzó más de quince metros antes de desplomarse. Ni siquiera le dolió el golpe contra el suelo, ya no sentía ni una sola célula de su cuerpo.

Iba a morir a los treinta y seis años, congelado como un estúpido zorro al que la tormenta le hubiera sorprendido lejos de su madriguera. Recordó su paso por el instituto, donde fue lanzador y ganaron una liga estatal, aquella noche hizo el amor por primera vez; años después, su novia se convirtió en esposa y madre de su hijo. Recordó su boda y el nacimiento de su pequeño campeón, luego su ingreso en la academia, la graduación, el ascenso y destino a homicidios. La broma que le gastaron sus compañeros como iniciación, menuda vergüenza pasó ante la *stripper* transexual que contrataron para la fiesta; vaya panda de hijos de puta. Juntos eran imbatibles, no habían fallado un caso en años, trabajaban como un ente único, cada integrante tenía un rol y se definía como una parte del cuerpo de un lobo. Christian se encargaba de la logística y era la pata delantera izquierda. Era...

Miércoles

15 de enero

—¡Alto o disparo!

La inspectora Cristina Collado se sobresaltó y a punto estuvo de dejar caer el vaso de cartón con el café, se giró y no pudo contener la risa que brotó espontánea al verles allí. No habría imaginado a tantos amigos a su alrededor solo unas horas antes, cuando dudaba en el último momento si seguir adelante con el viaje o quedarse con su hija y continuar con una vida que, por desgracia, ya comenzaba a aceptar.

Dos horas atrás, colocaba varios jerséis de lana junto a la ropa interior en la maleta, pensando que a la llegada a su destino necesitaría un abrigo de mejor calidad. La información del tiempo en Internet aseguraba temperaturas de veinte bajo cero en el nordeste de los Estados Unidos. Ni siquiera tenía claro que fuese capaz de resistir esa barbaridad de frío, cuando en Huelva nunca había bajado el termómetro de diez grados sobre cero.

Había dejado su arma reglamentaria en la caja de seguridad, pero llevaba la placa consigo, junto al pasaporte y demás documentación y tarjetas de crédito, la sentía como una parte indivisible de su cuerpo. Buscó un rotulador en los cajones de la mesita, con uno rojo dibujó el símbolo del dólar en su mano derecha, eso le recordaría que debía cambiar euros por dólares en la oficina de cambio del aeropuerto a su llegada. Le habían asegurado que los gastos de alojamiento, transporte y comida corrían a cargo de las dos instituciones: los fondos para formación de la Policía Nacional y los del propio FBI, pero su sentido común le decía que no viajase a miles de kilómetros de su casa sin dinero en el bolsillo.

El espejo, desde la pared al otro lado de la cama, le mostró lo demacrada que aún estaba. Le faltaban cinco kilos para recuperar su peso habitual, las ojeras podría ocultarlas tras el maquillaje y las raíces del pelo las teñiría con... ¿Podría comprar un tinte en el

pueblo? ¿Habría peluquerías? ¿Le permitirían en el aeropuerto llevar un tinte en la maleta? En las tres semanas que duraba el curso, su cabello rubio tendría un aspecto horrible si no se teñía las raíces negras. Quién sabe, tal vez era una señal para oscurecerlo y recuperar su color natural, tal vez cortarlo y tener menos quebraderos de cabeza; llevaba desde los diecinueve con ese aspecto y podría ser este el momento de actualizarlo. No le vendría mal un cambio radical y completo a toda su vida.

Su hija rompió a reír desde el salón, estaba viendo *Masha y el oso* en el televisor en compañía de sus cuatro abuelos. ¿Cuánto tiempo sería capaz de soportar alejada del motor de su vida? Desde que Fran falleció, su corazón había dejado de latir por sí solo, ahora era la niña quien tiraba del desvencijado carro. Ser responsable de su seguridad, alimentación, educación,... se había convertido en el único motivo para seguir adelante. ¿Podría vivir sin ella durante tres semanas? Tal vez sí, pero sería una tortura inimaginable. Su psicóloga le había recomendado encarecidamente hacerlo, así como el comisario, Marcos Navarro, de quien se fiaba más que nadie en el mundo. «Te hará bien desconectar del trabajo, de la niña e incluso del país. Y será una formación que te convertirá en la mejor policía que haya conocido, te lo garantizo».

Echaría de menos a Paco Hernández, el antecesor de Marcos, pero este último había sido su mentor, el que le dio la oportunidad en sus dos primeros grandes casos, los que le valieron sendos ascensos, y su consejo era más valioso que una orden, más que un deseo propio. Claro que no reaccionó de la mejor forma al conocer lo que había hecho Marcos a sus espaldas.

Cerró la maleta, suspiró hondo y se dirigió al salón, allí tuvo que pedir entre lágrimas que se llevasen a la niña al dormitorio para no verla o no sería capaz de marcharse. Su padre, en completo silencio, condujo el coche hacia el aeropuerto de Faro, en Portugal, hasta llegar a la terminal tres y ver cómo la chica se despedía con un «hasta pronto» y se encaminaba con la maleta hacia el interior del enorme edificio de cristal. ¡Qué difícil estaba resultando todo! Al menos sabía que su pequeña Evita estaría bien cuidada por sus padres, por los de Fran y por su hermana. Aun así, no sería capaz

de estar más de cinco horas seguidas sin llamarles desde Estados Unidos.

La oficina de facturación de equipajes de su compañía apareció ante ella tras recorrer dos largos pasillos y subir unas escaleras mecánicas, se puso al final de la cola y tuvo que obligarse para no llamar a casa y preguntar por la niña, a la que imaginaba llorando desconsolada por la pérdida de su madre. Entonces visualizó en su mente a Irene, amiga y recepcionista de la comisaría: «no seas paranoica, la niña ni se habrá enterado de que te has ido, estará viendo los dibujos animados en la televisión o durmiendo una siesta después de que alguna de sus abuelas la haya atiborrado a dulces».

—Bueno, creo que puedo aguantar unas horas más —se dijo—. Si voy a estar tres semanas fuera, debo comenzar a mentalizarme y a tratar de centrarme en el curso policial tan importante que voy a realizar. El sueño de todo oficial o inspector de homicidios.

Una niña, que hacía cola junto a su familia delante de ella, la observó hablando sola. Cristina le guiñó un ojo y lanzó una sonrisa, pero la pequeña se escondió tímida tras el cuerpo de su madre, cuya mano no soltaba en ningún momento.

Después de facturar la maleta, tendría más de una hora disponible hasta embarcar, así que pensó en dar un paseo por las tiendas de *duty free* para echar un vistazo y luego tomar un café bien cargado, así entraría en el avión con las energías a tope. La cola avanzaba despacio, demasiado, y observar a la familia con una niña pequeña ante ella hizo que no pudiera olvidar a su hija; pero decidió esforzarse en prescindir del vínculo maternal tan firme que había creado para equilibrar su vida y la carencia de Fran que padecía, y que la niña debía de sufrir también.

No. Se acabó la autocompasión. Era el momento de pensar en su futuro, en lo que la esperaba al cabo de unas horas. ¿Sería fácil entenderse dentro de un grupo formado por policías de diferentes países? Hablaba inglés a la perfección, pero no tenía la más remota idea de lo que iba a encontrar en el curso especializado que daba el FBI cada año para los mejores oficiales e inspectores del mundo; solo diez privilegiados que, recomendados por los ministerios de sus países, lograban la tan ansiada y solicitada plaza. En el informe que le enviaron por correo electrónico hablaban de una especialización

para estudiar y atrapar asesinos en serie, lo harían estudiando un caso real, investigando uno muy complejo, no sabía nada más. Pensó que le habría venido fenomenal esa formación en algunos casos investigados en el pasado reciente.

Aparte de eso, y de las temperaturas tan bajas que esos días azotaban el pueblo del norte en que se hospedaría y asistiría a las clases, no sabía qué iba a encontrar a su llegada.

Una vez liberada de la maleta, se dirigió a las puertas de embarque para dejar atrás el bullicio que formaban los pasajeros en las colas de facturación. Tras pasar por los escáneres y detectores de metal, vio un *Starbucks*, donde se decantó por un americano doble sin azúcar, pero no se sentó a degustarlo sin prisas en los mullidos sillones, prefirió caminar por la zona, ver los restaurantes y cafeterías y curiosear por las tiendas de la planta baja, desiertas a esa hora. Se fijó en un bonito abrigo gris, demasiado ligero para su futuro inmediato pero aun así le encantaría comprarlo para tenerlo en su armario, llevaba tanto tiempo sin comprarse ropa... Luego miró el precio.

«¿Trescientos cincuenta euros? ¿Están locos? Se supone que estas tiendas son baratas porque no pagan IVA. ¡Qué barbaridad! Adiós, precioso». Se despidió del abrigo con pesar y siguió mirando el resto de la ropa que no pensaba comprarse, hasta que...

¡Alto o disparo!

Debió reconocer la voz de su compañero, el inspector David Sobrá, que venía acompañado de Marcos Navarro, Nuria Carvalho, Irene Macías y varios agentes más.

—¡Qué susto me has dado, imbécil! Casi se me cae el café. ¿Qué hacéis aquí? ¿Ha pasado algo en Portugal?

—Sí, que se nos va alguien a quien queremos mucho y venimos a despedirla.

—Pero habréis dejado la comisaría vacía. ¿Quién está en la recepción?

—Nacho —respondió Irene.

—Vaya, espero que el edificio siga en pie y que no cunda la anarquía por la ciudad en tu ausencia.

—Ya me imagino que no atenderá ni la mitad de las llamadas, estará jugando al solitario en mi ordenador.

Nuria se acercó en un arrebato y le dio un abrazo, Cristina lo necesitaba. Marcos la observaba en silencio, con la mirada de orgullo que tendría un padre en la graduación de su hija, a pesar de que se llevaban menos de diez años. Cristina necesitaba decirle algo que le quemaba las entrañas desde hacía una semana.

—Gracias por mandar la solicitud y escribir semejante carta de recomendación. Y siento mucho haberme enfadado contigo por haberlo hecho sin mi permiso. Entiende que no estaba preparada ni concienciada cuando me diste la noticia, ni para pensar siquiera en salir de la provincia unas horas.

—No tienes por qué disculparte. Obré a tus espaldas porque sabía que tú misma desconocías lo que realmente necesitabas para recuperarte del todo.

—Gracias, te lo agradezco mucho. —Se acercó y le dio un beso en la mejilla, ambos se sintieron azorados ante las miradas de burla de sus compañeros, especialmente de David.

—Por cierto, ¿cómo habéis entrado en la zona de embarque?

—Somos polis, ¿recuerdas? ¿Quién iba a detenernos? Somos los buenos de la película. —David hizo reír a todos.

—Deberían ser esos americanos —añadía Nuria—, los que vinieran aquí para recibir nuestras clases y procedimientos. Seguro que los polis que imparten el curso han atrapado a menos asesinos en serie que nosotros. Comprobarás que todos se asombran con tus habilidades; vas a dejar el pabellón tan alto...

—Pero no llores, que volveré en tres semanas, ni que me marchase a una guerra. —Entonces se dirigió al comisario—. Marcos, no dejes que le pase nada a la niña de la comisaría, quiero que cuides de Nuria en todo momento, que estés encima de ella si es necesario. ¡Ay!

Nuria le había dado un pellizco en la cintura con todas sus fuerzas. Solo había confesado lo que sentía por Navarro a su mejor amiga y ahora ella acababa de ponerla en evidencia. Todos la miraban con curiosidad; no comprendían, salvo Cristina, lo que acababa de suceder ni por qué tenía de repente la cara tan roja.

Cuando llamaron para embarcar a los pasajeros de su vuelo, la inspectora se despidió de sus compañeros y amigos, tras prometerles que llamaría a menudo, y se dirigió a la puerta de

embarque que indicaban los monitores. Enseñó el billete y su DNI a una azafata, tras ella se veía el túnel extensible que conducía al avión, aquello le pareció la garganta de un enorme monstruo que la engulliría para impedirle volver a estar en su casa. ¡Dios, cómo echaría de menos a su pequeña!

Tras hacer un transbordo, esperando más de dos horas en el aeropuerto JFK de Nueva York, tomó por fin el vuelo directo hacia el estado de Maine, que a punto estuvo de ser cancelado por el temporal de nieve que azotaba el nordeste del país. Aterrizó en Bangor y buscó tiendas donde comprar un grueso chaquetón, pero el pequeño aeropuerto, a pesar de llamarse *Internacional*, no tenía más negocios que dos cafeterías desiertas a esa hora de la tarde; en una solo tenían café y bollos, en la otra ofrecían comidas supuestamente caseras. A través de los ventanales del vestíbulo se apreciaba una densa nevada en el exterior, y los que llegaban para tomar un vuelo o esperar a sus familiares iban abrigados como si aquello fuese el polo norte, además de la capa de nieve que mostraban sobre sus abrigos y gorros.

¿Cómo iba a sobrevivir con su ligera gabardina sobre un suéter de lana?

A Cristina le llamó la atención un detalle pintoresco. Justo sobre la puerta principal, y realizado con azulejos que tendrían, por su aspecto, más de cien años, se leía una leyenda escrita en un idioma que no conocía y debajo su traducción al inglés:

El alma de un lobo nunca desaparece de este mundo, su espíritu siempre está presente para vigilar todo lo que hay a su alrededor. Ya que es el protector de los bosques.

Desde hace siglos, los lobos habitan estas extensas tierras, cazan en manadas, siempre siguiendo a su líder a todos lados. El lobo convivió con el nativo americano, incluso este le tenía una gran adoración y temor.

Cuando el hombre blanco decidió perseguir y cazar al lobo, las manadas fueron reduciéndose, algunas confinadas en lugares inexplorables. El lobo luchaba por su supervivencia. Debido a eso

los lobos comenzaron a cazar cada uno por su cuenta; las manadas se dispersaron, aunque cada luna llena se reunían para aullar y luego volver a separarse.

Cada lobo se convirtió en un solitario, y al morir, su espíritu quedaba entre estas montañas para cuidar a los demás. Desde hace décadas, los nativos americanos no han visto manadas, siempre solo a uno, a un lobo solitario.

Un escalofrío recorrió su espalda tras leer la leyenda, tal vez debido al viento helado que atravesaba la puerta cada vez que alguien salía o entraba por ella. ¿Cómo iba a salir a la calle con ropa más típica de primavera? ¿Aún seguían esperándola para llevarla al centro del FBI? Con la demora en el despegue del último vuelo, quizá la persona que enviaron a buscarla se cansó y marchó hace horas, tal vez no se enteró de que el vuelo iba con retraso. Si llamaba al número de teléfono que le habían dado, tal vez fueran a recogerla, en caso contrario esperaba poder encontrar un taxi a las puertas del edificio, no muy lejos de las mismas para no morir congelada.

—*Miss Collado?*

Cristina se giró al oír su apellido, ante ella vio a un chico de su misma edad, no más de treinta años, al menos eso pensó tras solo poder ver su rostro, ya que iba protegido contra el frío con varias capas de abrigo y un extraño gorro de lana negro que tenía calado hasta las orejas.

—Sí, soy yo —respondió ella en inglés.

El chico, que se presentó como Jonathan Baker, se disculpó por haberla hecho esperar. Le dijo que, como el vuelo tenía retraso, se había marchado a un restaurante cercano para cenar y luego permaneció en el coche, aparcado ante la puerta del aeropuerto, para fumarse un cigarro. Ella le dijo que no tenía importancia y le agradeció la cortesía de haberla esperado. Cuando tomó la maleta para acompañarlo, el chico pareció fijarse en ella de un modo que Cristina no supo definir.

—Espera, espérame aquí durante un minuto. Regreso enseguida.

No se lo podía creer, el chico volvía corriendo bajo la nieve con un enorme chaquetón que le ofreció para paliar el frío durante los metros que separaban el edificio del coche. Cuando ella vio el grueso chaquetón oficial, azul marino y con las siglas del FBI amarillas en la espalda, solo pudo pensar que Nuria hubiese gritado como una fan entusiasta al verlo.

—¿Eres agente? —le preguntó a Jonathan Baker mientras se lo ponía sobre su gabardina, sin importarle lo más mínimo que fuera tres tallas más grande.

—Aún no, dentro de tres meses, si es que apruebo los exámenes. Aunque sí soy agente, perdón, pero no del FBI sino de la policía de Portland. Espero dar el salto y cumplir mi sueño.

Ella sonrió por toda respuesta, luego le dio las gracias y le deseó suerte cuando iban camino del coche. Lo más seguro es que no lo oyese con el sonido del viento.

Durante el trayecto, que duró casi tres horas, estuvo tentada en varias ocasiones de hacerle docenas de preguntas sobre el curso, la organización, si había pruebas prácticas o físicas, cuántas horas al día exigía, ¿habría tiendas en la zona?, ¿estarían en un pueblo o apartados en algún recinto aislado? Quizá fuese lo más natural del mundo y el chico ya hubiese tenido que responderlas a otros participantes que hubiese ido a recoger al aeropuerto, pero ella tuvo reparo en agobiarlo con unas dudas que solventaría de igual modo al final del viaje.

—Solo se ven árboles y nieve por todas partes —rompió el hielo la chica cuando llevaban algo más de hora y media en el coche—. ¿Aún falta mucho?

—Habremos recorrido la mitad del camino. Aún nos queda llegar al pueblo de Patten, luego seguir hasta el interior del parque estatal Baxter, allí hay un recinto propiedad del gobierno para formar agentes del FBI, la CIA, el Ejército, e incluso dar cursos especiales como el tuyo. El centro se llama Lyndon B. Johnson, que fue un presidente del país entre los años...

—Ya, eso ya lo sé, lo estuve investigando. ¿Tú participas en el curso?

—No, ojalá. —Sonreía algo azorado—. Este curso es para agentes de cuerpos de otros países. También se celebra para

agentes de policía nacionales y del propio FBI, para los mejores, pero yo no he sido admitido nunca.

Cristina pensó por un momento en disculparse, claro que ella no había dicho nada malo como para tener que pedir perdón, y la indulgencia solo provocaría más malestar entre ellos. No, mejor cambiar de tema.

—¿Es habitual que nieve tanto?

—En invierno, sí. Solemos tener varias tempestades como esta cada año en el norte del país, suelen durar unas semanas y luego disfrutamos haciendo esquí. Me refiero a la población en general, a mí no me gusta mucho esquiar.

—Entiendo, por eso este coche y todos los que nos cruzamos son todoterreno.

—En América todo lo hacemos a lo grande, no solo por la seguridad de la tracción a las cuatro ruedas, sino también por el espacio. Aquí hacemos la compra para todo el mes y llenamos el maletero. ¿Es cierto que en Europa todos llevan coches pequeños, como el Volkswagen escarabajo?

—No, allí hay coches de todos los tamaños, muchos todoterreno también, de hecho, ya casi hay más que turismos y utilitarios. Supongo que hay demasiados estereotipos creados con respecto a otros países, igual que los tenemos nosotros. Pensamos que os pasáis el día comiendo hamburguesas, que todos tenéis la bandera nacional en la fachada de vuestra casa, que os encanta cazar y disparar, o que no os despegáis de la televisión cuando hay un *reality* o ponen el programa de Oprah Winfrey.

—Pero esos no son tópicos, nosotros realmente hacemos todo eso.

Cristina no pudo evitar la carcajada, a pesar de no saber si lo había dicho en serio o a modo de broma.

—Yo mismo —añadía Jonathan— tengo un revólver pegado con cinta americana bajo la mesa del comedor, por si aparece un intruso mientras ceno un alce, cazado por mí mismo, y veo a Oprah recomendando el libro feminista de la semana.

El resto de la conversación resultó tan placentero que Cristina se olvidó por unas horas de su pequeña y del mundo que iba a dejar atrás durante unas semanas, lo que hizo que volviera a sentirse

viva, una sensación que ya había olvidado por completo. ¿Qué era aquello que sentía? Sin duda ganas de seguir adelante, de dar un paso más, luego otro, y ver hacia dónde le conducía el camino. En este caso, el todoterreno de Jonathan Baker.

A través del cristal del coche, el único paisaje que pudo ver fueron los gruesos copos de nieve que caían sin cesar ante los faros o que se estrellaban contra el cristal y eran eficazmente barridos por el limpiaparabrisas. Cristina tuvo que adivinar el aspecto y tamaño de los árboles que flanqueaban el camino, seguramente idénticos a los que había visto en fotografías cuando investigó la zona desde su ordenador en casa.

El complejo apareció veinte minutos después de pasar el control en una valla exterior perimetral, donde tuvieron que dar sus nombres a una voz electrónica antes de que la cancela se abriese, a pesar de que se apreciaba una sombra moviéndose en la garita de la derecha. Seguía nevando y Cristina se sorprendió al ver que el edificio principal era enorme pero no contaba con casi ninguna ventana, todo construido en hormigón sin pintar, como si fuese un búnker anti bombas atómicas pero sobre la superficie en lugar de bajo tierra. Salió del coche y corrió hacia la puerta a la vez que Jonathan cogía su maleta del interior del coche y la seguía. La puerta de metal se abrió y ambos pasaron al interior, donde se gozaba de una temperatura mucho más agradable y la luz tenue del pasillo se agradecía tras tanta oscuridad durante el viaje.

—Pues ya hemos llegado, te acompañaré hasta la oficina del director y él te enseñará el lugar y tu habitación.

Por fin terminó de organizar su ropa entre los cajones del mueble cómoda del dormitorio, a continuación se daría una ducha caliente e intentaría dormir para afrontar descansada el primer día de clases. Miró a su alrededor, con la muda de ropa entre las manos, y pensó que llamar austero al lugar, en general, sería un eufemismo. Incluso el interior era de hormigón sin pintar ni pulir techo, paredes y suelo, con puertas de metal que separaban las estancias o daban algo de intimidad a los dormitorios, tubos de neón proporcionaban luz al espacio y nada más, ni una mísera planta artificial o cuadro. Su

habitación tenía una cama, el mueble cómoda, una mesita con una lámpara y una puerta que daba a un cuarto de baño ridículamente pequeño; plato de ducha, inodoro y lavabo. Funcional sería la palabra adecuada, muy típico del ejército.

Al menos la calefacción cumplía con su tarea y se podía estar en el interior de las instalaciones sin necesidad de cargar con un chaquetón polar.

Abrió el grifo del agua caliente y en pocos segundos comenzó a salir el vapor que anunciaba su tan esperado relax. La ducha siempre era el lugar y momento del día en el que mejor ordenaba sus pensamientos, y si la tomaba durante la noche, lograba hacer balance del día vivido. Abandonar a su pequeña era algo en lo que prefería no pensar, así como lo mucho que echaría de menos a familia, amigos y compañeros, menudo detalle tuvieron estos últimos en el aeropuerto. Se sentía muy agotada tras tantas horas de avión, transbordo y luego el trayecto en coche, pero saludar a sus compañeros del curso y conocer al director le dio energías extra y ganas de afrontar aquello como solía hacerlo todo, con el cien por cien de su capacidad.

¿Había alguna chica en la sala común cuando entró para desearles las buenas noches? No creía haber visto a ninguna, tampoco recordaba el nombre de sus compañeros; ya lo haría con el trato y el paso de los días. Rob Howard, el profesor que había actuado de cicerone para ella, la condujo hasta la oficina del director: William Cooper, un anciano con aspecto derrotado, pelo canoso y gran barriga que apenas logró levantarse de su sillón para estrecharle la mano. Cristina se mostró educada y luego partió hacia las cocinas, donde le aguardaba un menú compuesto por carne de alce guisada, puré de patatas y arroz hervido, sin duda la recomendación de un chef del ejército. La inspectora estaba tan hambrienta que habría cenado un mendrugo de pan duro, así que todo le supo de maravilla y acabó con el plato en pocos minutos.

Rob Howard la acompañó incluso durante la cena, por lo que pudieron charlar. El profesor tenía algo menos de cuarenta años y se mostraba en forma, mediría metro ochenta y cinco y tenía el cabello castaño y algo largo; le recordó a su comisario, Marcos Navarro, aunque se diferenciaba al contar con los ojos azules y una

nariz algo aguileña. Rob le pidió que se tranquilizase tras su aluvión de preguntas y que comiese con calma, se diera luego una ducha y durmiese para afrontar el curso que la aguardaba, junto a sus compañeros, y que la pondría a prueba como nunca antes.

—¿Qué habéis preparado para nosotros? Seguro que algún tipo de enigma psicológico.

—En realidad, la oficina —que era como allí todos se referían al FBI— siempre usa el mismo ejercicio: el caso Rose Moore, ya que nunca ha sido completado del todo.

—¿Nadie lo ha resuelto jamás? —preguntó ella con mucha expectación.

—Nadie, quizá porque es imposible de resolver.

—¿Cómo dices?

—Bueno, creo que he ido demasiado lejos, ya que es solo una conjetura que barajamos algunos de los que lo hemos intentado en el pasado.

—¿Tú fuiste alumno del curso?

—Hace cinco años.

—¿Y es tan difícil como dices?

—Ya te he dicho que yo lo definiría como imposible. En veintidós años nadie lo ha resuelto, nadie ha descubierto al asesino con pruebas convincentes.

—Entonces, ¿es un caso nunca resuelto?

—No, el ejercicio es lo que no se ha resuelto. El caso sí que pudo esclarecerse, aunque llevó tres años al equipo de investigadores.

—Y si no se resuelve, ¿cómo puntúan y deciden quién pasa la prueba y quién no?

—Según lo que te acerques a descubrir los indicios o pruebas. Redactaréis un informe tras el curso, con todas las conjeturas y suposiciones, dando vuestra opinión sobre quién es el asesino, el móvil del crimen, los movimientos de víctima y asesino, etcétera. También añadiréis todo lo que hayáis observado y pudiera ser relevante. Las puntuaciones son precisas: descubrir al asesino os dará una A, solo el móvil del crimen otorga una B, y las pruebas, indicios o conjeturas acertadas ofrecen un plus cada una.

—¿Y la máxima puntuación jamás obtenida?

—Fue una B+. Ese es el récord.

—Vaya, esperaba algo más.

—Y yo también lo esperé el día que llegué aquí como alumno. Pero es lo máximo que pude hacer. Esa fue mi nota.

Rob se marchó para dejar que ella asimilase la cantidad de información que había recibido, además de nombres de compañeros y profesores que seguro olvidaría al instante. Debía descansar tras el largo viaje.

Antes de irse de la cocina, tras enjuagar el plato bajo el fregadero y dejarlo en el lavavajillas, abrió por curiosidad uno de los cuatro descomunales frigoríficos de acero, estaba lleno de grandes botellas de leche y de zumo de naranja, los otros tres contaban con huevos, verduras, frutas, carne y pescado frescos. Las alacenas contenían latas de conservas de esa carne de alce guisada que había degustado. Allí se podría sobrevivir durante años sin salir a hacer la compra.

Cristina abandonó la cocina pensando en la suerte que había tenido de que nadie apareciera para verla curiosear. Se avergonzaba un poco por su acción. Más tarde, el recuerdo hizo que le brotase una sonrisa en la cara, cuando se estaba dando una ducha en el dormitorio. También se acordaba de los mensajes de teléfono que había enviado a su madre, despertándola, ya que en España eran seis horas más: las cinco de la mañana. Le dijo que había llegado bien, que había almorzado y que iba a acostarse en unos minutos; preguntó por la niña y su madre respondió que había pasado buena tarde, no lloró en ningún momento. <Os mando muchos besos para todos> fue el último mensaje que envió..

Capítulo 2

Jueves

Los Piratas habían ganado a los Orioles por cinco carreras a cuatro, no estaba nada mal. Eso les colocaba segundos de la clasificación y a una sola victoria de Filadelfia. Una pena no haber ido a ver los últimos partidos, pero lo primero era el deber, luego el placer. Allí no tenían antena de televisión, así que se conformaría con tratar de ver los futuros partidos en diferido por Internet. Eso si la tempestad remitía, ya que perdían a menudo la conexión telefónica. La radio, con un cableado de hace setenta años que comunicaba bajo tierra la base con el repetidor de la localidad más cercana, era lo único fiable, pero solo se podía recibir señal, no enviar mensajes.

El último asistente al curso había llegado bien entrada la noche anterior, una chica española que parecía demasiado joven. Eso sí, toda una preciosidad, cabello muy largo y rubio, piel blanca, ojos grandes y un cuerpo quizás algo delgado.

A la mañana siguiente comenzarían las clases y todo debía funcionar correctamente, así que se encargó durante el día de que todo estuviese en orden. La comida, el gasóleo para la calefacción, el sistema eléctrico, los tanques de agua potable, la ropa que ofrecían a los alumnos. Otro de sus compañeros estuvo revisando el material que usarían los profesores y alumnos durante las semanas que tenían por delante.

Estaba agotado pero eufórico al mismo tiempo, sabía que una responsabilidad como la que había aceptado monopolizaría sus pensamientos. Pensaba cumplir su meta, el propósito que se fijó hace muchos años.

Se había asegurado de cerrar la puerta de su habitación desde dentro antes de sacar las fotografías que colocó sobre el mueble cómoda a la derecha de la cama, encendió una vela y rezó por la memoria de sus padres hasta ser consciente de que debía descansar. El día siguiente y los posteriores serían duros y no podría permitirse cometer ningún fallo, o largos años de esfuerzo y dedicación no habrían servido para nada.

Debía ser el más inteligente entre los más inteligentes; debía vencer a aquellos que tendría a su alrededor o su vida no tendría sentido; debía matar a sus objetivos tal como lo había planeado.

No le costó madrugar, a pesar de la cama dura y extraña, de los olores singulares y la ausencia de ruido en el lugar. Cristina se vistió a toda prisa y partió hacia las cocinas. Al cabo de unos minutos pudo oír las risas enlatadas desde la distancia, por fin encontraría su destino. Se había perdido inicialmente por el infinito entramado de pasillos idénticos; desde la noche anterior, seguro que debido al cansancio, había olvidado el camino que llevaba a las cocinas. Sin ventanas ni otro punto de referencia, y bajo los tubos de neón del techo, caminar por allí era como vivir una pesadilla interminable. Recordó que solo había visto dos pequeñas ventanas en la sala común en la que conoció a sus compañeros.

Por fin apareció la cocina y suspiró aliviada.

—¡Dormilona! Luego os quejáis los españoles cuando os decimos que os gusta mucho dormir la siesta —dijo uno, cuyo nombre no recordaba, pero intuyó su procedencia por el marcado acento portugués.

—Me he perdido. Este lugar es un laberinto de pasillos idénticos —se excusó ella, tratando de disimular que le había disgustado lo de la siesta.

—Sírvete tú misma, estás en tu casa. —Rob Howard estaba vestido de un modo diferente al resto, no llevaba pantalón y camisa azul marino, sino gris claro. El profesor mostraba la misma sonrisa que ella recordaba cuando la acompañó por el recinto. Cristina lo agradeció con otra sonrisa. A su lado había otros dos hombres con la misma indumentaria, eran de edad avanzada y no recordaba que les hubieran sido presentados.

—No sé si antes debería... —dijo ella a Rob, a la vez que miraba fijamente a los dos profesores.

—Es cierto, disculpa. Te presento a Will Coleman, alias Billy el Niño —el aludido respondió con una carcajada y una leve inclinación de cabeza para la chica— y a Mark Davis, alias el Gruñón.

—Vete a la mierda, Rob. —Mark Davis no se molestó en saludar a Cristina.

—Conmigo, ya conoces a tres profesores, además de William Cooper, el director, que te lo presenté anoche en su despacho; y pronto conocerás al último, Alberto Gómez, que estará ya esperando en el aula. Así que date prisa en desayunar.

Cristina no se lo pensó dos veces y se sirvió un café y un zumo de naranja concentrado, tomó un bollo y una manzana y se dispuso a devorarlos lo más rápidamente posible, ya que el resto de los congregados estaban terminando su desayuno y no quería hacerlos esperar.

—Tranquila, no vayamos a tener un cadáver real en el ejercicio si te atragantas comiendo tan deprisa.

Cristina comprobó que era el alumno italiano el que se había dirigido a ella. Se veía arrogante, enjuto, altivo, con su negro cabello engominado y la sonrisa ensayada de casanova. Ella levantó el pulgar de su mano derecha para decirle que estaba bien, luego se arrepintió por hacer semejante tontería. ¿Qué le importaba lo que pensarán los demás sobre ella? ¿Y por qué demonios la observaba todo el mundo?

Eso lo averiguaría unos minutos después.

El aula tenía el mismo aspecto que el resto del lugar: hormigón y tubos fluorescentes en el techo, además de mesas y sillas que hicieron recordar a la inspectora su paso por el instituto. Al fondo había una gran pizarra blanca y ante ella un señor de mediana edad, bajo, calvo y rechoncho, con aspecto amigable y muy moreno de piel. Aquel sería el profesor que le faltaba por conocer, Alberto Gómez, y así se presentó al grupo antes de dar una breve charla de bienvenida y comentar los detalles sobre el curso que estaban a punto de iniciar.

—Sois privilegiados, solo unos pocos elegidos de entre las decenas de miles de solicitudes que recibimos cada año. Estar aquí

supone haber logrado la excelencia en vuestros países de origen, que son los que más y mejor luchan contra la delincuencia en el mundo. Y este año, además, batimos un récord de precocidad. El alumno más joven jamás admitido, o mejor dicho: alumna. Demos una calurosa bienvenida a Cristina Collado, que nos visita desde España, veintiocho añitos, ¡quién pudiera volver a esa edad...!

Sus compañeros la volvieron a observar, o examinar detenidamente, mientras aplaudían sin mucho entusiasmo. Entonces constató que se había equivocado la noche anterior, había otra chica en el grupo, de pelo corto y algo voluminosa, varias mesas a su derecha; había que fijarse mucho para asegurar que se trataba de una mujer. Era la que peor semblante portaba al mirarla.

—Gracias —musitó sin saber qué más hacer o decir, sentía arder su cara.

—Bueno. Aquí hemos venido a impartir un curso intensivo y creo adivinar que todos estáis deseosos de comenzar, así que os pondré al corriente de toda la información teórica.

Cristina se inclinó inconscientemente sobre la mesa para prestar más atención, y juraría que lo habían hecho también los otros nueve alumnos. Se acabaron las presentaciones y la cordialidad. Había que entrar en materia y allí no se andaban con tapujos.

—Lo que voy a comentar es un caso real sucedido hace unos años, así que paso sin más dilación a narrar el resumen del mismo, ya que todos los datos los tendréis pronto en el informe oficial. —Gómez cambió el tono de voz para ofrecer algo mucho más ensayado y dramático—. Nos dirigimos a una casa a veinte kilómetros al norte de Duluth, en Minnesota. Son las diez y cuarenta y dos de la noche de un martes nueve de enero. Lluve de forma copiosa cuando llegáis dos de vosotros —señaló con el dedo a los asistentes—: una pareja de agentes del FBI avisada por la oficina del *sheriff*. Una vecina se quejó horas antes de unos gritos y, cuando las autoridades locales se acercaron a la casa, encontraron la escena de un crimen. Vosotros estáis siguiendo la pista de un asesino en serie que ha matado cuatro veces más este año. El *sheriff* y sus ayudantes os describen lo que han visto por teléfono y llegáis a la conclusión de que podría tratarse del mismo homicida. Al llegar a la casa, donde aún está el *sheriff*, hacéis un análisis de la

situación. Huele a cerrado, mohoso, madera carcomida y restos de alimentos en descomposición (en el informe que os daremos aparecen todos estos y muchos datos más sobre la percepción del lugar, y luego añadiremos una sorpresa).

»Continúo. En completo silencio, llegáis al dormitorio principal, donde se observa el cadáver de una mujer. A simple vista, ya que no sois forenses titulados, parece haber fallecido por los cortes en las muñecas, ha sido desangrada como las anteriores víctimas, fruto de un ritual macabro en el que se piensa que el autor bebe dicha sangre. A pesar de su aspecto, claramente muerta hace muchas horas, le tomáis el pulso y anotáis para el informe todo lo que habéis hecho o tocado hasta ese momento, además de las impresiones sentidas en el lugar. Los técnicos de la científica y forenses están esperando fuera para entrar a vuestra orden. No parece haber nadie más en la casa. Entonces encontráis una puerta cerrada con un simple cerrojo, la abrís y bajáis al sótano, donde aparecen una anciana y un niño de once años, ambos han perdido el conocimiento, están atados de pies y manos y con síntomas de hipotermia y deshidratación. A los ayudantes del *sheriff* parece haberseles olvidado buscar a fondo.

Alberto Gómez hizo un alto para preguntar si los presentes habían comprendido la exposición, por si alguno de ellos no entendiese una o varias palabras en inglés. Todos asintieron y él continuó:

—Los dos testigos se encuentran en estado traumático y son llevados en una ambulancia al hospital más cercano. Mientras los de la científica y los forenses hacen su trabajo, los inspectores os marcháis al exterior tras haber revisado a conciencia habitaciones, cuartos de baño, el salón y la cocina. Pedís la ayuda de varios agentes de policía para hacer una batida y peinar la zona en cien metros a la redonda. Encontráis doce colillas de dos marcas diferentes (todo está detallado en el informe) además de otros objetos como un recorte de prensa antiguo; un patinete roto; la tumba de una mascota, seguramente un gato o perro de tamaño pequeño; un pendiente de oro reluciente; dos bolsas de aperitivos tipo cortezas de maíz; etc. Hay huellas de cuatro zapatos diferentes, de un niño y de tres adultos. ¿Alguna pregunta?

—¿No se encontró el arma? —preguntó Piero Rossi, el alumno italiano.

—No, el cuchillo utilizado para el crimen no se encontró en la búsqueda ni tampoco en los días posteriores, a pesar de buscar en cada rincón de la casa y los alrededores.

—¿Analizaron todos los cuchillos de la casa, incluyendo los que hubiese en la cocina? —preguntó Cristina. Algunos asistentes emitieron una leve sonrisa, considerando la pregunta como absurda y, por ende, a ella como la menos preparada del grupo.

—Sí, se analizaron todos los encontrados —respondió el profesor tras toser para pedir atención y respeto—, pero ninguno se correspondía con las marcas microscópicas producidas en la herida.

—Eso quiere decir que el autor del crimen se llevó el cuchillo que había tomado de la cocina. El que faltaba —añadió Cristina. Todos se giraron para mirarla.

—¿Cómo sabes que faltaba uno? Aún no os hemos dado el informe. ¿Alguien te ha proporcionado información?

—No, pero he usado la lógica. ¿Para qué llevar tu propio cuchillo, salvo que vayas a matar donde sea imposible conseguir uno? El asesino entra en la casa y tiene una cocina repleta de armas para elegir, solo tiene que usarla y luego limpiar sus huellas o hacerla desaparecer unos kilómetros más allá. O quedársela de recuerdo.

—Vaya, muy interesante... Felicidades por esa intuición.

Y todos volvieron a mirarla, pero esta vez de un modo muy diferente. La exposición resumida del caso se extendió una hora más, especialmente con preguntas de los asistentes, hasta llegar el momento en que el profesor Alberto Gómez anunció:

—Ahora quiero que me acompañéis al exterior, por lo que tendréis que abrigaros, seguimos bajo una tempestad y la temperatura podría ser mortal.

—¿No vamos a ver el informe y a comenzar a detallar el escenario y posibles opciones? —preguntó en un tono muy pedante Timothy Brown, el alumno inglés.

—Eso lo haremos mañana, ahora toca analizar la escena del crimen.

Ya se habían puesto en pie y, al oír esas palabras, se observaron entre ellos con curiosidad y asombro. ¿Cómo que la escena del crimen? Eso era imposible. O tal vez no.

En un lateral del enorme búnker que conformaba el edificio principal del complejo, se diseminaba una serie de barracones y otras pequeñas construcciones que solo podrían ser almacenes, cocheras o antiguas garitas para hacer la vigilancia durante el adiestramiento de militares, todos fabricados con el mismo material y mostrándose como versiones a escala muy reducida de la construcción principal. Pero lo que más llamó la atención de los asistentes al curso fue el sendero que se perdía entre los altos árboles, esa mañana cargados de nieve. No cesaba de nevar aunque el viento había remitido. Cristina sintió cómo se le helaba la piel de la cara, que era la única parte desprotegida por su indumentaria.

—Tranquilos, solo son quince minutos, nadie morirá de frío —dijo Alberto Gómez cuando se acercaban a una figura de pie que los esperaba en mitad del camino.

—Acompañadme —fue lo único que dijo Mark Davis, el malhumorado profesor que había conocido Cristina durante el desayuno.

El camino desembocaba en lo alto de una colina repleta de altos árboles. En la cima, y ante la sorpresa de todos, se ubicaba una casa antigua de dos plantas construida con madera ya muy oscurecida. La inspectora pensó que se parecía un poco al motel de Norman Bates en la película Psicosis. Los dos profesores se detuvieron al llegar a la puerta de la casa, entonces fue Mark el que comenzó la nueva clase.

—Esta es una reproducción exacta del escenario del crimen, a todos los niveles que podáis imaginar, ¿sí? Así que entraréis de dos en dos, ¿de acuerdo? Elegid pareja ahora y pasad sin tocar nada, esperando diez minutos entre pareja y pareja, ¿entendido? —Todos asentían con la cabeza a cada pregunta—. Luego redactaréis un informe. La información que habéis recibido por parte de Gómez es muy básica, ¿verdad? Vosotros tendréis que adivinar el máximo

posible sin haber visto el dossier oficial, solo observando cómo lo hicieron los inspectores originales. ¿Ha quedado claro?

Los presentes miraron de soslayo a Cristina, dudando aún de que ella hubiese tenido información privilegiada. La inspectora prefirió no hacer caso y preguntó al que tenía más cerca, el portugués Miguel Oliveira, si quería ser su pareja en la investigación. Este asintió.

Entraron en tercer lugar tras las parejas formadas por el sudafricano Luan Buga y el brasileño Bryon Castro, y el italiano Piero Rossi y el inglés Timothy Brown. Cristina y Oliveira quedaron boquiabiertos al atravesar el umbral, nadie hubiera adivinado que aquello era una imitación tan exacta de la casa original. La inspectora tardó solo unos segundos en reponerse y sacar la libreta que le habían dado junto a la ropa del FBI y otros utensilios. Apuntó todo lo que veía, olía y oía, ya que los presentes no podían hablar mientras duraba el ejercicio y se podía percibir el sonido del viento entrando por los resquicios de la madera, además de crujidos por la humedad que atacaba la estructura. Según los profesores, se había recreado incluso lo que dijeron oír los dos inspectores originales del caso real en 1993 que costó tres años resolver y un destacamento de más de quince agentes especiales. Los alumnos del curso tendrían solo tres semanas para resolver el crimen, pero contaban con todo el material obtenido por los agentes que resolvieron el caso. Todo menos las conclusiones y el informe final con el nombre del asesino.

La primera estancia con la que se toparon fue la cocina, tras cruzar una puerta a la derecha, a la izquierda se extendía una escalera que conducía a la segunda planta y al fondo se ubicaba el salón. En la cocina se observaban platos, vasos y cazuelas sucios y oxidados en el fregadero, muebles muy viejos y destrozados; el suelo era de linóleo del que se usaba sesenta años atrás, tan grasiento que los zapatos se quedaban pegados al caminar sobre él; el mantel de la mesa y los platos sucios emitían un hedor insoportable y Cristina trató de tragar saliva y concentrarse en su tarea para no vomitar el desayuno. A su lado, Miguel observaba unos arañazos que parecían recientes en la puerta de un armario; Cristina se acercó para poder verlos de cerca y olerlos, apuntó en su

libreta: «¿jazmín?». Tras observar todo alrededor, incluso las marcas del suelo, como de haber arrastrado algo pesado hacia la puerta, tomó el bolígrafo por un extremo y comenzó a apartar con él cacerolas y platos del fregadero.

—No podemos tocar nada, está prohibido, te van a suspender — susurró Miguel Oliveira con un volumen casi inaudible.

Ella hizo caso omiso y trató de darse prisa, encontró un cenicero de latón oxidado bajo dos platos y apuntó en la libreta el número de colillas y que todas eran de Lucky Strike, menos una de Marlboro.

Oliveira había salido de la cocina a toda prisa y caminaba hacia el salón, no quiso quedarse a su lado por si la sanción, tal vez una expulsión, también lo salpicaba por ser su compañero. Con esa actitud permaneció durante el resto del ejercicio, tratando de permanecer distante y en otra estancia diferente a la de ella. A Cristina no le importó, estaba centrada en el caso, en tomar apuntes sin parar y husmear debajo de cada mueble, dentro de cada cajón, incluso llegó a acercar la nariz a unos milímetros del cuerpo sintético que habían colocado para representar a la víctima. Una mujer de treinta y dos años, delgada y teñida de rubio, totalmente desnuda y sobre una sábana que no contenía tanta sangre como para haberse desangrado una persona adulta sobre ella. Su boca desprendía un hedor a alcohol muy realista. Cristina movió sus manos con el bolígrafo para observarle las uñas y se acercó a su entrepierna para echar un vistazo a los genitales.

El inspector portugués parecía estar a punto de sufrir un ataque cardíaco ante la conducta de su compañera, pensaba reprocharle su forma de actuar en cuanto estuviesen a solas. Ella no lo siguió hacia la puerta por la que habían entrado, se quedó durante una hora más, quería dar con el acceso al sótano donde habían encontrado a los dos testigos. Tardó un buen rato, pero logró dar con él y bajó para echar un vistazo, allí tomó muchos apuntes antes de regresar con el grupo. Todos habían terminado, incluso las dos parejas que entraron después, y la esperaban con el ceño fruncido. El viento y la nieve arreciaban y hacía mucho frío, así que se marcharon a paso ligero hacia el edificio principal.

Cristina dio buena cuenta del almuerzo acompañado de sensaciones encontradas; por un lado, la emoción de estar viviendo algo único que recordaría durante toda su vida; por otro, la tristeza tras haber oído la voz de su hija por teléfono y no poder abrazarla y colmarla de mimos. Y lo peor de todo, lo que había arruinado su intento de reponerse y ser fuerte ante la lejanía de su familia, llegó justo de donde menos lo esperaba:

—¿Se puede saber de qué vas? ¿Te crees una estrella o que las normas no van contigo?

—¿Disculpa?

Miguel Oliveira se mostraba rojo de ira, la había interceptado en el pasillo, unos metros antes de llegar a la cocina. Estaba demasiado cerca de ella y su tono era desafiante, por lo que Cristina trató de mostrarse calmada para evitar tener que golpearlo, lo que conllevaría su expulsión inmediata.

—Debíamos mirar la escena del crimen en silencio y sin tocar nada, las órdenes estaban claras. Y tú te has pasado horas dentro, husmeando y tocándolo todo, incluso has entrado en zonas a las que no nos estaba permitido acceder.

—Entonces ¿para qué las han reproducido?

—¿Cómo dices? —Miguel se apartó de ella, no comprendía lo que acababa de decirle.

—Han reproducido al detalle la casa con la escena del crimen. ¿Para qué tanto detalle, incluso en los olores, si no podemos indagar como si fuese un crimen real al que acudiéramos por primera vez? ¿Para qué reproducir el sótano con dos monigotes tan fieles como el cadáver, incluso con perfume, si no podemos entrar a inspeccionarlo?

—¿Sótano? ¿Hay un sótano?

—Olvídalo. —Cristina lo apartó con el brazo y siguió su camino. Oliveira, que ya estaba sorprendido por la información del sótano y los rehenes, quedó asombrado ante la fuerza de una chica tan delgada.

Fueron los últimos en llegar y solo quedaba un hueco en la mesa grande, donde comían los alumnos. El italiano, Piero Rossi, hizo un ademán a Miguel para indicarle que le había guardado sitio. Cristina observó que Miguel se extrañaba ante ese gesto. Lo habían

planeado para evitar que ella se sentase a su misma mesa. ¿Por qué? ¿Qué tenían en su contra? Estaba claro, pensaban que recibía un trato de favor. Y por si eso no fuese suficiente, habían pasado frío esperando en el exterior de la casa a que ella terminase la inspección. No podía imaginar cuánto le costaría empezar de cero y que la aceptasen como a una más, claro que no pensaba invertir un solo minuto en socializar con ellos o pedir disculpas por actos que no las merecían.

Una mano se alzó desde el fondo, era la mesa de los profesores. Rob Howard le indicaba que se sentase con ellos.

«Lo que faltaba, ahora tendré que comer sola para no aumentar las sospechas de que recibo un trato de favor. ¿Tendré la culpa de haber adivinado un dato sobre el caso? ¿De haber investigado más a fondo el escenario del crimen? No me puedo creer que estos nueve sean tan buenos policías y a ninguno se le ocurriera lo del cuchillo desaparecido en la cocina o que hubieran tenido el impulso de investigar a conciencia en la casa».

Tras el almuerzo, los profesores les informaron de que el resto del día debían pasarlo meditando sobre lo observado y que tendrían que redactar un informe preliminar para presentarlo a primera hora del día siguiente, como si se tratase de un caso real. Una vez entregado, se les daría el dossier con toda la información restante sobre lo indagado por los inspectores del FBI en el caso durante los años que fue investigado. Por supuesto, ya que aquello era una competición, se puntuaría a cada alumno en función de lo averiguado en la escena del crimen. Los profesores les desearon suerte y se marcharon.

Las ventanas de la sala común no eran gran cosa, veinte centímetros de alto y un metro de ancho horadados en el hormigón, pero tampoco había mucho que ver en el exterior en esos días, solo el bosque infinito bajo la intensa nevada que había vuelto a cortar las comunicaciones con la ciudad. Una gran chimenea revestida de piedra oscura caldeaba el espacio desde un lateral, además de grandes y obsoletos radiadores de aceite por las paredes. Innumerables sofás y sillones, todos de color negro, salpicaban por aquí y por allá, salvo al fondo a la derecha, donde había una biblioteca llena de clásicos americanos y manuales de

procedimientos policiales, una mesa para unas quince personas y sillas de plástico a su alrededor. Los compañeros de Cristina se separaron en dos grandes grupos para comentar entre cuchicheos lo que pensaban sobre el homicidio que habían visualizado. Ninguno de los dos grupos la invitó a unirse, pero no le importó; en la comisaría de Madrid estaba acostumbrada a trabajar en su mesa de escritorio a solas, a veces consultar algún dato con un compañero como Marcos, David o Nuria, y poco más; así que se sentó en un sillón apartado y comenzó a ordenar sus ideas.

«Es un asesinato en serie, eso quiere decir que no hay un móvil convencional; como podría ser un robo, una venganza, un crimen pasional o eliminar a un familiar para cobrar una herencia. Los crímenes en serie son los más difíciles de solucionar porque no hay vínculo entre asesino y víctima, todo depende de los errores cometidos por el primero: huellas, ADN, dejarse ver por un testigo o cámara, etc. Si cometió un fallo, si lo atraparon, es que existe ese fallo. Y es lo que debo averiguar. Bueno, ¿pero qué digo? No puedo dar por sentado que el crimen lo realizó el asesino en serie porque no dispongo de esos datos, ni aún hay informe forense ni investigación científica. Debo aislar y apartar todo lo que dijo el profesor Alberto Gómez por la mañana y centrarme exclusivamente en lo que pude recoger de la inspección en la escena. Todo es una trampa en sí. Que nos diesen tantos datos antes de ver la escena significa que el mago ha tratado de distraernos atrayendo nuestra mirada a una mano mientras ejecutaba el truco con la otra. Si la intención de los profesores es que resolvamos el caso, lo lógico hubiera sido mostrarnos el escenario primero, tratar el caso como uno real; cambiar las reglas solo puede tener como fin el que fracasemos, o al menos dificultarnos la tarea al máximo».

Se levantó y fue a la cocina a preparar café. Luego llevó la cafetera llena a la sala común y la dejó en mitad de la gran mesa, se sirvió un poco en un vaso de plástico y volvió a sus apuntes. Observó de reojo que solo dos compañeros se acercaron a probar el café. ¿En serio? Algunos tenían más de cuarenta años, ¿cómo podían comportarse como críos de instituto? En fin, eso a ella no le importaba, se encontraba allí para resolver un caso.

«Marcos, ¿qué harías tú? ¿Por dónde empezarías? Tengo que detallar cada cosa que he visto y oído, porque los sonidos no me han dicho nada importante. ¿Lo ordeno todo desde el comienzo? La puerta de la entrada, el pasillo, la cocina... No, creo que debería hacer un análisis de los apuntes y redactar el informe sin tanta rigidez, saliendo del modo tradicional. De ese modo tardaron tres años los agentes originales en descubrir al autor del crimen».

Observó cómo el resto de alumnos, especialmente el grupo más numeroso, reunido frente a la chimenea, escribía cada pocos minutos. Parecían unir esfuerzos y redactar el informe en común. Cristina pensó que tal vez hubiese sido más positivo trabajar en equipo de esa forma, pero no estaba invitada. Cómo echaba de menos a sus compañeros de la comisaría... ¿Habrían visto algo que a ella se le hubiese escapado? ¡Qué rabia no poder oír lo que decían!

«¿Por dónde iba? Claro, voy a hacer el informe en función de cada descubrimiento interesante, de cada cosa observada y olor percibido. Las conjeturas llegarán en la segunda parte».

Había redactado esa primera mitad, sin omitir que se había saltado las normas y especificando lo que había encontrado y lo que pensaba de cada hallazgo, cuando notó que sus compañeros comenzaban a formar mucho alboroto. Probablemente habían terminado con el informe, ya que estaban bebiendo cerveza y reían a carcajadas, ahora todos, los nueve, reunidos frente a la chimenea. Nadie le había ofrecido ni traído una desde la cocina, como tampoco la habían invitado a unirse al momento distendido. Podría acercarse para ver si la recibían de una forma positiva o continuaban con la animadversión mostrada durante todo el día, pero entonces pensó que no había ido allí a hacer amigos, que sería más positivo irse al dormitorio, terminar la segunda parte del informe, tratar de llamar a su madre y darse una ducha para acostarse temprano. Le dolía la cabeza tras tantas horas encerrada y buscando en su mente la forma de iniciar el caso que se tomaba muy en serio, tanto como si fuese un asesinato real producido horas antes de entrar ella en la casa. No había ido allí para darse un paseo o poner en el currículum que había participado en el curso, ya de por sí importante, sino para

ponerse a prueba e intentar resolver el caso, o al menos batir la nota del profesor Rob Howard.

Sí, se esforzaría al máximo. Dio las buenas noches, aunque nadie pareció escucharla, y se marchó para seguir trabajando tumbada sobre la dura y pequeña cama del dormitorio, más bien un catre como los de un navío o una academia militar. Funcionales, como les gustaba definirlos a ellos.

En la segunda parte del informe constató los pasos a seguir y el orden de los mismos en la investigación, enumeró posibles sospechosos, detalló cómo ella interrogaría a los vecinos y a los dos familiares encontrados en el sótano, buscaría más familiares y amigos o antiguos compañeros de trabajo, o exparejas de la víctima, indagaría en sus cuentas corrientes, qué viajes realizó en los últimos años, préstamos o deudas contraídas. Cuando lo tuviese todo y pudiera descartar que alguien de su entorno quisiera matarla, entonces compararía los datos de autopsia y policía científica con los otros crímenes del asesino en serie. Y finalizó con las conjeturas sobre quién pensaba ella que podría ser el autor. Al terminar, el reloj marcaba las once menos cuarto, una hora no muy tardía en España pero sí en Estados Unidos, donde tendría que despertarse a las seis para empezar otro duro día en aquel claustrofóbico lugar.

La ducha le sentó de maravilla y logró quedarse dormida en el acto, sin pensar en Fran o su hija. ¡Cómo necesitaba aquello!

—¿Creéis que ella logrará la máxima puntuación? —preguntó el inglés Timothy Brown mientras daba cuenta de la quinta cerveza, a su alrededor ya solo quedaban el italiano Piero Rossi, el irlandés Brandon Murphy y el sudafricano Luan Buga. Sus fisionomías y actitud los hacía idénticos a los cuatro, salvo porque Buga y Brown eran negros. Más de metro ochenta, entre treinta y cinco y cuarenta años y complexión delgada y atlética.

—Si logra hacerlo —respondía Rossi con una sonrisa—, habrá quedado demostrado que recibe ayuda externa. Esa niña tiene pinta de conseguir las cosas que se propone trabajando en horizontal.

Sus compañeros rieron.

—¿Y si nos equivocamos y es realmente buena? —meditó Buga, más para sí mismo que para seguir con la conversación.

—A ti te ha sentado mal la cerveza. —Reía Rossi—. Igual que a mí, me voy a mear y luego a la cama. Se acabó la fiesta por hoy.

Apagaron la luz al marcharse. Las ascuas a medio consumir de la chimenea trazaban una débil penumbra anaranjada por la estancia. En la pared sobre el hogar había un tapiz realizado cien años antes por nativos americanos, la leyenda estaba escrita en el dialecto de los abenaki. Solo el agente del FBI que lo colocó treinta años atrás, descendiente de esa tribu, conocía la historia que narraba:

En una noche estrellada, un abuelo estaba enseñando a sus nietos la forma de orientar su vida, para ello les narraba:

—Toda persona sufre una dura lucha en su interior. Una pelea que hay también dentro de mí. Se trata de un terrible combate entre dos lobos. Uno es malvado, vanidoso, cruel, arrogante, irascible, falso; es un lobo débil e inseguro porque tiene miedo, y ese miedo lo encubre con agresividad y mentiras, atacando a traición. El otro lobo es bondadoso, pacífico, humilde, generoso, fiel y honesto; es un lobo que lucha para sobrevivir y se esfuerza por superarse. ¿Notáis esos dos lobos en vuestro interior? —preguntó a sus nietos. Estos, tras meditar y buscar dentro de sí, hicieron una pregunta al anciano.

—¿Y cuál de los lobos vencerá?

—El que alimentos.

Capítulo 3

Viernes

Era bonita e inteligente. La había subestimado por eso, además de por su edad. La típica niña mona que consigue una recomendación espectacular tras unas copas y un revolcón con el comisario de turno, o el responsable que fuese de coordinar a los candidatos en el Ministerio del Interior de su país. Pero ahora sabía que se había equivocado, igual que el resto. Ella era la candidata más preparada y motivada, ¿eso era bueno para él y su meta final?

Observar desde la distancia, procurando no ser descubierto, cómo se movía la chica, cómo demostraba no necesitar a los demás, que habían llegado para darse un baño de gloria pero no daban más que palos de ciego, como seguramente lo habrían hecho todos los asistentes de años anteriores, suponía un éxtasis para cualquier policía. Claro que... ¿había ido él allí en calidad de agente? Por supuesto que no, su rol sería bien distinto...

Los responsables del curso estuvieron durante horas preparando la escena del crimen y todo lo demás dentro de la casa, incluso pulverizando los olores y dejando cada mueble y artículo de decorado en su lugar exacto. Luego, durante la madrugada y mientras todos dormían, él fue a hurtadillas a revisar las grabaciones de las cámaras ocultas, allí descubrió a nueve asistentes a la casa del terror de un parque de atracciones y a una buena inspectora tomándose en serio. Había un salto de nivel asombroso.

No se lo quitaba de la cabeza: ¿en qué le afectaría a él y a su plan la presencia de la chica?

El plan seguiría en marcha; no podría disponer de otra ocasión mejor, así que no pensaba modificar, mucho menos abortar, lo que durante tantos años había estudiado y planificado. No, ni por asomo. Todo estaba calculado al milímetro y nadie podría descubrirle, ni los alumnos ni los atocinados profesores, abuelos que vivían de la gloria pasada y eran elegidos para dar clases porque habían perdido el olfato necesario para resolver crímenes.

Durante la tarde había visto el partido en diferido. Saber el resultado de antemano era un fastidio, pero mejor que no hacer nada y permanecer aburrido en su dormitorio. Rezó ante las fotografías de sus padres y se acostó con una sonrisa en los labios. Ya casi no quedaba nada para su gran momento.

«...la víctima parecía muy relajada, no se apreciaban signos de lucha en sus uñas ni en la expresión de su cara, nada de capilares reventados bajo la piel de párpados o cuello. Intuyo que le cortaron las venas estando dormida, desmayada o bajo los efectos de algún somnífero o droga, aunque no encontré ninguno en la cocina, el mueble del baño y los cajones de su dormitorio. Eso sí, apostaría por el alcohol, ya que su boca desprendía un fuerte hedor al mismo, además de haber encontrado multitud de botellas tanto vacías como llenas en la cocina.

Las marcas del suelo de la cocina indican que Rose Moore fue arrastrada desde allí hasta el dormitorio, y la poca sangre sobre la cama confirma que le cortaron las venas antes de llegar al mismo, apostaría a que ocurrió al pie de la escalera. Pero luego el autor limpió el suelo con lejía, el olor era insoportable. ¿Por qué lo hizo? Esperaré a ver los informes detallados de los otros crímenes del asesino en serie antes de lanzar una conjetura.

Las colillas encontradas en el cenicero de la cocina señalan a dos fumadores, tal vez uno de ellos era el asesino y la saliva determine su identidad; quiero leer el informe completo para cotejar con las colillas encontradas en los alrededores de la casa por los agentes que hicieron la batida.

En el sótano había dos personas maniatadas, en absoluto las descarto como sospechosos, aunque sean familiares directos de la víctima y fuesen encontradas en unas condiciones de salud muy delicadas. Las marcas del niño en su brazo izquierdo y en el

costado, bajo su camiseta, me hacen sospechar de maltrato, y no me refiero a haber sido agredido por el homicida antes o después de matar a su madre. La anciana, la abuela del niño y madre de la víctima, también tenía marcas visibles en su piel.

Quisiera volver a inspeccionar y pedir analizar por los agentes de la científica las cuerdas encontradas en una caja del sótano, especialmente para compararlas con las que ataban a los dos testigos».

Billy Coleman, el profesor que daba la clase esa mañana, terminó de leer el informe de Cristina Collado ante la atenta mirada de los diez alumnos. Un silencio absoluto se extendió durante un largo minuto. Coleman se sentó en el sillón, le dolía una pierna desde que recibió un disparo ocho años atrás y era un suplicio permanecer de pie más de diez minutos seguidos.

—¿Y bien? ¿Nadie tiene que decir nada? Hay nueve informes prácticamente idénticos y luego está este, que se sale por completo en todos los aspectos de la investigación y observación de la escena del crimen, víctima y testigos. ¿Qué os ha parecido?

Los compañeros de Cristina se mostraban algo reacios a dar su opinión, hasta que uno de ellos, Piero Rossi, se puso en pie.

—Creo que es una mezcla de fantasía, intento de parecer una investigación real y una absoluta falta de respeto hacia las normas que eran para todos. Eso es lo que pienso.

Cristina prefirió no mirar al italiano para no seguirle el juego de la provocación.

—Desarrolla esa opinión, por favor —lo animó el profesor.

Piero se atusó el cabello, a pesar de que lo llevaba tan engominado que correr una maratón no lo despeinaría. Tomó aire y sonrió antes de decir:

—Bueno, creo que es absurdo pensar que el niño y la anciana pudieran ser sospechosos cuando estaban encerrados con la puerta cerrada por fuera, incluso atados de pies y manos.

—¿Tienes algo que decir, Collado, con respecto a tu informe y a la acusación de tu colega? —preguntó el profesor a la inspectora.

—No creo que tenga que rendir cuentas ante ningún colega. Me he tomado el caso como si fuese real y, en lo que a mí respecta, los

profesores sois los comisarios ante los que tengo que justificar las opiniones de mi informe. Eso que acaba de leer es mi visión de este caso y espero no estar equivocada. Y en relación a mis conjeturas, si mis compañeros hubieran buscado la entrada del sótano para revisarla, habrían visto que, tras unos tablones al fondo de la estancia, había una ventana que daba al exterior. Comprobé, sin eliminar huellas, que se podía abrir sin problemas desde dentro y también desde fuera. Así que, tanto el niño como la anciana pudieron cerrar la puerta del sótano desde el exterior, salir para rodear la casa y entrar por la ventana, taparla con los tablones y maniatarse el uno al otro.

—Me parece ridículo —musitó Timothy Brown.

—¿Qué has dicho? ¿Podrías repetirlo en voz alta? —lo apremió el profesor.

—He dicho que es algo ridículo. Esos dos testigos, familiares de la víctima, no podrían ser sospechosos. Toda esa historia de la ventana, atarse el uno al otro, me parece una película de las malas. Seguimos a un asesino en serie que tiene un *modus operandi* y que ha matado en otros lugares alejados de allí.

El profesor se acercó, despacio, y se sentó en la mesa del alumno inglés. Tras mirarlo unos segundos desde una distancia más que incómoda, le inquirió:

—¿Y cómo sabes con tanta seguridad que se trata del asesino en serie? ¿Lo adivinaste solo con la inspección ocular preliminar de la escena?

—Bueno... el profesor mexicano, Alberto *Nosecuantos*, dijo ayer por la mañana...

—El profesor Gómez os dijo que una pareja de agentes especiales del FBI llegaron alertados por el *sheriff* local, y que la descripción que había hecho dicho *sheriff* de la escena les invitaba a pensar que podría tratarse de un asesino en serie que llevaban siguiendo todo ese año. Pero eso no confirma nada, ¿no le parece, señor Brown?

Coleman giró la cabeza para mirar al resto de asistentes.

—Es evidente, nadie ha dicho que sea el mismo homicida aún —apuntó Leyna Penz con su fuerte acento alemán.

—Es cierto —dijo Bryon Castro, el brasileño.

—Son los forenses y los de la científica los que deben comparar para asegurarlo —añadió Kenta Hoshi.

—¡Exacto! —El grito del profesor tomó a todos por sorpresa. Se había levantado de la mesa del inglés y volvía a su pizarra tan rápido como su cojera se lo permitía—. ¿Cuál es una de las premisas fundamentales en un caso de investigación criminal? Que no se descarta ninguna posibilidad. ¿Otra premisa más? Que nadie es inocente hasta que no se ha demostrado su inocencia. ¡Bravo! ¡Bravo por esta chica! Ella es la única que se ha tomado el caso como si fuese real, la única. Y es que habéis olvidado que se trató de un caso real. ¿Por qué me da la sensación de que todos los demás habéis venido a esperar que los datos obtenidos por los agentes originales os iluminen el camino? Este ejercicio no es una prueba para evaluar quién de vosotros sabe interpretar mejor la tonelada de información recabada hace años, sino para ver quién investiga mejor en el acto y sobre el terreno. ¿Comprendéis que ese es el motivo de que no se os haya dado aún el informe completo?

Todos callaban, tratando de no mantener la mirada del profesor, como adolescentes castigados por su mala conducta en clase. Comprendían cuál había sido su error y eso restaba puntos en la competición por ganar aquella importante prueba.

—Este primer asalto ha tenido un clarísimo vencedor, estaréis de acuerdo conmigo en que la inspectora española ha sabido interpretar la escena mejor que nadie.

—¡Yo no! —Piero Rossi se mostraba muy enfadado—. Nos disteis una serie de órdenes, de premisas a seguir. Ella estuvo tocando a su antojo y entrando en lugares que no estaban detallados en el plano de la casa.

—¿Y qué quieres decir con eso? —preguntó el profesor.

—Que hizo trampas, que no merece la victoria en la prueba.

—¿Dónde están esas órdenes y premisas?

—En la documentación que nos dio el profesor mexicano —respondió Timothy, acentuando la nacionalidad de Alberto Gómez con desdén.

—¿Alguien tiene ese documento a mano?

—Sí, aquí está —dijo Timothy Brown, y procedió a leer la directriz número cuatro: «no está permitido tocar nada en la escena

del crimen» y la número siete: «no está permitido salirse de las zonas establecidas en el mapa dibujado a continuación».

—Tienes razón, eso dicen las directrices. En ese caso, la inspectora Collado se las ha saltado. ¿Merece por ello una sanción?

Nadie respondió, pero todos asentían con movimientos de cabeza. Cristina no se inmutó, aunque pensó que quizá había cometido una imprudencia dejándose llevar por la situación y las ganas de resolver el crimen antes que nadie.

—¡Esperad! —dijo con un sobresalto el profesor—. Acabo de ver una cosa interesante. Señor Brown, ¿podría darle la vuelta al folio de las directrices?

Lo hicieron todos a la vez que el inspector inglés. La mayoría esbozó una cara de sorpresa al leer una directriz extra que ninguno había observado.

—¿Hay algo escrito? Si es así, ¿alguien puede leerlo en voz alta?

La voz firme y segura de Cristina Collado se alzó ante el asombro de los presentes: «Esta directriz extra anula a todas las anteriores, ya que un buen investigador no se pondrá límites en la escena de un crimen a la hora de intentar resolverlo».

—Aún me cuesta creer que llevéis un día entero con ese documento en las manos y nadie le haya dado la vuelta.

Silencio absoluto, la vergüenza podía palpase en el ambiente.

—La prueba ha sido ganada por la inspectora Collado, que se lleva un punto por la investigación y dos pluses por las conjeturas acertadas en el informe. La clase ha terminado. Tomaos media hora de descanso y regresad para la clase del siguiente profesor. ¿Entendido?

—¿Puedo añadir algo? —preguntó Cristina. Todos se giraron de nuevo hacia ella—. Miguel Oliveira fue mi compañero en la prueba, creo justo que él también comparta la nota.

—Su compañero es mayorcito, inspectora, y tomó sus propias decisiones ayer. Una cosa es lo que le parezca justo a usted y otra lo que sea justo en realidad. Marchaos a tomar un café, vamos, el día será más duro de lo que imagináis.

Dos minutos después se congregaban alrededor de la máquina de café de la cocina, donde hacían cola para llenar sus vasos y murmuraban a espaldas de Cristina, la cual permanecía unos metros más atrás, apoyada en el quicio de la puerta y a la espera de que sobrase algo de café para ella.

—Toma. —Miguel Oliveira le tendía un vaso y ella no supo qué decir. Ni siquiera fue capaz de coger el café que le ofrecía—. Puedes estar tranquila, no está envenenado ni he escupido dentro.

—Disculpa. Digo... gracias por el café. —Y por fin lo aceptó.

—Quería darte las gracias por intentar que me diesen más puntuación, aunque me lo mereciese menos que el resto de compañeros. Te hemos hecho el vacío, apartado por completo, y nos has dado una lección que yo, al menos, no podré olvidar nunca.

—Eres mi compañero, entre compañeros hay que protegerse.

—Ya, pero yo hice todo lo contrario durante la prueba de la escena del crimen, y mucho más después, durante la tarde y la redacción del informe. Espero que me des la oportunidad de demostrarte que estaré a la altura la próxima vez.

—Eso no lo dudes —dijo con una sonrisa. Y brindaron con los vasos de plástico.

Los demás compañeros aún se mostraban distantes, algunos con semblante desconfiado ante quien creían que disfrutaba de información privilegiada sobre las pruebas.

—Ninguno de nosotros dio la vuelta al informe, solo tenía escrito media página, así que pensamos que no había nada más —le espetó Piero Rossi desde la distancia—. Lo metimos en la carpeta después de leerlo, sin más. ¿Cómo sabías que tendría algo escrito por la parte de atrás, si no te lo dijo un profesor?

—No lo sabía, yo tampoco lo vi. —Los presentes miraron a Cristina sin creer lo que decía—. No llegué a leerlo.

—Eso es imposible.

—Digo la verdad. Nos dijeron que íbamos a inspeccionar la escena del crimen y que aquellas directrices nos marcaban lo que podíamos hacer y lo que no, así que decidí no leerlas para observar y analizar como lo hubiera hecho si llegase a una escena real de un caso. No quise que me limitasen los movimientos y decidí obrar por

mi cuenta y riesgo. Tomé el mismo papel que vosotros y lo metí en mi carpeta sin molestarme en leerlo.

—¿Estás de broma? —preguntó la alemana, Leyna Penz.

—No. —dejó el vaso vacío de café sobre la mesa y se marchó al aula de nuevo. Antes de eso, al llegar a la puerta, se giró y dijo—: pero me da igual si me creéis o no.

Rob Howard esperaba en el aula para impartir la siguiente clase, por lo que todos tomaron asiento en silencio frente a él. Tras lo ocurrido con la prueba anterior, ninguno podía permitirse otro error y descartar sus posibilidades de solucionar el caso. Sobre la mesa del profesor descansaban dos columnas de carpetas de más de metro y medio de altura cada una, todos adivinaron que se trataba de los informes completos del caso. El momento más esperado iba a llegar por fin, estudiarían al detalle las pruebas, los interrogatorios, informes forenses, huellas y demás hallazgos del crimen, así como las de los otros cuatro anteriores del asesino en serie para poder comparar.

—Me siento invisible —fue el saludo del profesor—. Veo que no os pasan desapercibidos los informes, así que voy a repartirlos para que podáis prestarme atención. Por favor, que nadie abra su carpeta hasta el momento oportuno, que será cuando yo lo diga. ¿De acuerdo?

La carpeta, que tendría más de mil folios en su interior, parecía hablar a Cristina desde la mesa. «Abreme, por favor, lo estás deseando...». El resto de compañeros no parecía pensar en algo diferente, pero todos obedecieron.

—Bien, es el momento de deciros que pasamos a la segunda fase del taller; esta será bastante más extensa que la anterior, obviamente, ya que es mucha información y tendréis que repasarla varias veces, hasta el punto de memorizarla, y así poder comenzar con las hipótesis reales sobre lo ocurrido.

—¿Está aquí la solución? —preguntó Piero Rossi, que parecía lanzado a por la batuta de director del grupo.

—Ahí tenéis toda la información que llevó a los agentes originales a resolver el caso, si es lo que preguntas. Pero, como es

lógico, no aparece el nombre del asesino rodeado por un círculo rojo.

Piero gruñó por toda respuesta, el resto contuvo la risa.

—Empecemos por el principio y vayamos haciendo un esquema del caso. Tenemos una víctima: Rose Moore, mujer blanca y soltera de treinta y cuatro años, encontrada desnuda en su cama, con severos cortes en sus antebrazos. La autopsia reveló que esa fue la causa de la muerte. ¿Por qué no trató de pelear por su vida? Porque, según el departamento forense, se hallaba bajo los efectos de una intoxicación etílica. Podríamos decir que ni se enteró de lo que ocurría; y este es el primer dato que diferencia este caso de los anteriores, aunque podría ser que la víctima fuese alcohólica por pura casualidad; sin que el homicida en serie lo supiera. El cuerpo se desplomó, debido a la borrachera, en mitad de la cocina; alguien lo arrastró hasta el pasillo, le cortó las venas en lo que pareció un arrebató y, cuando ya estaba casi desangrada del todo, la subió a su dormitorio del piso superior para tumbarla sobre la cama y desnudarla. No se encontraron huellas sobre el cuerpo y la sangre del suelo del pasillo fue limpiada con lejía. En la moqueta de la escalera se encontraron bastantes rastros. Añadiré que los dos familiares conocidos de la víctima, y que vivían con ella, aparecieron atados de pies y manos en el sótano.

»Esa es la descripción del crimen, ahora toca detallar a la víctima. Era madre soltera de un niño de once años y vivían ambos con la madre, la abuela materna del chico, de sesenta y dos. No parecían tener más trato con los habitantes del pueblo que cuando iban a hacer la compra cada dos sábados. El chico no iba a la escuela, su madre había alegado que no podía llevarlo y traerlo cada día, que si el autobús escolar no pasaba por allí, el chico no asistiría a las clases. No hay datos de enfermedades ni altercados policiales notables. La familia vivía de una pensión del estado por la situación de desamparo de Rose y de la paga de viudedad de su madre. No tenían deudas por la casa, el coche y electrodomésticos, y los vecinos cercanos decían que no provocaban demasiado ruido. ¿Todo claro?

—No —apuntó Kenta Hoshi—. ¿Quién llamó al *sheriff*? ¿Quién oyó algo si estaban tan aislados y no hubo disparos ni gritos?

—Aún no hemos llegado a ese punto, pero en lo de los gritos te equivocas. Sigamos con la exposición. ¿Qué elementos principales se encontraron en la escena del crimen, además de la víctima? A dos testigos maniatados y supuestamente encerrados, también había colillas en el cenicero, que curiosamente estaba oculto bajo dos platos en el fregadero, colillas que se correspondían a las halladas en las inmediaciones de la casa. Dos marcas diferentes: Lucky Strike y Marlboro. La víctima fumaba la primera marca y sabemos que el asesino en serie la segunda.

Rob Howard iba colocando fotografías de todo en la pizarra magnética, en el centro estaba la víctima y alrededor iba añadiendo testigos y muestras. A Cristina le dio un leve escalofrío en la espalda, pero de emoción por estar viviendo algo que antes solo había visto en las películas sobre el FBI.

—Tenemos arañazos en una puerta de una alacena de madera de la cocina, son recientes y parecen producidos por la víctima, pero en sus uñas no se halló rastro alguno, así que presumimos se produjeron los días previos al homicidio. Había botellas de alcohol en la casa que justificarían la intoxicación etílica que luego corroboró la autopsia; la víctima estaba alcoholizada y su hígado en avanzado estado cirrótico. La saliva de la víctima se encontraba presente en los cuellos de varias botellas, algunas con polvo y suciedad que connotaba semanas o meses.

»Con estas y otras premisas menores, pasamos a lo conseguido por la científica, principalmente marcas de manos en las axilas, sin huellas dactilares, que indican cómo fue llevada la víctima desde la cocina hasta su dormitorio en la planta superior. Las manos eran de un tamaño medio. No se hallaron más células y ADN que el de la mujer y los dos familiares con los que vivía. En la casa no se encontraron huellas dactilares de personas ajenas pero sí de pisadas de un pie mayor al de ellos tres. Huellas de un pie 44 que se apreciaban claramente también por el exterior, tanto el camino de acceso a la casa como otro que conducía al bosque.

—¿Las huellas se podían seguir durante kilómetros o se terminaban de repente? ¿Llegaban hasta marcas de neumáticos? — Cristina no paraba de escribir en su libreta, a pesar de saber que todo lo que decía Rob aparecía en el informe.

—Las huellas desaparecían de repente.

—Tanto las del camino al bosque como las del acceso a la casa, ¿verdad?

—Sí, eso es —respondió con intriga el profesor.

—Lo imaginaba...

—¿Tienes algo que aportar?

—No, solo una corazonada, pero prefiero esperar a estudiar el informe antes de aventurarme a crear una hipótesis. Por cierto, intuyo, como es lógico, que las pisadas de los tres miembros de la familia estaban por todas partes, incluidos los caminos.

—Así es.

Cristina sonrió.

—Bien, lo siguiente es comentar el informe de la autopsia. La cantidad de alcohol en sangre hallada en la víctima era suficiente para matar a una persona, aunque no a una acostumbrada a beber. Fue llevada al dormitorio estando inconsciente, ya que no hay marcas de resistencia. La desnudaron después de tumbarla, el vestido estaba muy manchado de sangre porque le cortaron las venas a mitad de camino. Los cortes se produjeron como en las cuatro víctimas anteriores, de forma horizontal y a la altura de las muñecas. El hígado de la víctima, como dije antes, estaba en avanzado estado cirrótico, lo que confirma su alcoholismo. No presentaba ningún golpe que hiciera pensar que se resistió.

—¿Los médicos analizaron al niño y a su abuela? —interrumpió de nuevo Cristina.

—Sí, se hizo esa misma noche.

—¿Se determinaron las posibles causas de las marcas de sus cuerpos?

—¿Cómo sabes que...?

—Se lo comenté esta mañana al profesor Coleman. Al entrar en el sótano, levanté la ropa a los muñecos en la recreación de ayer, tenían diversos moretones en brazos y torsos.

—Muy observadora... En efecto, ellos aseguraron que el asesino los golpeó mientras los conducía de malos modos al sótano para maniatarlos.

—De acuerdo —musitó Cristina mientras escribía en el cuaderno—. Y no le vieron la cara en ningún momento, ¿verdad?

—Así es. Bueno, señores, esto es un resumen de las partes más importantes del informe, el resto está ante vosotros. Aún nos quedan los interrogatorios y entrevistas que se realizaron, y que los trataremos mañana. Estaréis hambrientos, la clase se ha prolongado algo más de lo esperado; así que marchaos a comer y usad la tarde para hacer una primera lectura rápida del informe. Mañana usaremos la psicología criminal para evaluar las respuestas de los entrevistados y del presunto asesino, que confesó el crimen semanas después.

—¿Confesó el crimen?

—¿Cómo?

—¿Qué ha dicho?

—Eso es imposible.

—Entonces no se trata del homicida, sería demasiado fácil el curso.

—Esto será aún más complicado de lo que parecía.

El murmullo en la cocina superaba con creces a los oídos en ocasiones anteriores. Los diez asistentes compartían mesa, por fin había un hueco para Cristina, que prefería comer en silencio y pensar en la información obtenida a prestar atención a lo que sus compañeros rumiaban, después de todo, estaban preguntándose qué sentido tenía descubrir a un asesino si a este ya lo habían arrestado y él se había proclamado autor del crimen. En el informe aparecía su nombre. Eso, al menos, defendían algunos de ellos.

Por contra, la clase de psicología criminal en los interrogatorios, que verían la mañana siguiente, era muy jugosa para todos, ya que era una parte importantísima del trabajo de un inspector, aquella en la que más veces se resolvía un delito y que solía definir la calidad de los policías. La vanidad de los presentes no podía pasar por alto aquella oportunidad de crecer y seguir diferenciándose de sus compañeros en las comisarías de sus ciudades.

—Bueno, la estrella del grupo está algo callada. ¿Quieres guardarte tus impresiones para ti?

Cristina ni lo había oído. Se dio cuenta de que algo pasaba cuando comprobó que todos la observaban tras quedar en silencio.

—Lo siento, ¿pasa algo?

—Te he preguntado —repetía Piero Rossi— que si no hablas porque prefieres guardarte tus opiniones.

—No tengo ninguna opinión, solo datos. Aún no sé quién es el asesino ni cómo lo hizo realmente.

—Ya, así estamos todos, pero creo que manejas información jugosa que nos vendría bien a todos.

—¿Jugosa? ¿Has querido decir privilegiada?

—Tú lo has dicho ahora.

—No tengo información proporcionada por ningún profesor ni anterior alumno, aunque no tengo que darte ninguna explicación, ni a los demás tampoco. Que haya llegado a razonamientos acertados quizá se deba a que no he venido a por el diploma para colgarlo en mi casa o para presumir ante mis compañeros en mi ciudad, lo he hecho para resolver el caso.

—Claro, debe ser que los demás somos demasiado estúpidos para llegar a resolverlo.

—Tú lo has dicho ahora —le guiñó un ojo, desafiante, y se levantó para llevar el plato al fregadero. Luego se marchó a la sala común sintiendo los puñales que se clavaban en su espalda. Sus compañeros tendrían unos minutos más para poder desahogarse a costa de ella.

O quizá no.

Mientras un grupo de seis inspectores se agrupaba alrededor de la chimenea, como el día anterior y comandados por el italiano, otros tres se sentaron junto a Cristina: su compañero Miguel Oliveira, el francés René Feraud y el japonés Kenta Hoshi. Llevaban entre las manos sus copias del informe completo. Empujaron una mesa redonda hacia la zona de butacas en la que tomaban un café y comenzaron en silencio a leer.

Cristina los observó de reojo, Kenta era muy menudo y tenía el rostro aniñado, pero podría haber cumplido ampliamente los cuarenta, igual que el portugués Oliveira, pero este último los aparentaba con creces, tal vez cincuenta; estaba gordo y calvo, pronto se parecería al director William Cooper. El francés era el más callado del grupo, de hecho, aún no había oído su voz; tenía su misma estatura, metro setenta y siete, algo entrado en carnes y su

cabello corto y pelirrojo hacía juego con su piel casi albina y cubierta de pecas.

La inspectora terminó de leer treinta minutos después, dejó los folios a un lado y comenzó a observar las fotografías, no tenían tanta calidad como las actuales digitales, pero se apreciaba bien todo lo que representaban en la escena del crimen: las estancias de la casa y las pruebas y huellas halladas fuera.

Kenta Hoshi la observó durante unos minutos antes de atreverse a preguntar, rompiendo el silencio de la sala.

—¿No vas a leer el informe entero? Es imposible que hayas acabado tan pronto.

—Solo he considerado oportuno leer las similitudes y diferencias entre este crimen y los cuatro anteriores cometidos por el asesino en serie. Ahora quiero centrarme en las fotografías.

—¿Por qué?

—Es evidente —añadía René Feraud, cuya voz grave sorprendió a todos—. El crimen no fue cometido por el asesino en serie. De ser así, este ejercicio no tendría el menor sentido.

Incluso los que se agrupaban en torno a la chimenea, atendían en silencio a la charla de Cristina y sus compañeros.

—Claro —dijo Miguel Oliveira—. Sería incomprensible que el asesino que aparece en el informe sea el autor de este crimen, cuando nadie lo ha resuelto nunca en estos cursos. He leído que había dos sospechosos más, un exnovio de la víctima y un tendero del pueblo al que debía una cuenta morosa importante. Y siempre tenemos la opción de alguien ajeno al lugar y al entorno de ella.

—Y del niño y su abuela —apuntó Cristina.

—¿Sigues creyendo que pudieron ser ellos? —preguntó Miguel.

—No sé... —la chica divagaba—, quizá nadie resolvió el caso porque dio por sentado que el homicida en serie no fue el que mató a Rose Moore y puso en el examen o prueba final el nombre de otro posible asesino. ¿Quién sabe? Tal vez Rose sí fue la quinta víctima del serial. Y, por cierto, yo no creo nada, solo manejo datos.

—¡Vaya con la niña bonita del lugar! —Se apuntó el italiano a la conversación—. Ella solo maneja datos, y esos datos parecen ser de dudosa procedencia.

—¿Tienes algo que decirme?

Cristina se había puesto en pie. Piero Rossi hizo lo propio, pero sus compañeros lo contuvieron. Y, a pesar de las peticiones para que continuara en la sala por parte de René, Miguel y Kenta, ella se retiró a su dormitorio hasta la hora de la cena. Argumentó que no deseaba crear ese malestar que parecía crecer entre ellos, pero lo cierto es que necesitaba salir de allí antes de descargar la tensión dándole una paliza al arrogante italiano de las narices.

Ya a solas en sus aposentos, cerró con llave y gritó con furia, gritó hasta sentirse vacía. Se dejó caer sobre la cama y observó que no estaba fijada al suelo; miró la estructura, analizando sus posibilidades, y se levantó para tratar de colocarla en vertical. El armazón metálico del cabecero quedó a dos metros de altura, el nórdico cayó al suelo y el colchón quedó oscilando con aspecto de ir a desplomarse de un momento a otro. Lo apartó todo hasta dejar despejado el espacio alrededor de la estructura de la cama y sació su exceso de energía haciendo dominadas, luego flexiones en el suelo y abdominales sobre el colchón. Aquello la ayudó a relajarse, pero también a ordenar ideas sobre los datos que almacenaba en su interior. Antes de darse una ducha para limpiar el sudor que la inundaba, se preguntó si sería expulsada por pegar a un compañero, aunque fuese en un combate programado en algún improvisado ring o tatami que seguro habría en aquellas instalaciones. ¡Joder, cómo disfrutaría golpeando a ese arrogante de mierda! Era más alto que ella y parecía en forma; y por cómo caminaba o movía los brazos al hablar, intuyó que llevaría mucho tiempo practicando artes marciales, como ella misma, pero eso no la asustaba. Tampoco perder la pelea, la mejor forma de quitarse a un abusón de encima es hacerle frente.

Colocó el colchón tras poner la cama en horizontal, lo cubrió con la sábana y luego con el nórdico, y trató de respirar hondo antes de volver a la cocina para la cena. Le importaba muy poco la opinión de sus compañeros, pero no quería darles el gusto de verla alterada o preocupada por lo sucedido. Al contrario, mucho mejor mostrarse confiada y segura de sí misma, aquello les seguiría haciendo pensar que contaba con información privilegiada sobre el caso, y eso comenzaba a gustarle.

—La saliva de los cigarrillos... ¡Eso es! —gritó en mitad del pasillo, cuando aún no había llegado a su destino. ¿Debería apuntarlo en la libreta? La había dejado en el dormitorio. No, no creyó necesario hacerlo. Y con una sonrisa triunfal se dirigió a la cocina.

El reloj de la pared del fondo marcaba las once y veintisiete minutos; en la sala solo quedaban Piero Rossi, Brandon Murphy y Timothy Brown, el resto se encontraba en sus dormitorios, incluso el director Cooper, a pesar de su costumbre de pasar las horas tomando unas copas en su despacho hasta bien entrada la madrugada.

Sería la tercera noche que pasaban allí y el curso ya había cogido ritmo, así que meditaban en silencio sobre su presente y el futuro que les deparaban las siguientes semanas. A pesar de la muestra tan homogénea que, en principio, se podría pensar de ellos, al ser policías y casi todos hombres, lo cierto es que sus pensamientos atestiguaban caracteres tan distintos como sus propias nacionalidades.

«No puedo permitirme fracasar, debo ganar el curso, sea como sea. Otro fallo sería una catástrofe en mi carrera. Esta es mi última oportunidad. Esa chica, la maldita española sabe algo, no puede ser que esté tan encima de conjeturas acertadas ya desde el inicio. ¿Y qué importa? El éxito pasa por rodearme de los mejores, ella no lo será. Si permanezco al lado de estos buenos policías, si les dejo trabajar y usar todo lo que descubran en mi beneficio... Mira a ese idiota italiano, cree que logrará hacer lo mismo. Sí, piensa que soy fácil de manipular, ese será su error al final. Por cierto, no deberíamos estar tanto rato aquí, perdemos mucho tiempo frente a la chimenea, debería estar leyendo el informe en el dormitorio. Bueno, una cerveza más y me marchó».

«¿Este es mi final? ¿Hasta aquí he llegado tras tantos años resolviendo casos? Dar clases a unos engreídos extranjeros no era precisamente mi sueño cuando ingresé en la academia, mucho menos al superar las pruebas de acceso al FBI. ¡Joder, mira dónde

he acabado! Debí aceptar la prejubilación, ganar menos dinero pero descansar de una vez por todas; cualquier cosa mejor que estar todo el año impartiendo cursos, aceptando que mi tiempo ya pasó. Sabía que tras tantos casos sin resolver consecutivos iba a aparecer en todas las dianas. Es fácil hacer leña del árbol caído, más aún en la administración pública. ¿Era este el respeto que merecían mis años de trabajo? Lo de la familia mexicana no fue culpa nuestra, hicimos lo que pudimos, no es justo que se nos castigue por aquello. ¿Qué me queda? ¿Qué? Un divorcio, una hija que no me dirige la palabra, una cuenta corriente vacía y el alquiler de un diminuto apartamento a las afueras de la ciudad, eso es todo. Eso soy yo. Un día fui como esos chicos, con hambre de comerme el mundo, de hacer algo útil, de sentirme orgulloso cada mañana. Un día...».

«¿Cómo lo hace? Seguro que se acuesta con Rob, ese profesor parece llevarse bien con ella. Claro que bien podría estar encamándose con todos, incluso con el viejo borracho. Solo hay que ver cómo se comporta, esa arrogancia al mirar, hablar, caminar... solo puede haberla adquirido sabiendo dónde colocar cada paso. Tiene la seguridad de no cometer errores porque conoce la verdad. Quizá debí elegir bien a mis compañeros. Si hubiese hecho amistad con ella, o haberla elegido como compañera para entrar en la escena del crimen, tal vez ahora podría seducirla, o quizás obligarla a decirme lo que sabe. ¿Qué iba a hacer después? ¿Denunciarme? Tendría que guardar silencio para no delatarse a sí misma. Hija de puta. Tengo que ser rápido en los próximos días, acercarme a ella o planificar la forma de estar a solas para averiguar lo que sabe. No sería el primer policía que golpeo, ni la primera mujer; en el fondo son gajes del oficio, uno debe hacer lo que sea necesario por lograr sus metas. En mi comisaría me expulsarían de inmediato, ya que no me tolerarán otra salida de tono, pero si regreso como el primer policía que ha resuelto el caso del curso, la situación sería diferente por completo. Sería un héroe, y eso suena muy bien. Sé que el italiano piensa hacer lo mismo, se lo leo en los ojos cuando la mira, pero no será tan rápido ni inteligente como él se considera».

«La clave está en la saliva de las colillas, es otra de las diferencias, yo diría que vitales, entre este caso y los cuatro que había cometido el asesino en serie. ¿Cómo relacionar estas colillas con los sospechosos? Ese es un paso adelante que necesito dar para avanzar en el caso y comprender el móvil del crimen. Por suerte tengo tres semanas para estudiarlo a diario. Si los interrogatorios que veré mañana se realizaron de forma exhaustiva, podré hacerme una idea de la personalidad de cada testigo y sospechoso, además de evaluar su lenguaje corporal. Bueno, ya son las once y media y debería dormir. Menudo día, espero que mañana sea igual de intenso. Cariño, Evita, tu madre te manda un beso desde la distancia y reza para que estés bien y no me echés de menos tanto como yo a ti, me faltas tanto...».

«Está nevando con tanta intensidad que nadie descubrirá que el futuro corte de las comunicaciones es un sabotaje hasta que sea demasiado tarde. Mientras unos tratan de resolver el ejercicio, otros pasan el tiempo como vegetales haciendo la fotosíntesis. Después de analizarlos a todos a conciencia, dudo que haya nadie aquí capaz de detenerme. Solo unas horas... solo faltan unas horas... La chica. ¿Qué pasa con ella? ¿Podría ser un obstáculo si se propone investigar donde no debe? Quizá no sea tan inteligente, puede estar teniendo suerte con el caso de Rose Moore. Será mejor esperar acontecimientos, ver cómo se trastoca todo cuando yo comience con el plan. Es curioso, tanto tiempo esperando este momento y ahora que ha llegado no estoy tan nervioso como había imaginado, eso es señal inequívoca de que estoy preparado y no habrá el más mínimo error».

Capítulo 4

Sábado

El día clave había llegado.

Se mostraba tan excitado que no pudo dormir durante toda la noche, cosa que reprobó a sabiendas de que necesitaría tener la mente al cien por cien para ejecutar el plan sin fallo alguno. Aquel era el sitio más complicado en el que llevar a cabo su meta, el único que nadie en su sano juicio habría elegido, pero el que demostraría que él era el número uno. Así que no podía permitirse ni un solo error, más aún sabiendo que la mayoría de los factores no dependen nunca de uno mismo, sino de las actuaciones o comportamientos de terceras personas. Como en el ajedrez, que debes contar con el movimiento que hará tu rival. Como en el póker, que debes contar con las cartas que pueda tener y le puedan salir a tus rivales. Eso diferenciaba a las leyendas de los simples jugadores.

Cualquier error sería fatal, podría destruir todo lo que había movido su vida desde que tenía uso de razón, así que debía ser rápido y efectivo. Sorprender a todos a la vez que pasaba desapercibido. Nadie sabría nunca que una acción magistral, épica, había sido ejecutada por él.

La chica española era muy inteligente, más de lo imaginado, ¿más que él? Eso habría que verlo. Él había sabido mantener a sus compañeros a raya a lo largo de toda su carrera, nunca había destacado para no ser objeto de los ataques que ahora la inspectora sufría. La muy estúpida podría callarse las preguntas que no paraba de hacer, y las conjeturas y opiniones que nadie le preguntaba. No era tan lista si no había comprendido que en un ejercicio mental,

tener la mente más desarrollada es algo que se debe ocultar a los oponentes.

Tomó un folio y un bolígrafo para hacer un último balance-esquema del número de personas que estaría el día siguiente en el edificio: tres operarios de mantenimiento, el director, cuatro profesores, diez alumnos y el guarda de la entrada; además de las tareas y la posición de cada uno en cada momento. A la hora convenida, el guarda estaría a kilómetros en su pequeña casa, como siempre. El director William Cooper, en su despacho empujando el codo. Billy Coleman, en el gimnasio, pasaba allí cada mañana que no tenía que dar clase para rehabilitar su pierna. Mark Davis, impartiendo la clase con los alumnos. Alberto Gómez, supervisando la clase del día siguiente en la sala común. Y Rob Howard, en la casa-escena del crimen, embalando junto a los tres operarios de mantenimiento todo el material sensible como los maniqués que representaban a víctima y testigos, además de archivar y guardar las pruebas. Debían precintar la casa hasta la llegada del siguiente grupo, seis meses más tarde, y eso les llevaría toda la mañana.

Solo faltaban unas horas. Solo unas horas...

El sobresalto fue mayúsculo. ¿Qué hacía la puerta del dormitorio abierta, cuando recordaba perfectamente haberla cerrado la noche anterior? Cristina se levantó de la cama despacio, alerta y con miedo a lo que pudiera ocurrir o ya hubiera sucedido. Tal vez no estuviera sola en el dormitorio en ese momento. Su cuerpo se tensó más aún al pensarlo, como si estuviese en mitad de un combate en el ring, uno contra alguien más rápido y fuerte que ella, uno que pudiera derribarla sin piedad en una décima de segundo. Caminó con cautela, aunque, cuando ya casi había llegado a la puerta, se arrepintió de no haber buscado algo con lo que cubrir su cuerpo casi desnudo. Con las pulsaciones al máximo, abrió del todo, se asomó al otro lado y comprobó que el pasillo estaba desierto, al fondo a la izquierda se oía un lejano murmullo y le llegó a la piel la sensación de que una puerta o ventana estaba abierta al exterior. A pesar del frío, no regresó para buscar una bata o chaquetón, como si tampoco le importase ir por el complejo en bragas y con una camiseta de tirantes ajustada por toda ropa. Comenzó a caminar hacia no sabía

dónde, sintiendo que algo extraño, algo desconocido y que no podía controlar, la atraía con fuerza.

Sus pies la llevaron a la puerta exterior del complejo, abierta en un pequeño resquicio que dejaba entrar la luz del día y grandes copos de nieve que empujaba la ventisca. Debió cerrarla, pero hizo todo lo contrario. Al otro lado esperaba encontrar un bosque cubierto de nieve, la inmensidad del espacio exterior que no disfrutaba entre aquellas asfixiantes paredes de hormigón, pero halló algo muy distinto. Una manada de lobos la observaba desde unos cincuenta metros, no parecían acusar el frío, a pesar de que ella no podría soportarlo cinco segundos más. Cuando los animales comenzaron a acercarse, trató de cerrar la puerta, pero no se movía, estaba atascada. Solo había una salida posible, correr para refugiarse en su dormitorio, la puerta de metal sería imposible de atravesar para los lobos.

Oía los jadeos y el sonido de las patas golpeando el suelo pulido del pasillo a su espalda, cada vez estaban más cerca y no tenía del todo claro que le diese tiempo suficiente para llegar al dormitorio. Sentía sus propias pulsaciones en el cuello mientras corría con todas sus fuerzas. Tomó la curva que daba al pasillo de los dormitorios y vio la luz al fondo, la que salía por la puerta abierta de su habitación. Unos pasos más, solo unos más. Los lobos lanzaban mordiscos al aire mientras corrían, estaban a poco metros y casi saboreaban la presa.

Por fin, solo un poco más y lo lograría. ¡Sí! Cerró a su espalda y se desplomó en el suelo. El corazón le latía a mil por hora y necesitaba recuperar el resuello. No lograba oír nada al otro lado de la puerta, cuando debían estar golpeándola y arañándola con furia sus perseguidores. Ni un solo gimoteo de frustración o aullido de enfado. Qué extraño.

Entonces llegó el ronco gruñido.

Levantó la vista, aún estaba sentada en el suelo, y vio al enorme lobo de un color gris, casi blanco, de pie sobre la cama. La miraba fijamente con ojos tan azules y profundos como el mar, a la vez que enseñaba los dientes y arrugaba el hocico a modo de amenaza o inminente ataque.

Cristina no movió un músculo, tampoco habría respirado si no fuese porque el esfuerzo anterior la tenía tan cansada que no era capaz de detener sus jadeos.

De un solo salto el lobo se plantó ante ella, podría tocarlo con solo extender una mano, o él despedazarla en un segundo. En cambio, este decidió olisquear el que muy posiblemente iba a ser un menú en solitario, sin tener que compartir la poca carne de la chica con sus hermanos y compañeros de manada.

Cristina se sorprendió al comprobar que no le tenía miedo, todo lo contrario. Era hermoso, descomunal, majestuoso... además de letal, pero un coloso de la naturaleza. Soberbio.

Cuando estaba a dos centímetros de ella, dejó de gruñir durante unos segundos, como petrificado al conectar su mirada con la de la chica. Cristina creyó reconocer en él a un igual, a un cazador solitario y atormentado, pero eso solo duró un instante...

Y entonces aulló, aulló como ella nunca había imaginado que sería de bello un sonido producido por un animal.

Se despertó sobresaltada, ni siquiera tuvo que consultar el reloj para saber que aún no había amanecido. Aquel extraño lugar de hormigón no solo estaba provocándole pesadillas, también que desarrollase capacidades nuevas y agudizase los sentidos, ahora olía perfectamente los matices del detergente que usaban para fregar los suelos y se guiaba por el olfato y el oído por los pasillos con más precisión. Aquello no la sorprendía, sabía que los americanos no hacían nada sin un buen motivo. Los soldados que pasarían allí meses, no tres semanas como ella, desarrollarían instintos y fuerzas que seguro eran valiosas en las misiones que les encomendarían en el futuro.

Se vistió y fue a la cocina, aún no había nadie por los pasillos pero sentía pisadas de lobos a su espalda constantemente; preparó café y se sirvió un vaso. Con el brebaje y un zumo de naranja concentrado entre las manos se dirigió a la sala común. En solo unos pocos minutos, las ascuas de la chimenea aún no consumidas del todo hicieron arder la leña seca que ella añadió. Cristina, tras observar en derredor, pensó que el lugar parecía muy acogedor

cuando estaba desierto; y no tan sombrío y agobiante como le había parecido en esos días. Quizás el carácter y trato de sus compañeros hacia ella habían contribuido a esa sensación.

A través de las pequeñas ventanas pudo ver cómo la débil claridad del alba surgía entre los árboles cargados de nieve, otro día más bajo un temporal que no parecía dispuesto a marcharse. Tenía mucho sentido que no hubiese ventanas, salvo algunas muy pequeñas en el complejo, ya que no había gran cosa que observar al otro lado.

Se sentó frente a la chimenea para degustar el zumo de naranja mientras el café se enfriaba un poco, allí recordó lo meditado la noche anterior sobre el caso, justo antes de quedar dormida. También los mensajes enviados a su madre y la llamada que no pudo evitar hacer a Marcos Navarro, a pesar de saber que lo despertaría, además de a Laura, su pareja.

—¿Qué pasa? ¿Ha ocurrido algo? —gruñó Marcos desde el otro lado de la línea. Se oía fatal con la tormenta que estaría agitando los cables del tendido telefónico. Cristina se sintió muy mal por despertarlo, pero le necesitaba más que nunca.

—No, el curso sigue su rumbo. Siento no haber llamado a una hora que te viniese bien. Querría pedirte que dieras besos y abrazos para todos en la comisaría.

—Espera un segundo, voy a la cocina a prepararme un café. No cariño, no es un tema de trabajo, es Cristina desde Estados Unidos. No, no le ha pasado nada. Sí, se los daré de tu parte. Ya estoy contigo de nuevo, cuéntame mientras me despierto del todo.

—No... nada... Solo quería saber cómo estabais.

—Por favor, eso sobra. Dime qué te pasa.

—A ti no puedo engañarte, ¿verdad?

—Te oigo fatal, pero no necesito analizar tu tono de voz para saber que no llamarías a estas horas si no fuese por algo que te preocupase. Y apuesto mi placa a que no es la dificultad en el caso que os han propuesto.

—Bueno, es más difícil de lo que imaginarías.

—Ya, pero sé que lo resolverás. Es algo que no admite discusión. ¿Qué te pasa? ¿Echas de menos a la pequeña?

—Eso por descontado, pero no te llamaba por ese motivo, ya lo has adivinado. Estoy teniendo un momento complicado, los compañeros no son lo que esperaba, aquí todos vienen a competir con el cuchillo entre los dientes y... bueno...

—No te están tratando bien porque te ven como el rival más fuerte.

—Quizá sea eso. No estaba preparada para recibir el ataque de compañeros. Allí en la comisaría el ambiente es muy diferente.

—Bueno, piensa que has ido sola y que así pasarás las tres semanas, que no son vacaciones de placer y que hacer amigos no es la tarea principal del curso.

—Ya, eso lo sé. Solo que... estando tan lejos de casa y sin amigos ni familia, una trata de agarrarse a lo que haya para tener algo de afecto, y eso es lo que echo más de menos.

—Pues esfuérzate en recordar constantemente que tienes muchos amigos que te quieren, valoran y respetan al otro lado del océano; el resto del tiempo dedícate a demostrar quién manda ahí. Por cierto, pregunta si hay un gimnasio en la zona, seguro que te viene bien; te he visto descargar adrenalina y sé lo bien que te sienta, por desgracia para quienes suben al ring contigo.

—Cómo me conoces. No sabes cómo agradezco oír tu voz, aunque con la tormenta se oye fatal.

—Ya me he dado cuenta. ¿Quieres hablar del caso?

—No, no podemos hacerlo. Además, quiero resolverlo sin ayuda, ni siquiera de los compañeros de aquí.

—Esa es la Cristina que yo conozco.

—Gracias.

—Por nada, gracias a ti. Eres la mejor policía que conozco, que me llames a mí cuando tienes una crisis es algo que me enorgullece, porque no tengo tu talento.

—No digas tonterías.

—No las digo, solo que tú aún no lo has comprendido...

La línea se cortó, pero Cristina estuvo unos minutos más con el teléfono pegado a la oreja, llorando por lo último que había oído, y colgó antes de quedarse dormida.

Ya se había terminado el desayuno cuando oyó las conversaciones y saludos de sus compañeros desde la cocina. Por

la ventana entraba algo más de luz, pero seguía siendo azulada y los grandes copos de nieve azotaban los cristales con fuerza. En unos minutos más, estaría sentada a su mesa en la clase de psicología para interrogatorios y entrevistas. Haría caso a Marcos, se centraría en aprender lo máximo posible y tratar de resolver el caso; para eso estaba allí, aunque tuviera que ser el comisario el que se lo recordase.

Si tenía esas dudas y necesitaba ayuda externa con solo tres noches fuera de casa, ¿cómo evolucionarían su mente y sus fuerzas a medida que pasaran semanas?

—Fue la anciana a la primera que interrogaron, la madre de la víctima —comenzó la clase Mark Davis sin saludar siquiera y con su tono seco de voz. Todos se apresuraron a sacar rápido sus libretas y bolígrafos para tomar apuntes—. La transcripción de dicho interrogatorio se encuentra en la sección siete, apartado doce del informe que recibisteis ayer, ¿entendido? Doy por sentado que aún no habéis leído todo el material, así que vamos a analizar los motivos que llevaron a los entrevistadores a realizar cada pregunta, ¿sí? Usaremos un vídeo, disculpad la calidad, para ver y oír el tono de voz usados.

Apuntó con el mando a distancia y la pizarra blanca se inundó de luz y color provenientes de un proyector ubicado en el techo. La imagen era aún más mala que la esperada por los alumnos, típica de cámara de vigilancia del siglo pasado, pero el audio era muy bueno.

—Buenos días, señora Moore, me alegro de verla más relajada y ya repuesta del mal momento vivido ayer. Si desea otro café, uno de los agentes se lo traerá; o cualquier otra cosa.

—No gracias, estoy bien.

—De acuerdo. Comprenderá, como le dijimos antes en el despacho, que le haremos preguntas complicadas, quizás la afecten por el recuerdo tan cercano de lo ocurrido.

—Sí, ha sido muy duro, es usted muy considerado.

—Pues bien, cuéntenos qué hizo a lo largo del día; y no se preocupe por el tiempo, cualquier detalle que le parezca sin importancia podría ser de mucha utilidad.

—Entonces, ¿no quiere que le cuente directamente lo del hombre ese que apareció de repente por la puerta y nos... nos hizo tanto daño...?

La mujer se derrumbó y el entrevistador tuvo que esperar unos minutos tras darle un pañuelo de papel. Los diez alumnos analizaban cada gesto y palabra de la testigo, pero aún no habían tomado notas. El profesor Davis bostezaba, como cansado por repetir la clase por enésima vez.

—Nos levantamos, como cada mañana, hacía frío y parecía que seguiría lloviendo a ratos durante toda la semana. Hice el desayuno para los tres después de vestirme, tenía pensado fregar y limpiar la cocina tras comer. — Se mostraba azorada por el desorden y la suciedad que vieron los policías en la casa—. Mi hija bajó primero, el niño media hora más tarde, serían las nueve y media, creo. No lo sé con exactitud.

—No importa, continúe.

—Mi hija solía... no sé cómo decirlo.

—¿A qué se refiere?

—Quiero decir que ella... bebía un poco, pero lo hacía durante todo el día.

—¿Era alcohólica?

—No, por Dios, ella nunca se emborrachaba tanto. Bueno, no a menudo. No sé si me comprende.

—Había muchas botellas en la casa, muchas vacías y algunas aún sin abrir. Demasiadas quizá para una sola persona, ¿no le parece?

—Pero ella bebía despacio, sin prisas, sin llegar a convertirse en...

—¿En qué, señora Moore?

—En esos que salen por televisión cuando atropellan a alguien, en esos que no saben caminar sin tropezar ni comprenden adónde se dirigen. ¿Me entiende?

—Claro que sí, pero hay que considerar que era muy temprano para comenzar a beber.

—Debe usted saber que mi hija lo pasó muy mal con su pareja, el padre de mi David. Le daba muy mala vida, por él se metió en el alcohol. Palizas a ella y al niño, no puede ni imaginar el infierno que pasó la pobre siendo aún tan joven.

—Me lo imagino. Por favor, continúe con el relato de lo que hicieron esa mañana.

—Claro, disculpe, ya estoy mayor y se me va la cabeza —hizo un aspaviento con las manos muy teatral—, no sé lo que digo. Desayunamos huevos y café. Se había acabado el zumo de naranja. Era sábado y mi Rose iría en coche al pueblo para hacer la compra. Eso si nos llegaba con la mísera pensión que el Estado nos tiene concedida, tanto a mí por la viudedad de mi pobre Martin, que Dios lo tenga en su gloria, como la de madre soltera que le asignaron a mi Rose.

—Bien, entonces ¿fue ella al pueblo a hacer la compra?

—No, subió a cambiarse de ropa y bajó al cabo de unos minutos. Se... se tomó una copa más, aunque yo le dije que no debía porque era temprano y debía conducir, pero ella no me hizo caso. Entonces apareció él.

—Cuénteme: ¿qué aspecto tenía? ¿Qué hizo?

—Bueno, llevaba la cara tapada, pero era fuerte, muy alto y gritaba diciendo insultos todo el tiempo. Nos golpeó al niño y a mí cuando tratamos de impedirle entrar.

—¿Dónde estaba su hija en ese momento?

—Había vuelto arriba, a su habitación para buscar un abrigo o impermeable.

—De acuerdo, continúe.

—Pues ese... tipo nos llevó a empujones y golpes hasta la puerta del sótano y nos obligó a bajar. Yo escuchaba a mi hija gritando desde su dormitorio, preguntando qué ocurría, pero cuando ella llegó al sótano, ya estábamos atados el niño y yo. El asesino se la llevó y cerró la puerta dejándonos encerrados. Gracias a Dios que los vecinos escucharon a la pobre Rose y llamaron a la policía. Pero fíjese todo lo que tardaron en llegar, un poco más y hubiésemos muerto.

—¿Vio que golpease también a su hija?

—No lo recuerdo, pero supongo que sí, la golpearía para llevarla al dormitorio y hacerle... ¡Oh, Dios mío!

La anciana rompió a llorar y el agente especial encargado del interrogatorio miró fugazmente a la cámara de vídeo. Tras acercarle otro pañuelo de papel y esperar a que se calmase, continuó:

—¿Le había dicho su hija que alguien la estuviese molestando en las últimas semanas? ¿Tuvo alguna pelea o encontronazo con un vecino o extraño del pueblo?

—Lo normal, suele discutir con Vincent cada vez que va al pueblo y se lo encuentra en el bar.

—¿Quién es Vincent?

—Su último exnovio, rompieron hace dos meses. A veces se emborrachan y pasan la noche juntos, pero lo normal es que se peleen a

voces o se den unas bofetadas, nada serio. Claro que también está Daniel Anderson, un tipo que la había amenazado varias veces.

—¿Amenazas? ¿De qué tipo? ¿Qué relación mantenía con ella?

—Es el tendero. Rose... verá... debe algo de dinero y Daniel le dijo en varias ocasiones que pagase o tendría un problema.

—Debo entender que ese «algo de dinero» quiere decir unos cientos o miles y que antes de las amenazas hubo intentos para cobrar un poco más amistosos, ¿verdad?

—Sí, tiene usted razón —aseguró la anciana con visible gesto de vergüenza.

—No creemos que nadie llegue a matar por una deuda con el supermercado, por muy alta que sea, pero hablaremos con él de todas formas. Lo del exnovio me interesa más, hábleme de él, ¿qué tipo de carácter tiene?

El interrogatorio aún se extendió dos horas más, durante las cuales la mujer habló de la relación de su hija con su exnovio, con varios vecinos y con ella misma y su nieto. Los objetivos del entrevistador quedaban claros: cansar a la anciana para que se relajase y mostrara su verdadero parecer en cuanto a opiniones y narración de lo ocurrido, para ello preguntaba una y otra vez, cada quince o veinte minutos, algunas de las cuestiones más importantes y así observar su reacción al responder de nuevo. Por otro lado, quería indagar en su relación personal con su hija, no se fiaba de ella. Para no ponerla en su contra y que se cerrase en banda, no preguntaba los porqués obvios, como «¿por qué iba su hija al colmado del pueblo a comprar, si el propio tendero la había amenazado y no le fiaría más alimentos? o ¿por qué dice que el asesino se la llevó a rastras al dormitorio si no había ninguna señal de violencia o peleas en el cuerpo?». El entrevistador solo tenía que rodear las respuestas que necesitaba usando las mismas preguntas pero efectuadas desde diferentes puntos de vista.

El profesor Mark Davis apagó el proyector al terminar el interrogatorio.

—¿Y bien? ¿Por qué ha seguido esa línea el agente?

—Está claro que no se fía de ella —respondía Luan Buga, el sudafricano—. ¿Cómo sabía el asesino que había una puerta que daba al sótano y dónde estaba? A nosotros mismos se nos pasó por

alto cuando estuvimos en la casa. No se encontraba claramente a la vista. Solo alguien que hubiera visitado la casa y la conociera, sabría de su existencia.

—Correcto. ¿Y además de eso?

—El alcohol —dijo Leyna Penz, la alemana—. Ella aseguró que su hija tomó dos copas, pero el contenido de alcohol en sangre revela que debió ingerir casi una botella de ginebra.

Cristina había llegado a esas mismas observaciones, al igual que otros asistentes, pero prefirió mantenerse algo más desapercibida que los dos días anteriores. Después de todo, allí puntuaban por resolver el caso, no por ir de listilla.

—¿Qué más?

—Ya tenemos otros dos sospechosos —repetía la alemana—. En el informe aparecen diferencias notables entre los crímenes del asesino en serie y este, así que puede barajarse la posibilidad de que se trate de un imitador que tenga un móvil, que desee la muerte de Rose Moore y haya decidido endosarle el crimen al otro.

—Muy bien, ¿algo más?

Cristina se mordía la lengua para tratar de no decir nada, pero no lo logró del todo.

—El tono de la anciana cambia en algunas preguntas, además de un comportamiento no verbal sospechoso a medida que va sucediéndose el interrogatorio. Se siente atacada a veces y en otras ocasiones trata de parecer frágil.

—Quizás está aún bajo los efectos del shock postraumático —la retó el profesor.

—No, no tiene ninguno de los síntomas. Esa forma de derrumbarse y llorar del principio la delató, más aún cuando se repuso en cuestión de segundos.

—Eso es, por ese motivo se sospechó de ella durante gran parte de la investigación. Y es el momento de hacer un inciso, id a tomar un almuerzo antes de que veamos la entrevista con el niño, el hijo de la víctima.

Cristina vio a uno de los operarios de mantenimiento correr por el pasillo en dirección al aula mientras ella y sus compañeros se dirigían a la cocina. No le dio mucha importancia al hecho de ser la primera vez que veía a alguien alterado en el tiempo que llevaba allí.

Además, tenía mucho apetito y Miguel Oliveira iba todo el camino martirizándola con preguntas sobre el interrogatorio que habían analizado.

—No creo que la vieja sea la asesina, eso sería demasiado fácil, pero quizá sea cómplice del exnovio.

—¿Tú crees? —respondía ella—. Tal vez lo hizo alguien que no conocemos aún.

—Sería una locura. Tenemos a la abuela y al niño, al asesino en serie, al exnovio maltratador y a un tipo al que la víctima debía dinero, y por supuesto que no se descarta que aparezcan algunos más. No está nada mal para una simple mujer que vivía en mitad de la nada.

—El caso se complica por momentos. Quizá, si lo pedimos todos los asistentes, nos abran de nuevo la casa para echar otro vistazo con más profundidad.

—Eso sería fabuloso. —Oliveira estaba entusiasmado con la idea—. Si pudiera entrar otra vez, sabiendo que puedo husmear a mi antojo, seguro que podría hacerme una idea más concreta de lo que sintieron los agentes que llevaron este caso.

—Tengo un apetito de muerte, estar sentada viendo el video borroso en blanco y negro me está dando hambre y sueño.

—¿Qué te ha parecido a grandes rasgos el interrogatorio?

—Prefiero esperar hasta ver los del niño y los demás sospechosos y conocidos de la víctima. Por ahora no me ha parecido nada especial el de la anciana. Los giros y las repeticiones, los tonos cambiantes, las miradas incisivas; el entrevistador es bueno, pero tampoco para darle un diploma. Espero ver más nivel en los siguientes, sobre todo en el del niño; no es sencillo entrevistar a menores, y mucho menos tras el asesinato de su propia madre.

—Veo que sigues yendo a por todas —le dijo Oliveira con una sonrisa.

—Supongo que todos venimos a lo mismo, a ganar, a resolver el caso.

—Pues será complejo. Ayer estuve hasta las cuatro de la madrugada leyendo todo el informe. Las sospechas sobre unos y otros van y vienen a medida que se descubren nuevos indicios o

informaciones sobre las relaciones de los mismos con la víctima. Cuanto más se avanza en el caso, más dudas surgen.

—Entonces es mejor no indagar en los informes de otros policías. Quizá sea mejor partir de un folio en blanco y tomar las propias decisiones y valoraciones.

Entraron en la cocina y se sirvieron una buena cantidad de carne de alce guisada, arroz y patatas hervidas. No era la comida que habría elegido la inspectora, pero tenía tanta hambre que la hubiera comido cruda. Llevaba tres días en el lugar y ya notaba que recuperaba su peso habitual y las fuerzas perdidas tras la muerte de su pareja. Volvía a tener apetito y ganas de entrenar duro en el gimnasio. Quizá fuese el caso que seguía con ahínco, tal vez la distancia puesta con una ciudad que le traía malos recuerdos, o era que solo se tenía a sí misma allí, sin familia ni amigos, y podía dedicarse a ella en exclusividad por primera vez en muchos meses. Quizás un poco de egoísmo fuese la terapia adecuada.

Había terminado de comer, y permanecía oyendo las conjeturas de sus compañeros con respecto a la anciana madre de Rose Moore, cuando el profesor Rob Howard entró corriendo en la cocina. Mostraba un semblante tan desfigurado por el horror que hizo enmudecer a los presentes.

—Necesito que salgáis ordenadamente y os dirijáis a vuestros dormitorios. Por favor, dejad los platos y cubiertos sobre la mesa, no hay tiempo que perder.

—¿No podemos preparar algo de café antes de irnos?

Rob Howard ignoró la pregunta del brasileño Bryon Castro.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Piero Rossi.

—Eso lo sabréis en su momento. Hemos sufrido un contratiempo y debéis marcharos a estudiar el informe a vuestras habitaciones. Obedeced, es una orden. Y cerrad la puerta por dentro.

¿Qué demonios había pasado? ¿Por qué estaba Rob tan alterado? ¿Encerrarse en las habitaciones? Cristina no comprendía nada; pero, al igual que sus compañeros, abandonó en silencio la cocina y se dirigió a su dormitorio. Que los trataran como niños o adolescentes en un campamento de verano no les hizo la menor gracia, menos aún quedar aislados durante horas entre tabiques de grueso hormigón. La inspectora volvió a colocar la estructura de la

cama en vertical para hacer sus dominadas y resto de ejercicios, luego se dio una ducha y trató de llamar a sus padres antes de que fuese demasiado tarde en España; imposible, la línea estaba interrumpida por el temporal.

Hacía muchas horas que no oía los balbuceos de su hija y las voces de sus padres. Se recostó apesadumbrada sobre la cama, sin saber qué más hacer.

Llevaba dos horas revisando una y otra vez las fotografías de la escena del crimen y alrededores, había hecho docenas de anotaciones en su libreta, pero seguía con la mente en la mirada de pánico que Rob Howard portaba al entrar en la cocina. Debía de haber pasado algo muy grave para que reaccionasen así. ¿Y si aquello era una prueba? ¿Y si buscaban que los alumnos mostrasen sus dotes de investigación desobedeciendo de nuevo, como en la casa, para investigar lo sucedido? No, no tenía mucho sentido. Aunque ese pensamiento hizo que un picor naciese en su estómago y la impulsara a salir del cuarto para tratar de averiguar algo que saciase su curiosidad.

Aunque, al final, no hizo falta luchar contra esa tentación. Golpearon la puerta desde el otro lado, ella se levantó de un salto y preguntó quién era. «Todos a las cocinas, no tardéis» oyó como respuesta, no supo identificar la voz de quien lo había dicho. Cristina se puso una sudadera encima de la camiseta interior y se calzó las botas antes de salir. Casi fue a la carrera, pensando que por fin les informarían de lo sucedido, no quería perderse una palabra. Al llegar, ya había dos compañeros allí.

—¿Sabes algo? —le preguntó Luan Buga, el sudafricano.

—Supongo que lo mismo que vosotros. No sé si esto es un ejercicio más o es que realmente ha ocurrido algún accidente.

—Debe de ser muy grave para interrumpir las clases —dijo Brandon Murphy, el irlandés—. Estos americanos militares, o casi militares, no suelen variar su programa a la ligera.

Cristina y Buga asintieron. Entonces aparecieron los demás.

—¿Qué sucede? ¿Qué ha ocurrido?

—No lo sabemos. Esperamos que alguien venga a contarnos el motivo para suspender la clase de la tarde.

Nadie tomó asiento, se limitaron a observarse entre ellos y dar rienda suelta a la imaginación, ya que la intriga por lo que hubiese sucedido mordía con saña sus estómagos. Al cabo de unos minutos, fue William Cooper, el director, el que apareció ante ellos, despacio y en silencio. Los presentes quedaron mudos y mirándole. Él se limitó a balbucear unas palabras:

—Calentaos la cena, lo tenéis todo en los frigoríficos y las alacenas. Luego volved a los dormitorios.

Y desapareció ante la mirada atónita de todos. Un largo minuto pasó hasta que pudieron articular palabra, o pregunta, mejor dicho, y comenzaron a impacientarse.

—¿Qué coño está pasando aquí? —Piero Rossi hacía piña con su grupo de fieles—. Quiero que me den una explicación ya. No pienso comportarme como una rata de laboratorio y obedecer a quien pretende que entre a buscar el queso en el laberinto.

—Estamos invitados a un curso. —Luan Buga trataba de calmar los ánimos de todos—. Quizás haya sucedido algo grave, puede que relacionado con la fuerte tempestad, y deberíamos esperar. Estoy seguro de que nos dirán lo que sea en breve.

—¿Qué tal si te callas, moreno, y nos preparas la cena? —respondió Rossi.

—Eres un hijo de puta racista —le gritó Timothy Brown, que también se dio por aludido en el insulto.

—A llorar a vuestro puto país. ¡Quiero mi cena! ¿Quién me la hará mientras averiguo lo que pasa? ¿Quizá la zorrilla favorita de los profesores? Tú, española, mueve ese culo flaco.

Cristina midió la distancia con un paso y le propinó un directo en la nariz. El italiano se tambaleó y tuvo que ser sujetado por dos compañeros para no desplomarse en el suelo. Se llevó la mano a la cara y miró asustado la sangre que manaba abundantemente.

—¿Esto es todo lo que sabes hacer? —Piero Rossi se repuso con rapidez, y lamió la sangre que había manchado su mano mientras esbozaba una sonrisa.

—Tengo mucho más para ti, payaso.

—¿Qué está pasando aquí?

Al girarse, los alumnos vieron a Rob Howard en la puerta. Cristina y Piero se separaron, al igual que el resto, tratando de mantener la compostura. Rob entró despacio, sin saber muy bien lo que acababa de contemplar.

—Trataré de olvidar lo que acabo de ver para no tener que expulsar, por primera vez desde que se realiza este curso, a dos de sus participantes. Entiendo que la situación se ha vuelto extraña, nunca habíamos tenido una complicación como la que...; trataré de comprender que la tensión está provocando estas reacciones y me olvidaré de lo que ha ocurrido aquí.

—¿Nos van contar lo que sucede? —preguntó con timidez Kenta Hoshi.

—Mañana a primera hora nos veremos en el aula tras el desayuno, será entonces cuando se os diga lo ocurrido y si el curso sigue adelante. Hasta entonces, espero no volver a ver este tipo de conducta en inspectores de policía que vienen representando a su país. ¿Entendido? —Y miró a Cristina y a Piero.

—Pido disculpas por mi comportamiento —dijo la inspectora.

—¿Algo que decir? —preguntó el profesor.

—No pienso disculparme porque esta zorra me haya golpeado. —Piero se giró y fue a por su cena.

Rob no dijo nada más, desapareció con el mismo sigilo que había llegado y los alumnos cenaron en silencio, sin más altercados, hasta que se marcharon a sus dormitorios de nuevo.

Cristina no sabía qué hacer. Los nervios la atacaban por no haberse desahogado del todo con ese imbécil italiano; no tenía sueño pero tampoco quería revisar otra vez el informe, ya estaba cansada de repasar una y otra vez los mismos datos. ¿Qué estaba sucediendo allí? No podía tratarse de un accidente laboral en el que un trabajador resultase herido, no se habrían cancelado las clases por algo así. Quizás alguien había desaparecido, pero lo lógico sería formar grupos de personas para hacer una batida por los alrededores, no desperdiciar el potencial humano que tenían allí encerrado en sus habitaciones. ¿Y por qué lo de encerrarse con llave? ¿Estaban en peligro? Eso solo podría significar que había ocurrido un ataque. Algún miembro del equipo, fuese un profesor o un operario de mantenimiento, habría resultado herido... ¿Muerto tal

vez? La mirada de Rob no dejaba lugar a dudas. Sí, una muerte por violencia justificaría que los profesores tomaran aquellas decisiones y precauciones.

¿Por qué no contaban con ellos para ayudar? Estaba claro para ella: los propios alumnos eran sospechosos.

El director, William Cooper, se encontraba en esos momentos con los profesores y operarios de mantenimiento en una sala de reuniones anexa a su despacho. A su derecha se sentaban Alberto Gómez, Rob Howard y un operario; a la izquierda lo hacían Mark Davis y los otros dos operarios. En el centro de la mesa había una gran jarra de café recién hecho como toda cena que pensaban tomar mientras meditaban sobre lo ocurrido y trataban de sacar adelante las dos tareas principales que tenían ante sí: qué hacer con el curso y averiguar qué demonios había ocurrido en el gimnasio.

Mark Davis se mostraba más angustiado y apenado que los demás. Rob trataba de mantener el orden y Alberto discutía entre susurros con un operario sobre algo que los demás no alcanzaban a oír. William Cooper sacó del bolsillo de su pantalón una petaca y escanció algo de licor sobre su vaso de café; el resto hizo como si no lo hubiera visto, era el respeto que se había ganado a esas alturas de su ya casi finalizada carrera.

Mark Davis se puso en pie, rojo de ira, y preguntó a los demás profesores si una afrenta así iba a quedar impune.

—No sabemos aún quién ha podido hacerlo, así que no vamos a prender fuego al lugar, por el momento —dijo Alberto Gómez para tratar de calmarlo, el resto de los presentes lo miraba con muestras de pesar.

—Nos conocíamos desde hace más de veinte años, era de mi grupo de homicidios cuando aún no habíamos ingresado en «la oficina», décadas de amistad y compañerismo, sangramos unos por otros muchas veces. ¡Joder! ¿Habéis visto lo que han hecho con él? ¿Habéis visto lo mismo que yo? ¿Vamos a quedarnos aquí charlando como cotorras en vez de coger a esos cachorros de mierda y sacarles una confesión?

—Relájate, Mark, no sabemos si ha sido un alumno, un extraño que haya entrado durante la noche o... quizás uno de nosotros —dijo Rob.

—¿De qué coño hablas? ¿Uno de nosotros? ¿Nos hemos vuelto locos? Tenemos aquí a una alemana, a un japonés, a gente extraña que puede estar loca o con ganas de fama, como algunos asesinos en serie.

—Están todos avalados por sus gobiernos, son buenos policías.

—Yo soy un buen policía, William lo es, tú lo has demostrado, Rob, igual que Billy. Pero, ¿quiénes son esos niñatos? Tal vez haya un asesino que haya suplantado la identidad de uno de los asistentes al curso... Cuando fueron a buscarlos al aeropuerto, ¿quién los sometió a pruebas de identidad exhaustivas?

—Nadie, Mark, sencillamente porque tenemos sus fotografías en las fichas. Eso de suplantar la identidad suena demasiado inverosímil —apuntó Rob Howard.

—Debemos tener la mente fría —zanjó William Cooper—. No podemos dejarnos llevar por impulsos. Esto es un caso de homicidios en toda regla y hay que seguir un procedimiento.

—Pero estamos incomunicados, llevamos todo el día sin radio ni cobertura para el teléfono. No podremos llamar al *sheriff*, a la científica o al forense.

—Estamos aquí los que debemos estar, los más preparados para resolver el caso. Nadie salvo nosotros podrá averiguar quién ha asesinado a nuestro compañero Billy Coleman.

Tras la puerta de la sala, con la oreja pegada a la misma y tratando de concentrarse en no perder una sola palabra, Cristina tuvo que llevar sus manos a la boca para evitar una exclamación al conocer por fin lo que había ocurrido.

Capítulo 5

Domingo

Si no pudo dormir antes de acometer su tarea, mucho menos las horas posteriores, así que tuvo que esforzarse ante los demás durante el día para que no notasen su cansancio y evitar bostezar constantemente. Por suerte, pudo retirarse a su cuarto antes de lo previsto esta noche. El pusilánime, alcoholizado y fracasado de Cooper no quiso hacer interrogatorios ni empezar con la investigación el mismo día del hallazgo del cuerpo, comenzaría al día siguiente, parece que olvidaba la regla básica de: si pasan cuarenta y ocho horas y no se atrapa al asesino, se perderán casi todas las opciones de capturarlo en el futuro.

Si el viejo dirigía la orquesta, tenía claro que no lograría hacer que un solo instrumento pareciese afinado. Aquello sería mucho más sencillo de lo esperado.

Antes de caer rendido de cansancio en la cama, recordó una última vez, paladeando su triunfo, cómo encontró la puerta del dormitorio de Billy Coleman abierta. Ese estúpido roncaba mientras él se acercó despacio a la cama y le aplicó el pañuelo impregnado en cloroformo. Unos segundos más tarde, tras cerciorarse de que nadie caminaba por los pasillos, arrastró el cuerpo hasta el gimnasio, allí tendría tiempo de sobra para ejecutar su plan. En la mochila a su espalda llevaba las cuerdas y ya había dejado la escalera apoyada en un lateral varios días antes, no necesitaría más.

Casi se muere de frío durante el proceso. Cuando regresó al interior, tuvo que permanecer una hora con el abrigo, los guantes y el gorro en su habitación, debajo del nórdico y con el dulce recuerdo

de ver a ese cabrón despertando justo cuando acababan de salir fuera. Sus ojos se escapaban de las órbitas al gritar como un cerdo, pero de nada le serviría. Lo había vestido con ropa de abrigo, así tardaría más en morir, esa era la idea, que estuviese durante un buen rato dándole vueltas a la cabeza.

Ahora tocaría la parte más difícil, seguir con el plan a pesar de que todos estarían alertados, de que las puertas permanecerían cerradas desde dentro, y de que trabajaría contra reloj. Cuando las conexiones se restableciesen y pudieran venir más investigadores desde el exterior, quizá se acabase todo. Mientras tanto, seguiría adelante y trataría de salir indemne del lugar. Así lo había planificado y así debía suceder, se lo debía a sí mismo y a sus padres.

¡Qué ironía del destino! Diez excelentes policías se habían encontrado allí para resolver un crimen imposible y acabarían siendo testigos de otro aún más indescifrable. Ni siquiera la chica española sabría dónde se estaba metiendo.

—En nombre de los profesores y de la institución a la que representamos —comenzó a hablar el director William Cooper— os pido disculpas por la interrupción del curso y el mutismo que nos hemos visto obligados a mantener durante estas horas. Sobra decir que se ha producido un terrible suceso y estamos consternados.

El reloj sobre su cabeza en el aula formativa marcaba las siete y doce minutos. El director hizo una pausa para dar un sorbo a su taza de café, tras él estaban Rob Howard y Alberto Gómez. Los asistentes, sentados a sus mesas, se mostraban impacientes por conocer de una vez lo que ocurría. Cristina Collado tenía la información pero no la había compartido con nadie, no sería prudente reconocer que salía a escondidas por la noche de su dormitorio para escuchar tras las puertas. Le hubiese gustado contárselo a Marcos por teléfono cuando regresó a la cama, pero la línea seguía cortada, también la del teléfono fijo. La tempestad se había intensificado hasta dejarlos completamente aislados.

—Tengo que daros la triste noticia del fallecimiento del profesor Billy Coleman —añadía—. Fue encontrado sin vida ayer a las doce y media de la tarde por un operario de mantenimiento. Las causas de la muerte pertenecen a la confidencialidad de...

—No puede tratarnos como si fuéramos prensa —lo interrumpió Timothy Brown.

—No estamos obligados a revelar información a personas ajenas al cuerpo.

—¡Ni hablar! —gritó Piero Rossi—. Nos traéis aquí, nos dais vuestra ropa y nos hacéis investigar uno de vuestros casos. Ahora no nos apartéis cuando podemos ayudar. Somos los mejores inspectores de homicidios de nuestros países, ¿vais a rechazar esa ayuda?

—Está claro el motivo por el que no quieren nuestra ayuda —apuntó Cristina.

—¡Qué extraño que no apareciese la listilla del grupo! A ver, ilústranos a los que no tenemos tu cerebro.

—Pues es evidente, pedazo de imbécil —le dijo Leyna Penz—. Nos quieren controlados y al margen de la investigación porque somos sospechosos de un homicidio.

—¿Es eso cierto? —preguntó Piero a los profesores.

—Aquí nadie ha dicho que nosotros mismos, los profesores y operarios de mantenimiento del lugar, no seamos sospechosos también, pero hay otros dos motivos más para no contar con ustedes. Cada uno ha recibido una formación diferente como policía y, además, han demostrado que no saben trabajar en equipo, se han producido riñas, incluso agresiones en solo dos días. Este lugar, en el que estamos aislados y no sabemos hasta cuándo recibiremos ayuda del exterior, puede afectar a su comportamiento. No vamos a permitir que la situación se descontrole aún más. Por eso permanecerán en sus dormitorios salvo cuando tengan que comer y otras dos horas al día, que las pasarán en la sala común, todos juntos, sin excepción. ¿Ha quedado claro?

El murmullo de malestar se elevó hasta un tono desagradable, Alberto Gómez tuvo que golpear con fuerza la mesa en varias ocasiones para tratar de calmar los ánimos y que no se descontrolara la situación.

—Está bien, está bien. Sentaos, por favor.

—No vamos a permitir que nos traten como a niños.

—Lo sé, nadie va a hacerlo. Sentaos y os contaremos lo ocurrido, al menos lo que sabemos hasta el momento.

Todos obedecieron ante la idea de recibir por fin la información. Cooper mostró un semblante que dejaba evidente su molestia ante la idea de compartir datos confidenciales, y así se lo hizo saber a su compañero.

—No deberíamos confiar en ellos, ni siquiera son ciudadanos americanos.

—Son policías, igual que nosotros. Puede que el asesino esté entre ellos, como también podría estarlo entre nosotros. Si vamos a pasar días o semanas aquí encerrados, incomunicados por la tormenta, lo mejor es aunar esfuerzos y trabajar por una convivencia cordial y beneficiosa para todos.

Cooper gruñó por toda respuesta. Rob Howard sonrió de forma complice a su compañero Gómez.

—Ayer por la mañana —se dirigía ahora el profesor a los diez asistentes— Billy Coleman no apareció en la pequeña reunión que solemos hacer cada día en el despacho del director, ni luego en la cocina para desayunar, pensamos que se habría quedado dormido e iría un poco atrasado durante el resto del día. Debía preparar la clase del día de hoy conmigo, así que pensé que nos veríamos durante el almuerzo. Pero no hizo falta llegar a esa hora, un poco antes uno de los operarios, que pasaba por el pasillo frente al gimnasio, oyó el ruido de una puerta dando golpes. Entró y observó que la puerta del otro lado, la que da al exterior, estaba abierta y el viento la golpeaba con fuerza. Al acercarse para cerrarla vio el cuerpo de Billy, estaba atado de pies y manos, a menos de un metro de dicha puerta, y completamente congelado, como una estatua macabra. No somos forenses, pero con nuestra experiencia calculamos que llevaba allí muchas horas, posiblemente desde la madrugada.

—¿No pudo entrar para guarecerse del frío? —preguntó uno de los alumnos.

—La misma cuerda que lo ataba de pies y manos también lo tenía sujeto al árbol —respondía Rob Howard—, a una rama a tres metros de altura. El que lo dejó allí se aseguró de que quedase tan cerca de la salvación como para pensar que lograría conseguirla.

—¡Qué crueldad!

—Si sucedió durante la madrugada, ¿por qué nadie de los presentes oyó los portazos y el sonido de la tempestad entrando en la instalación? Ni siquiera sus gritos.

—Este complejo es grande, la zona destinada a los dormitorios, cocina y aulas están a un lado, el gimnasio, la sala de proyecciones y los despachos al otro. Y hay que sumar que las paredes son de un hormigón muy grueso.

—Una venganza...

—¿Cómo has dicho?

—No, solo murmuraba —respondió Cristina—. Un crimen de ese tipo, con esa puesta en escena, solo puede deberse a una venganza. Quien lo hiciera, debía de tener una cuenta personal importante que saldar. Si el asesino es uno de nosotros, solo hay que investigar los vínculos con la víctima.

—Es exactamente la línea de investigación que habíamos decidido tomar —le dijo Alberto Gómez.

—¿Dónde está el profesor Mark Davis? —preguntó otro alumno.

—Se encuentra muy afectado. Él y Billy fueron compañeros durante muchos años en la policía y luego en el FBI, eran casi hermanos.

—¿Dónde está el cuerpo? ¿Podemos analizarlo?

—Un momento, despacio, no podéis pretender que os demos la potestad y privilegios de agentes especiales del FBI. ¿Cómo demonios vais a observar el cadáver?

—Vosotros lo habéis dicho, estamos aislados. Si no pueden venir del exterior, tampoco podremos salir, así que no tenemos nada mejor que hacer que contribuir en lo que podamos a la investigación. No creo que le pase nada al cuerpo porque le echemos un vistazo —dijo Cristina.

—¿Tenéis luz ultravioleta y Luminol para buscar huellas y otros restos biológicos? —preguntó Miguel Oliveira.

—Sí, tenemos de todo. Tenemos toneladas de material en los edificios exteriores y en los almacenes del otro lado del complejo, pero vamos a pensarnos eso de dejaros campar a vuestras anchas por el lugar antes de que ocurra otra tragedia. Por lo pronto, marchaos a la sala común y esperad nuestra decisión. ¿Entendido?

—¿Qué vamos a hacer en la sala común?

—Estudiar el caso de Rose Moore, que para eso habéis venido, o charlar, o poner una película en el televisor. Tenéis docenas de películas policiacas para elegir.

—Otra vez nos tratáis como a niños.

—Demostrad que podéis trabajar en equipo y quizá cambiemos de idea. Y marchaos a la sala común o seguiremos pensando que vuestro concepto de la disciplina y cumplimiento de órdenes no está a la altura.

Habían pasado dos horas y nadie aparecía, al otro lado de las ventanas ya no se veía nada porque la nieve había cubierto por completo el edificio; ni siquiera se adivinaba el rumor lejano de los árboles siendo azotados por el viento, como en otras ocasiones creían haber percibido. El grupo de Piero Rossi había dejado de cuchichear unos minutos antes y ahora se impacientaba ante la chimenea. Brandon Murphy protestaba por no poder ir a la cocina a por una cerveza. En realidad, se quejaba más por la ausencia de licores más acordes con la situación. «Seguro que el director Cooper tiene una buena provisión en su despacho, quizá se lo llevó todo del mueble bar antes de que llegásemos», dijo una hora antes, a la vez que hacía con los brazos el gesto universal de empujar el codo, como si él mismo no estuviese alcoholizado.

Cristina volvía a sentarse en una de las butacas del fondo junto a Miguel Oliveira, René Feraud y Kenta Hoshi. La tertulia entre ellos aún se mantenía viva.

—Solo puede haberlo hecho uno de los profesores o de los técnicos de mantenimiento, quizás el vigilante de la puerta. Con un todoterreno, podría venir de noche, entrar por un acceso que solo ellos conocen y perpetrar su plan —proponía Hoshi. A Cristina le pareció un fantástico policía, agudo y muy meticulado.

—No descartaría por eso a los alumnos —aseguraba Cristina—. El motivo de que ejecutase el asesinato durante la tercera noche pudo deberse a que las dos anteriores estuvo indagando durante las madrugadas para buscar el sitio perfecto. Este lugar es enorme, pero los pasillos se recorren en cuestión de media hora si se estudian y vas a paso ligero. Cualquiera de nosotros podría

memorizarlo y descubrir las puertas que dan al exterior o a zonas como el gimnasio con invertir unas dos horas cada noche.

Todos la observaron en silencio, incluso el grupo de la chimenea.

—Disculpas por la tardanza. —Alberto Gómez aparecía por la puerta para salvar a la inspectora del tenso momento—. Me gustaría que formaseis grupos de dos, o podéis continuar con el mismo compañero con el que entrasteis hace dos días en la casa de la prueba.

Cristina miró a Oliveira y el portugués asintió con la cabeza. Por fin iban a ver el cuerpo del profesor. Inspeccionarlo en busca de algún indicio o marca que ayudase a descubrir al autor del crimen. El profesor no dijo nada más, solo permaneció a la espera de que se decidiesen por sus parejas y eligió a la que tenía más cercana para llevarla consigo.

—Sobra deciros que lo que vais a contemplar pertenece a una investigación en curso para la cual no estáis autorizados. Así que espero el máximo mutismo y discreción por parte de todos los presentes.

—¿Nos dejan a los demás aquí? —se quejó Leyna Penz.

—Bueno, supongo que tendrán el cuerpo en algún lugar pequeño —la consoló Brandon Murphy—. No podríamos inspeccionar el cuerpo sin molestarnos al hacerlo todos a la vez.

Piero Rossi y Timothy Brown habían sido los elegidos para partir en primer lugar. El resto quedó a la espera y en silencio. Luan Buga y Brion Castro fueron media hora después. Había regresado el profesor, pero no los alumnos, que seguro permanecían en una sala o aula de aquella zona del complejo. Cristina y Miguel partieron en el tercer grupo, pero la sorpresa fue mayúscula al ver que entraban en lo que seguro era el gimnasio, contaba con máquinas de poleas, pesas y mancuernas, una cuerda para trepar hasta el alto techo y un ring de boxeo. Preguntaron si allí estaba el cuerpo, pero el profesor no respondió. Al fondo, al lado de la puerta y con síntomas de estar ateridos, aguardaban los compañeros de los dos primeros grupos.

Una gran puerta metálica se abrió ante ellos y pudieron observar cómo la tempestad azotaba a un enorme árbol, a más de veinte metros, cuyas grandes ramas se extendían en todas direcciones, una de ellas llegaba casi hasta ellos y aún tenía una soga colgando

que oscilaba en un baile macabro. Cristina y Miguel Oliveira se llevaron las manos al pecho y pidieron que cerrasen la puerta a gritos.

—¿Qué significa esto? ¿Nos habéis traído para ver una cuerda colgando de una rama? —la inspectora estaba muy enfadada.

—Es el escenario del crimen.

—¿Y de qué sirve tras tantas horas soportando viento, hielo y nieve? Ahí no quedará ninguna prueba. No creo que al asesino se le haya caído la cartera en el suelo.

La chica se alejó de la puerta. Sus compañeros también estaban enfadados, los habían llevado por una red de pasillos para contentarlos con el caramelo de ver una rama y una soga.

Cristina no esperó respuesta alguna, el profesor tampoco parecía dispuesto a dársela. La curiosidad la condujo a un lateral del gimnasio, donde había una alta escalera sobre un charco de agua.

—Usaron esta escalera para subir la cuerda y atarla a la rama —dijo antes de moverla para buscar alguna marca reciente.

—¡No la toques, aún no la hemos inspeccionado en busca de huellas! —gritó Mark Davis, que acababa de llegar al gimnasio—. ¿No te han enseñado a no tocar pruebas sin guantes?

—Pues claro que sí, pero aquí no hay huellas.

—¿Cómo puedes estar segura?

—Porque el autor del crimen la usó de madrugada y a más de veinte grados bajo cero. Si no hubiera llevado guantes, se habría dejado la piel pegada o habría muerto congelado. —Y la dejó caer al suelo con desdén.

—Tiene razón, Mark —le dijo Alberto Gómez a su compañero.

—Aún así no debió tocarla sin permiso. ¡Oye! ¿A dónde crees que vas?

—A mi dormitorio. Si no vamos a participar en esta investigación, seguiré estudiando el caso de Rose Moore. No quiero perder mi tiempo con esta farsa.

—No podemos dejar que veáis el cuerpo, es algo que va contra las normas. Habéis venido a realizar una práctica, un curso, no a investigar cuando no sois policías aquí, solo turistas.

Ella se giró antes de salir y respondió a Gómez con calma.

—Te entiendo, créeme, entiendo vuestra postura. En mi país tampoco os dejaríamos participar en una investigación. Por eso me marcho a descansar y tratar de avanzar con el caso Moore.

Oliveira la alcanzó en el pasillo para regresar junto a ella y pedirle que estudiaran juntos el caso en la sala común; a Cristina no le apetecía lo más mínimo estar en aquel sitio lleno de cuchicheos y donde tendría que ver a Piero Rossi y sus secuaces con sus gestos arrogantes, pero accedió y le dijo que se encontrarían allí en media hora. Durante ese tiempo, aprovechó para intentar llamar a su madre, necesitaba oír voces familiares, incluso los gimoteos de su hija, pero no hubo forma de conseguirlo. Luego se lavó la cara con agua helada y tomó la enorme y pesada carpeta con el informe para reunirse con el inspector portugués. René Feraud y Kenta Hoshi habían rechazado ir al gimnasio tras saber lo que implicaba aquello y esperaban también en la sala para sumarse a la investigación del ejercicio.

—¿De verdad vamos a permanecer aquí como alumnos de secundaria castigados sin recreo? Joder, tengo cuarenta y dos años, llevo siglos queriendo hacer este curso, y ahora me encuentro aquí... ¿haciendo qué? —Miguel Oliveira arrojó con desdén el bolígrafo sobre la mesa ante la mirada de sus tres acompañantes.

—Todos nos sentimos igual, pero no podemos exigirles algo que nosotros no permitiríamos en nuestras comisarías. Estamos aislados, sin nada mejor que hacer. Se ha producido un asesinato en nuestras narices y la vocación de policías nos empuja a tratar de investigar, pero aquí no somos policías. Ya oíste al profesor, somos meros turistas.

—Lo sé, eso lo sé, pero la impotencia me puede. No me había imaginado nunca una situación como esta, sabiendo que hay un asesino a mi alrededor y sin que me permitan averiguar de quién se trata. Siento un picor extraño por el cuello y la sensación de estar siendo vigilado desde hace horas, o días.

—Es el lugar, altera nuestros sentidos y nos ofrece facetas nuevas que desconocíamos.

—¿Cómo dices?

—El aislamiento, la comida monótona, la ausencia de luz, todo está medido para alterar nuestros sentidos.

—Podríamos investigar por nuestra cuenta, a espaldas del director Cooper y los profesores. —Pocas veces hablaba René Feraud, el que menos dominaba el idioma, pero esta vez fue el que más sorprendió a sus compañeros.

—Si no podemos tener acceso al cuerpo ni hacer interrogatorios, ni tenemos informes de forense y científica, poco podremos descubrir —dijo Oliveira con pesar.

—Miguel tiene razón, sería imposible averiguar quién lo hizo. Esto no es una novela de Agatha Christie, en la vida real no se cometen los errores y se dejan las pistas que se leen allí. Además, no tenemos siquiera Internet o acceso a las fichas sobre las vidas de los que estamos aquí.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer?

—Esperar a que pueda venir un equipo y se lleven el cuerpo. El caso lo llevará una pareja de agentes del FBI y a nosotros nos interrogarán.

—Y se acabó el taller.

—Es evidente. Y sería muy insensible por nuestra parte que nos molestásemos por algo así cuando habrá esposa e hijos que han perdido a un familiar, y de una forma tan horrible.

—Claro, eso también.

—¿Vamos a seguir con Rose Moore?

—Sí, repasemos los interrogatorios de su exnovio y del resto de vecinos del pueblo, aunque no es lo mismo leerlo que observar reacciones en el video.

Las conversaciones sobre el caso del ejercicio se extendieron incluso durante la cena, detalle que provocó las burlas del otro grupo. Piero Rossi y sus amigos habían decidido abandonar el estudio y centrarse en divertirse las pocas horas que les quedaban allí, aunque fuese a costa de los que ellos llamaban EPC: Estúpidos Pelotas de los Comisarios. Cuando llegasen del exterior a por el cuerpo, cuando pasase el temporal, ellos serían interrogados y regresarían a sus países de origen, así que decidieron concentrarse en buscar alcohol por el edificio, poner música o películas, incluso ir a entrenar unas horas al gimnasio.

A Cristina no le parecía mala idea eso de entrenar, subiría encantada al ring de boxeo con el estirado italiano, pero prefirió

retirarse a su dormitorio. Allí hizo ejercicios como cada noche, trató de enviar un mensaje de móvil a su madre, pero seguía sin línea, y luego se duchó antes de ponerse unos minutos más con el informe.

«Imposible, es imposible concentrarse en estas condiciones. El informe del caso Rose Moore contiene la información suficiente para resolverlo, aun no contando con las clases de los profesores, que son meramente de apoyo, pero no consigo dejar de pensar que es absurdo concentrar las neuronas de diez buenos policías en un caso ya resuelto, cuando acaba de ocurrir un asesinato en nuestras narices. Con una actitud tan soberbia solo han logrado que varios de los asistentes tiren la toalla, Piero y su grupo, y también conseguirán que lo hagamos los demás. Es como si desearan que el crimen del profesor no se resolviese nunca».

Tenía sed, pero el vaso de agua sobre la mesita estaba vacío. Se levantó de la cama y fue a llenarlo al lavabo del baño. Se observó en el espejo, pronto necesitaría teñirse las raíces y no tenía la forma de hacerlo. Cuando regresase a España parecería un adefesio, seguro que la paraban en todos los controles de aeropuertos si no lograba encontrar un gorro o boina.

—¿Qué piensas hacer? —le dijo a su reflejo, luego suspiró—. Es absurdo estar aquí encerrada leyendo informes de hace más de dos décadas. Oliveira y Feraud tienen razón, deberíamos hacer algo, lo que sea. Claro que dar vueltas durante la madrugada, intentar forzar la cerradura del lugar en que tendrán el cuerpo, cuya ubicación no conocemos, es absurdo y temerario. Tampoco podemos entrevistar o interrogar a los compañeros, ninguno accederá, menos aún los otros profesores. No es una cuestión de querer o no querer hacer algo, sino de poder. Y no tenemos potestad alguna, por eso es tan asfixiante estar entre estas paredes de hormigón.

Volvió a tumbarse en la cama y cruzó las manos tras la nuca. Estuvo mirando el techo sin pensar en nada durante unos largos minutos. Si al menos tuviese una ventana a través de la cual observar el mundo... Pero solo había en la sala común y estaban tapadas por la nieve que cubría el edificio entero. Solo abriendo las puertas se podía ver el exterior, pero era un suicidio aventurarse bajo la tormenta.

«¿Quién demonios querría matar al profesor? Parecía un tipo majo. Claro que eso mismo dicen de los despiadados asesinos, violadores y pederastas sus propios vecinos al enterarse por la prensa de sus dobles vidas y las atrocidades que habían cometido. Sea como fuere, esa forma de ejecutarle, tan cruel, solo podía indicar una venganza, una que el asesino hubiera estado rumiando durante mucho tiempo. ¿Qué habría hecho en el pasado Billy Coleman para que alguien lo siga hasta el sitio más aislado del mundo, rodeado además de policías, para cumplir su venganza? ¿Quién de los presentes podría tener un vínculo con él? Mataría por tener aquí un ordenador conectado a la base de datos de la comisaría y a Internet. Y de paso a Nuria. Su amiga lograría encontrar hasta los secretos más sórdidos de cada uno de ellos. Sí, Nuria disfrutaría durante decenas de horas realizando hojas de cálculo en las que emparejar datos y buscar conexiones. Hubiese temblado como un flan al ver el esquema que hizo el profesor sobre el caso Rose Moore el otro día. Bueno, estoy sola, no tengo nada que hacer, y el caso del homicidio de Billy Coleman está fuera por completo de mi alcance, así que debo centrarme en...».

Los golpes en la puerta la alarmaron hasta hacer que, de un salto, se pusiera de pie al lado de la cama. No habían golpeado con mucha fuerza pero suficientemente audible en el silencio de la noche. Se acercó despacio y, cuando estaba a menos de un metro, preguntó quién era. Pensaba que se trataba de Oliveira queriendo hacer una excursión secreta nocturna, incluso lobos esperándola tras un sueño llegado sin avisar, pero se equivocó.

—Soy Howard, Rob Howard, querría hablar contigo. —Fue poco menos que un susurro.

Cristina abrió la puerta y encontró al profesor al otro lado observándola de arriba abajo. No se había cubierto y permanecía en camiseta interior y un pantalón muy corto y ajustado, poco más que una braguita.

—Perdón, dame un minuto y me pongo algo encima.

—Que sea muy abrigado —respondió él.

—¿Cómo dices?

—Vamos a dar un largo paseo y hará mucho frío.

Ella lo miró con curiosidad.

El cadáver de Billy Coleman se mantenía congelado, tal como fue encontrado treinta y seis horas antes, en una cámara frigorífica al otro lado del laberinto que conformaba la instalación. Lo habían cubierto con una sábana que se había congelado también y yacía sobre una mesa de madera algo más pequeña que su cuerpo, los pies le sobresalían rígidos más allá de la mesa; a su alrededor oscilaban despacio grandes trozos de carne que colgaban de varias barras de metal y había innumerables estanterías con otros productos alimenticios. Cristina había seguido en silencio al profesor por el entramado de pasillos, sin querer preguntar el destino para no arruinar lo que podría ser tanto una sorpresa como un fiasco, y es que no descartaba que Rob le preparase algún tipo de encerrona romántica, ya lo había observado varias veces mirándola desde la distancia.

Aquello fue una sorpresa, sin duda, más aún cuando le dio guantes de látex, permitió retirar la sábana y sacó de la pequeña mochila que portaba un foco de luz ultravioleta y se lo cedió para observar el cuerpo desnudo. En el suelo estaban colocadas las prendas del profesor, que alguien había tenido que cortar con paciencia en infinidad de trozos para separarla de su cuerpo. Cristina también inspeccionó los jirones del pijama y el grueso chaquetón tras acabar con el cuerpo, pero no logró encontrar ninguna huella ni resto. Había polvo de Luminol por todas partes, pero nada lo había hecho reaccionar. Es lo que esperaba, el asesino iría bien cubierto para el frío, y eso le ayudaba a no dejar el más mínimo rastro, ni un pelo de su cabello.

—Fíjate en el daño que se hizo en las muñecas, debió de luchar con una fuerza terrible para zafarse de las cuerdas durante esos pocos minutos, seguro que movido por la desesperación que provoca el tener la muerte tan cerca. ¡Qué digo! La salvación tan cerca, a solo un metro.

Rob no dijo nada, se limitó a oírla y observarla trabajar alrededor del cuerpo. También le sostenía un foco de luz para que pudiera observar mejor.

—Tiene capilares rotos en la piel del cuello —añadía la inspectora—, también alrededor de los ojos y la boca. Estuvo gritando sin parar, seguro que se ha desgarrado la garganta; si pudiera abrirle la boca para comprobarlo... La piel está violácea por la congelación, pero muestra pequeñas zonas blanquecinas y rosadas alrededor de todo el cuerpo, eso indica que pocos minutos antes estuvo a una temperatura muy superior. Debieron sacarlo de la cama y llevarlo rápidamente a la calle, aunque lo vistieron. ¿Por qué? Está claro que para que sufriese durante más tiempo, para que tardase más en morir... No, lo hicieron para que agonizara o luchara por su salvación durante más minutos.

—Impresionante.

—No tanto, eso también lo has deducido tú, y el resto de profesores, y lo harían muchos de mis compañeros del curso. ¿Por qué me has traído a mí y no a ellos? Dudo de que vayas a hacer turnos esta noche para que vengamos todos a curiosear.

—Te elegí a ti porque creo que tienes un don, eres buena, solo hay que observarte investigando el caso de Rose Moore.

Cristina no estaba muy convencida con esa explicación, pero no quiso seguir profundizando, prefirió soltar sus dudas con respecto al asesinato del profesor.

—Pero ¿quién de aquí querría hacer esto y por qué, además de tener fuerzas para traerlo y colgarlo? También podrían ser dos personas, pero eso hace la ecuación demasiado difícil. Si los que estamos aquí somos desconocidos entre nosotros... En fin, no tengo ni idea, no puedo hacer conjeturas y trazar una línea de investigación sin conocer los historiales y todo lo relacionado con la víctima y con los demás que estamos aquí.

—Eso es mucho pedir, más aún porque no tenemos Internet ni teléfono. Dudo que podamos hacer gran cosa con la radio, que ni siquiera es capaz de emitir, solo recibir. —Rob colocó la sábana sobre el cuerpo cuando intuyó que Cristina había terminado con él. Ni siquiera encontró fibras textiles bajo sus uñas; lo que le hizo fruncir el ceño.

—Ya imagino, no podremos hacer nada hasta que llegue la caballería —se limitó a decir la inspectora, y salió de la cámara frigorífica.

—¿A dónde vas?

—¿Puedes enseñarme el dormitorio de Coleman?

—Ya entiendo, quieres buscar pruebas allí.

—Además de hacer una recreación de lo que pudo suceder.

Rob la condujo en silencio hasta el cuarto, tres más allá del suyo propio, y cuya puerta estaba cerrada con llave. Como si supiese lo que la chica iba a preguntarle, el agente del FBI sacó un llavero de su bolsillo y abrió para dejarla entrar. Él se quedó fuera mientras ella analizaba lo poco que había dentro. Aún con los guantes de látex, rebuscó entre sus ropas, las sábanas, los cajones de la mesita y el cuarto de baño que había usado el profesor hasta solo unas horas antes.

—No hay nada, ni notas de amenazas ni un diario... ¿Dónde está su teléfono móvil?

—En la oficina de Cooper, ya lo hemos revisado a fondo. Por suerte, no tenía un código de desbloqueo que desconociéramos sus amigos.

—Entiendo... No veo libros, ni ordenador portátil, tampoco un reproductor de música.

—Algunos americanos somos así de aburridos.

Cristina no hizo caso al comentario, tampoco a la sonrisa que le dedicaba Howard desde la puerta.

—Así que estaba durmiendo —comenzó a murmurar para sí—, y fue sorprendido, pero no gritó. Quizá fuese alguien conocido y no se extrañó de verle entrar, ni le dio tiempo a gritar o defenderse cuando fue atacado. Pero no se resistió cuando fue llevado al gimnasio ni cuando lo ataron de pies y manos, ya que no tenía marcas en el cuerpo de golpes ni en las manos por haber luchado... eso quiere decir que no estaba consciente. Claro, debió drogarlo, quizá cloroformo u otra sustancia anestésica; en este complejo hay de todo. El asesino lo vistió, lo llevó al gimnasio. —Cristina salió a toda velocidad y puso rumbo al lugar—. Joder, esto es un laberinto, y además está lejos. El asesino es fuerte y conoce el camino. Abrió la puerta que da al exterior y usó la escalera para colgar la cuerda con la que lo ató para impedirle volver a entrar. Resiste el frío, el homicida es capaz de soportar este frío intenso mientras trabaja

durante largos minutos. Otros lo hubiesen soportado, pero él logra sobrevivir sin problema. Y...

—¿Y qué?

—Tenía calculada la dosis justa de somnífero o cloroformo para asegurarse de que despertaría justo en el momento adecuado. De ese modo...

—¿Qué? ¿En qué piensas?

Cristina observaba el suelo justo ante la puerta cerrada tras la cual había muerto Billy Coleman. De repente se sentó y observó la puerta.

—Aquí estuvo el homicida. Aquí, de pie o sentado como yo, observando cómo su víctima se congelaba entre gritos y esfuerzos por sobrevivir. Mirándolo a los ojos hasta que su luz se apagó.

—¿Cómo puedes estar segura de algo así?

—Para eso lo ató al árbol, para que sufriera con la idea de poder sobrevivir si avanzaba un metro más, si lograba llegar a la puerta y al calor de los climatizadores. Pero no tendría sentido planificar una ejecución así, un homicidio tan cruel, si no te recreas con la visión de tu víctima sufriendo.

—Es de un sadismo absoluto —respondió Rob en un susurro mientras observaba a la chica sentada en el suelo.

—Las razones que llevan a los homicidas a realizar sus acciones, cuando se trata de venganzas, no se pueden medir hasta que no se conocen todos los datos y las dos versiones. No me mires así, no justifico lo que le han hecho a Coleman, pero tampoco sabemos lo que Coleman le hizo al asesino para que haya decidido organizar esto.

—Es tarde, deberíamos volver. Hemos tenido suerte al no cruzarnos con nadie por los pasillos. Puede que Mark decida investigar por su cuenta, o que lo hagan tus compañeros.

—La mayoría de ellos solo piensa en regresar a casa ahora que el curso se ha cancelado. Pero tienes razón, son casi las dos de la madrugada y deberíamos dejarlo hasta mañana.

—¿Hasta mañana? ¿Deseas continuar?

—Me gustaría interrogar a todos los presentes, pero supongo que no puedo ¿verdad?

Rob no respondió, eso fue suficiente para que ella lo comprendiese.

Veinte minutos después Cristina estaba de nuevo tumbada en su cama. La lámpara sobre la mesita de noche creaba una sombra interesante en el techo: una media luna que ya se conocía de memoria, así como el relieve de cada pequeña imperfección del hormigón. Una de esas marcas en el techo se parecía al perfil de Rob, ya lo había pensado varias veces antes. Cada vez se parecía más... ¿Por qué había dejado de pensar en Fran desde que estaba allí? ¿Por qué pensaba en Rob cada día más? No, eso no era viable. Debía apartar esos pensamientos, debía hacerlo por su hija. No, debía hacerlo por ella misma. ¡Qué absurdo era todo! Le dio un golpe a la lámpara y la marca de luz desapareció del techo, creando otras que no le apetecía analizar.

Apagó la lámpara y suspiró.

«Céntrate en el caso, has venido para eso. Claro que... ¿en cual de los dos casos?».

La primera vez que oyó la puerta del dormitorio de al lado, pensó que quizá fuese producto de su imaginación, ya que estaba adormilado y no sabía si soñaba o realmente su compañera, la española sabelotodo, había salido a hurtadillas. Incluso creía haber oído susurros. ¿Hablaban con otra persona? En tal caso, ¿quién? El papel de la chica en el curso, especialmente ahora que había ocurrido lo del asesinato del profesor, se volvía más oscuro a medida que avanzaba el tiempo.

En esta ocasión, justo cuando regresaba a la cama tras orinar, lo había oído a la perfección. La llave para abrir la puerta y el golpe amortiguado al cerrar despacio tras entrar. La española había pasado un par de horas divirtiéndose por el complejo. ¿Qué había hecho? ¿Había estado con alguien? ¿Un alumno o profesor? ¿Qué se traía entre manos?

Esperaba que no apareciese otro cadáver a la mañana siguiente, ya que tendría sospechosa principal a la que acusar. ¡Cómo estaba cambiando aquello! Solo un día antes estaban recibiendo un curso de formación y ahora todos ellos eran sospechosos de un asesinato;

ayer la sabelotodo era candidata al engaño del siglo y ahora lo era también al asesinato del año.

Se levantó de la cama y se aseguró de que la puerta de su dormitorio estaba cerrada con llave, luego puso una silla tras ella, bloqueando el picaporte, y regresó a dormir.

—Vaya con la preciosidad rubia...

Capítulo 6

Lunes

Husmeando por los pasillos durante la madrugada, investigando a espaldas de los demás, esa inspectora estaba metiendo las narices donde no debía. Una cosa es que se sintiese intrigada por saber qué había ocurrido y los motivos o móvil del crimen, y otra muy diferente que tratase de resolver el caso de forma oficial. ¿Qué opciones tenía de lograrlo? Ninguna. Por ese motivo no pensaba preocuparse de sus escapadas nocturnas.

Entonces recordó con un gesto de malestar cómo había cometido el error de limpiar las manos del cadáver. Allí solo habría fibras de los guantes. Fue un acto reflejo, ya que no tocó con las manos desnudas las de Coleman antes de colocarle sus guantes y el abrigo. Lo positivo es que nadie le vio hacerlo. Y no era sano preocuparse por algo que no podía deshacer.

El equipo externo tardaría en llegar más de lo que todos allí pensaban. Estúpidos, aún seguían creyendo que teléfono e Internet habían dejado de funcionar por la tormenta; eso le daría días extra para seguir con su cometido sin intromisiones. O sin sufrir más de la cuenta, ya que podría encontrarse la próxima madrugada con la inspectora española por los pasillos y que todo se fuese al traste. Debía ser precavido a partir de ese momento, aunque ya contaba con ello en su planificación.

Quedaba una noche, solo una más, y alcanzaría su venganza. Una pena que los años, con accidentes y enfermedades, le hubieran privado de completar lo que siendo un niño planificó con un lápiz en una hoja de papel. Habría sido soberbio que pudiera acabar con todos esos miserables. Sus padres se sentirían orgullosos de él, allá

donde estuvieran, seguro que observando cómo se hacía justicia de una vez.

Pronto, muy pronto todo terminaría; y nadie sabría jamás lo que ocurrió en aquel edificio aislado, ni siquiera los supervivientes, si es que quedaba alguno.

Cristina había vuelto a tener la pesadilla de los lobos que la perseguían hasta su dormitorio, aquella en la que acababa enfrentándose cara a cara con el líder de la manada, con el que parecía un peligroso y hambriento lobo solitario pugnando contra ella por la supervivencia. Comenzaba a ser preocupante. Se levantó muy agitada; el teléfono móvil, que seguía sin señal y solo podía usarlo como despertador y para ver fotos de su familia, marcaba las siete menos cuarto. Tenía tiempo para darse una ducha caliente antes de ir a la cocina. Con los últimos hechos acontecidos, no era necesario aparecer más temprano por las zonas comunes.

El murmullo habitual se interrumpió cuando ella entró por la puerta. Ya estaban allí casi todos los asistentes al curso y desviaron sus miradas, además de permanecer en silencio, cuando ella les dio los buenos días. ¿Se habrían enterado de su paseo nocturno? De ser así, tendría lógica que sus compañeros del grupo estuviesen enfadados por no haber contado con ellos; y que los del grupo de Piero aún se enojaran más por esa imagen altiva que proyectaba hacia ellos. En ningún caso había tratado de molestar, ni a unos ni a otros, pero no podía evitar ser como era, aunque eso le estuviese granjeando enemigos por doquier.

Desayunó en silencio, esperando el ataque de un grupo u otro, pero este no llegó a producirse, se limitaron a observarla de soslayo, miradas frugales que ella fingió no percibir. Luego fueron a la sala común y allí comprobó que la animadversión no procedía precisamente del trato de favor del profesor Rob Howard.

—¿Por qué tengo que darte explicaciones sobre lo que he hecho? Yo no le he preguntado a ninguno de vosotros lo qué hizo cada noche pasada. ¿Qué derecho tenéis a interrogarme?

Piero Rossi comandaba a todos los presentes, ya que los tres compañeros que Cristina consideraba de su bando la habían abandonado. La inspectora no sabía bien a quién mirar, a unos por su traición o a otros por su indiscreción.

—La mañana tras la muerte del profesor Coleman tú estabas aquí sentada, después de desayunar, cuando el resto aún acabábamos de llegar. ¿Qué dices a eso? ¿Qué hiciste esa noche? ¿Por qué te levantaste mucho antes que nosotros?

—Piérdete imbécil, no es a ti a quien tengo que dar explicaciones. —Cristina, mientras gritaba al italiano, era consciente de que ella misma desearía interrogar a sus compañeros, y a los profesores y operadores de mantenimiento, pero detestaba el acoso al que se estaba viendo sometida por todos y la actitud agresiva de Piero.

—Si no fueras una mujer...

—¿Qué? ¿Qué harías si no fuera una mujer?

—Te rompería esa cara arrogante que tienes.

—Hay un ring en el gimnasio, hazte a la idea de que no lo soy, de que soy un policía más.

—No le daré una paliza a una chica.

—Eso ya lo sé, no tendrías ni una oportunidad.

—¿Por qué no dejamos esta mierda y nos centramos en lo importante? —medió Miguel Oliveira entre ambos—. No vamos a avanzar nada si seguimos con este juego de ver quién la tiene más grande.

—No tengo que darle explicaciones a nadie. Faltaría más. Que me haya despertado una hora antes y esté aquí esperando no me convierte en asesina.

—Pero tal vez sí que ayer también salieses de madrugada —interrumpió Timothy Brown.

—¿Me espías solo a mí o también lo haces con el resto?

—Tu habitación es contigua a la mía, oí que anoche pasabas unas horas fuera.

—¿Acaso ha habido otro crimen? ¿Me acusas por salir a dar un paseo?

—Aún no... por el momento.

—Debes reconocer —añadía Oliveira, aún con tono calmado— que los razonamientos que hiciste ayer sobre lo ocurrido, y saber que sales de noche a hurtadillas, sin decírselo a nadie, resultan sospechosos.

—¿Es eso? Habéis pensado que, por analizar el caso y sacar conjeturas, se da por sentado que debo ser la autora del crimen. Joder, y yo que pensaba que competiría con policías de verdad, con lo mejorcito de sus países... No sabes, Miguel, la decepción que supone esto. Aquella noche estuve en mi dormitorio, no salí hasta las seis y media. Que intuya lo ocurrido no me convierte en criminal. Si fuese la asesina, habría permanecido en mi cuarto para salir a la misma hora que vosotros, y no trataría de descubrir el crimen que yo misma hubiera realizado.

—Eso es lo que dices —apuntó Piero Rossi acercándose demasiado—. Dadme unos minutos a solas con ella y le sacaré una confesión.

Esta vez no fue un mero toque de atención, no se trataba de marcar la distancia con un golpe a la nariz, que Rossi aún la tenía visiblemente inflamada. Ahora había lanzado su mejor croché de derecha contra la mandíbula de ese imbécil. El inspector italiano se desplomó inconsciente sobre el suelo. Los demás se apartaron en silencio.

—¿Alguien más quiere pasar unos minutos a solas conmigo?
Nadie dijo una palabra y ella se marchó a su dormitorio.

Si pasar una tarde mirando el techo era un calvario, después de tantas tardes y noches memorizando el reducido y espartano cubículo que le habían asignado, más aún sería tener que pasar un día completo, y a eso debía añadir la rabia por lo sucedido con sus compañeros. Menudo cóctel. Estaba sola, completamente sola allí; exceptuando a Rob Howard, pero no quería pensar en él... ¿o sí?

A la mierda todo, ojalá llegasen de una puta vez los investigadores para llevarse el cuerpo de Billy Coleman, los interrogasen a cada uno y pudieran regresar a sus casas para tratar de olvidar aquella experiencia de mierda. A buena hora se presentó allí, pensando que iba a compartir unas semanas inolvidables con investigadores de la talla y respeto de Marcos Navarro, cuando la realidad era bien distinta; no veía más que un atajo de patéticos perdedores que iban a por un diploma firmado por asistencia. Y lo peor de todo era su comportamiento de adolescentes, quizás fruto

del aislamiento, pero injustificable en adultos con formación de policía.

¿Y los profesores? Ninguno le transmitió durante esos pocos días el aura de grandes agentes condecorados del FBI que esperaba; el director era un anciano borracho que le recordaba a los funcionarios que están a punto de jubilarse y cuentan los días en el calendario para poder largarse de una vez a vivir la vida sin dar golpe y a costa del estado; a Billy Coleman casi no lo había tratado; Alberto Gómez se comportaba como un camarero asustadizo, siempre servicial para no enfadar a jefes ni clientes, como un perrito tembloroso; Mark Davis, tan soberbio, distante y malencarado en un principio, se había derrumbado ante la muerte de un amigo y compañero en lugar de agarrar del cuello a cada uno de los presentes para sacarles a golpes sus coartadas, que es lo que habría hecho ella; y el último, Rob Howard... no sabía qué pensar de Rob, y eso le preocupaba porque la hacía sentir vulnerable.

Quedaba una hora para el almuerzo, pero Cristina consideró que era más inteligente evitar otro encontronazo con quienes no deseaba volver a ver ese día, así que fue a la cocina para comer antes que ellos. Allí siguió sumida entre pensamientos derrotistas sobre lo ocurrido horas antes y el asombro de haber perdido los nudos que atenazaban su estómago desde hacía meses, desde que recibió la peor noticia de su vida: que tendría que criar a su hija en solitario porque un demente había asesinado a su novio. Y rompió a reír, aun sabiendo que cualquiera que la viese en esa circunstancia pensaría que estaba perturbada. No le importó lo más mínimo y disfrutó del instante a solas, de comprender que había dejado atrás un momento que días antes aún pensaba que podría acabar con ella. Si el pago por recuperar su vida era soportar la situación que vivía, salía bastante barato.

Enjuagó el plato y los cubiertos antes de meterlos en el lavavajillas; preparó café, se llenó un vaso de los grandes y partió de nuevo hacia su dormitorio. Estuvo tentada de caminar en dirección contraria y deambular por los pasillos que daban al gimnasio, los despachos y aposentos de los profesores, así como la cámara en la que permanecía el cuerpo sin vida de quien ya no les daría clase durante esas semanas. Se sentiría mejor caminando por

donde no viese a sus compañeros, pero ¿qué haría si se encontrase con un profesor u operador de mantenimiento? ¿Cómo justificaría su presencia allí? Ya bastante tenía con haberse enemistado con más de la mitad de los habitantes de aquel claustrofóbico lugar como para empeorar más las cosas.

Se frenó ante la puerta de metal de su dormitorio, como si un campo de fuerza invisible le impidiese dar el último paso, agarrar el pomo y girarlo para entrar al infierno de la soledad y el aislamiento al que ella misma se sometía cada vez que permanecía durante horas en el interior. Ya poco importaba la resolución del caso de Rose Moore, y menos aún la del profesor cuyo crimen no tenía autorización para investigar. Aquello era una cárcel para el cuerpo y también para la mente, ni siquiera se le permitía pensar, trabajar en lo que mejor sabía hacer.

—Cristina.

Dio un respingo a la vez que se giraba, chocando con la espalda contra la puerta del dormitorio. Ante ella estaba Miguel Oliveira. O era el tipo más sigiloso que había conocido o ella estaba tan absorta en sus pensamientos que no hubiera oído llegar un tren. El policía se disculpó por haberla asustado y ella le restó importancia forzando una sonrisa.

—Quería pedirte disculpas. Creo que todos estamos viviendo una situación tensa con el aislamiento y la inactividad a la que nos están sometiendo. Aunque eso no debería ser excusa para que hayamos sospechado de ti, no teníamos derecho a acorralarte de aquella forma... ¡Qué digo! Debes de estar viviendo una experiencia horrible por nuestra culpa. Si nosotros estamos asfixiados por la situación, no imagino lo que estarás padeciendo tú por nuestra culpa.

—Sobreviviré.

—Lo digo en serio, no querría darte la impresión de que tengo algo personal en tu contra. Y me disculpo por la parte que me toca y en nombre de mis... de la mayoría de los compañeros.

—Lo digo de veras, no soy una niña ni esto es un colegio. En ningún momento me he sentido acosada. He venido a competir y no me importa hacerlo contra todos, sé defenderme.

—Eso ya lo he visto. Todos lo hemos visto, menos Piero, aún sigue algo aturdido.

—Luego me disculparé con él, no debí entrar en su juego.

—No se lo merece, es un miserable. Tiene pinta de ser el típico que hace trabajar a los demás para acaparar todo el mérito luego. Además de ser un racista de mierda.

—Eso no es excusa. Como policía debo controlar mis impulsos.

—Cambiando de tema, ¿qué piensas hacer? El grupo de Piero se ha marchado al gimnasio a entrenar y nosotros hemos pensado ver una película, a ver qué tienen, porque son cintas VHS de hace más de veinte años, seguro que aún no les ha llegado siquiera *El silencio de los corderos*. Hoshi cree haber encontrado *El halcón maltés*, por si quieres ver a Bogart.

—Quizás en otro momento, ahora necesito estar a solas. Gracias por la oferta.

—Ya sabes dónde encontrarnos, por si cambias de idea.

Debía haberle respondido que sí, quería decirle que sí. Necesitaba estar con gente, hablar y sentirse parte de algo más que un organismo individual. Ver una película sería lo más parecido a viajar de vuelta al sofá de su casa que podría experimentar allí, la otra opción era quedarse tumbada observando las imperfecciones del techo y las sombras que proyectaba la luz de la mesita en él. Las horas se harían interminables y acabaría por volverse loca.

Decidido, en unos minutos iría a la sala común. Sí, lo necesitaba más que nunca.

Las líneas seguían cortadas y ya no se trataba de un contratiempo de unos pocos minutos, sino definitivo. Se encontraban aislados a todos los niveles, no podían salir del complejo por la ventisca, quizás hacerlo en todoterreno fuese igual de peligroso, y no podían comunicarse con el exterior por Internet ni por teléfono. Necesitaba más que nunca oír una voz familiar, le bastaba la de su madre o padre, o un balbuceo de su hija, incluso una palabra de apoyo de Nuria o Marcos. ¿Otra prueba más? Si había alguien dirigiendo sus pasos desde arriba, sin duda la sometía desde hacía meses a la peor *gymkhana* que nadie hubiera podido superar. Una tortura más que una prueba.

Necesitaba un pequeño oasis de felicidad en medio de semejante desierto de locura.

Decidió por fin aceptar la oferta de Miguel y partió hacia la sala. Mientras caminaba hacia allí se decidió firmemente por adoptar una postura distante a partir de entonces; trataría por todos los medios de pasar desapercibida entre sus compañeros el resto del tiempo que estuviese en el complejo, no investigaría ni opinaría sobre ningún tema, igual que hacía René Feraud, y eso evitaría enfrentamientos y enfados o remordimientos.

Las luces del techo estaban apagadas, así que el televisor iluminaba el rincón en el que se habían sentado los tres compañeros. Oliveira se levantó al verla aparecer, le ofreció su sitio en el sofá, pero ella lo rechazó con un gesto de la mano y se acomodó en una butaca cercana.

—¿Quieres una cerveza? —le preguntó Hoshi en un susurro. Ella aceptó.

El rostro en blanco y negro de una joven Barbara Stanwyck llenaba la pantalla. Sin duda el sonido de la versión original de *Perdición* superaba con creces el doblaje en castellano. Cristina se alegró de haber tomado la decisión de pasar un rato con ellos. Suspiró hondo y se acomodó en la butaca como si estuviese en el salón de su casa, dejando los zapatos en el suelo y haciéndose una bola al abrazar sus rodillas. Los rostros de sus compañeros se iluminaban al compás de las escenas, todos inmersos en la trama. Cada vez le caían mejor, aunque realmente no sabía nada de ellos; incluso podría estar allí mismo el asesino, ante ella y con toda la serenidad del mundo.

Trató de sacar esos pensamientos de su cabeza, debía relajarse y no pensar en crímenes constantemente. «Un policía debe saber desconectar o acabará volviéndose loco», decía a menudo Marcos Navarro, claro que él lo sabía porque no era capaz de seguir su propio consejo.

¿Por dónde iba la película? Hacía un par de años que la había visto y no recordaba bien el hilo. ¿Cuánto llevaría empezada? ¿Habría maíz para hacer palomitas en la cocina? ¡Qué tontería estaba pensado!

Se despidió de sus compañeros una hora después, rechazando quedase un rato más para charlar o tomar otra cerveza; salió de la sala y se encaminó hacia la izquierda, ni siquiera comprendió en ese momento por qué iba en la dirección contraria a su dormitorio. Sus pies parecían tener vida propia y la llevaron hacia la otra zona del complejo. Sabía, por la noche anterior, cuando Rob Howard se despidió de ella, dónde se encontraba el dormitorio de este. Tras llamar varias veces sin obtener respuesta, se dirigió hacia los despachos. No sabía cuál era el que buscaba, pero quizá tuviese suerte y trabajasen con las puertas abiertas. Nada, ni siquiera oía voces o movimiento tras acercar la oreja a las puertas metálicas. El lugar parecía desierto. Caminando hacia la cámara frigorífica en la que mantenían el cuerpo de Coleman, oyó al fondo el murmullo que provocaban Piero y su grupo en el gimnasio, así como el sonido de las mancuernas y pesas. No le apetecía nada encontrarse de nuevo con ellos, así que dio marcha atrás.

Casi se cayó al chocarse de bruces con él.

—¿Pero qué...?

—Lo siento, no imaginé que te girarías de repente y tan rápido.

—¿Qué le pasa a la gente aquí? ¿Es un deporte nacional lo de sorprender a los demás por la espalda?

Rob respondió con una sonrisa de intriga.

—Olvídalo, es una tontería —añadió ella.

—¿Qué haces por esta zona? ¿Ibas al gimnasio a entrenar con tus compañeros?

—No exactamente, te buscaba a ti.

Mientras caminaban en dirección al despacho del profesor, Cristina lo puso al corriente de su último encontronazo, así como el sincero arrepentimiento que sentía por ello. Él la oyó sin añadir una palabra, la invitó a pasar a su despacho y le ofreció asiento y una copa. Rechazó eso último, pero cambió de idea al instante y aceptó una ginebra con soda. El espacio donde trabajaba Rob Howard era de unos quince metros cuadrados, con un escritorio de oscura madera presidiendo la estancia y dos archivadores de metal a los flancos. Las sillas para invitados eran igual de antiguas e incómodas que la que ocupaba él desde el otro lado de la mesa. Un ventanuco

se apreciaba sobre su cabeza, cubierto de nieve, pero fue el ordenador lo que más llamó la atención de la inspectora.

—¿Eso funciona? Parece de los años noventa.

—Que no te extrañe si lleva aquí desde entonces, y no lo sustituirán por otro, que saquen del trastero de alguna oficina estatal de Michigan o Minnesota, hasta que haya dejado de funcionar. El ejército cuenta con lo mejor de lo mejor en armamento y vehículos, pero te sorprendería el estado en el que se encuentran los equipos de sus centros de formación o de logística interna.

—Bueno, no creas que las comisarías de provincias pequeñas en España cuentan con ordenadores Apple ni mucho menos. ¡Ufff! —exclamó con un gesto de rechazo al probar la copa—. Esto está muy fuerte, ni recuerdo cuánto tiempo llevo sin tomar alcohol.

—Pero lo necesitabas, y no creo que sea por ese imbécil italiano.

—No, lo necesito porque... porque nunca me había sentido tan perdida, tan sola, tan atada de manos y pies. No sé cómo explicártelo, pero siento que debo soltarlo para que no estalle dentro de mí. —Dio otro sorbo y acabó con la copa, puso el vaso sobre la mesa y Rob lo rellenó sin preguntarle—. Nadie, ni siquiera la academia, te prepara para comprender que un policía tiene las mismas preocupaciones y miedos que cualquier otra persona, pero añadiendo las miserias que vas arrastrando con cada uno de esos casos que se llevan parte de tu alma, un trozo importante de ti sin pedir permiso. Sucesos que ves, testimonios al límite de quienes han perdido a la persona más valiosa de sus vidas; ya no digamos cuando eres tú quien...

—Continúa.

—No, olvídalo, solo quería desahogarme y ya lo he conseguido. Siento que hayas tenido que soportarme.

—¿Es una broma? ¿Cómo íbamos a sobrevivir en este oficio sin tener con quien compartir las miserias? ¿No tienes a nadie en tu comisaría para...?

—Lo tenía, pero ahora ya no. Bueno, el inspec... el comisario Marcos Navarro es lo más parecido a un mentor, un amigo, casi un familiar. Le debo tanto... pero no he podido disponer del tiempo suficiente, o quizás ha sido que él tiene sus propios problemas. En fin, no me hagas mucho caso.

—Este es el primer año que asisto como profesor, creo que eso ya te lo dije al conocernos. El caso es que mi experiencia aquí como alumno hace unos años no fue muy diferente. Este lugar saca lo que llevas dentro, aunque lo tengas encerrado bajo llave en el rincón más lejano de tu mente. El aislamiento y este silencio mortecino provocan la llegada de los monstruos personales. Quizás el resto de tus compañeros no lo esté acusando de un modo tan agudo por tenerse entre ellos, o tal vez me equivoque. Dialogar constantemente y tratar de pasar el rato de la forma más amena posible ayuda a contrarrestar el efecto.

—¡Qué suerte! Me alegro por ellos —exclamó ella con fingida felicidad.

—Bueno, tú me tienes a mí, sabes que estoy a tu disposición si necesitas compañía, diálogo, ayuda, lo que sea.

«*Lo que sea*, eso es fácil de decir, pero yo ahora no estoy preparada para ese tipo de ayuda, de ese *lo que sea*, y sabemos los dos a lo que te refieres. Ojalá estuviese inmersa en un caso real, en hacer averiguaciones, entrevistas, llamadas a una forense o un compañero de la científica, consultar con colegas y hacer conjeturas. Así podría volver a la normalidad, a mi estado perfecto. Si no tengo trabajo al que dedicarle todo mi pensamiento, me volveré loca. Y solo mi pequeña Eva podría sacarme de esta locura; una mirada, una sonrisa divertida, el olor de su cabello tras despertar en mitad de la noche, las protestas al bañarla, las risas incontenidas al jugar con su muñeca favorita. No, un polvo con un casi desconocido no supliría eso. Rob tendría que buscar una alternativa, aunque fuese la masculina Leyna Penz».

—Gracias, pero creo que me las apañaré sola.

Rob Howard pareció entender la indirecta y cambió de tema tras rellenar su copa.

—¿Te apetece investigar el caso del homicidio de Billy Coleman?

—Pero no podemos realizar interrogatorios y tampoco obtener información del exterior.

—Bueno, eso no es del todo cierto. La radio viene por cable desde el pueblo.

—Pero no nos deja emitir, solo recibir.

—A eso me refiero, usaríamos esa línea como una conexión de Internet para recibir información, aunque sería muy lenta. Quizá podamos conectar con el servidor principal del FBI para sacar datos sobre los presentes.

—¿Los presentes?

—Todos habéis sido investigados a conciencia antes de aceptar vuestras solicitudes. Aquí no se hace nada sin revisar decenas de veces. Me refiero a todo lo que exista en las redes y organismos oficiales como Hacienda, Seguridad Social, etcétera. Casi no hay un paso que hayáis dado en la vida sin que haya sido registrado.

—Bueno, pues adelante. No sabes lo que significaría para mí poder sentirme en activo de nuevo.

—¿Y qué responderías si te dijese que te investigaríamos a ti la primera?

—Pues que por alguien hay que empezar.

Ella se levantó, tomó la pesada silla con esfuerzo y dio la vuelta a la mesa para sentarse a su lado. Rob, mientras tanto, fue conectando un viejo cable de par trenzado, que encontró al fondo de uno de los cajones del escritorio, desde la toma de radio de la pared hasta la obsoleta tarjeta de red de la torre del ordenador. «Esperemos que funcione, crucemos los dedos» dijo. Ella respondió que lo más preocupante era la velocidad de línea actual, que no permitiría abrir páginas de más de unos kilobytes de peso con esa conexión arcaica.

—¡Bingo! Estamos dentro del servidor del FBI, va lento pero va. No podremos ver fotos ni nada que tenga un peso considerable en las bases de datos, pero tendremos acceso a archivos de texto y listados. Mira, este es tu expediente.

Cristina enmudeció al comprobar que en primer lugar, y como motivo de peso para rechazarla en el curso, estaba la muerte reciente en acto de servicio de su pareja; también obraban en su contra el tener una hija de menos de un año que dependía de ella y los informes psicológicos que hablaban de su trastorno por lo sucedido. Luego aparecían las recomendaciones de Marcos y del Ministerio del Interior, además de sus logros en casos difíciles y mediáticos. A continuación, su vida, con datos sobre familiares, estudios, viajes, condecoraciones, notas de acceso de la academia.

No faltaba nada en aquel informe, como si lo hubiese redactado su madre o ella misma. ¡Qué demonios, ni su madre ni ella misma hubieran recopilado tantos datos!

—Vaya, qué eficiencia a la hora de hacer una comprobación de seguridad.

—Este es el país del mundo más amenazado por terroristas y fanáticos extranjeros...

—Y también por nacionales —lo interrumpió.

—Tienes razón, muchos ataques y atentados tienen su origen en americanos de arraigo, lo reconocemos. Contra esos no podemos hacer gran cosa, pero evitar que lleguen más desde el exterior es fundamental para asegurar el bienestar de los ciudadanos.

—Eso ha sonado a mensaje político de Donald Trump.

—Sí, tienes razón —esbozó una sonrisa—. Pero, después de todo, es el jefe.

—¿Hay algo que me vincule a Coleman?

—Pues parece que estás limpia. Pasaremos al siguiente candidato. ¿Alguna preferencia?

Claro que la tenía. Cristina empezaría por Piero Rossi, quizá por René Feraud, siempre tan callado, como analizándolo todo a su alrededor. También probaría con Mark Davis, el profesor que fue compañero de Coleman; ahí había un vínculo entre ellos, quizá discutieron o tenían una rencilla personal desde hacía años. Pero no dio ningún nombre.

—Me es indiferente, elige tú.

—Probemos con Piero, ¿te parece?

Ella sonrió por toda respuesta.

—Parece que obtuvo muy buenas notas en la academia. Una familia tradicional. Dos medallas al mérito. Buen tirador. Sobresaliente en el combate cuerpo a cuerpo. En eso último discrepo, a no ser que se haya apelmazado con los años ¿no? —Cristina trató de no opinar—. En los últimos años ha tenido algún problema con compañeros de comisaría debido a su actitud, pero su comisario lo ha encubierto y respaldado siempre. Parece que lo han investigado más a fondo y han encontrado problemas con el alcohol y la cocaína, dos agresiones a subordinados y siete a sospechosos de crímenes. No comprendo cómo lo admitieron en el curso;

supongo que no había nadie mejor en las recomendaciones de su Ministerio.

—O que trataron de limpiar su imagen con la realización de este curso. Se lo quitaron de encima durante tres semanas y luego pensaban recibir a un inspector nuevo.

—Eso es ingenuo.

—Sin duda. No parece que se esté rehabilitando. Todo lo contrario.

—Bueno, si no tiene vínculos directos ni indirectos con Coleman, mejor pasar al siguiente. Probaremos después con René Feraud.

—¿Sospechas de él?

—No, pero me desconcierta con su mutismo.

Howard continuó unos minutos más con el italiano, indagando entre sus familiares, relaciones y altercados, también viajes, todo lo que aparecía en los informes, pero no había nada que lo vinculase al profesor fallecido, así que pasaron al francés.

Tras más de tres horas, no encontraron nada que hiciera sospechar de René Feraud en la base de datos, ni tampoco del resto de alumnos. Quizá tuvieran suerte con los profesores. Rob se ofreció a investigarse en primer lugar. Entonces Cristina observó que los datos sobre los policías y agentes del FBI eran aún más exhaustivos. Les llevaría demasiado tiempo cotejar cada recoveco de sus vidas y el hambre había aparecido con saña. Además, el alcohol les nublaba la vista con el estómago vacío

—Las nueve y media, deberíamos hacer un alto para cenar — dijo Rob.

—Puedo ir a la cocina y regresar luego.

—Si lo deseas, los profesores tenemos nuestra propia cocina, solemos usarla tras los dos primeros días de los cursos, cuando los asistentes ya están familiarizados con el lugar y pueden valerse por sí mismos.

—Ya veo que el trato como a niños o adolescentes se potencia al máximo y en todos los aspectos.

—Las directrices son casi idénticas para los policías que para los cursos de marines, y los soldados son peores que niños pequeños.

—Bueno, no voy a ser yo la que se queje por cómo hacéis las cosas, eso es asunto vuestro. Vamos a ver esa cocina.

—Antes de ir, te advierto que tenemos la misma comida que en la cocina principal. El presupuesto debe de ser igual de patético que el de los sistemas informáticos.

Ambos rieron antes de partir.

Instantes después cenaban junto a Alberto Gómez y Mark Davis. El director Cooper se acababa de marchar en ese preciso momento para atender unos asuntos privados. Mark seguía muy apesadumbrado por la pérdida de su amigo, no pronunció palabra alguna durante la cena. Alberto se portó amable con la chica y su compañero profesor. Las conversaciones fueron sobre temas triviales o para interesarse por las impresiones que Cristina tenía del curso y de lo poco que había visto del país, se apreciaba la intención de esquivar el asunto incómodo de la muerte de Coleman y también mencionar las acciones relativas a la investigación que estaría dirigiendo Cooper.

El lugar no tendría más de quince metros cuadrados y, por el mobiliario y electrodomésticos, parecía la cocina de una casa familiar. La situación se fue relajando poco a poco, hasta que la inspectora se descubrió correspondiendo las miradas cómplices que Rob le lanzaba. ¿Qué le estaba pasando? Solo debería sentir orgullo al ser elegida por un gran policía para investigar el caso de asesinato del profesor Coleman, pero se estaba dejando llevar por sentimientos que había decidido apartar de su vida. Incluso se esforzaba en recordar los momentos en que conoció a Fran durante un caso al que fueron asignados juntos al poco de llegar a la comisaría. El recuerdo de su pareja ensombrecía su objetivo de hacer algo útil en su estancia allí, y eso no tenía sentido. Era tan consciente de que debía apartar los sentimientos que habían surgido hacia Rob como percibía la claustrofobia e impotencia en aquel lugar por no estar siendo de provecho en la investigación de crímenes. Rob era un espejismo, nadie ante ella, ni para ella; no debería dedicarle un segundo de sus pensamientos. Una prueba más que superar para crecer como policía.

¿O para crecer como persona? No, como persona ya no existía, era un simple cadáver deteriorándose lentamente. Que pudiera moverse, respirar, alimentarse... solo obedecía a un extraño impulso

provocado por el amor de su hija. No podría volver a ser, a sentirse persona nunca más.

A las dos de la madrugada, Cristina y Rob terminaron de revisar los expedientes de los profesores y también las fichas de los tres operarios de mantenimiento. Estaban cansados y se sentían ebrios tras tomar algunas copas más.

—¿Y si investigamos a los ciudadanos del pueblo? ¿Cuántos kilómetros hay entre este complejo y ellos? Creo que unos veintidós. Cualquiera de ellos pudo venir en plena noche y acabar con la vida de Coleman sin que nadie se enterase. Con este temporal, seguro que el vigilante estaba dormido.

—Son algo más de trescientos cincuenta habitantes, nos llevaría mucho tiempo. Quizá mañana tengamos una perspectiva más realista de la dirección que debemos tomar.

—Tienes razón, no me he dado cuenta de la hora. Debo partir hacia mi dormitorio, es muy tarde.

—No voy a discutirlo, ni tampoco a ofrecerte una alternativa.

—Gracias, gracias por tu ayuda, por ofrecerme la oportunidad de investigar el caso. Y por no insistir en lo que estás pensando.

Cuando Cristina cerró la puerta del despacho tras marcharse, Rob apuró su copa de un sorbo, el hielo ya se había derretido. Se sirvió otra, a pesar de la resaca que adivinaba para el día siguiente. Cristina le gustaba, lo atraía más de lo que podría admitir. ¿Tendría alguna posibilidad con una chica que arrastraba un pesar tan grande y cercano? Apartó esos pensamientos egoístas sacudiendo la cabeza con fuerza y se centró en su tarea, aquello era lo más importante. Cristina sería un regalo, un premio a su buen hacer, siempre y cuando su instinto no le fallase, ya que intuía que ella sentía lo mismo por él, aunque tardase tiempo en comprenderlo del todo.

La chica pasó de largo ante la puerta de la sala común, se oía música y voces de quienes disfrutaban de lo que parecía una fiesta. ¡Qué curioso! Aquel lugar era el único que había conocido en su vida que no valdría para convocar una fiesta, pero comprendía a sus compañeros, ya que no tenían nada mejor que hacer durante los

días de cautiverio que les quedaba. Pensó en lo que estarían pensando Miguel Oliveira y sus otros «fieles». Seguro que no era algo muy alejado de lo que la acusaban Piero Rossi y los suyos. ¿Y qué importaba en esos momentos? Solo deseaba descansar, dormir, dejar atrás otro día nefasto en su maltrecha vida.

Pronto se marcharía, dejando atrás el lugar y a sus compañeros para siempre.

La puerta de metal parecía más sólida y pesada que nunca, tanto al abrirla para entrar en su purgatorio personal como al cerrarla para ser consciente de que se estaba adentrando en un camino que conducía hacia donde no deseaba llegar. Rob se hacía más valioso en su vida cada día, con cada palabra, sonrisa, mirada... sobre todo con la forma de mirarla. ¿Sucumbiría a su influencia? Él era todo lo que tenía en aquel lugar, ¿cuántos días pasarían hasta poder regresar a España? Esperaba que pocos, porque cada hora allí se hacía más vulnerable y más dependiente de Rob. No quería pensar en lo que pasaría si tuviera que esperar semanas.

Mandó un mensaje de texto a su madre, también otro a Nuria para recibir un poco de cordura; deseó que las líneas de Internet y teléfono se restituyeran lo antes posible y, antes de cerrar los ojos bajo las mantas, envió un último mensaje a Marcos Navarro para consultar sobre el caso que había decidido seguir.

<Un profesor ha sido asesinado durante el curso. Las clases y el taller se han suspendido, pero quiero... deseo averiguar lo sucedido. Dudas, incertidumbre en cuanto a mí, estoy empezando a no reconocirme por mis actos y mis pensamientos... No sé qué más decirte. Ojalá estuvieras aquí. Apostaría mi vida a que ya lo tendrías resuelto. Os hecho tanto de menos.>

Tras darse una ducha reconstituyente, envió ese mensaje antes de leerlo de nuevo para no caer en la tentación de borrarlo. Necesitaba a Marcos a su lado más que nunca, él hallaría el sendero de la razón, de la cordura que necesitaba para salir de allí de una sola pieza.

Lo peor de todo es que tanto Marcos como el resto de destinatarios recibirían los mensajes demasiado tarde.

Se tumbó boca arriba en la cama, el techo mostraba las mismas formas extrañas ante la luz de la mesita, el mismo universo de granos de hormigón creando sombras sin sentido que la volvían loca cada noche. Esa, en concreto, dormiría menos que ninguna otra, pero no por hacerla avanzar en sus elucubraciones sobre el homicidio, sino por un compañero que apareció golpeando su puerta al amanecer.

Capítulo 7

Martes

Tuvo que empezar la segunda parte de su plan una hora más tarde para asegurarse de que no había ojos ni oídos indiscretos por los pasillos de aquella zona. La chica española seguía investigando, a pesar de que debería esperar, como la mayoría de sus compañeros, a ser enviada de vuelta a su hogar, en lugar de husmear sin parar día y noche.

Fue una suerte no cruzarse con ningún sonámbulo, borracho ni detective con ínfulas de héroe en su trayecto hacia su segundo objetivo, que encontró dormido profundamente en su dormitorio, ni siquiera había cerrado con llave la puerta. Tal vez no hubiera sido necesaria la dosis de cloroformo para vestirle y llevarlo hacia el gimnasio, pero mejor prevenir.

El frío de la noche era aterrador. Incluso ataviado con toda la ropa necesaria para contrarrestarlo se volvía difícil la tarea de caminar bajo la ventisca, más aún llevando a rastras a otra persona y teniendo que volver a colocar la cuerda en la rama. Esta vez no se molestó en volver a meter la escalera en el gimnasio, ya todos sabían que la había usado para ese menester y se ahorró el viaje, dejándola en la nieve y al lado del miserable que despertaría de un momento a otro.

Tardó algo más que Coleman, ya pensaba que se había pasado con la dosis o que su víctima había tomado algún somnífero que lo tendría dormido durante horas, pero este terminó por abrir los ojos y mirar desconcertado a su alrededor, aún más que su viejo compañero. «¿Tú? ¿Qué haces? ¿Qué coño pasa? ¿Estás loco? ¡Sácame de aquí! ¿Qué puta broma es esta?», gritó sin parar

durante los primeros segundos. Él lo miraba impasible, de pie en la misma puerta del gimnasio, a menos de dos metros de distancia.

—¿Por qué? ¡Hijo de puta!

—¿No me recuerdas? Entonces solo era un niño, pero dicen que me parezco mucho a mi padre.

Se puso en pie a duras penas bajo la fuerte nevada, el viento y lo aturdido que aún estaba por los efectos del cloroformo, pero su fortaleza y las ganas de sobrevivir lo ayudaron para dar los primeros pasos, luego tuvo que luchar para seguir caminando. A esas alturas casi no sentiría pies y manos, y la cara se le habría escarchado. El vaho de su respiración, cada vez más intensa, se veía como una cortina de humo que le impedía ver a su verdugo mientras este disfrutaba observándole.

Estaba a solo un metro, solo un paso de su salvación.

—A... ayúdame, por favor... Te... tengo frío...

—Tranquilo, eso es solo el principio. Luego te calmarás y el sueño podrá contigo. Déjate llevar por el sueño, piensa en lo feliz que serás si te abandonas —le susurró.

Pero no se abandonó, luchó con todas sus fuerzas, justo lo que su verdugo quería. Trató de alcanzar la salvación pero, a falta de menos de un paso, y a pesar de intentarlo usando las energías que aún le quedaban, algo le impidió avanzar y salir de aquel infierno blanco y helado que lo castigaba con saña. La cuerda que lo frenó cuando ya sentía la calidez de la vida, de la libertad, supuso un golpe de realidad que no podría superar. Ni con súplicas y llantos incluidos. No pudo llegar hasta la puerta y ponerse a salvo. Se agachó hasta colocarse en posición fetal, un balbuceo se percibía a pesar de no poder verse su rostro, y se abandonó a la muerte, entre recuerdos de su vida, más familiares que laborales, sobre todo de su nieto recién nacido. Parecía brotar una mueca de sonrisa de su rostro cuando su verdugo se marchó dejando la puerta abierta.

Él también sonreía al dejarlo atrás y marcharse a descansar.

Los gritos parecían salir de un túnel, como si fuesen producidos por un sueño lejano del que uno aún no hubiese salido por completo. Cristina daba vueltas en la cama y se tapaba con la almohada, tratando de apurar unos minutos más ante lo que pensaba que era la llamada de su madre para ir al instituto.

—Un poco más, por favor, estoy muy cansada. Cinco minutos más —murmuró.

Cuando fue consciente de la situación, que no estaba en casa ni tenía quince años, apartó el nórdico y se levantó de la cama de un salto. No sabía qué había pasado, al otro lado de la puerta de metal se oía gente correr y murmurar. Las paredes a su alrededor seguían siendo las mismas, igual que la luz que dibujaba formas extraordinarias en el techo. Llamaron con vehemencia a su puerta pero no respondió. Aún seguía en camiseta de tirantes y bragas. Se puso un pantalón antes de acercarse a preguntar:

—¿Quién es? ¿Qué pasa?

—Cristina, ha habido otro asesinato. Nos vemos en la cocina en cinco minutos.

Reconoció la voz de Oliveira, por lo que terminó de vestirse y salió a su encuentro antes de esos cinco minutos. En la cocina ya estaban casi todos, muy alterados y haciendo conjeturas sobre lo ocurrido.

—¿Qué ha pasado? —preguntó la inspectora al portugués nada más llegar. Las caras de sus compañeros no auguraban nada bueno.

—Otro homicidio, idéntico al anterior.

—¿Es una broma?

—No, han matado a otro profesor, a Mark Davis.

—¿En el gimnasio? Vamos hacia allá. —Incluso el hambre por desayunar había desaparecido al oír la noticia. Quería ver el cuerpo y también hablar con Rob Howard sobre lo que se supiera del crimen. Incluso olvidó ir por el chaquetón, a pesar del frío que haría en el gimnasio.

—Pero nos han pedido que permanezcamos en la cocina.

—Joder, no somos niños, sino inspectores de homicidios. Vamos a echar un vistazo.

Cristina salió ante la atenta mirada de sus compañeros, ya todos reunidos en el lugar, y segundos después la siguieron por los pasillos hasta llegar al lugar del homicidio. Rob Howard, Alberto Gómez, el directo William Cooper y dos operarios de mantenimiento estaban en el gimnasio cuando llegaron. En el centro de la estancia había un cuerpo tapado por una sábana, la puerta al exterior aún

estaba abierta y entraba un vendaval que hizo estremecerse a la chica. Observó la silueta del cuerpo, en una postura extraña.

—¿Qué ha pasado?

—Marchaos a la cocina —ordenó el director Cooper.

—Queremos saber qué es lo que está pasando. Tenemos derecho a que se nos informe —espetó Timothy Brown, a la espalda de Cristina. Los demás asintieron a esas palabras.

—Está bien, está bien —dijo Rob Howard tratando de calmarlos—. Creo que todos tenéis suficiente experiencia en homicidios como para ser conscientes de que tenemos otra víctima. Joder, está ahí mismo, en el suelo.

—¿Mismo *modus operandi*? —preguntó Bryon Castro.

—Calcado.

—Un asesino en serie —murmuró Bryon, todos asintieron en silencio.

—Es cierto, habéis venido para resolver un crimen de un asesino en serie —comenzó a explicar Rob mientras trataba de mantenerlos alejados del cuerpo—, pero no es este el que tenéis que investigar. No podemos permitir que se contamine la escena del crimen, ni el cadáver ni las pruebas que pudiéramos encontrar.

—Tú no encontrarías una mierda en este caso —le espetó Piero Rossi—. Ya has tenido dos días y apuesto a que no tienes una sola conjetura. Me haré cargo del caso si es necesario, de otro modo no se solucionará.

—Me alegra que hayas dicho eso, porque dentro de dos horas comenzaremos con los interrogatorios, y empezaremos precisamente por ti.

Cristina esbozó una sonrisa ante las palabras de Rob Howard.

—Nadie va a interrogarme, soy ciudadano italiano y tengo derechos.

—Aquí no eres nadie, esto es un complejo militar y de formación del FBI. Te considero sospechoso de asesinato y responderás ante un interrogatorio mío o de la Agencia de Seguridad Nacional cuando las carreteras estén despejadas y contemos con comunicación. Tú decides. Ahora o bajo las directrices de la ASN, con ellos puedes pasar meses en una prisión exenta de asegurar derechos civiles y humanitarios a los detenidos. Y ni se te ocurra decir que el gobierno

de tu país intercederá; todos sabemos que te han enviado aquí para quitarte de en medio, así que estarán encantados de que te quedes unos meses más.

—Esto no quedará así, te lo garantizo.

El resto de asistentes al curso murmuraba sin llegar a mostrar la indignación del italiano, en el fondo sabían que lo más lógico era seguir el procedimiento rutinario. Ahora que había aparecido otro cadáver, se agravaba la situación y comenzarían una investigación a fondo. Muchos, empezando por Cristina, pensaban que sería mejor eso a la inactividad y pasar los días viendo la televisión.

Alberto Gómez y Rob Howard llevaron el cuerpo al mismo contenedor frigorífico en que descansaba el de Billy Coleman. Buscaron pistas y pruebas en su ropa antes de proceder a cortar las prendas para desnudarlo e inspeccionar su piel.

Dos horas después, como había pronosticado Rob, se citaron con Piero Rossi en una sala de interrogatorios que los operarios de mantenimiento habían limpiado tras un año sin usarse. Una cámara grababa desde el techo y William Cooper observaba desde la habitación contigua gracias a un falso espejo.

—Sin abogado, sin lectura de derechos, sin acusación, sin pruebas. El mundo volverá a ser testigo de un nuevo caso de abuso de poder por parte de vuestro país. Esto va a saberse muy pronto y rodarán vuestras cabezas.

—Un discurso muy bueno —respondía Rob. Alberto se había sentado a su lado y dejó que fuera su colega el que tomase las riendas del interrogatorio—. Seguro que te ha llevado varios minutos prepararlo. Y ahora, si no te importa, dinos qué hiciste esta noche y la de hace dos días.

—Dormir, no hay otra cosa que hacer en esta mierda de lugar.

—Nos consta que soléis quedaros algunos en la sala común, bebiendo cerveza y viendo alguna película hasta altas horas de la noche.

—Sí, y luego salimos a hurtadillas por los pasillos para asesinar a los profesores. En redes sociales lo llaman *Killtheteacher Challenge*.

—La ironía y el sarcasmo solo hará que estemos aquí más horas.

—Bueno, así no me aburriré en la sala común.

—También me consta que vais al gimnasio, el lugar de ambos crímenes, algunas noches a hacer pesas.

—Y a soltar adrenalina en el ring, ¿quieres medirte conmigo?

La hostilidad de Piero haría interminable su interrogatorio, pero los tres agentes del FBI tenían paciencia y no era la primera vez que se enfrentaban a un sospechoso complicado. William Cooper, desde el otro lado del cristal, usó su experiencia para evaluar los cambios de humor y tono de voz de Piero. Alberto Gómez apuntó cada dato preciso, como horas de entrar y salir de la sala o con quién estuvo el sospechoso. Luego lo cotejaría con los testigos que lo acompañaban, elaborando una red de datos que debían coincidir; en caso contrario, tendría que volver a entrevistarse con los que hubieran dado información dispar.

Se oía a la perfección cómo la madera seca crujía al consumirse en la chimenea gracias al mutismo de los que esperaban su turno para ser interrogados. Ninguno de ellos había estado nunca al otro lado, ni siquiera bajo una investigación de asuntos internos, aquello les hubiera invalidado para optar a dar el curso. Cristina observaba a su alrededor, la situación era muy diferente a la que había vivido los días anteriores, no se oían las risas de los dos primeros días ni las quejas por el aburrimiento de los dos posteriores. En ausencia de Piero, sus *aliados* parecían no tener muy claras sus ideas y prioridades; eso, al menos, parecía deducirse de su comportamiento. Ya no había dos grupos claramente diferenciados, sino uno que ocupaba sillas y butacas aquí y allá por la sala, formando breves diálogos entre susurros cada pocos minutos. Brown y Castro eran los más inquietos, no paraban de caminar en círculos por la estancia, preguntando una cosa u otra a quienes tuvieran en ese momento a su lado.

Al otro lado de las ventanas aún se observaba la nieve ocultando el paisaje. ¿Cuánto más duraría el temporal? ¿Seguirían incomunicados mucho más tiempo?, se preguntaba la inspectora. Necesitaba hablar con sus padres y su hija, saber de ellos y decirles que estaba bien y que regresaría pronto. En ese momento tuvo una

sensación extraña, había percibido algo en el gimnasio, pero no recordaba el qué. Quizá si hacía un esfuerzo...

—¿No crees que tardan demasiado? —La voz de Oliveira la sacó de sus pensamientos.

—Apuesto a que Piero no lo está poniendo fácil. Estamos en una situación de extrema emergencia: un asesino entre nosotros que ya ha matado a dos profesores y no sabemos si tiene pensado continuar hasta quedarse solo. Deberíamos haber sido interrogados tras el primer homicidio.

—Quizá no sabían que seguiríamos incomunicados durante tanto tiempo, después de todo, antes del crimen la línea telefónica funcionaba con simples cortes esporádicos.

—Creo que han empezado a investigar en serio cuando han visto que podría tratarse de un asesino en serie dispuesto a matarlos a todos, cuando antes lo consideraron un crimen aislado.

—Ya, pero eso nos hubiera pasado a todos. Investigar sin tener la capacidad de usar todos los medios habituales: autopsia, búsqueda de la científica, etc., es complicado. Aunque nunca es tarde, por eso apruebo que vayan haciendo los interrogatorios, claro que a este ritmo y con todos los que somos acabaremos en dos días.

Suspiró hondo. Era consciente de que sus compañeros la miraban de soslayo cada pocos minutos, pues aún seguían pensando muchos de ellos que era la máxima candidata al puesto de asesina. Tuvo que reconocer que cada vez le afectaba más esa circunstancia. Y por si eso no la agobiara ya demasiado, no podía estar presente durante los interrogatorios, así que los nervios iban atenazando su estómago.

«He recuperado el apetito y como el doble que antes, pero no habré puesto ni un kilo. Este lugar, la gente que hay aquí, la prueba, ahora los crímenes, ese imbécil de Piero... Todo parece diseñado para tenerme en tensión las veinticuatro horas del día. Rob. ¿Qué pasa con Rob? Está en todas partes, nos imparte las clases, lleva el caso de los homicidios, me ha concedido el privilegio de investigar junto a él. ¿Por qué lo hace? ¿Es cierto que me ve como a una buena policía o sus miradas lo delatan? ¿Cómo son las mías hacia él? ¿También me delatan? ¡Qué estupideces digo! Debería

calmarme, darme una ducha fría para pensar con seriedad. Mejor salir fuera y enfrentarme a la tormenta cinco minutos, eso sí que me bajaría la temperatura... ¿La tormenta?».

—¡Joder!

Todos los presentes la miraron tras el grito. Oliveira, a su lado, preguntó con la mirada.

—Esta mañana vi algo que me descolocó en el gimnasio, algo que no cuadraba. La conversación, comprobar que había otro asesinato, la situación en conjunto hizo que no le diese importancia y ni me paré a pensar más en ello.

—¿De qué hablas?

—La puerta estaba abierta, acababan de meter el cuerpo dentro del gimnasio. ¿No te fijaste en el exterior?

—No... no lo recuerdo. Supongo que seguía cubierto de nieve.

—Sí y no, quiero decir que ya no nevaba ni el viento azotaba con tanta intensidad. El temporal había amainado.

—¿Y qué importa eso ahora?

—Pues que seguimos sin línea de teléfono ni Internet. Eso quiere decir que hay otro motivo por el que estamos incomunicados. Debemos hablarlo con los profesores o el director Cooper.

—No nos permitirán molestarlos mientras realizan los interrogatorios.

—Quizás haya saltado un fusible, tal vez un conmutador. Puede que alguno de los operarios de mantenimiento lo arregle y podamos llamar al exterior.

—Para eso no necesitamos profesores, vamos a buscar a esos operarios.

El portugués y René Feraud acompañaron a Cristina en su tarea de buscar a alguno de los tres operadores por esa zona mientras Timothy Brown, Luan Buga y Kenta Hoshi partían hacia el otro lado del complejo. Si no daban con ellos, el siguiente paso era salir al exterior, a los pequeños edificios que rodeaban el principal. No llevaban la ropa de abrigo, pero no tardarían mucho en ir por ella a sus dormitorios.

Si Rob Howard terminaba con Piero y partía en busca de otro alumno para interrogar, encontraría la sala común casi vacía, pero los que se habían quedado informarían de sus intenciones. Existía

la posibilidad de que ya hubieran caído en que el temporal no era tan intenso y que estuviesen tratando de restablecer las comunicaciones.

—¡Joder, joder, joder, qué frío!

Cristina daba pequeños saltos para tratar de mantener los pies calientes. Se había enfundado un abrigo polar, gorro y guantes, pero percibió la tremenda diferencia de temperatura en cuanto puso un pie sobre la nieve. El viento en la cara era lo peor, nunca antes había sufrido una temperatura tan baja. A su alrededor todo se veía blanco, la nieve le llegaba hasta la cadera, pero había un sendero excavado que comunicaba con los pequeños edificios de los alrededores, seguramente habían sido los operarios de mantenimiento los que lo habían creado. Los altos árboles ya no se movían tanto con el viento y sus ramas cargaban con tanta nieve que parecía imposible que no se partiesen debido al peso.

Oliveira iba delante y tras Cristina caminaba en silencio Feraud. La primera caseta estaba cerrada, la segunda también. Quedaban dos, y encontraron a un operario en la siguiente en que probaron suerte. El tipo se dio un susto de muerte al verlos aparecer de repente. Tomaba un trago a escondidas en un lugar donde se había instalado un camastro y, gracias a una estufa potente, había caldeado el pequeño rincón para pasar algunas horas al día sin supervisión.

—¿Qué hacéis fuera del edificio principal? Os tienen que interrogar. Eso me ha dicho Gómez esta mañana. ¿Ha pasado algo?

—Nada, solo queremos saber qué ocurre con las comunicaciones —le dijo Oliveira.

—El temporal habrá tirado algún poste del tendido telefónico. Algunas veces pasa.

—¿Has comprobado las conexiones?

—No, nadie me lo ha pedido.

—¿Podrías acompañarnos hacia el cuadro de fusibles y el distribuidor de las líneas?

—Sí, claro, pero... ¿es una orden del director Cooper?

—Correcto —mintió Cristina antes de que sus acompañantes pudieran meter la pata—. Nos ha dicho que no ha podido venir en persona a pedírtelo porque está ocupado con los interrogatorios.

—Está bien, hay que ver el cuadro exterior, que está cerca de aquí, y luego, si todo está en regla, ver el distribuidor en la sala de equipos electrónicos.

—Pues vamos a ello.

Cristina observó, antes de marcharse, varias botellas de licor vacías en un cubo en el rincón, revistas pornográficas sobre una estantería y cantidad de comida basura, como patatas fritas y chocolatinas, por todas partes. Allí hedía a sudor y desperdicios, pero era preferible a la temperatura exterior, al infierno blanco que tendrían que soportar un rato más.

El cuadro exterior de conexiones era enorme, más de dos por dos metros, y se encontraba en una de las paredes del edificio principal, a menos de treinta metros de distancia. Para acceder a él tuvieron que apartar algo de nieve con palas. No hacía más de dos o tres días, según Joe Smith, que alguien había pasado por allí. «Quizás alguno de mis compañeros haya hecho alguna configuración o haya tratado de ver el cuadro, como estamos haciendo nosotros, por eso la nieve es más baja. Diría que hace unos dos o tres días que se abrió este sendero», dijo. Cristina le preguntó si era posible que alguien lo hiciese sin que él lo viera desde la caseta en la que se encontraba.

—Bueno, yo solo estoy allí un rato por las mañanas y, a veces, alguna que otra tarde. Pero no permanezco todo el tiempo. ¿Comprende?

Ella no respondió, habían llegado y el operario quitaba los tornillos de la placa de protección. Al retirarla, se apreciaban cientos de cables de colores con etiquetas en algunos de ellos. Una zona aparecía cortada, como si alguien le hubiese dado un tajo con un cuchillo muy afilado o cúter. Ella no tuvo que preguntar, la cara de Joe lo decía todo.

—No me llevará ni diez minutos empalmar los cables. ¿Quién ha podido hacer algo así?

—Es evidente —dijo Cristina—. Joe, te dejamos aquí, recuperando las líneas de teléfono e Internet, nosotros vamos a

informar a Cooper.

Regresó corriendo al interior del complejo, estaba helada y se hubiera quedado sin pensarlo un largo rato frente a la chimenea de la sala común, pero debía informar del sabotaje a los profesores para que pidieran ayuda exterior con urgencia, así que no perdió un minuto en ello. Al llegar a la zona de los despachos, vio que ya habían acabado con Piero, estaban debatiendo en el pasillo sobre las impresiones obtenidas. Se extrañaron al verla aparecer corriendo.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó el director Cooper.

—Sí —respondió aún agotada por la carrera—. Bueno, no hay otro asesinato que lamentar, pero hemos salido al exterior para buscar a un operario que revisara las conexiones de Internet y teléfono y resulta que habían sido saboteadas hace unos días. Quizá las haya reparado y en este momento ya tengamos línea para que os comuniquéis con la central.

—Eso sería magnífico —aseguró con entusiasmo Rob Howard.

—¿Hay algún avance con respecto a Piero Rossi? —se aventuró a preguntar ella.

—No podemos implicaros en la investigación —fue la respuesta del director, la que Cristina esperaba.

La sala común tenía una temperatura perfecta y ella iba con la idea de sentarse ante la chimenea para recuperar el calor que aún le faltaba en las extremidades, pero al llegar comprobó que ese rincón estaba ocupado. Claro que no fue eso lo peor. Se dirigió hacia Oliveira, Feraud y Hoshi, en las butacas del fondo, y preguntó qué pasaba, por qué gritaban los del grupo de Piero Rossi.

—No debí contarles nada, ha sido mi culpa —se lamentaba el portugués—. Les he contado lo del sabotaje y que ya no nieva, así que quieren marcharse.

—Pero estamos siendo investigados por dos homicidios, no podemos salir sin el permiso de los responsables.

—Eso deberías decírselo a ellos. Están siendo manipulados por Piero, que desea largarse por el trato recibido, quiere buscar una embajada o consulado italiano y regresar a su país.

—Pero eso es un motivo más para acusarlo. Si quiere desaparecer, es que algo oculta. Además, no se puede llegar al pueblo más cercano sin que el conserje... ¡El conserje! Está a dos kilómetros de aquí, nos habíamos olvidado por completo de él.

—¿Qué quieres decir?

—Que no está en la lista de sospechosos. No se le ha investigado.

—¿Quién ha investigado a quién?

Cristina no podía decirles que ella y Rob habían indagado en los informes de cada empleado y asistente al curso, así que improvisó para salir del paso.

—Me refiero a los profesores, no habrán tenido en cuenta al conserje por estar tan lejos durante la ventisca, pero también dispone de un todoterreno. Puede haber entrado y salido durante las noches sin que nadie lo viese.

—¿Crees que deberíamos decírselo a Cooper?

—Tal vez luego, ahora hay algo más importante que hacer, además de desagradable...

En esta ocasión, sus compañeros Oliveira, Feraud y Hoshi no la dejaron sola. Cristina no necesitaba su apoyo a nivel físico, pero moralmente supuso un calor que les agradecería más tarde, cuando se encontrase a solas con ellos. Piero Rossi la vio llegar y se puso en guardia.

—¿A qué vienes? ¿También quieres interrogarme?

—No te hagas el protagonista, no das la talla. Os estoy escuchando hablar sobre abandonar el lugar en los todoterrenos, supongo que ninguno de vosotros ha visto que la nieve llega a un metro de altura y el camino ha desaparecido; claro que quedarse atrapado en un coche a veinte bajo cero no es el mayor riesgo de marcharse. Se están reestableciendo las conexiones y puede que hoy mismo vengan agentes y forenses; apostarí a que tienen helicópteros para llegar en unas horas. Querrán hablar con nosotros, y los que hayan abandonado el edificio serán perseguidos como proscritos, así que yo me lo pensaría mucho antes de hacer una idiotez en un país donde no se andan con tonterías.

Algunos de ellos se miraban con un semblante de duda, sabían que su situación podría empeorar si escapaban del lugar.

—No podréis decir que os marchasteis porque estabais tratando de poneros a salvo del temporal, ya que ha amainado y aquí, además, hay calefacción y comida de sobra. Yo no pienso jugármela ahí fuera sin saber lo que voy a encontrarme durante el trayecto, con más de un metro de nieve y sin saber por dónde va la carretera, además de con el FBI y la ASN cuando salgan a capturarnos como delincuentes fugados.

—Tú no puedes saber lo que ocurrirá —le espetó Piero.

—Tú tampoco, así que márchate solo si es lo que deseas. Deja de arrastrar contigo a los demás, ¿tan poca autoestima tienes como para necesitar que te arropen constantemente?

Piero apretó la mandíbula hasta enrojecer de ira, pero no osaría a desafiar a la inspectora de nuevo, aún notaba el dolor del último golpe recibido en la mandíbula, incluso se percibía en su forma de hablar que no había recuperado del todo la dicción. Se giró bruscamente y preguntó a sus compañeros.

—¿Vais a hacerle caso y quedaros aquí como corderitos asustados? Yo no pienso estar a merced de esos inútiles, quizá fueron ellos mismos los que mataron a sus dos compañeros, y tal vez decidan cargarnos el muerto.

—Pienso como ella —dijo la alemana Leyna Penz—. Es peligroso marcharse sin su permiso ni conocer el camino de regreso al pueblo.

—Hemos venido a recibir un curso. El curso se ha cancelado, por lo tanto no pueden retenernos en contra de nuestra voluntad.

—Pero se han producido dos asesinatos y somos testigos, también sospechosos.

—A la mierda con ellos. No me fío de lo que puedan hacer, incluso inculparnos. Yo voy a por mi equipaje, el pasaporte y las llaves de un todoterreno para marcharme al aeropuerto. El que quiera seguirme, ya sabe lo que tiene que hacer: que llene una bolsa de comida y botellas de agua por si tardamos más de la cuenta.

Solo cuatro compañeros lo siguieron: Brandon Murphy, Timothy Brown, Luan Buga y Bryon Castro. Los dos últimos decidieron marcharse en otro coche diferente. Cristina pidió a Kenta Hoshi que

fuese a informar a toda prisa a los profesores, el japonés partió en el acto.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Oliveira.

—No tengo ni idea, supongo que esperar.

Ninguno de los presentes hubiera imaginado la cantidad de acontecimientos que se produjeron a partir de esa conversación. Empezando por el enfado de los profesores, luego la sorpresa de Piero y sus fieles compañeros, hasta llegar a la reunión que se produjo en la sala común, aprovechando que la mayoría de ellos ya se encontraba allí. Rob Howard gritaba fuera de sí a los tres operarios de mantenimiento, que trataban por todos los medios de ser exculpados por crímenes no cometidos. William Cooper no había logrado comunicarse con el conserje por *walkie-talkie*, así que planificaba una expedición para ir a buscarlo. Alberto Gómez seguía hablando sobre la irresponsabilidad de haber tratado de marcharse del complejo sin permiso ni conocer la zona para orientarse.

—Tenemos a un asesino en el complejo, quizás se encuentre ahora mismo en esta sala —dijo en voz alta Cooper para que todos le prestasen atención.

—¿Y qué debemos hacer, quedarnos aquí para esperar a ser la siguiente víctima? —preguntó Piero. El murmullo a su alrededor lo respaldó.

—No, debemos capturarlo. Somos policías, no ovejas asustadizas. Siento vergüenza al comprobar que tengo ante mí a lo mejor de las comisarías de medio mundo. ¿Y os llamáis policías?

—No tenemos armas, y vosotros nos impedís que participemos, ¿lo has olvidado?

—Las víctimas no han sido disparadas, así que el asesino puede que no vaya armado. Yo conocía a los inspectores Coleman y Davis, eran buenos policías, sin duda, pero nosotros también. Y hemos hecho un juramento, todos y cada uno de nosotros. Os garantizo que hablaré personalmente con cada responsable de vuestros países detallando el valor y compromiso que habéis puesto ante esta adversidad, ya sea para continuar aquí o para abandonar el barco como una vulgar y cobarde rata.

Miraron a Piero, que enrojeció por la comparación, pero no se atrevió a pronunciar una palabra más. Fue Feraud el que alzó la voz, para sorpresa de quienes habían tratado con su timidez.

—Aunque las baterías de los coches están saboteadas, quizá podamos encontrar otra en los almacenes. O tal vez lleguemos a la casa del vigilante caminando y podamos usar su coche. El caso es contactar con el exterior.

—Estoy de acuerdo —respondía Rob Howard—. Las líneas de Internet y teléfono siguen cortadas, debemos adivinar la forma de restaurar esa comunicación o lograr llegar al pueblo de la forma que sea. Aquí disponemos de comida y suficiente gasoil para la calefacción hasta el próximo verano, pero el homicida podría volver a atacar y exterminarnos a todos, de uno en uno.

—¿Qué propones? —preguntó Cristina.

—Quiero que formemos varios grupos, y que los integrantes de cada uno de ellos no se separen en ningún momento, será la mejor forma de asegurarse de que el asesino no añada otra víctima a la lista. Un operario de mantenimiento, junto a dos alumnos, revisarán las líneas de teléfono e Internet dentro del complejo. Otro operario, junto a otros dos alumnos, tratarán de buscar una batería o la forma de arrancar el motor de uno de los coches. El tercer operario y dos alumnos más irán a la casa del conserje, abrigados y conociendo el camino no habrá problema ahora que ha dejado de nevar. El resto permanecerá aquí, continuarán los interrogatorios y espero cooperación por parte de todos. ¿Entendido?

Los presentes mascullaron algo parecido a un asentimiento, todos menos Piero y el irlandés, Brandon Murphy; pero tampoco discutieron el plan trazado por el profesor.

En el exterior había caído la noche como un manto oscuro y pesado sobre el bosque que rodeaba el lugar, pero ellos no lo percibían porque la iluminación interior provocaba una sensación de atemporalidad diseñada específicamente para poner a prueba los nervios y la moral de los soldados y agentes que se formaban durante meses allí.

Cristina al fin pudo sentarse ante la chimenea, claro que los pensamientos que la invadían no le permitieron disfrutar del calor bien recibido por sus rodillas y pies. Oliveira y Rob se sentaron a su

lado, pero ella no oyó las preguntas que le hacían porque estaba sumida en sus propias dudas y conjeturas. ¿Cómo reaccionaría el asesino ahora que estaba siendo acorralado? ¿Tenía más ases guardados bajo la manga? ¿Mataría a alguien más? Si había sido capaz de llegar a ese extremo, y aislarlos a todos de una forma tan eficaz, ¿qué no sería capaz de hacer ante policías que no estaban preparados para enfrentarse a una amenaza tan cruel como real? ¿Eran ellos, realmente, una manada de lobos contra un lobo solitario? No, no eran más que simples corderos con pretensiones, y no estaban preparados para la amenaza que se cernía sobre ellos. Necesitaban coordinarse y formar un grupo compacto y fuerte, decidido y con la capacidad de ataque suficiente como para...

—¿Me oyes?

—Disculpa, estoy algo despistada. ¿Qué me preguntabas?

—Te decía que es momento de tener a todo el mundo bajo control. Profesores, operarios y alumnos debemos estar juntos el máximo tiempo posible para evitar que nadie pueda separarse del grupo y ser atacado, ya que no podemos descartar que la amenaza sea externa.

—¿Tú crees que el asesino está escondido en algún lugar del complejo?

—Es una posibilidad, hay varios edificios, este mismo es muy grande, seguro que cuenta con docenas de habitaciones y almacenes que nosotros aún no conocemos.

—Pero si vuelve a actuar de madrugada... en ese momento estaremos solos en los dormitorios, de nada servirá estar todos juntos durante el día.

—Ya, pero nadie en su sano juicio volverá a dormir con la puerta sin asegurar desde dentro. Así que, si vuelve a matar, lo tendrá que hacer durante el día.

—¿Y si el asesino cuenta con una llave? Puede volver a atacar de noche.

—Pues colocaremos un mueble tras la puerta para que haga ruido; o colocaremos cristales rotos o lo que queramos para despertarnos en caso de ser atacados.

Una parte del cerebro de Cristina aún permanecía tratando de resolver las dudas que surgían en su mente. Todos los asesinatos

tenían un porqué, era el eje fundamental de búsqueda, la primera pieza del puzle (o la segunda si se tiene en cuenta a la víctima). ¿Qué habían hecho aquellos dos policías para merecer una muerte tan cruel? En su pasado estaba la clave para resolver el caso, un caso que no habían asignado a la inspectora pero que cada vez se tomaba más en serio.

«Eran compañeros. Fueron compañeros durante años en la policía y el FBI. Algo tuvieron que hacer para sufrir ahora una venganza».

La noche sería muy larga, mucho más de lo imaginado, a pesar del cansancio y sueño que acumulaba. Los tres grupos se habían marchado hacía dos horas y ella pensaba que allí sentada ante el fuego no solucionaría gran cosa; fue una suerte que Rob le hiciese una señal mientras caminaba hacia la puerta. Un minuto después se escabullían sigilosamente de la sala, donde solo quedaron Alberto Gómez, el sudafricano Luan Buga, la alemana Leyna Penz, y el brasileño Bryon Castro.

—¿Qué has pensado? —preguntó ella.

—Me diste una idea con lo de la llave para cerrar la puerta y estar seguros en los dormitorios. Vamos, hay que darse prisa.

—¿A dónde?

Él no respondió, caminaba dubitativo.

—¿Crees que lo atraparemos? Quizá logremos acorralarlo — insistió ella.

—Los lobos solitarios, si es que nos enfretamos a uno, son complicados de cazar por estas tierras.

—¡Vaya, has dicho lobos! Últimamente he tenido pesadillas con una manada.

—¿Manada? Por estos bosques había miles hace muchos años, ahora no quedan más de dos docenas. Esta tierra está sembrada de leyendas sobre lobos.

—Sí, leí una en el aeropuerto.

—Es muy típico que se les rinda homenaje con murales, cuadros o mantos bordados por los indios que poblaban estas tierras, como el que hay sobre la chimenea de la sala común. Un mero adorno a día de hoy, cuando ya se ha perdido el significado de esas palabras, pero importante el día en que se colocó, especialmente para quien

lo hiciese. Supongo que has tenido pesadillas por leer aquel mural del aeropuerto. No soy un experto descifrando sueños, ni mucho menos, pero aquel lugar, el aeropuerto, es tu escape de este sitio, donde comienza la ruta para regresar a tu casa, y lo último que viste de él fue una leyenda sobre lobos.

—Sí, seguro que tienes razón.

—Hay una leyenda muy popular por estas tierras, su origen es canadiense y trata sobre tres lobos. Ahora que lo pienso mejor, creo que no sería buena idea contártela, no quiero que tengas más pesadillas.

—Descuida, cuéntame esa leyenda, así ocupamos el tiempo hasta llegar adonde sea que me llevas.

—Está bien —dijo con una sonrisa, luego puso un tono de voz dramático para narrar la historia—. Cuenta la leyenda que en unas montañas cercanas, al otro lado de la actual frontera, vivía Skan, que se traduce como el Cielo, junto a su manada de lobos árticos. Pero él tenía el pelaje negro como la noche, y tuvo un primer cachorro de color gris, mezcla de sus genes con los de su compañera blanca. Un día apareció el hombre por aquellas tierras y la felicidad y paz que disfrutaban se vieron truncadas al comprobar que el hombre avanzaba haciendo suyo todo lo que pisaba. Skan partió antes del alba una mañana para llevar comida a su familia, como hacía habitualmente, y cayó malherido en una de las trampas que los hombres habían colocado en el bosque. Ya creía que estaba todo perdido hasta que apareció un hombre, lo liberó y llevó sobre su caballo. Un humano diferente, un joven indio de la tribu Lakota. Tanto los indios como los lobos tenían al hombre blanco como enemigo común, ambos eran rechazados y perseguidos por igual. Skan se prometió devolver el favor algún día al joven indio, regresó con su familia y su manada y aullaron a la luna para llamar a la diosa Nokomi —significa hija de la luna— y que esta le concediera el deseo de poder devolver el favor. La diosa respondió que simplemente tenían que asociarse a las tribus indias para proteger a la Madre Tierra y a todos sus animales y plantas. Desde entonces son aliados para proteger a quienes sufren el ataque de los hombres blancos.

—Una leyenda preciosa.

—Es más que una leyenda. Estos bosques son mortales si uno se adentra sin conocer los caminos; créeme, hay muchos lugareños que llevan generaciones viviendo en la zona y tienen pánico a entrar en el bosque y salirse de los caminos.

—¿Por los lobos?

—Porque los desaparecidos nunca regresan por mucho que los busquen. Por cierto, ya hemos llegado.

Estaban en la zona de los dormitorios de los alumnos, ante la puerta del de Piero Rossi, que estaba cuatro más allá que el de Cristina. Ella se sorprendió al ver que Rob sacaba una llave del bolsillo y abría la cerradura.

—¿Podemos entrar con esa llave en cualquier lugar? ¿Por qué no me habías dicho que contabas con ella?

—Las preguntas luego. Busca en el baño y en su maleta, yo miraré en los cajones de la cómoda y la mesita de noche.

La inspectora se sorprendió al ver una cédula dental transparente en una cajita verde sobre el lavabo; al parecer, el italiano cuidaba su imagen al detalle. Una sonrisa malvada brotó en su rostro al pensar en lo mucho que le habría fastidiado a Piero que lo golpease en la boca, si hubiese perdido un diente... Allí había cremas de todo tipo, cuchilla de afeitar, preservativos... ¿preservativos? El tipo debía tener una gran autoestima para llevar condones a una prueba del FBI. La masculina y arisca Leyna Penz se postulaba como su única opción para estrenar el condón, porque ella no se acercaría a ese engréido ni por todo el oro del... ¡Espera! Quizás a Piero le iba otra cosa.

—¿De qué te ríes? ¿Qué has visto? —Rob se sobresaltó al oír las carcajadas de la chica.

—Nada, una tontería que he pensado, no tiene nada que ver con la investigación. —Cristina tosió para alejar el pensamiento del italiano acostándose con Timothy Brown, igual de estirado y arrogante que él.

—En el baño no hay nada —añadió.

—¿Miraste en el interior de la cisterna?

—Pues claro, no soy un agente novato.

—Tienes razón, disculpa. Ayúdame a revisar la cama.

Cristina se puso al otro lado y metió las manos bajo el colchón, ambos lo levantaron a la vez.

—¡Mierda!

—¡Joder!

—Hay que avisar a los demás, ¡corre!

Capítulo 8

Miércoles

¿Interrogatorios? ¿Así pretendían atraparlo? Era tan infantil que le apetecía echarse a reír ante sus caras. Si sería complicado, por no decir imposible, descubrirle en una investigación convencional, la cosa se complicaba y mucho en aquellas condiciones. Estaban dando palos de ciegos, y lo mejor de todo es que eran conscientes de ello pero no hacían nada por evitarlo.

Dicen que la suerte acompaña a los audaces, por eso no pudo evitar una leve mueca de sonrisa al recibir la noticia de que, aun restaurando el cuadro de conexiones, seguían sin línea de teléfono e Internet. Algún árbol se habría caído sobre el tendido o un coche se accidentó contra un poste de los que siguen la línea de la carretera, tal vez un fallo desde la central o del repetidor en el pueblo. En cualquier caso, todo estaba saliendo a pedir de boca. Bueno, todo no, la inspectora española sorprendía por su interés en resolver el caso, como si se tratara de algo personal. Ya podría comportarse como sus compañeros, que se habían apartado en cuanto se les dijo que no tenían autoridad y jurisdicción para llevarlo. Quizá, si seguía husmeando, encontrase un final inesperado.

No iba a consentir que lo atrapasen, haría lo que estuviese en su mano para impedirlo, aunque tuviera que acabar con todos y cada uno de los que se hallaban en el edificio, incluida ella, a pesar de que le gustaba cada vez más. ¿Estaba solicitada? Y tanto. Un profesor y, al menos, tres alumnos trataban descaradamente de meterse en sus bragas. Parecía que el aislamiento no les estaba frenando la libido.

Él mismo esa noche, llevando varios días sin poder ver un partido de beisbol, hubiese sustituido la soledad de su dormitorio por un buen revolcón.

Pero no podía entretenerse con esos pensamientos. No, debía ceñirse al plan. Ya estaba hecha la parte más difícil, esos dos cobardes estaban muertos y solo quedaba salir de allí indemne, para eso debía esperar a que el curso quedase oficialmente cancelado y los integrantes se marchasen cada uno a sus casas o países de origen, además de ser excluido como sospechoso en la investigación que se llevase a cabo. Si no lograba esa parte final, tendría que arrasar con todo.

Con todo.

La noche iba a ser mucho más larga de lo que ninguno de ellos había imaginado. La cena se tomó en silencio, con los presentes tratando de asumir el descubrimiento de Cristina y Rob en el dormitorio de Piero Rossi, y luego se convocó una reunión informativa en la sala común. Allí se encontraban todos menos el italiano.

El director Cooper cedió la palabra a Rob, que era el que había dividido los grupos y el que halló el arma bajo el colchón de Piero. A su alrededor todos permanecían expectantes.

—Bueno, en primer lugar, como si este fuese un caso que estuviéramos tratando de resolver en una comisaría, quiero hacer balance de lo que ha sucedido hasta este mismo momento. La primera víctima fue atacada en la madrugada del sábado al domingo, en el mismo lugar y aparentes condiciones que la segunda, en la madrugada del lunes al martes. Buscamos a un homicida, quizá varios, que se encuentran en esta sala o escondidos en algún lugar del complejo. Nos hallamos incomunicados y no sabemos nada sobre lo que se averiguará con la autopsia y con un registro y análisis a fondo de la científica. El grupo que investiga la línea de Internet y teléfono no ha descubierto ningún otro sabotaje, así que puede haberse cortado por la tempestad en el pueblo o en el tendido que se extiende entre estos kilómetros; nos mantendremos a la espera de recuperarla. El grupo que ha ido en busca del vigilante del complejo ha vuelto con las manos vacías, no hay rastro de Ralph ni de su camioneta. Y por

último, el grupo que ha buscado una batería, la ha encontrado pero no ha sido posible arrancar el vehículo al estar descargada. Mañana a primera hora, la batería estará a punto y, si no hay otro contratiempo y el temporal lo permite, un profesor irá acompañado de un operador de mantenimiento y un alumno al pueblo para pedir ayuda por radio desde la oficina del *sheriff*.

»Y volviendo al caso, por ahora contamos con dos sospechosos: Ralph, hasta que sea encontrado y dé una explicación a su desaparición, y Piero Rossi, que ocultaba un arma bajo el colchón, a pesar de estar prohibidas dentro de este complejo. No sabemos cómo la introdujo ni qué pensaba hacer con ella, así que permanecerá encerrado hasta que lo averigüemos.

»No tenemos forma de investigar, salvo seguir haciendo interrogatorios y registros, así que nadie me venga con el tema de derechos y demás, que todos somos compañeros y no deberíamos entorpecer la investigación, salvo que tengamos algo que ocultar. ¿Tiene aquí alguien algo que ocultar? ¿Nadie? Bien, me alegro entonces de que todos colaboréis. Gómez, elige a dos personas para que te acompañen mañana al pueblo; Cooper, registrarás la mitad de los dormitorios mientras yo registro la otra mitad, elige a un alumno para que te acompañe. Podemos tenerlo todo listo en dos horas.

—¿Y los vuestros? —preguntó Timothy Brown.

—Tienes razón, también debemos registrar los dormitorios de profesores y operarios de mantenimiento, todos estamos en esto y somos sospechosos hasta que se resuelva el caso. No tendremos ningún inconveniente en que los alumnos que así lo deseen nos acompañen a registrar los dormitorios del personal docente y de mantenimiento. Dicho esto, empecemos antes de que se haga más tarde.

Cristina permanecía en el despacho de Rob, el reloj de la pared marcaba las dos y cuarto de la madrugada y, en compañía de Oliveira, tomaban unas copas tras hacer balance del trabajo realizado. El agotamiento era más que visible en ellos, así que no tardarían en volver a sus dormitorios.

—No hay nada que implique a los presentes con los dos profesores asesinados, nada. Eran compañeros y seguro que resolvieron casos contra criminales que querrían vengarse, pero habría que revisar cientos o miles de personas que hubieran sido perjudicadas por sus detenciones, y dudo que alguno de ellos esté aquí en el complejo. Cada vez estoy más firme en el pensamiento de que pudiera tratarse de alguien ajeno, alguien que llegó de noche y se oculta en algún lugar desconocido para nosotros. Tendría sentido que algún perjudicado por sus investigaciones quisiera tomarse su venganza, y ya que no tenemos un móvil que justifique los homicidios ni sabemos de quién puede tratarse, al menos podríamos buscar algún escondrijo o madriguera que nos dé indicios de haber sido ocupada por un desconocido, alguien ajeno al complejo y al curso.

—No crees en la culpabilidad de Piero, ¿verdad? —preguntó Rob a Cristina.

—¿Para qué necesitarías un arma si piensas matar a tus víctimas haciendo que se mueran de frío.

—Quizá los llevó al exterior y los ató a la rama del árbol a punta de pistola, tal vez la tenga también por si ocurre un imprevisto y debe hacer frente a una emboscada.

—No sé, no me cuadra con su personalidad. Estoy más que segura de que Piero Rossi no debería ejercer como policía, pero no da el perfil de asesino metódico, inteligente, frío, calculador... En absoluto, es un gallito que esconde a un cobarde con traumas infantiles. Además, en su ficha no hay nada que lo relacione con Coleman y Davis. Ni siquiera había viajado a Estados Unidos antes, ni los inspectores habían ido a Italia. Más bien parece un cabeza de turco, cualquiera pudo dejar la pistola bajo su colchón, los primeros días no cerrábamos las puertas con llave.

—En todo caso, no deberíamos dejarlo en libertad hasta asegurarnos.

—Apoyo esa idea. —Cristina levantó su copa para brindar y apuró el trago que le quedaba—. Mejor tenerlo aislado para que no dé más problemas. Podría organizar una rebelión y empeorar las cosas.

Puso la mano sobre el vaso para impedir que Rob lo rellenase de licor. Oliveira aprovechó para soltar una duda que llevaba largo rato rumiando.

—Si hemos podido enviar a tres de nosotros a la caseta del conserje, quizá podamos llegar al pueblo, llevaríamos provisiones para el camino, por si acaso.

—Yo no lo veo tan claro —replicó Rob—. Si el temporal empeora y estás a mitad de camino entre este complejo y la casa del conserje, puedes apretar el paso y llegar en quince minutos a tu destino o dar la vuelta. Si, por el contrario, te encuentras a diez kilómetros de aquí y doce del pueblo, una ventisca acabaría contigo antes de recorrer otros dos kilómetros más para ponerte a salvo. Acabarías congelado.

—Entonces solo queda esperar que se restablezcan las comunicaciones o que podamos arreglar alguno de los coches.

—También pueden venir desde el exterior si llevan días sin recibir noticias nuestras —añadía Cristina—. Tal vez se preocupen al no tener contacto. Si la oficina del *sheriff* ha llamado, o quizá lo hayan hecho desde la central del FBI, y no han obtenido respuesta, puede que decidan enviar a una patrulla para ver qué pasa.

—Bueno, ya hemos tenido bastante por esta noche, será mejor que cada uno vuelva a su dormitorio y se asegure de cerrar con llave y colocar la cómoda o una silla tras la puerta. Toda precaución es poca.

Hicieron caso al consejo de Rob y se marcharon en silencio. Oliveira iba tan concentrado durante el trayecto que no dijo una palabra hasta despedirse de Cristina en el pasillo.

Hacía mucho frío en el exterior, pero era soportable con la ropa de abrigo, más aún para quienes estaban acostumbrados a esas temperaturas. La alemana Leyna Penz caminaba tras el irlandés Brandon Murphy y el operario de mantenimiento Max Johnson. El último de ellos cargaba con la gran y pesada batería del vehículo, pero los tres lo hacían con el sueño tras las pocas horas dormidas esa noche. Al menos les quedaba la esperanza de conseguir

arrancar el motor de uno de los todoterrenos y ver algo de esperanza en sus futuros.

En pocos minutos llegaron a las cocheras, donde eligieron uno de los vehículos y sustituyeron la batería sabotada por la que se había estado cargando toda la noche. El operario montó en el puesto del conductor y tocó madera antes de girar la llave del contacto, antes se había asegurado de que tuviese combustible.

Arrancó al tercer intento, lo que provocó gritos de júbilo por parte de los tres. «Vamos a dar un paseo, caballeros» dijo Leyna, y montaron en el vehículo para dirigirse a la puerta principal.

En la sala común estaban casi todos cuando llegaron para dar la buena noticia. Por fin recibirían ayuda del exterior. No les faltaba de nada en aquel lugar, pero la sensación de desconexión con el mundo los estaba consumiendo. Se había creado un microuniverso compuesto exclusivamente por los diez alumnos y el personal del centro, hasta tal punto que los familiares, amigos, los lugares en los que vivían, todos sus recuerdos, tanto lejanos como cercanos, se estaban convirtiendo en una bruma distante que pronto desaparecería de sus mentes. Solo quedarían ellos y lo que hubiera sucedido durante los días o semanas que llevasen allí, como si el momento de llegar al lugar fuese el Big Bang en el que se hubiese creado tanto la vida como la materia que los rodeaba.

Saber que pronto recibirían ayuda los llenó de esperanza, aunque también de dudas. ¿Quién vendría? ¿Cómo los tratarían? ¿Seguirían allí o los trasladarían a algún centro del FBI de una ciudad cercana? Portland, la capital del estado, estaba algo lejos para llegar por carretera, pero Bangor era una opción válida, allí se ubicaba el aeropuerto al que habían llegado desde sus países de origen. Eso les hacía pensar en casa, en regresar; cada uno había dejado atrás a su familia, compañeros de trabajo y amigos, entonces pensaron que llevaban demasiado tiempo sin echarlos de menos. Aquel lugar los asustaba cada vez más. ¿Cuántos meses debía pasar allí o en centros similares un marine de veinte años hasta que sus superiores lo consideraban preparado para enviarlo a realizar acciones que bajo ningún otro concepto serían capaces de hacer?

—Creo que debería ir el máximo número de personas que quepan en el coche, ya que todos deseamos marcharnos y tenemos

el mismo derecho. Así que sortearemos las plazas —apuntaba Brandon Murphy, que se había hecho con el mando del grupo ante la ausencia del italiano.

—Y tú tienes tu plaza asegurada, por lo que veo —le espetaba Bryon Castro.

—Yo me he encargado de las tareas más complejas que se han asignado a los grupos, y estaba cuando el coche arrancó.

—Sí, pero no lo hiciste tú, solo venías a mirar —dijo con sequedad Leyna Penz—. Si hay sorteo, tú serás uno más, no tendrás preferencia alguna.

—Dejaos de sorteos y de tomar decisiones, aquí seguís siendo personas a nuestro cargo y aceptaréis lo que se os diga. Las quejas las podéis hacer luego en vuestros consulados y embajadas.

Los presentes miraron al director Cooper, que se mostraba reacio a que cundiera la anarquía entre los policías que se encontraban bajo su responsabilidad. Rob se puso en pie y volvió a tomar el relevo. Era el único de los profesores que aún estaba en activo como agente, además de contar con una edad similar a la de los asistentes al curso, así que era perfecto para asumir el liderazgo sin crear tantas fricciones como ocasionaría Cooper y su carácter agrio.

—Escuchadme, por favor, os garantizo que muy pronto estaréis viajando de vuelta a casa, pero eso será después de que organicemos las tareas para el día de hoy. Quiero la máxima cooperación, como si se tratase de un dispositivo de emergencia en vuestras comisarías, ¿entendido? Cooper se quedará como responsable aquí y tratará de salvaguardar vuestra seguridad, os recuerdo que puede haber un asesino entre estas paredes. Gómez asumirá la dirección en la investigación y seré yo el que vaya al pueblo, pero tranquilos, me acompañarán dos de vosotros, me es indiferente quienes sean, echadlo a suertes, aunque dormir allí en un hostel o motel no será mejor que hacerlo aquí, os lo garantizo. Y que quede clara una cosa, nadie podrá abandonar la zona, y mucho menos el país, sin el permiso de Cooper. Así que os es indiferente pasar los siguientes días aquí o a veinte kilómetros.

—Yo me quedo —dijo Cristina.

Feraud, Oliveira, Penz y Buga también se excluyeron del sorteo por las dos plazas.

—¿Por qué solo tres se irán en el coche? Cabemos casi todos, es un todoterreno muy grande —preguntó Brown, tras saber que no había obtenido plaza.

—Además de la ropa de abrigo, hay que llevar mantas, una tienda de campaña, comida y agua para tres días y palas. No sabemos si el coche sufrirá una avería o un accidente en mitad del camino, las carreteras están cubiertas por un metro de nieve y no se adivina bien el trazado. Toda seguridad es poca, así que el maletero y dos plazas serán ocupadas por el equipo necesario para garantizar la supervivencia de los tres que vayan al pueblo.

—No considero que...

—No me importa lo que opines o desees, aquí el grupo es más importante que tú, así que límitate a seguir las órdenes.

Rob no dio tiempo a más réplica y se marchó para tomar su ropa de abrigo y pedir a un operario que preparara todo lo necesario y lo llevase al vehículo. Los dos alumnos que lo acompañarían: Bryon Castro y Luan Buga, fueron a por sus abrigos, gorros y guantes.

Cristina notó un sombra mortecina recorriendo el lugar, como si el fuego no calentase de repente, ni los calefactores de las paredes, y el miedo a continuar allí más tiempo hubiera aparecido para morder sus entrañas. ¿Cuánto más permanecerían entre paredes de hormigón de un metro de grosor, sin ventanas, sin luz natural, sin poder comunicarse con sus seres queridos? Incluso los que rechazaron ir en el coche vieron llegar el arrepentimiento como un soplo helado en la nuca. Poder llamar a casa desde un hotel, salir a cenar y tomar una copa a un bar del lugar y ver y hablar con gente desconocida, lujos que habían rechazado, quizá demasiado a la ligera.

—¿Qué vamos a hacer los demás durante el tiempo que ellos tarden en ir y regresar? —preguntó Oliveira a Cristina.

—¿Además de esperar y cruzar los dedos por recibir ayuda? Supongo que algo se nos ocurrirá para no estar en esta sala común más tiempo del necesario. Beber cerveza y ver películas está bien para un domingo con los amigos, pero no para un grupo de policías que se encuentran encerrados con un asesino.

Oliveira no respondió.

—Necesito respirar aire fresco, ven conmigo —dijo ella, y se dirigió hacia la puerta.

—¿Aire fresco?

El camino que conducía hasta la casa-escenario donde se había recreado el homicidio de Rose Moore estaba cubierto de nieve, así que la inspectora española y su compañero portugués tendrían que hacer algo de ejercicio para poder avanzar. Llevaban una pala y se turnaban cada pocos minutos. No tardaron nada en comenzar a sudar, a pesar de los quince grados bajo cero del momento.

—¿Por qué no hemos llamado a más gente para ayudar?

—No iríamos más rápido aunque fuésemos veinte, ya que solo uno puede cavar a la vez para abrir el estrecho sendero. Además, no me fío de nadie salvo de ti y de Rob Howard, así que quiero comprobar esto por mí misma.

—¿Rob? ¿Hay algo... ya sabes, entre tú y él?

—¡No, joder! Solo es un buen poli haciendo su trabajo. Aquí parece escasear eso. No te ofendas, tú te lo tomas también en serio.

—Es que se os ve muy unidos y hay mucha afinidad, miradas y todo eso.

—Te digo que no, no insistas y dale fuerte a la pala, a este ritmo no llegaremos nunca. —Cristina desvió la mirada, no podía negarse así misma la atracción que sentía por el profesor. Ni siquiera comprendía el motivo que la llevó a excluirse del sorteo para la expedición al pueblo. Una parte de ella quería acompañarlo y seguir en punta de lanza de la expedición, además de permanecer a su lado, pero algo en su interior la frenó, pidiendo cordura, calma, cabeza.

—Tampoco me has dicho qué quieres encontrar en la casa de la prueba.

Ni ella misma lo sabía con seguridad, pero era el edificio más alejado del complejo y el último en el que nadie buscaría al asesino o rastro del mismo. Cristina observó el paisaje a su alrededor, tan

bello como letal, cubierto de nieve por completo y sumido en un silencio solo roto por el siseo de la pala al abrirse camino.

—¿Cómo puede la gente vivir aquí? —preguntó en un murmullo.

—¿Qué dices? —El portugués, sin entender la pregunta, se había girado y ahora la observaba.

—La gente, los lugareños, no comprendo cómo pueden pasar aquí todo el año, cuando el invierno dura más de seis meses.

—Supongo que ellos piensan igual cuando van a nuestra península. Imagínatelos a cuarenta grados en Sevilla o Córdoba, o con el calor seco de Madrid, tú conoces bien tu país. Si les dices que allí se pasa calor, más de veinte grados, durante más de seis meses al año, dirán que estamos locos por vivir en un lugar tan difícil. Los lugareños de por aquí, del norte de los Estados Unidos y también Canadá, llevarán toda la vida acostumbrados a este clima, para ellos es lo habitual.

—Ya imagino... ¿Por qué has dejado de cavar? ¡Vamos, no tenemos todo el día!

—Oye, tienes un problema con tus dotes de mando, ¿lo sabías?

La casa apareció lentamente sobre la colina, ya quedarían menos de cien metros para llegar y no disponían de llave. Cristina contaba con que la puerta estuviera abierta o pudieran forzar una ventana de la planta baja. La madera ennegrecida y la forma destartada de la construcción invitaba a pensar que nadie en su sano juicio, ni siquiera el constructor, viviría en ella ni aún siendo regalada. Cristina sintió un escalofrío al observarla bajo aquel paisaje de silencio y quietud, como una foto macabra y en blanco y negro de una pesadilla reciente. Al menos el cielo permanecía despejado, que comenzase a nevar o volviese la ventisca arruinaría sus planes tras la paliza de cavar.

Ambos estaban exhaustos cuando llegaron a los tres escalones que ascendían hasta la puerta. Si no había forma de entrar, todo el esfuerzo habría sido en vano.

El picaporte no fue suficiente. ¡Maldita sea! Necesitaban una llave.

—Iré a ver si alguna ventana puede abrirse desde fuera.

—Espera, Miguel. Esto es Estados Unidos, ¿no?

Cristina, que estaba observado el felpudo bajo sus pies, preguntándose para qué colocar ese elemento decorativo en una reproducción para un ejercicio, decidió levantarlo y la reluciente llave quedó a la vista.

—Esto sí que es hacer una reproducción fiel a todos los niveles.

—Bueno, no creo que solo esté la llave ahí por reproducir la realidad, sino por comodidad. Seguro que cada edificio de este complejo tiene una llave bajo un felpudo o en el canalón del desagüe, así no hay que ir con un llavero de dos kilos encima y tener que buscar durante minutos la adecuada.

—Me estoy muriendo de frío, ¿podemos seguir hablando dentro?

Cristina sonrió, abrió la puerta y volvió a comprobar que el edificio no tenía calefacción, así que, bajo la oscuridad del pasillo, daba la impresión de haber unos grados menos que fuera, si es que eso era posible. El olor a madera podrida, desechos en la cocina y el dulzón regusto de la muerte seguían allí. La inspectora sintió un escalofrío en la espalda mientras recorría de nuevo, esta vez bajo un silencio mayor, las estancias que investigó días antes, solo que ahora lo hacía por un caso real, con la posibilidad de enfrentarse a un asesino y no llevaba su arma.

—¿Qué buscamos? —susurró el portugués.

—¿Tienes buena memoria? —Miguel le respondió con un gesto que ella no supo interpretar. Lo tomaría por un sí—. Trata de observar si algo ha cambiado desde la otra vez, si consideras que algún mueble no está en el mismo lugar o posición. Lo que sea que te llame la atención y no recuerdes haber visto el otro día.

—¿Crees que el asesino ha pasado por aquí?

—Creo que el asesino pudiera estar usando esta casa para refugiarse a diario. Tal vez esté aquí ahora.

—Pero no está calefactada, se moriría de frío.

—Tal vez esté en la planta de arriba, con un calefactor como el que usa el operario que encontramos en uno de los pequeños almacenes tendría de sobra para calentar un dormitorio. Aquello me dio la idea de que el asesino pudiera estar usando un edificio diferente al principal. Y no descarto que sea alguien externo, un lugareño acostumbrado a esta temperatura.

—Pero tampoco había marcas en la nieve desde el edificio principal hasta aquí, sería imposible entrar y salir sin dejar huellas.

—Si hubiese huellas o un camino limpio, sería visible desde el complejo y lo hubiésemos descubierto. Pienso que quizás haya un sendero abierto por la parte trasera o uno de los costados, dando un rodeo para no ser visto.

—Está bien, pues vamos a mirar, yo me centraré en la planta de arriba y tú...

—No, no vamos armados y quizá él sí lo esté. Prefiero que estemos juntos. Cogeré dos cuchillos de la cocina.

La estancia seguía exactamente igual a como la recordaba, incluso habían vuelto a meter el cenicero bajo dos platos en el montón del fregadero. Si alguien habitaba la casa, no había usado la cocina para comer. Cristina tomó los dos cuchillos menos oxidados, es lo que había, y le tendió uno a Miguel, luego le pidió que abriese el paso para seguirlo. No era el momento de cometer una imprudencia, así que seguiría sin fiarse de nadie, aunque antes hubiese mentido al portugués al decirle que sí confiaba en él y Rob Howard. De allí partieron hacia el salón.

Un leve movimiento, no más que una sombra en mitad de la penumbra azulada, los paralizó. Ni respiraban. El frío había desaparecido. Ahora el miedo a lo imprevisible lo ocupaba todo. Llegaron al salón con los cinco sentidos puestos en la prevención de un ataque sorpresa, pero comprobaron que lo que parecía una silueta huyendo no era más que un plástico, de los que cubrían los muebles para evitar el polvo, balanceándose despacio por la brisa ante una ventana rota. Los operarios de mantenimiento lo tenían todo cubierto tras el ejercicio. Las grietas de las contraventanas dejaban pasar algo de luz, lo suficiente para dibujar siluetas tenebrosas que danzaban con el aire que los dos intrusos estaban provocando al moverse; eso, unido a los leves crujidos que emitía la madera a su paso, además de los provocados por la nieve que se acumulaba por toneladas sobre el tejado, producían un pánico a los inspectores que jamás reconocerían, ni olvidarían tampoco.

—Ahora sí que será difícil ver si han cambiado algo —susurró Miguel—, el asesino podría estar aquí, bajo uno de los plásticos, y no podríamos verlo.

—¿Y si los quitamos todos?

—Mejor no tocar nada, no sea que enfademos a Cooper y...

—A la mierda Cooper. —Cristina tiró del plástico más cercano, descubriendo un sillón tapizado hace más de cinco décadas, luego otro que cubría el sofá, y otro más que estaba sobre el enorme y antiguo televisor. Al terminar, dejó una montaña de plásticos en un rincón y volvió a la entrada del salón para observar en silencio la escena que recordaba.

—Pues no, parece que aquí no está el asesino —susurró Oliveira.

—Vayamos al baño de esta planta.

Una hora más tarde, la chica descansaba sobre en el primer escalón de la entrada de la vivienda. Necesitaba pensar y la luz quizá ayudase a ello. Miguel la observaba en silencio desde el interior. No habían visto nada que afianzase su teoría, tampoco tras las ventanas se observaba otro sendero excavado en la nieve. Aquella casa no se había usado desde que ellos fueron a recibir la clase. Fallar en una intuición la sacaba de quicio, y con este caso no sabía por dónde continuar.

Un asesino convencional podría escapar a la justicia si transcurridas cuarenta y ocho horas no se descubrían pistas o testigos, pero con un asesino en serie la investigación se reiniciaba cada vez que volvía a matar, por no hablar de que se multiplicaban las opciones de que cometiese un error en alguno de sus crímenes. ¿Lo habría cometido al matar a Coleman o a Davis? Imposible saberlo sin análisis forense y de la científica.

—Los adelantos tecnológicos nos han hecho un flaco favor a los policías cuando nos encontramos sin posibilidad de beneficiarnos de ellos.

—¿Qué dices?

—Que sin autopsias ni investigación científica en cadáveres y escenarios es muy difícil tener una guía por la que seguir. Ni siquiera contamos con una lupa para sentirnos como Sherlock Holmes y el doctor Watson.

—Me temo que yo sería ese Watson, ¿no?

—Aquí nadie ha asignado roles, Miguel. En fin, regresemos al edificio principal, tengo el cuerpo entumecido.

—Parece que la tormenta se aleja definitivamente —dijo el portugués mientras observaba el cielo limpio de nubes a la par que seguía a su compañera.

Habían partido a las cinco de la tarde. La luz no era la adecuada, pero debían asegurarse de que el coche no contaba con otro sabotaje, ni en el sistema eléctrico ni en el mecánico; quedarse tirados en mitad de la nieve durante horas sería un inconveniente fatal, aunque llevaran provisiones y mantas. La temperatura exterior sería de más de veinte grados bajo cero durante la noche, sin calefacción estarían a merced de ser rescatados, pero nadie en el pueblo sabría lo que les había pasado, tampoco en el complejo del FBI. Rob se despidió de Cooper y Gómez, tras hacerles algunas indicaciones y conocer el estado de los interrogatorios, y luego lo hizo de Cristina, lo que provocó algunos recelos entre los que se encontraban a las puertas del edificio principal.

—No te metas en líos, ya me he enterado de la excursión de esta mañana a la casa del ejercicio; no deberías haberlo hecho sin informar primero.

—Sé cuidarme por mí misma, y además iba con Oliveira.

—No me refiero solo a que te ataquen, podríais haber sufrido un accidente y nadie sabría dónde estabais, hubiéramos tardado un día o más en encontraros.

—Lo sé, tienes razón, solo que no estoy acostumbrada a que se preocupen por mí. También tú deberías tener cuidado ahí fuera, si os salís de la carretera... En fin, id con cuidado.

Evitó mirarlo a la cara, sentía una extraña sensación tras ser consciente de que no se preocupaba por otro policía, por otra persona en general, desde que Fran compartía vida con ella. ¿Estaba traicionando su recuerdo? Se sintió sucia y partió hacia su dormitorio, necesitaba una ducha y meditar durante el tiempo que restase hasta la cena.

Rob Howard, Luan Buga y Brion Castro montaron en el todoterreno y emprendieron despacio el camino que les conducía a la puerta perimetral y luego al pueblo más cercano: Patten. La carretera comarcal 11 estaría despejada por los quitanieves, pero

eso solo suponía la parte final del trayecto, el anterior era un estrecho sendero de grava cubierto por un metro de nieve. Por suerte, la potencia del coche era suficiente para apartarla empujando despacio, si es que seguía blanda; si se había compactado hasta volverse hielo, tendrían que cavar de vez en cuando con las tres palas que habían echado al maletero.

—Si todo sale bien, llegaremos a las once de la noche, como muy tarde.

—¿Seis horas para veintidós kilómetros? —Luan Buga estaba asombrado.

—No podemos ir a más de seis o siete kilómetros por hora o podríamos salirnos del camino. Este coche es demasiado pesado para empujarlo a la carretera de nuevo por solo tres personas. Y os garantizo que tendremos que parar varias veces para cavar en la nieve, lo que nos supondrá retrasos constantes.

—Está bien, pues vamos a tomárnoslo con calma.

—¿Creéis que avanzarán nuestros compañeros en la investigación durante el tiempo que estemos fuera? —preguntó Castro.

—Esperemos que sí —respondía Rob, mientras conducía tan despacio por el sendero que parecía no avanzar—. Aunque es complicado investigar cuando no se tienen pruebas ni un móvil.

—Y también cuando no están todos los sospechosos para interrogar.

—¿A qué te refieres? —preguntaron Buga y el profesor.

—A que el asesino podría ser uno de nosotros y ahora ya no estamos en el edificio.

—Muy gracioso...

Una hora más tarde, ya en silencio y con Castro dormido en el asiento trasero, el coche se topó con un montículo de nieve más denso de lo esperado. Rob aceleraba con cautela para no calentar el motor ni provocar que las ruedas resbalasen y quedaran atascadas. Tras varios intentos sin resultados, tuvieron que bajarse los tres y cavar, cruzando los dedos para que fuesen solo unos metros y luego pudieran continuar el camino como hasta entonces. El cielo seguía despejado pero la luz se había reducido hasta casi dejar un leve resplandor anaranjado.

—¿Aún queda mucho?

—Sí, nos queda bastante.

Luan Buga resopló al oírlo.

—Nadie dijo que esto fuera a ser sencillo.

Media hora después notaron que la nieve volvía a estar blanda y regresaron al coche, que emprendió la marcha cuando ya solo podían alumbrarse con los potentes focos frontales del techo.

—Estoy agotado, voy a cenar, no sea que tengamos que bajarnos de nuevo en unos minutos. ¿Queréis algo de comida?

—No, gracias, tal vez más tarde —respondió Rob, Buga también lo rechazó.

Castro dio un sorbo a una pequeña botella de agua, la colocó en el agujero para tal fin del reposabrazo de la puerta y atacó con saña la carne guisada que, aunque muy fría, estaba deliciosa tras tantas horas sin probar bocado y el ejercicio realizado minutos antes. Sus dos compañeros no hablaban en ese momento y seguía sin oírse ninguna emisora en la radio. La noche sería larga, muy larga; solo habían avanzado seis kilómetros tras la garita del conserje y seguro que no llegaban a la hora estipulada por muy blanda que estuviese la nieve el resto del camino.

Castro, mientras devoraba la cena, no imaginaba que llegarían a su destino en menos de quince minutos.

Cristina había cenado antes de la hora prevista, se sentía cansada y se marchó a la cama para recuperar horas de sueño. No había logrado conciliarlo aún cuando sintió una extraña punzada en la nuca, su instinto se había concentrado en un solo instante para insinuarle que algo malo había pasado. Estuvo dos horas dando vueltas bajo la manta antes de lograr dormirse por fin.

Mucho antes, esa misma mañana:

«Esos hijos de puta van a pagar esto, vaya si van a hacerlo. Soy un ciudadano italiano, mi país no dejará que esta afrenta quede así. Registraron mi cuarto sin mi permiso, seguro que fueron esa zorra española y alguno de los profesores con los que se acuesta, y

metieron un arma bajo mi colchón. Joder que si lo pagarán. Y encima tengo que soportar que me den de comer como si esto fuese la Bastilla en Francia, con una bandeja que me echa un puto mudo a través de la ranura de la puerta. ¿Por qué no habla? ¿Quién coño es? Parece que me observe durante unos momentos antes de echar la comida. Seguro que un puto pervertido, apuesto a que se menea la polla mientras me observa. Si salgo de aquí, juro que le cortaré el cuello a la puta esa rubia y al cabrón que me ha encerrado».

El sonido llegó antes de que pudiera tomar la cena, al principio parecía música ambiente, pero en pocos minutos se convirtió en algo parecido a una ola que te hace perder el equilibrio en la playa y acaba por provocar que des varias vueltas de campana bajo el agua, hasta perder la orientación por completo. Todo comenzó a girar a su alrededor y no sabía qué ocurría ni por qué.

—¿Qué coño es ese sonido? ¡Hijos de puta, vais a pagar por esto, lo juro!

Piero Rossi se llevó las manos a los oídos para reducir el volumen, se agachó y siguió gritando e insultando.

Capítulo 9

Jueves

Aún no es el momento adecuado para recibir a la caballería. Los estados de ánimo de alumnos y profesores no se han crispado lo suficiente como para lograr que la situación estalle. Él necesita un panorama rozando la demencia cuando llegue el equipo externo, así será muy sencillo salir indemne de las acusaciones y sospechas. Todos parecerían culpables y estarían tan alterados que volverían locos a los expertos interrogadores.

La mañana anterior invirtió más de una hora buscando las cintas de audio para la megafonía, las que usaban en el adiestramiento de los marines antes de la nueva ley. Habían desaparecido todas menos una, demasiado intensa para usar en el hilo sonoro principal del complejo, pero perfecta para quitar de en medio al más imbécil de los asistentes.

Los asistentes... ¿Qué iba a hacer con ellos? Especialmente con la chica.

¡Maldita sea! La española había vuelto a hacerlo de nuevo. Esa idea de buscar en la casa del ejercicio, la forma de husmear en los dormitorios o de analizar constantemente las actuaciones y palabras de cada uno. Incluso cuando está callada, al fondo de una estancia y pasando desapercibida para los demás, su mente se percibe haciendo cálculos y proponiendo ideas, quizás alguna de ellas la lleve a la solución. Eso sería nefasto para él, tendría que acabar con ella antes de que sucediese.

No deseaba matar a nadie más, no había ido allí con esa intención, pero lo haría sin dudar si se viera amenazado o acorralado. La parte estudiada de su plan se había ejecutado, ahora

llegaba la fase de improvisar. No podía permitir que el coche llegase al pueblo. No, aún no. Debía acabar con esa amenaza lo antes posible. Que programasen su salida para tan tarde le hizo pensar con calma la forma de detenerlos. Solo irían tres en el coche, así que sería sencillo porque no se esperarían un ataque cuando estuvieran solos y bajo la seguridad que les proporcionaba el vehículo. Si elegía el punto adecuado del camino, nadie encontraría el coche ni los cuerpos tras deshacerse de ellos.

Y todo salió perfecto, dejó el coche a un lado, con los cuerpos dentro; quizá nevase de nuevo y lo sepultase a la vista de un quitanieves que pasara días después. Ahora debía regresar para seguir controlando lo que hacían el resto en su ausencia, para seguir improvisando y lograr que la tensión los hiciera estallar. Usaría el sendero creado por el vehículo y regresaría corriendo para estar de nuevo en el complejo antes de que se levantasen para el desayuno. No tomó mantas ni comida, el peso lo retrasaría y agotaría. Solo una linterna y su abrigo. «Los lobos van desnudos y sobreviven corriendo largas distancias», pensó.

No podría olvidar nunca la cara del brasileño cuando abrió la puerta trasera del coche y, antes de poder decir nada, le cortó el cuello de un tajo, un gran trozo de carne guisada a medio masticar surgió por el corte y cayó al suelo, entre sus botas...

El lobo, otra vez el gran lobo blanco la había perseguido durante toda la noche. Sin importar cuál fuera su sueño, si estaba en su Huelva natal o en un bosque nevado, siempre surgía un gran lobo, que primero la observaba en silencio y luego la perseguía a toda prisa hasta que quedaba exhausta y se abandonaba a su suerte. El lobo desaparecía entonces y ella comenzaba de nuevo en otro escenario. Pero siempre tras un aullido que la hacía estremecer.

Cristina se levantó antes de las seis, había dormido mucho, como consecuencia de acostarse muy temprano. Con las energías repuestas y los nervios por la pesadilla tan frescos, decidió descargar algo de tensión en el gimnasio. Fue todo un acierto echar unas mallas y un top a la maleta, no abultaban nada y nunca sabía si podría necesitarlas para entrenar, como en ese momento. Levantar pesas sin haber desayunado haría que se agotase muy

deprisa, ya que quemaría todas sus reservas de energía, las pocas que tenía. Tampoco le importaba adelgazar de nuevo.

Esa mañana, precisamente en ese mismo momento, fue consciente de su recuperación por la muerte de Fran. Sintió su cuerpo reaccionar a estímulos que ya no recordaba, así que sería cuestión de semanas que recargase completamente sus energías. El tema mental persistiría mucho más, casi con toda seguridad le dejaría secuelas para el resto de su vida. Aprendería a vivir con ello, por Fran, por su hija, por ella misma.

Pensó en su pequeña Evita mientras levantaba una barra con treinta kilos en discos, ya llevaba más de media hora y notaba el temblor de sus rodillas y codos. «Debí tomar algo de azúcar para aguantar más. O beber un café doble para aumentar energías. En cualquier caso, el objetivo era sentirme extenuada y ya lo he conseguido». Se daría una ducha, pero antes tomaría un desayuno de campeones.

Oyó los gritos en la cocina cuando aún le quedaban varios pasillos por llegar. Apretó el paso y se encontró con una escena inesperada. Los compañeros no comían en calma y silencio como en días anteriores, estaban visiblemente crispados por la situación y así lo declaraban, a voces. Unos enfadados por no haberse marchado en el todoterreno, otros diciendo que no era justo tener encerrado a Piero, el resto quería que todo terminase, que los rescatasen en un helicóptero y los llevasen de vuelta a casa. Cristina comprendió que el encierro y aislamiento en el lugar no le estaba afectando como a los demás gracias a mantener la cabeza ocupada, se había propuesto resolver el caso de los dos homicidios y la actividad física y mental la ayudaba a conservar la cordura.

—¿Qué sucede? ¿Os habéis vuelto locos? Se oyen vuestros gritos desde el gimnasio.

—No podemos permitir que nos tengan aquí durante más tiempo. Esto es un secuestro.

—Pero íbamos a pasar tres semanas y no llevamos más que ocho días. Y no es que nos impidan marcharnos, es que no hay forma de hacerlo con seguridad. Cualquiera puede tomar su maleta y aventurarse en la nieve hasta el pueblo. ¡Vamos, adelante!

Todos quedaron en silencio, observándola.

—Son los Estados Unidos, es más, son el FBI, tienen helicópteros que pueden llegar aquí en minutos para evacuarlos — musitó Leyna Penz.

—Pero no hay forma de llamarlos. Entended que el problema no es la nieve, sino la falta de comunicación. Nadie sabe lo que está ocurriendo aquí. Este edificio está diseñado para soportar fuertes temporales durante meses, sin que falte comida y calefacción, hay medicamentos y todo lo necesario para sobrevivir. Ahí fuera siguen pensando que estamos asistiendo a un curso avanzado sobre homicidios en serie; no pueden adivinar que han ocurrido dos crímenes. De nada servirá que nos enfademos o tratemos de buscar soluciones más allá de la realidad, y es que vamos a permanecer aquí varios días más.

—Pero la expedición en coche habrá llegado al pueblo y llamado a la central.

—¿Y qué pensáis que ocurrirá? Vendrán a investigar la muerte de los dos profesores. Esa será su prioridad absoluta, quizá la única. Somos sospechosos, así que nos mantendrán aquí o en otro lugar similar hasta que estén seguros de nuestra inocencia o descubran al asesino. Nadie vendrá en las próximas horas para llevarnos al aeropuerto, asumidlo y tratad de ocupar mente y cuerpo para no caer en más momentos como este. ¿Entendido?

Cristina se derrumbó sobre una silla, acababa de agotar toda su energía. Tomó un vaso de café negro que había en la mesa ante ella y se lo bebió sin importarle de quién fuese. Estaba muy amargo y ya frío, pero se sintió resucitar. Luego observó a su alrededor, aún permanecían en silencio y observándola. «Es asombroso que todos sean mayores que yo, pero me haya tocado ejercer el papel de madre del grupo. Al menos el niño más rebelde está a buen recaudo», pensó a la vez que se esforzaba para no sonreír.

Alberto Gómez entró en ese momento por la puerta, acaparando la atención.

—¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Por qué me miráis así?

—¿Sabemos algo de la expedición?

—Aún es pronto, si llegaron de noche o madrugada, lo más probable es que no se emprenda una expedición hasta esta mañana. Quizá no haya helicópteros disponibles en el aeropuerto

tras la nevada, así que forenses, compañeros investigadores y los de la científica llegarán en camiones con sus equipos cuando les sea posible. El día de hoy deberíamos lograr avances que mostrarles cuando lleguen. Todos debemos cooperar, ¿está claro?

El mutismo fue tomado como un asentimiento por parte del profesor. Terminaron de desayunar en silencio y se marcharon a la sala común. Cristina partió a ducharse y ponerse ropa más adecuada, pero no regresó junto a los demás, se fue a la entrada principal, necesitaba respirar aire puro, aunque fuese helado. Los pasillos de esa zona siempre le recordaban sus pesadillas con los lobos.

Al abrir la puerta, se topó con el director Cooper.

—¡Qué susto me ha dado, no imaginaba que estaría aquí!

—¿Sabes qué hora es? —preguntó el director con un tono bajo de voz, estaba sentado en un escalón, llevaba un gorro de lana y un abrigo con las siglas FBI amarillas en la espalda, igual que el de la chica.

—Creo que las ocho y media, quizá las nueve menos cuarto, no llevo el reloj encima.

—Los jóvenes ya no usan reloj. Mi padre me regaló este que llevo, antes era de su padre. Nada de pilas ni mierdas japonesas, le doy cuerda todas las noches y funciona como el primer día. Aunque la pasada noche olvidé hacerlo y ahora sirve menos que una piedra.

Cristina observó el reloj, bastante feo, amarillento y anticuado, y se preguntó a qué venía esa conversación; ¿estaría borracho?

—¿Qué está haciendo aquí? —se atrevió a preguntarle.

—Tardan demasiado. Si dieron la alarma, aunque solo partiese hacia aquí el *sheriff*, debía haber llegado ya. No tardaría ni una hora con la nieve apartada por el paso del todoterreno. Partiendo al alba, a las seis... No, no pueden tardar tanto.

Cristina lo observaba meditar entre divagaciones y murmullos.

—¿Cree que han sufrido un accidente y no han llegado al pueblo?

—Es posible.

—Entonces, debemos partir ya en su auxilio, podrían estar heridos o a punto de morir congelados.

—Nadie más saldrá de aquí. Estáis bajo mi responsabilidad y no quiero más actos heroicos. Maldita sea, ya estoy demasiado viejo para estas cosas. No me hagas caso... Rob Howard es un buen agente, de los mejores del FBI, saldrá del apuro y logrará cumplir con su tarea, démosle más tiempo.

Cristina no se fiaba de sus palabras, los ojos del viejo director transmitían derrota y malos presagios. ¿Qué podría hacer por contra? ¿Salir corriendo y buscar el todoterreno en un tramo de veintidós kilómetros de paisaje nevado y desconocido? Ya estaba aterida con los dos minutos de conversación que llevaba en la puerta. En Huelva nunca había visto nevar; y nunca olvidaría el frío que pasó en Granada esquiando tres años atrás, bueno, tratando de mantenerse de pie sobre los esquíes. No estaba acostumbrada a esas temperaturas y sería un suicidio ir en busca de Rob.

—¿Cómo llevas el caso?

Cristina se sorprendió con la pregunta. ¿Qué le importaba a Cooper en esos momentos el estado de la prueba? Quizá solo trataba de conversar y no pensar en el destino que podrían correr los del todoterreno.

—Tengo mis hipótesis, pero no estoy contando con el tiempo necesario para estudiar el informe. Creo que a Rose Moore...

—¿Rose Moore? —la interrumpió— ¿Quién habla de eso? Me han comentado que estás investigando por tu cuenta los homicidios de los profesores. No te llevas bien con las órdenes, con la jerarquía de mando... eso me recuerda a unos pocos compañeros que he tenido el privilegio de conocer a lo largo de mi carrera.

—Lo siento... yo...

—Tú serás una gran investigadora, seguro que tendrías un puesto garantizado en el FBI, no lo dudes. Es esa actitud la que os delata, ese aire de desconfianza y de amargura que transmiten tus ojos. —Cristina frunció el ceño, pero no replicó—. Tú dejarías a todos en la cuneta por resolver un caso, amigos y familia, no importa, solo por llegar al final de ese camino que te has empeñado en emprender. Los agentes como tú, aquí en mi empresa, acaban como directores generales, cuando no se meten una botella de *Jack's* entera y luego el cañón de su pistola reglamentaria en la boca, aunque sin huevos para apretar el

gatillo... No, tú no eres como yo, tú llegarás a directora general si sigues por este camino, eres más fuerte que los demás.

—No creo que...

—Recuerda una cosa. —Ella se mantuvo expectante—. Cuando resuelvas este caso, trata de olvidarlo lo antes posible, tómate unas vacaciones y regresa decidida a cambiar de empleo. O de actitud.

Cooper se levantó a duras penas del escalón y se marchó sin despedirse. Cristina ya no sentía el frío, pero eso no evitaba que se estremeciese todo su cuerpo ante un augurio tan nefasto como posiblemente acertado que había oído sobre su futuro. ¿Qué estaría dispuesta a sacrificar por su vocación? ¿Qué estaba sacrificando en esos momentos? ¿A su hija? ¿Qué había sacrificado en el pasado...?

La imagen de Fran frente a ella, dibujada sobre la blanca nieve, la hizo romper a llorar como no lo hacía desde aquella noche lluviosa en que recibió la peor noticia del mundo.

Y por fin vació todo lo que quedaba dentro, todo lo que impedía que la vida mereciese la pena para ella.

Dos cuerpos congelados permanecían bajo sendas sábanas en la cámara frigorífica. Alberto Gómez los observaba por enésima vez, preguntándose cuándo iban a llegar para llevárselos al Anatómico Forense. ¿Podrían mantener restos y huellas sobre la piel transcurridos tantos días en los que se habían conservado de una forma un tanto irregular? Cristina permanecía a su lado, en silencio, los dos parecían hipnotizados ante el brillo de las congeladas sábanas, emitiendo destellos como diamantes microscópicos.

Hacía tanto frío allí, y no llevaban abrigos, que salieron cuando el temblor de las mandíbulas hizo que sus dientes protestasen con un castañeteo incómodo. Cerraron el candado de la gran puerta de metal y fueron paseando hacia el despacho del profesor.

—Así que quieres preparar una expedición para ver qué ha sucedido con Rob y los dos compañeros que partieron con él.

—No es lógico que aún no haya regresado nadie. No está nevando y son más de las doce de la mañana, incluso Cooper

piensa como yo. ¿Vamos a dejarlos tirados en una cuneta? Tal vez estemos a tiempo de rescatarlos.

—No vamos a dejar tirado a nadie, pero no podemos arriesgarnos a un peligro semejante sin equipos de montaña para ir en búsqueda de un accidente que no sabemos si se ha producido. Imagina que pierden la vida dos o tres personas por el camino. Imagina que no ha habido accidente, solo que se demoran por otros motivos. Imagina que cometemos una locura que cuesta vidas por un impulso o presentimiento.

—No debí decirte lo del presentimiento que tuve anoche. No imaginaba que lo usarías para desacreditar mis temores.

—Es que tus temores se basan precisamente en ese presentimiento. Por favor, vamos a esperar unas horas. Si a las tres de la tarde no tenemos noticias del exterior ni de la expedición de Rob, te prometo que me sumaré a la decisión de salir en su búsqueda. Dame esas horas, ¿de acuerdo?

Cristina abandonó el despacho con la sensación de que Gómez le ocultaba algo, de que no tenía ninguna intención de buscar a su compañero. En su comisaría ya llevarían horas buscando a un compañero desaparecido; sería el propio comisario Marcos Navarro el que daría la orden e iría en cabeza.

Las casi tres horas que restaban para saber lo que harían por fin iban a resultar eternas. Podría ir junto a Oliveira y los demás a la sala común y ver cómo estaban los ánimos por allí, pero no le apetecía lo más mínimo, así que, sin saber por qué, se dirigió al cuarto en el que habían encerrado a Piero Rossi. Tal vez pudiera averiguar algo sobre él tras una conversación personal, tendría que usar todo su ingenio para llevarlo a su terreno, pero tenía tiempo de sobra y no sabía de qué mejor forma ocuparlo. Al llegar frente a la puerta comprendió que el italiano no estaría dispuesto a mantener una conversación que no fuese cara a cara, así que emprendió el camino de vuelta hacia el despacho de Gómez.

—¿La llave de la celda? ¿Para qué quieres hablar con él?

—Creo que puedo dialogar, me odia más que a nadie y eso le soltará la lengua. Tal vez sepa algo que nos ayude en la investigación.

—Pero tu seguridad.

—Deja eso en mis manos, está desarmado y no querrá empeorar las cosas. Confía en mí. Dentro de dos horas te contaré lo que he podido sacar de él. Además, creo que los dos sabemos que él no es el asesino. Lo de la pistola bajo el colchón es ridículo.

—Aun así, no me gusta la idea de que vayas sola.

—Debes estar junto al equipo de radio por si se restablecen las líneas o llama alguien al teléfono fijo.

—Lo sé, pero...

Con la llave en la mano y sin saber del todo cómo afrontar la conversación, usaría su instinto e improvisación, dejó atrás los titubeos de Gómez, regresó a la celda y abrió la puerta. Reprimió como pudo el gesto de asombro, ya que no esperaba encontrarse, ni remotamente, con lo que tenía ante sí.

Miguel Oliveira llevaba horas sin saber de la inspectora, lo que le provocaba el temor y la certeza de que estaría metiendo el hocico donde no debía; esperaba, al menos, que no saliese mal parada de sus decisiones. En ese momento el portugués se encontraba sentado en un sillón de la sala común, oyendo cómo parloteaban los demás a su alrededor. Quejas y más quejas, como niños de mamá protestando tras un castigo merecido. Ninguno proponía soluciones al aislamiento ni acciones para atrapar al asesino, y eso era perfecto para este último. Si los investigadores que llegaran en las próximas horas, o días, no tenían una mayor capacidad a la hora de enfocar su trabajo, la situación seguiría bajo el caos.

Gómez apareció y todos se quedaron observando, como si esperasen sus palabras con ansia, pero este se limitó a decir que no tenían aún noticias del exterior ni de la expedición; cosa que a nadie sorprendió. El murmullo regresó más intenso que nunca, oyéndose quejas y tonos de enfado por continuar en la misma situación.

—¿Qué demonios están haciendo Rob y los otros?

—¿Por qué no ha venido nadie?

—¿Van a abandonarnos aquí?

—¡Necesito hablar con mi familia!

—¡Si no hay curso, no quiero permanecer un día más entre estas paredes!

—¡Silencio, por favor! ¡No solucionaremos nada con esta actitud! Aquí nadie está retenido en contra de su voluntad, ni creo que os falte nada para subsistir cómodamente. Por otro lado, entiendo que queráis volver con vuestras familias, pero no está en mi mano ni en la de Cooper el solucionar ese asunto.

—Podríamos arreglar otro todoterreno, buscaremos una batería y nos iremos todos los que quepamos en él, sin normas absurdas. Si nos vemos atascados, entre siete u ocho lograremos salir adelante —dijo Timothy Brown. Otros lo apoyaron.

—¡Pues no he visto que estéis buscando esa batería! —gritó Oliveira—. Os pasáis el día bebiendo cerveza aquí sentados, a la espera de que otros os solucionen la vida. ¿Quién saldrá ahí fuera, a los barracones y almacenes sin climatizar, para buscar durante horas o días una batería? ¿Quién la cargará y la sustituirá por la nueva? ¿Quién conducirá por un camino que no conoce? Por lo que veo, es muy fácil arreglar el mundo con las manos de los demás.

Silencio absoluto, miradas esquivas. Gómez los observaba a la vez que contenía una sonrisa.

—Ya lo habéis oído, los que quieran una plaza en el todoterreno, que vayan a por sus abrigo y comiencen con la búsqueda.

Solo cuatro de ellos aceptaron la propuesta, Timothy Brown no fue uno de ellos, permaneció en silencio, tratando de pasar desapercibido. Gómez se marchó, y Oliveira salió tras él para consultarle en el pasillo y a solas.

—¿Crees que ha ocurrido algo? —preguntó el portugués.

—No lo sé. Ha pasado mucho tiempo desde que se marcharon, demasiado, pero no sabemos si han tenido que ir más despacio, si los servicios de rescate se han retrasado por cualquier motivo desde la central, si... Bueno, no sé qué habrá pasado.

—¿Saldremos en su búsqueda?

—Sí, tengo previsto crear un grupo que vaya caminando, esperaré hasta las tres. ¿Vendrás como voluntario?

—Tal vez, depende de lo que haya que hacer aquí. Además, puede que os frenase. Soy del sur de Portugal y no llevo muy bien el frío, me paraliza a los pocos minutos.

Gómez parecía decepcionado al oír esas palabras. Sin despedirse, se marchó a su despacho.

El colchón estaba destrozado, los muelles asomaban entre los trozos de foam que no habían acabado esparcidos por el suelo; parecía que el estropicio lo hubiera hecho alguien con sus propios dientes, a mordiscos. En algunas partes del suelo había heces y orina, el hedor era insoportable. Se veían restos de comida cerca de la puerta y prendas de ropa hechas jirones por todas partes. Y en una esquina el mayor horror de todos. La inspectora descubrió el cuerpo desnudo de Piero Rossi en posición fetal, pensó que estaba muerto hasta que oyó su llanto.

—¿Piero? ¿Qué ha pasado aquí?

No respondió, pero al cabo de unos segundos se giró despacio y la observó con una expresión evadida, como si contemplase un espejismo aparecido metros más allá de ella. Cristina no quiso acercarse por si le provocaba un ataque de pánico o se mostraba agresivo, prefirió mantener la distancia y un tono amigable en la voz.

—¿Qué te ha pasado? ¿Alguien te ha hecho daño?

Piero observó extrañado a su alrededor, como si contemplase el lugar por primera vez, luego volvió a meter la cara entre las manos y continuó llorando.

—Piero, ¿esto lo has hecho tú? ¿Por qué? ¿Qué te ocurre? ¿Nadie ha venido a hablar contigo estos días ni a saber cómo estabas?

«Dios santo, nadie puede volverse loco hasta hacer esto en solo dos días de aislamiento. ¿Qué ha pasado por la mente de este hombre para que se haya destruido en tan poco tiempo? ¿Ya estaba algo perturbado? ¿Alguien ha interferido? ¿Qué está haciendo este lugar con las personas que lo habitamos? ¿Estaré yo también volviéndome loca sin ser consciente de ello?».

La idea de encontrarse en una celda, completamente ausente de la realidad, como Piero, hizo que se le encogiese el corazón dentro del pecho. Se sentía sin fuerzas, sin ganas de hablar ni de hacer nada, solo quería sacar a aquel pobre despojo de la celda y tratar de ayudarlo como le gustaría que la ayudasen a ella si estuviese en la misma situación. Se acercó dos pasos más, pero el italiano comenzó a temblar y llorar de una forma más intensa. Cristina tuvo

miedo de que su mente se rompiese del todo, si no lo estaba ya, al tocarlo o interactuar con él de una forma más directa.

«Necesito ayuda, tengo que pedir ayuda a Cooper o Gómez para sacar a Piero de aquí». Y salió corriendo del hediondo y claustrofóbico cubículo.

Gómez estaba en su despacho leyendo unos documentos cuando ella entró casi sin aliento, no por la carrera, de solo diez minutos, sino porque aún no había asimilado el estado en el que encontró a su compañero.

—¿Qué te pasa? ¿Qué ha ocurrido?

—Tenemos que ayudar a Piero.

—¿Cómo dices? —Se levantó de la silla al verla tan agitada—. ¿Qué le pasa a Piero? ¿De qué hablas?

—¿Nadie ha visto su celda? ¿No han estado siguiendo su evolución? Ha enloquecido, tenemos que ayudarlo. ¿Hay sedantes aquí para calmarlo? ¿Hay alguna enfermería en el complejo?

—Tranquilízate, ¿de qué me hablas? ¿Qué demonios pasa con Piero? Explícamelo con más calma.

—Ha destrozado su habitación, todo está lleno de heces y se encuentra desnudo. Parece haberse vuelto loco.

—Pero si solo lleva dos días y los operarios lo alimentan y hablan con él. —Alberto Gómez ya salía con Cristina en dirección a la celda.

—He visto comida por el suelo, pero todo está destrozado: la cama, su ropa... Y él está completamente ido.

—¡Dios mío! No comprendo qué ha podido pasar.

Cuando llegaron a la celda, Piero había desaparecido. El estado del lugar seguía siendo el mismo, pero el inspector italiano no se encontraba allí.

—¿No has cerrado la puerta con llave?

La chica observó la celda, escudriñando cada rincón con la esperanza de que apareciese el italiano bajo algún trozo de colchón o harapo de ropa de cama.

—Lo siento, no... no pensé que... He sido una estúpida.

—Piero ha podido prepararlo todo para engañarte, o a quien abriese la puerta. Ahora no sabemos dónde está ni lo que puede

hacer. Te recuerdo que es un sospechoso de asesinato y tenía un arma escondida en su dormitorio.

—Lo sé. Maldita sea, he obrado como una inconsciente. Pero... pero... nadie podría hacer algo así, nadie es tan buen actor... ¿verdad? —Gómez ni la miró a los ojos—. En fin, tenemos que avisar a los demás y emprender su búsqueda por todo el edificio antes de que pueda atacar a alguien.

—El lugar es muy grande, nos llevará todo el día dar con él, quizá más.

Cristina se sentía como una principiante desorientada. Esos errores demostraban que a ella también le estaban afectando el lugar y el aislamiento. Pero en libertad por el complejo era una bomba que podría estallar en cualquier instante. Había que localizarlo antes de que pudiera hacer daño a alguien. Si había preparado toda aquella puesta en escena para escapar, ¿qué no podría hacer a partir de ese momento?

—No tenemos armas para reducirle, tampoco sabemos si él lleva alguna.

—Quizá se fabricó un cuchillo. Los que le busquemos debemos ir en pareja y llevar cuchillos, palos o lo que encontremos, así tendremos alguna posibilidad si somos atacados.

—No creo que necesitase fabricarse nada, pudo tomar alguno de la cocina. Y no me puedo creer que no haya un armero en este edificio. Se supone que aquí vienen a entrenarse los marines del ejército.

—Pero son pruebas psicológicas y teóricas, no hacen prácticas de tiro.

—Aun así, aunque solo sea para una emergencia.

Brandon Murphy y Leyna Penz caminaban despacio por el pasillo. El parpadeo de un tubo de neón, unos metros más allá en el techo, estaba poniéndolos de los nervios; ambos pensaron que no deberían presumir los americanos de tanto presupuesto si ninguno de los operarios tenía un minuto para cambiarlo. En sus países no se permitiría que un curso de tanto renombre se hiciese en una cloaca como aquella.

Salvo esos pensamientos y el sonido amortiguado de sus pasos, no oyeron nada más durante las dos horas de búsqueda en aquel sector del edificio. Suciedad por los pasillos y dos docenas de almacenes con ropa vieja amontonada, seguro que sábanas de hace dos décadas, ordenadores del siglo pasado, miles de carpetas de cartón con pruebas y exámenes, herramientas oxidadas. Pero ni rastro de Piero Rossi.

—Por lo visto, aquí no se tira nada a la basura, algunos ordenadores de las estanterías son de cuando Bill Gates era adolescente —dijo Murphy. La alemana no participó en la conversación.

Tenían la orden de rellenar un mapa de su sector, Gómez les había ordenado a cada pareja que hiciesen una cruz con un rotulador rojo en cada cuarto y cada pasillo que revisaran. Y que gritasen con todas sus fuerzas al encontrar a Piero, que no se hicieran los héroes y tratarasen de intimidarlo, y así ganar tiempo hasta tener apoyo de otros compañeros. Muchos de ellos no podían creer lo que les había contado Cristina. ¿Volverse loco? ¿Hacer eso en el cuarto en el que estaba encerrado? ¡Imposible! Pensaban que era un invento de quien había tenido más de un encontronazo con él. Quizás el inspector italiano solo se había marchado en cuanto tuvo la oportunidad, cansado del acoso y de que le colocasen una prueba falsa. Lo de la pistola bajo el colchón era ridículo, de película de serie B.

Murphy era de los que pensaban así, sabía que no corría ningún peligro ante su colega Piero, con el que había hecho buenas migas; pero no se fiaba de encontrarse de repente con el verdadero asesino. Su compañera alemana, en cambio, no se fiaba de nadie, ni de Piero ni del propio Murphy, y eso se apreciaba en la forma en que miraba a todo el mundo.

Las únicas puertas cerradas con llave se encontraban en los pasillos de los profesores, con sus dormitorios y despachos; algún que otro almacén y poco más. Tenían órdenes de buscar exclusivamente en aquellas estancias que se encontraban abiertas. El sector que recorrían era de viejos almacenes al final de la zona oeste del complejo, y estaban todos abiertos.

Menos uno.

—Qué extraño, esta puerta está cerrada.

—Tendrán algo de valor, sigamos hacia la siguiente.

—Espera, la cerradura es nueva, destaca junto al pomo tan gastado y oscuro.

—¿Y qué quieres hacer? No tenemos llave para abrirla. ¿Piensas forzarla? —preguntó Murphy con desidia.

—Deberíamos informar a Cooper o Gómez. Cuanto menos es extraño, y teniendo en cuenta que buscamos a un doble homicida, cualquier detalle podría ser importante.

—Haz una cosa, ve a los despachos o la sala común, dondequiera que encuentres a alguno de los dos profesores, e infórmalos mientras yo termino de investigar por la zona.

—Tenemos órdenes de permanecer juntos.

—No me pasará nada. No te dejes llevar por el alarmismo. Te garantizo que Piero no se ha vuelto loco ni voy a encontrar al asesino tumbado descansando en un almacén de estos, polvorientos y que huelen a mierda de ratas. Lo más seguro es que el asesino tenga su propio dormitorio al lado del nuestro.

—¿También crees que es la española?

—En lo que a mí respecta, es cualquiera menos yo.

Leyna lo observó con recelo. No deseaba desobedecer las órdenes, pero detestaba al estirado irlandés y tenía ante sí la mejor forma de quitárselo de encima.

Asintió, se marchó por donde habían llegado y Murphy continuó su tarea, abriendo e inspeccionando cuatro estancias más en aquel pasillo, y otras seis en el contiguo, que era el último. El irlandés se moría de ganas de tomar una cerveza bien fría, además de preguntar a los compañeros si habían encontrado una batería para los coches o si había regresado ya Rob Howard con la caballería. Al regresar siguiendo sus pasos, observó que la puerta antes cerrada con llave estaba ahora abierta, había un resquicio de un centímetro y Murphy empujó muy despacio con la mano izquierda mientras se mentalizaba para estar en guardia por si era atacado.

El almacén era como todos los demás, con unos veinte metros cuadrados y las paredes cubiertas de estanterías metálicas abarrotadas de cajas de cartón o herramientas oxidadas. Sin embargo, en el suelo, justo en el centro, sí que había algo inusual:

un colchón nuevo y una manta. Olía a comida reciente, el mismo olor que desprendía la carne guisada en conserva que Murphy ya estaba detestando por comerla casi cada día. En uno de los estantes de abajo encontró dos latas abiertas y dos cerradas, además de una botella de agua de dos litros casi vacía.

En su nuca, un escalofrío ante el peligro precedió la presión de lo que sin duda era el cañón de un arma.

—Analicemos tu primer error de novato —dijo un susurro a su espalda—: no aseguraste la estancia, no miraste tras la puerta al entrar. Y el segundo error de novato: desobedecer órdenes y alejarte de tu compañera. Dos errores que, cuando se persigue a un homicida, acaban de un único modo.

Murphy comenzó a llorar cuando sintió, además, el filo de un cuchillo en su cuello.

Ni Cooper ni Gómez se encontraban en sus despachos, así que Leyna Penz siguió su camino hacia la sala común, donde encontró a los dos profesores dialogando en la gran mesa de la izquierda. Por las ventanas entraba algo de luz, por fin se había derretido la nieve que las cubría, o alguien, posiblemente uno de los operarios, la había retirado mientras cumplía las órdenes de apartar la nieve de los caminos principales alrededor del complejo.

—¿Penz? ¿Ha pasado algo?

—Hemos encontrado una puerta cerrada en el sector seis, donde los almacenes de...

—Sí, allí están los exámenes de alumnos de todos estos años, además de los primeros ordenadores que tuvimos —la interrumpió Cooper. Gómez parecía tratar de controlar su preocupación al oír lo que la policía alemana acababa de decir.

—Pero es extraño que haya una puerta cerrada.

—Sin duda, quizá debamos... ¿qué es ese alboroto?

Salieron los tres a toda prisa y se encontraron con Kenta Hoshi, que corría hacia ellos con el semblante descompuesto.

—Piero, hemos encontrado a Piero. —Había perdido el resuello. Los profesores y Leyna no se molestaron en preguntar más, corrieron tras él de vuelta hacia la puerta principal.

La luz del atardecer se extinguía por entre las ramas de los árboles, la nieve adquiría un brillo ambarino que no atenuaba el frío que se sentía aun llevando los abrigos, gorros y guantes. Kenta Hoshi, que ya no podía correr más, señaló con el dedo a Miguel Oliveira, a unos cien metros del edificio. Cooper y Gómez continuaron si él.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el director cuando solo le quedaban unos metros para llegar. Oliveira observaba algo en el suelo.

—¡Oh, Dios mío!

El cuerpo desnudo de Piero se encontraba tumbado ante ellos, en la misma posición fetal que Cristina había observado varias horas antes, pero ahora con la piel completamente azulada y una mueca de locura extrema en su rostro, casi parecía que hubiera muerto de risa, pero con los ojos fuera de las órbitas. En sus antebrazos había innumerables arañazos y mordiscos que parecía haberse hecho él mismo.

—Hay que llevarlo al interior —susurró Gómez, ya sin prisas, pues no podrían hacer nada por su vida. Con esa baja temperatura, habría muerto congelado en menos de dos minutos tras salir por la puerta.

La sala común se mostraba más vacía que nunca. Habían aprovechado para cenar allí, en lugar de la cocina, y hacer balance de lo sucedido hasta el momento. Gómez y Cooper exponían a Cristina, Oliveira, Hoshi, Feraud, Brown y Penz lo ocurrido ese día.

—La situación se ha descontrolado por completo. Rob y sus acompañantes no dan señales de vida, seguimos incomunicados, Piero a aparecido muerto y creemos que ha tenido un brote de locura.

—Debimos salir a las tres hacia el pueblo —apuntó Cristina, que ya no confiaba en el liderazgo de los dos profesores—. Mañana por la mañana, en cuanto tengamos luz suficiente, saldremos en busca del todoterreno.

—¿Caminando? —preguntó Feraud.

—Sí, caminando. No hay más baterías en el lugar, así que no queda otra solución. Llevaremos provisiones y mantas a la espalda, así como una tienda por si no llegásemos antes de la noche y tuviéramos que pernoctar en el bosque.

—Son veintidós kilómetros, no deberíamos tardar tanto.

—Con la nieve a más de un metro de altura y quizá convertida en hielo, avanzaremos muy despacio al tener que retirarla para abrir el camino; además de ir cargados con equipo y llevar ropa gruesa y pesada. Debemos esperar lo peor. Cooper podría quedarse aquí. Sin contar a los tres operarios, somos siete para asegurarnos la supervivencia y la seguridad.

—¿Siete? —preguntó el director—. Faltan Rob, sus dos acompañantes y Piero... Deberíais ser ocho.

—¿Dónde está Murphy? No le veo desde el almuerzo —apuntó Oliveira.

—Estaba conmigo en el sector seis —dijo Penz—, yo regresé para informar de una puerta cerrada y él se quedó terminando de inspeccionar. No nos quedaba mucho.

—¡Maldita sea, eso fue hace tres horas y aún no ha regresado. Ha sido una temeridad dejarlo solo, más aún olvidarse de él! —gritaba Gómez. La alemana se mostró frágil por primera vez desde que había llegado al complejo. No sabía hacia dónde mirar ni qué decir ante la acusación del profesor.

—Vayamos a buscarlo, es posible que...

Cristina no terminó la frase, pero todos imaginaron lo que había querido decir. Partieron a la carrera hacia el lugar en el que la alemana vio a su compañero por última vez. Nadie dijo una sola palabra durante el camino, iban sumidos en pensamientos agoreros sobre el destino que habría corrido el policía irlandés. Cristina se preguntaba en qué momento había pasado aquello de ser una experiencia positiva, un curso interesante y beneficioso, a convertirse en una pesadilla en la que sus vidas peligraban y estaban desapareciendo uno a uno como... Sí, lo había augurado dos días antes, aquello parecía una novela de Ágatha Christie. Pero ellos no sabían investigar de aquel modo ni los asesinos actuales dejan migas de pan para que sigan su rastro.

Los presentes se habían olvidado momentáneamente de la suerte que hubieran corrido Rob y su acompañantes, también de la muerte de Piero o de la de los dos profesores, Coleman y Davis, para pensar en Murphy. ¿En Murphy? No, lo que hacían era tratar de calcular las probabilidades de salir con vida del lugar. Visto lo visto, las apuestas se volvían negativas a medida que avanzaban los días, incluso las horas.

Tras perderse en tres ocasiones, Leyna Penz los condujo al pasillo del almacén cerrado, la alemana no recordaba con claridad el lugar, todo le parecía idéntico. La puerta seguía cerrada, la llave maestra de Gómez no sirvió de nada.

—¿Qué hacemos?

—Écha la puerta abajo.

—¿Cómo dices?

—Murphy podría estar herido o muerto, derribemos la puerta.

Se turnaron para dar patadas y embestidas con el hombro. Al final cedieron las bisagras de la vieja y oxidada puerta y encontraron el cuerpo de Murphy tumbado sobre el colchón; la sangre de su cuello había empapado el mismo.

Capítulo 10

Viernes

Pasar la noche bajo una escueta manta y sobre un colchón en el suelo no estaba en su plan inicial, pero se le daba bien improvisar y no le importó el contratiempo. Había regresado corriendo desde más de diez kilómetros en mitad de la noche helada y agradeció el haber previsto que estaría hambriento. Se comió dos de las cuatro latas de carne guisada, aun sin poder calentarlas, y se quedó dormido antes siquiera de hacer balance de su éxito, tampoco rezó por sus padres y por la suerte que estaba teniendo por el momento.

Pernoctar en el dormitorio que le habían asignado hubiera sido infinitamente más cómodo, pero habría despertado sospechas de sus compañeros en el caso de que alguno aún estuviese despierto y lo oyera llegar o moverse dentro del mismo a esas horas; los pasillos tenían ojos y oídos incluso durante la madrugada. Aquello sería provisional, en unas horas se volvería a mezclar con los demás sin que nadie sospechase lo que acababa de hacer. Ya tenía pensada una excusa para justificar su regreso desde el todoterreno. No quedaba mucho para terminar con su misión y disfrutar de una libertad emocional y espiritual que merecía.

Sabía que tarde o temprano harían otra batida de registros por el lugar, pero también era consciente de que la harían durante el día, así que estaría despierto cuando apareciesen por el pasillo, quizá ya se hubiera marchado del almacén. Lo que no esperaba es que el cansancio y la tensión acumulados provocasen que se quedara dormido, el irlandés y la alemana aparecieron justo cuando iba a salir. Por suerte, Murphy fue tan imbécil como para separarse de su compañera y entrar unos minutos después en su refugio como quien

entra en el cuarto de baño de un hotel cuando tiene ganas de mear. Sin comprobar del todo el lugar, sin armas, sin cerebro... ¿Éste era de los mejores policías de su país?

Antes había oído algo sobre Piero, tenía la oreja pegada a la puerta cuando pasaron la primera vez. Antes de discutir sobre si ir a informar de la puerta cerrada o no, habían mencionado al italiano, pero no pudo oír lo que decían. Aquello era lo que más le molestaba. Desde hacía demasiadas horas no sabía nada de lo ocurrido en el lugar; quizá formaron un grupo de rescate para ir al pueblo y buscar de paso el todoterreno; quizá hubo un motín; quizá se habían producido accidentes. No podía improvisar en esas condiciones, sin saber qué demonios sucedía a su alrededor. Se había mantenido alejado y libre de sospechas, pero eso no evitaba que se sintiese desnudo y desarmado ante lo que pudiera ocurrir.

Por Piero no se preocupaba, si su plan había funcionado, estaría ya muerto física o intelectualmente, sobre todo eso último.

A partir de ese momento, su plan pasaba por el hecho de que los que quedasen con vida en el complejo se volvieran locos por el aislamiento y el miedo a morir, pero el irlandés y la alemana parecían muy cuerdos. Eso era un claro contratiempo. ¿Se le acababa la suerte? ¿Dejaría de tenerlo todo controlado? Por primera vez se asustó. La idea de que los que le rodeaban tuviesen el poder de decidir sin que él lograra evitarlo, provocaba un temblor incontenido en sus brazos y una ira que lo impulsaba a querer destruir todo a su paso.

La crispación que se producía en la sala común debía de estar siendo mitigada por las tareas encomendadas por los profesores. Al mantenerse ocupados, la demencia llegaría a ellos mucho más despacio. Si arreglaban la línea telefónica y el repetidor de telefonía móvil desde el pueblo, podrían tener a los refuerzos en el edificio antes de lo deseado. No, no podía permitirlo.

Los que llegasen del exterior debían encontrar supervivientes enajenados, o ningún superviviente...

Oliveira le dio un susto de muerte al aparecer de repente a su espalda. Menuda forma sigilosa de caminar... Eso, unido a la tensión que acumulaba en la mente mientras examinaba la celda de

Piero, provocaron el grito de Cristina. Ahora sentía el corazón a punto de estallar en el pecho.

—¡Joder, Miguel, deberías llevar un cascabel en el cuello!

—Lo siento, ni siquiera sabía que estabas aquí. Al no verte en la cocina ni en la sala común, decidimos salir todos a buscarte. Ya nos temíamos lo peor.

—Vaya, gracias. Me desperté temprano y, tras desayunar, decidí echar un vistazo a la celda donde estaba Piero encerrado, luego iré al almacén donde se encontró a Murphy. ¿Quieres acompañarme?

—Bueno, aquí no se pasa tanto frío como yendo hacia la casa del ejercicio, ni hay que cavar para apartar la nieve. Me gusta más este plan, sin duda.

—Vaya, ¿estoy detectando algunas quejas por las últimas veces que me has acompañado? —esgrimió ella con una sonrisa.

—Todo sea por el deber, ¿no?

—Ja, ja, ja. Tienes razón. Y mucha diplomacia, ya de paso. Si deseas ayudarme, ¿puedes registrar por si encuentras algo? —le pidió la inspectora.

—¿Tú has visto algo reseñable?

—Por ahora, solo la comida.

—¿Qué ocurre con ella? —Miguel observaba los cuencos de comida en el suelo.

—Hay tres, pero uno de ellos no lo ha probado.

—No te sigo.

—El encargado de traerle la comida sabía que se estaba volviendo loco, o que se había vuelto, pero le trajo un último plato de comida como si nada, sin auxiliarlo ni informar a los demás de lo ocurrido. Si tu abres la ranura de la puerta para meter otra bandeja o cuenco, puedes ver y oír con claridad lo que ocurre dentro. Quien sea que le trajese la comida, sabía esto y, muy probablemente, es responsable de su muerte. Debemos hablar con Cooper.

—Es alguien de dentro, el encargado de traerle la comida no puede ser un alumno del curso, solo un operario o profesor.

Cristina no dijo nada al respecto, solo añadió:

—Antes de hablar con el director quiero terminar de inspeccionar a conciencia este lugar y también el almacén.

—Te acompañaré, cuatro ojos ven más que dos.

—Gracias, siempre es bien recibida la ayuda y protección.

—No lo hago por protegerte del asesino, sino para que los demás no sigan teniendo motivos para pensar que lo eres tú.

—¿Cómo dices? —Cristina se giró para mirarle con asombro.

—Hace solo unas horas que han matado a Murphy mientras indagaba por los pasillos sin compañía, nadie en su sano juicio haría lo mismo...

—Salvo el asesino.

—Correcto.

—¿Tú también lo piensas?

Oliveira se encogió de hombros.

—Yo tengo varias hipótesis sobre ti.

—Adelante.

—Una de ellas es que tienes demasiada seguridad en tus dotes policiacas y el combate cuerpo a cuerpo. Otra es que no consideras a los presentes lo bastante buenos como para acompañarte y aportar algo. Otra es que te estás volviendo un poco loca, como todos los demás, y a ti te afecta en ese sentido. Y la última...

—Con confianza, di que también sospechas de mí.

—No me consideraría un buen policía si no sospechase de todo el mundo, así que imagina si dejo de hacerlo con la principal sospechosa.

—Entonces, solo me queda una salida: atrapar al verdadero autor de los crímenes. Si aún deseas ayudar, puedes seguir con la tarea. ¡Espera! ¿Qué es eso?

—¿El qué?

—Eso del techo, sobre tu cabeza.

Se giró y buscó con la mirada en la pared.

—Parece una rejilla de ventilación.

—No, aquello que hay bajo la puerta y allí sobre la cama sí lo son, pero esos orificios parecen ocultar... ¿un altavoz?

Miguel tomó una silla y se subió a ella para llegar hasta los pequeños agujeros que se concentraban formando un círculo de veinte centímetros de diámetro sobre la pared. Dio un golpe seco con el puño y se oyó una interferencia molesta.

—Es un altavoz, pero... ¿para qué? Dudo que para poner música ambiente a los detenidos. Y tampoco para comunicarse con

ellos, para eso solo tienen que venir aquí y abrir la ranura de la puerta.

—Quizá para hablar con el preso desde otro extremo alejado del lugar —consideró Oliveira.

—Imposible, ya que no hay micrófono ni botón para que el preso responda a las llamadas. —Cristina daba vueltas a su cabeza, como también caminaba en círculos para tratar de pensar mejor—. Terminemos con el registro y dejemos el almacén para más tarde, quiero hablar con Cooper sobre ese altavoz.

El director se encontraba en su despacho, parecía agobiado, aturdido incluso, como si no hubiese logrado pegar ojo en toda la noche. Tenía ante sí una gran cantidad de papeles desordenados y el ordenador estaba apagado. Cristina llamó a la puerta y entró con el portugués a su espalda sin esperar a ser invitados.

—¿Ha ocurrido algo? ¿Ya se han marchado?

—¿Marcharse? ¿De qué hablas?

Fue Oliveira quien respondió a la inspectora.

—Durante el desayuno, los demás han decidido emprender una expedición hacia el pueblo, tal vez encuentren el coche accidentado de Rob. Esperemos que no, que su tardanza no se deba a una nueva tragedia.

—Es cierto, lo hablamos ayer. Hubiese ido con ellos.

—Ahora solo quedamos nosotros tres en el edificio. Además de los tres operadores de mantenimiento —dijo Cooper.

—¿Y quién les guía hacia el pueblo?

—Gómez va con ellos.

La inspectora tuvo que sentarse tras oír esa noticia, no esperaba que Gómez hubiera ido con los alumnos.

—¿Crees que tenemos tiempo de salir a su encuentro? Quizá los alcancemos antes de que llegue la tarde. ¿Cuánto tardaríamos en equiparnos para salir tras ellos?

—¿Qué te pasa? ¿Hay algo que quieras compartir? —preguntó Oliveira.

—¿Quién era el encargado de dar de comer a Piero en su celda mientras estuviera aislado? —preguntó Cristina a Cooper, aun

sabiendo la respuesta.

—La idea de encarcelarlo fue de Gómez y Rob, el primero de ellos se encargaba de su cuidado tras marcharse Rob en el coche.

—¡Lo sabía! ¡Tenemos que ir en su búsqueda! Gómez es el asesino.

—¿Estás segura? Es una afirmación muy seria.

—Aún no al cien por cien pero, de mis dos opciones principales, es quien ahora ocupa toda mi atención.

No dio tiempo a que le hicieran otra pregunta, Cristina partió a toda prisa hacia su dormitorio, donde tomó abrigo, guantes y gorro. Oliveira la seguía a la carrera por los interminables pasillos del complejo. Cuando ambos salieron a la calle, la luz de la mañana se veía interrumpida por nubes que presagiaban un nuevo repunte del temporal.

—No tenemos mucho tiempo hasta que comience a nevar, si además el viento aumenta, estaremos perdidos —dijo el portugués con un gesto de extrema preocupación—. No llevamos comida, mantas o una tienda para refugiarnos, solo un poco de agua.

—¿Crees que han salido a la carrera o solo caminan?

—Conociéndoles, seguro que van a paso firme pero sin llegar a correr. Ellos sí que llevan a la espalda provisiones y un equipo pesado con tiendas y mantas.

—Espero que no te equivoques, porque dependeremos de ellos para sobrevivir esta noche.

—¿Sabes que estás loca?

—Por supuesto.

Cristina se ajustó el gorro de lana y empezó a correr, hacía mucho que no lo hacía, así que esperaba no tener un pinchazo muscular debido al frío de sus articulaciones ni quedarse sin aliento antes de recuperar la ventaja que le llevaban sus compañeros. Oliveira, en silencio, la seguía dos metros por detrás.

—¿Tan convencida estás de la culpabilidad de Gómez como para arriesgar tu vida y la mía? —gritó él cuando llevaban pocos metros recorridos.

—No se trata de nuestras vidas, sino de las que se han aventurado con él sin saber dónde se metían.

Oliveira no dijo una palabra más.

¿Por qué había preguntado la chica española por la celda del detenido? William Cooper daba vueltas a ese dato en su cabeza para tratar de averiguar los motivos de la pregunta, tratar de escudriñar el rastro que los ojos de la chica habían dejado. Decían que el italiano se había vuelto loco, escapado y muerto en la nieve. Tenía heridas producidas por sí mismo y se había comportado como un demente. Aquello solo podía significar una cosa...

No, eso era imposible.

Cooper sabía que tenía las copias de la llave en algún lugar de su despacho, así que corrió hacia allá para buscarlas.

Los ejercicios en las celdas de presión habían quedado anulados y prohibidos tras el cese en el mandato del presidente George Bush hijo. Las técnicas de presión para comprobar el aguante mental de los soldados ante las torturas enemigas se consideraron ilegales, un atentado contra los derechos humanos, y el programa fue cancelado tras el fallecimiento de varios chicos. De eso hacía... Ya ni lo recordaba, pero más de dos décadas seguro. Por fin encontró las llaves y el estuche donde se guardaban las cintas de casete en el cajón de abajo de su escritorio. Faltaba una llave y no había ninguna cinta. Él recordaba que siempre quedó una tras ordenarse la destrucción del programa y todos sus recursos.

Se maldijo por la torpeza de no haber cerrado con llave su despacho durante esos días y fue hacia la zona de las celdas de retención con toda la premura que su edad y estado físico le permitieron.

La cerradura en la puerta de la cabina de control estaba oxidada, pero William Cooper observó, antes de meter la llave y comprobar que era la correcta, que había sido usada recientemente. Sin duda Gómez o algún operario debió de coger una de las copias tras encerrar al chico italiano.

¿Qué demonios había sucedido allí? El director había pasado antes por la celda que ocupó Piero Rossi, estremeciéndose ante el aspecto del lugar; las heces, la comida sin tocar, el colchón destrozado, el mobiliario roto, arañazos en las paredes... ¿Qué clase de pesadilla se había hecho realidad en aquel infierno?

Ahora, dentro de la cabina de control, buscó una silla para sentarse a descansar por el esfuerzo realizado y tratar de ordenar los pensamientos caóticos que le llegaban. ¿Se estaba volviendo loco o eran los demás los que perdían la cordura? Asesinatos durante un simple curso. Llevaba más de quince años dirigiendo el seminario y como profesor otros siete años más, y nunca habría imaginado semejante locura.

Los soldados acababan agotados en las celdas cuando se les hacía los simulacros de... No, no era posible. Pero es que se apreciaba con claridad que allí había estado alguien en las últimas horas, no necesitaba ser un policía y agente del FBI durante más de la mitad de su vida para deducirlo. El sillón principal aún conservaba las marcas del pantalón de quien estuvo sentado en ella sobre el polvo, y los mandos de control tenían huellas por doquier.

Pulsó la tecla de expulsar y sacó la cinta que había sido usada por última vez: «Resistencia extrema, no usar» rezaba escrito sobre ella a bolígrafo, justo la que recordaba que sobrevivió en el estuche. ¿Quién había usado el sistema? Accionó los botones del controlador y tuvo acceso a cierta información. «¿Nueve horas seguidas? Pero si esa cinta solo se podía usar durante diez o doce minutos como máximo... ¿Qué clase de perturbado o psicópata sería capaz de tener a un ser humano sometido a esta tortura durante nueve horas? El cerebro del chico italiano se habría desintegrado ante una presión provocada por los ultrasonidos que, en una frecuencia determinada y con grandes cambios bruscos, lograban alterar zonas del cerebro como el hipotálamo o la glándula pineal; el preso sentía que su cabeza estaba dentro de una centrifugadora, girando sin sentido en una dirección y luego, sin dar pie a recuperarse, en la contraria.

«¿Cómo permitió Alberto Gómez, el más sensato y cuerdo de mis colaboradores, que sucediese semejante barbaridad? ¿Había otra persona tras aquellos actos?».

Llevaban dos horas y media de trayecto y ya comenzaban a quejarse. Kenta Hoshi no era el más preparado para soportar aquel clima ni la caminata a paso ligero que había impuesto el líder de la

expedición, Alberto Gómez, por eso se extrañó cuando sus compañeros pidieron hacer un alto en el camino antes de llegar el mediodía, cuando él mismo aún no estaba tan cansado como para necesitar parar. Esa primera parte de la expedición estaba resultado cómoda, ya que caminaban por los surcos y marcas dejados por el todoterreno de Rob y los demás, un camino fácil excavado y listo para seguirles la pista. «¿Cómo podían sus compañeros estar cansados si ni siquiera habían tenido que cavar en la nieve?», pensaba el japonés.

Alberto Gómez se adelantó al resto del grupo para, según sus palabras, «asegurarme de que el camino sigue la senda adecuada hacia el pueblo». Los demás buscaron el aguardo del viento tras un montículo de nieve y sacaron provisiones para dar buena cuenta del almuerzo. La actitud positiva ante la cada vez menor distancia al pueblo contrastaba con las nubes que oscurecían el cielo y que nadie allí, salvo el japonés, parecía advertir. El viento se oía silbar entre los árboles, como un aviso de lo que llegaría en pocas horas.

Habían pasado ante la caseta del conserje cuarenta minutos atrás, aún no se apreciaban señales de vida del mismo, tampoco aparecía su vehículo. ¿Dónde se habría metido en mitad de la tormenta? ¿Qué había sido de Rob Howard, Luan buga y Bryon Castro? Cada uno de los presentes tenía sus propias conjeturas.

—Yo creo que están en un hotel, han vaciado las reservas de alcohol del bar y tienen a unas nenas cachondas y borrachas en las habitaciones en este momento —dijo Timothy Brown con voz socarrona.

—Es posible que estén esperando a que lleguen efectivos desde la central. Con el tráfico aéreo posiblemente cortado y las carreteras en este estado, tardarán mucho en llegar —añadió Leyna Penz sin hacer caso al comentario machista de su compañero inglés.

—Yo creo que están muertos. —Los tres compañeros de René Feraud enmudecieron. El francés hablaba poco, pero cuando lo hacía no dejaba a nadie indiferente—. Han tenido un accidente mientras iban al pueblo y los encontraremos congelados dentro del coche o en algún punto de regreso para ponerse a salvo.

Otra vez carne guisada de lata. René encendía el fogón de gas para calentar la primera de ellas mientras se servían unos aperitivos

de corteza que sabían bien, pero daban un olor horroroso a la orina pasados unos minutos. Timothy Brown pidió una cerveza a su compañera alemana.

—Te has bebido ya dos, tu ración de hoy para el camino. No pienso darte una de las mías.

—¡Joder, tú nunca bebes! ¿Qué te importa darme una? Te invitaré a una copa cuando lleguemos al pueblo. Con ese aspecto, seguro que nunca te ha invitado un hombre a una copa en un bar, deberías estar agradecida.

—Vete a la mierda, Brown —le espetó Hoshi.

—Idos a la mierda vosotros, atajo de perdedores. Dentro de unas horas estaré tomando un buen *whisky* escocés y cenando una comida decente. Pienso follarme a la chica más guapa del pueblo y dormir en la mejor habitación de hotel del lugar. Estoy harto de esa mierda de camastro duro rodeado de hormigón sin ventanas. Se acabó el curso, se acabó el FBI, se acabó eso de que podemos morir de un momento a otro. No, yo no voy a morir como ese perdedor de Piero, puto bocazas espagueti.

—Piero tuvo una muerte horrible, no deberías hablar así de él —le recriminó Leyna.

—¿Estabas enamorada de él? Joder, sois todos patéticos. ¡Dame esa puta lata de comida ya!

—Esta es para Leyna.

—Mierda de franchute, ahora resulta que el raro está enamorado de la señora Potato. En menudo circo de monstruos de feria me he metido. —Tomó la cerveza de René sin su permiso y se marchó de allí. Leyna y Hoshi miraron al francés, que no se mostraba dispuesto a pelear para recuperar su cerveza, y se quedaron los tres ante el pequeño fuego de gas, a la espera de poder comer y descansar unos minutos.

Timothy Brown escaló a duras penas un montículo y observó el horizonte, nieve y más nieve sobre los árboles, además de una molesta ventisca desde su izquierda que trataba de tumbarlo al suelo. No pudo ver nada más salvo la silueta de Alberto Gómez a unos cien metros, caminando despacio, como buscando algo. Cómo detestaba a los hispanos, siempre los había visto engreídos, vagos y sucios. Los mexicanos entraban en Estados Unidos cada año para

vivir de ayudas sociales y delinquir. En su país, Inglaterra, sucedía algo parecido con españoles y rumanos. Eran una puta plaga y, si fuese por él, los habría metido a todos en un barco para prenderle fuego al llegar a alta mar. Esa chica española, ¿cómo iba a saber tanto sobre el caso del ejercicio sin haber hecho algunos favores a los profesores a cambio de información? Solo servían para eso, para hacer trampas. Seguro que también se había follado al sucio mexicano aquel que observaba desde la distancia.

Abajo: los perdedores de sus compañeros, menudos grandes policías... ¡ja! Y al fondo: el profesor *sudaca*. Tuvo que elegir otro lugar en el que tomar la cerveza para que no le sentase mal. Se apoyó en el árbol que tenía más cercano, aprovechando para orinar tras terminarse de un trago el contenido de la lata, que arrojó con todas sus fuerzas.

«¡Coño, qué frío, se me va a congelar la polla! A ver si los tres inútiles de ahí abajo me han calentado algo de esa apestosa carne. Qué ganas de salir de aquí para no volver probar la ternera guisada en lo que me queda de vida».

Por suerte, ninguno de sus compañeros lo molestó durante el almuerzo, y los cuatro dieron buena cuenta de las provisiones en silencio. Cada vez sentían el frío más presente y desconocían el tiempo que les restaba para llegar a su objetivo. Lo único que les quedaba era la actitud positiva, tratar de no discutir y reservar el máximo de fuerzas para cuando tocase cavar con las palas.

—¿Ya habéis comido?

Se sobresaltaron con la pregunta de Gómez.

—Si es así, recogedlo todo. Continuamos la marcha —ordenó el profesor—. Esas nubes tienen mala pinta y cada vez sopla más viento.

—Pero habremos hecho ya una buena parte del camino —dijo Brown.

—Ni la cuarta parte aún, y es la que menos inconvenientes tiene. Si encontramos nieve alta o empeora el tiempo, avanzar cada metro será el triple de complicado. Así que moveos.

Cinco minutos más tarde, los cuatro seguían el paso firme de Gómez, que decía haber estudiado los siguientes metros y conocer el camino hacia el pueblo. Desde el último puesto de la fila, el inglés

se preguntaba si cabría la posibilidad de no tener que cavar nieve si caminaba atrás del todo y sin hacerse notar. Después de todo, no era necesario que abriesen el camino todos a la vez, podrían hacerlo el mexicano y la alemana, que parecía más fuerte que ningún hombre.

La luz los abandonaba a toda prisa, ya no había tregua y debían decidir si seguir adelante y afrontar los últimos kilómetros bajo la tempestad, esperando que la carretera comarcal estuviera despejada por los quitanieves, o retroceder y llegar antes de la noche al complejo de nuevo. Gómez preguntó a sus compañeros y estos, tras meditar en silencio, tomaron la decisión de ir a por todas. Llevaban tiendas de campaña, buena ropa, mantas y sacos de dormir, además de comida y bombonas de gas para la comida o calentar las tiendas. Sobrevivirían sin problema si antes de la llegada de la noche y la caída de la temperatura lograban montar las tiendas entre gruesos árboles o montículos de nieve que amortiguasen el empuje del viento.

Hoshi no sabía qué hora era, y no pensaba invertir un segundo en apartar la manga del abrigo y quitarse parte del guante para algo que tampoco tenía la menor importancia. Llegarían al pueblo cuando tuvieran que llegar. Unos metros por delante de Gómez observó el final del sendero abierto. El momento más odiado acababa de hacerse realidad.

A pesar de no haber salido a correr desde hacía meses, Cristina se sentía en forma. Tampoco podía quejarse de Oliveira, cuya respiración constante oía dos metros tras ella. Las pisadas de sus compañeros eran fáciles de seguir y era muy probable que, manteniendo el ritmo, los alcanzasen antes de que la tormenta de nieve los sorprendiera sin tiendas ni más abrigo que los chaquetones.

—Hay que darse prisa —le dijo al portugués—, ya no tenemos que alcanzarlos antes de la llegada de la noche, sino de que esas nubes descarguen sobre nosotros un alud mortal.

—El viento es peor que la nieve, no siento la piel de mi cara.

—Yo tampoco, así que corre, corre porque la vida nos va en ello.

Llevaban más de una hora corriendo y el vaho que exhalaban se veía desde cien metros. Sus extremidades, especialmente las piernas, no acusaban el frío y todo era cuestión de seguir avanzando sin variar el ritmo; si no habían sufrido ya un pinchazo en el hígado o el bazo, podrían aguantar dos o tres horas más sin problemas. La mayoría de las veces, el viento no se sentía gracias a que corrían por el profundo surco horadado por el coche dos días antes. Lo que hacía pensar a Cristina en la suerte que habrían corrido Rob y sus dos compañeros.

—¿Crees que los alcanzaremos pronto? —preguntó Oliveira.

—No deberíamos hablar o nos cansaremos mucho antes.

—Pero quizá sea mejor dar la vuelta. Imagina que nos alcanza la tormenta antes de llegar al grupo. Estaremos perdidos. Si damos la vuelta y apretamos el ritmo, en una hora o menos estaremos dándonos una ducha caliente.

—Aunque nos hayan sacado una hora u hora y media de ventaja, según Cooper, van con un equipo muy pesado y caminando, y apuesto a que hacen una parada para almorzar, así que pronto, tal vez en unos cuarenta minutos, demos con ellos.

—Espero que no te equivoques, el cielo amenaza con una nevada épica de un momento a otro.

—Pues vamos a correr más rápido.

Parecía que la noche hubiera aparecido como un enorme oso gris sobre ellos, eso al menos adivinaba Hoshi de los semblantes de sus compañeros, que no paraban de mirar al cielo cuando no estaban cavando para avanzar en aquel infierno de nieve.

Gómez y Penz se esforzaban con las palas en ese momento, Feraud calentaba nieve para beber y Hoshi y Brown descansaban tras el último turno de quince minutos cavando. Tenían la sensación de no avanzar, así sería imposible recorrer la cantidad de kilómetros que los separaba del pueblo. Gómez había garantizado que, a partir de la mitad del camino, punto al que llegarían en unas dos horas a ese ritmo, estaría la carretera comarcal despejada por los quitanieves, pero ninguno de sus acompañantes confiaba en tener tanta suerte.

—¿Por qué calientas nieve? Hay botellas de agua —preguntó Brown.

—También están congeladas, pero es mejor guardarlas por si las necesitamos. Aquí la nieve está limpia, es mejor usar el método de los esquimales, el mismo que usan los exploradores del Ártico o de la Antártida para beber.

—Pues me parece una asquerosidad, esa nieve debe de llevar contaminación y productos tóxicos. Prefiero mis botellas de agua.

—Ya puedes rezar para que alguna esté en estado líquido.

El inspector inglés comprobó, tras abrir su enorme mochila, que las tres botellas de medio litro estaban congeladas. Emitió una mueca de contrariedad y decidió quedarse sin beber mientras una de las botellas se descongelaba con su calor corporal tras meterla en un bolsillo interior de su chaquetón.

—Eso no funcionará, debiste hacerlo cuando salimos esta mañana —dijo Hoshi.

—¿Por qué lo dices? El calor del cuerpo...

—El calor de tu cuerpo emite treinta y seis grados, más o menos. Calculo que esa botella tardaría cuatro horas en derretirse por completo a pleno sol en verano, así que en ese bolsillo no tardará menos de cinco horas.

—Pues me quedaré sin beber —dijo de mala gana—. Y deberíamos ir buscando un sitio para acampar.

—Aún es temprano, quedan muchas horas para la noche —respondió el japonés.

—No es la noche lo que me preocupa, sino la tempestad, y que nos coja desprevenidos y en una zona donde no podamos acampar con seguridad.

—Todo el bosque es idéntico, da igual acampar aquí que cien metros más allá, o un kilómetro. Además, si nieva, mañana tendremos que cavar mucho más, es mejor adelantar trabajo hoy.

—Maldita sea, es absurdo que estemos haciendo todo esto. El todoterreno no ha pasado por aquí, y tampoco lo hemos visto accidentado a un lado del camino. ¿Hacia dónde nos lleva Gómez?

Kenta Hoshi no respondió, aunque compartía ese pensamiento. No se fiaba de nadie, cualquiera de ellos podría ser el asesino y él tomaría todas las precauciones posibles para no morir durante el

trayecto. Ni siquiera pensaba dormir cuando acamparan, permanecería con un ojo abierto, aunque al día siguiente estuviera destrozado para reemprender la marcha.

Cuando la alemana y el profesor dejaron de cavar, una fina pero constante nevada caía ya sobre ellos, la temperatura había descendido unos cinco grados en la última hora y todo indicaba que, salvo Gómez y Hoshi, los demás querían ponerse a salvo en ese momento.

—No podemos rendirnos tan pronto —protestó Gómez—. Contaba con que necesitaríamos dos días para llegar, el primero iba a ser el más duro, ya lo estáis viendo, y el segundo sería más rápido tras descansar en las tiendas y con la carretera despejada. Si dejamos de avanzar a esta hora, no llegaremos tampoco mañana. Como dice Hoshi, la nieve podría subir muchos centímetros y avanzar apartándola costaría un esfuerzo considerable.

—Aunque nieve, aunque haya ventisca —añadía el japonés—, debemos aguantar al menos tres horas más.

—Me parece bien —apuntó Penz.

—Cuando llegue el momento de descansar, arrancaremos unas ramas de los árboles más cercanos y las colocaremos sobre el surco que vamos cavando. Montaremos las tiendas bajo las ramas y así estas evitarán que una densa nevada nos aplaste o rompa las tiendas. El surco también nos protegerá del viento.

—Pues adelante, a este ritmo podremos hacer otro kilómetro en tres horas.

Oliveira se detuvo sin decir nada. Ella sintió que el sonido de sus pasos y los jadeos desaparecían, así que también paró, a sabiendas de que luego les costaría el doble retomar la marcha. Fuera para seguir o para dar la vuelta, debían decidirlo a toda prisa o morirían congelados bajo la nieve.

—¿Qué te pasa?

—Debimos traer algo más que una botella de agua cada uno.

—Pero el peso nos frenaría, cada kilo en una mochila supone una disminución del ritmo o la aparición más temprana del

cansancio. Ya vamos demasiado cargados con esta ropa que se ha congelado y nos frena también con su rigidez.

Oliveira no respondió, aún trataba de recuperar el aliento. Observó hacia el frente, pero no veía ni se oía a nadie.

—Sé lo que piensas —dijo ella—. Aún están lejos, pero apuesto a que llegamos a tiempo, estamos mucho más cerca de sus víveres y sus tiendas de campaña que del complejo del FBI. Volver es inviable ya.

—Lo sé, y confío en ti, pero no sé si tendremos fuerzas para alcanzarlos. Empieza a estar todo muy oscuro y cada vez nieva más.

—Pues no perdamos el tiempo hablando.

—¿Te queda agua?

—Un poco. Toda tuya. —Cristina sacó la pequeña botella de un bolsillo interior de su chaquetón, donde la llevaba para que no se congelase.

—No, no puedo beberme lo poco que te queda para no deshidratarte.

—Tienes el doble de cuerpo que yo, necesitas más agua. Adelante. Rellenemos luego las botellas con un poco de nieve, metidas bajo nuestra ropa se derretirá poco a poco y podremos dar unos sorbos dentro de una hora. Aunque espero haber llegado a nuestro destino antes.

Mientras Oliveira daba cuenta de lo que quedaba en la botella, Cristina cerró la cremallera de su abrigo después de comprobar disimuladamente que el cuchillo que había tomado de la cocina seguía allí. Era la única arma que podría usar, además de sus puños, contra un despiadado asesino que posiblemente llevase una pistola. Después de todo, ¿qué había sido de la que se confiscó a Piero? Lo más probable es que hubiera sido recuperada por la misma persona que la puso allí para endosarle los crímenes al italiano.

A esas alturas, ya no podía fiarse ni de su propia sombra. Si deseaba volver a ver a su hija y a sus padres, regresar a España, debía agudizar los cinco sentidos y volverse más instintiva que racional, como un animal salvaje. Como un lobo solitario. La razón conduce al pensamiento, y este al miedo a lo imprevisible. Los

animales salvajes no piensan, solo actúan de la forma adecuada ante cada imprevisto.

«Solo un lobo sobrevive en un bosque así... entre otros lobos».

René Feraud cavaba con ímpetu, todo lo que tenía de taciturno y esmirriado, parecía poseerlo también de metódico y apasionado de cualquier tarea que emprendiera, un verdadero portento de la eficiencia. Brown, más alto y presuntuoso, jadeaba como un perro asmático a su lado.

—¿Qué coño es esto? —preguntó enfadado al ver que encontraban otro surco.

—Es imposible, ¿quién lo habrá hecho? —dijo Hoshi, que se acercó corriendo a mirar. ¿Tal vez una quitanieves?

—Imposible, es demasiado estrecho. Y mira las marcas de las ruedas. Solo puede ser del todoterreno de Rob. Hemos estado cavando por el camino equivocado.

Todos miraron a Gómez, que también observaba la senda en la que las huellas del coche aún no se habían borrado del todo con la nueva nevada.

—No, se equivocaron ellos, tomaron un extraño rodeo por la izquierda. Para llegar a la comarcal desde la salida del complejo hay que tomar una curva muy abierta hacia la derecha. Rob debió equivocarse y abrir el diámetro, luego lo compensó y nosotros ahora hemos vuelto a tener el sendero despejado.

—No me creo nada. Ya seguíamos sus huellas hace horas, ¿cómo es posible que lo hayamos perdido? Tiene dos metros de ancho, ¡joder!

—Tranquilízate, Brown —le dijo la alemana—. Deberíamos ver el lado bueno, tenemos un trecho por delante sin tener que cavar, avanzaremos mucho hasta la noche.

A lo sumo una hora más, eso es todo lo que les quedaba antes de tener que montar el campamento, así que emprendieron la marcha en silencio. Gómez había perdido por completo la poca confianza que aún tenían en él sus cuatro compañeros; tal vez por eso se mantuvo a la retaguardia del grupo.

Sobre ellos nevaba de forma más intensa y comenzaban a notar calambres en codos y rodillas. Hoshi y Feraud estaban al límite de sus fuerzas, pero no dijeron una palabra, una hora más era asumible si luego podían calentarse bajo las mantas y dentro de las tiendas, además de con el hornillo, con el que calentarían también latas de carne, guisantes y verduras hervidas.

El sonido de los jadeos y gemidos por el esfuerzo era lo único que oían, llevaban andando a paso ligero más de media hora desde que tomaron la senda del todoterreno y la noche había llegado temprana, con una oscuridad solo rota por los haces de luz de las linternas, creando destellos en los copos de nieve que no paraban de caer.

—Vamos a parar, se acabó por hoy. —Nadie discutió la orden de Gómez, que había permanecido callado hasta ese momento.

Brown y Hoshi fueron a cortar unas ramas con las sierras de cadena del kit de supervivencia mientras los demás montaban las dos tiendas en el mismo punto en que habían parado. En esos momentos el viento soplaba con virulencia sobre ellos, pero estarían a resguardo porque las tiendas no medían más de un metro de altura y el surco creado por el todoterreno los protegía. Colocaron cuatro frondosas ramas sobre ellos, suficientes para soportar el peso de la nieve que cayese durante la noche. Entraron en las tiendas, Hoshi, Feraud y Penz en una, y Brown y Gómez en la otra. El sonido del viento azotando las ramas de los árboles cercanos parecía el grito de una bestia impaciente por devorarlos, pero contentándose por el momento con asustarlos.

—¿No hay más cortezas? —preguntó Hoshi.

—Creo que sí, en esa bolsa a tu derecha —respondió Penz.

—Podemos beber una cerveza en paz, ha sido una suerte que Brown se fuese con Gómez.

—No hables muy alto, podría oírte y venir a deleitarnos con su presencia.

Todos rieron.

—¿Qué ha sido eso?

—El viento, cada vez sopla más fuerte.

—No, he oído otra cosa, como un gemido, o un grito...

—Creo que tienes alucinaciones, deberías dormir un rato.

Mientras se frotaban las manos ante la llama del hornillo y observaban cómo se calentaba la comida, la cremallera de la tienda comenzó a abrirse despacio, sin que ellos siquiera lo notasen.

Oliveira no podía más, casi estaba a punto de desplomarse y Cristina lo ayudaba como buenamente podía, ya que ella misma acusaba un cansancio como no recordaba otro en su vida. Sentía el aire helado entrando en sus pulmones como afilados cuchillos. Cada vez que tosía era como si explotase una granada dentro de su pecho. Si no moría esa noche, lo haría al día siguiente de una pulmonía crónica. Tuvo que reconocerlo en sus pensamientos, creer que los alcanzarían con tanta ventaja que les llevaban había sido una completa estupidez, más aún sin llevar provisiones y una tienda. Ahora se daba cuenta, aunque prefería no hablar de ello, permanecía aferrada a un hilo de esperanza que todavía no se había roto del todo.

La única linterna que llevaban apenas iluminaba un metro más allá debido a la densa nevada que caía a su alrededor, casi impidiéndoles seguir el sendero, y la ventisca los azotaba sin piedad. Era una lucha extrema por la supervivencia. Rendirse significaba morir.

—Vamos, no te detengas, solo unos metros más, vamos a toparnos de frente con sus tiendas de campaña.

—Hace rato que no hay pisadas en el suelo —respondió el portugués con un castañeteo de dientes que no presagiaba nada bueno.

—La nieve las ha cubierto, pero deben de estar ya a unos pocos minutos.

—¿Y si han acampado a un lado? Si se han refugiado bajo un árbol, los habremos pasado a pocos metros de distancia sin siquiera verlos.

—No lo creo, en el surco de la nieve están a resguardo del viento, pero bajo los árboles, además, puede caerles una rama partida por el peso de la nieve.

—Nunca te das por vencida, ¿verdad?

—Nunca, no volveré a perder a otro compañero.

—No digas tonterías. Eso que me contaste hace un rato sobre tu pareja, Fran, no tuviste nada que ver.

—Un compañero que cae en acto de servicio y siguiendo el mismo caso que tú, es un compañero perdido. Y no me discutas. ¡Camina y deja de hablar!

—¿Qué es aquello?

Un leve resplandor se apreciaba frente a ellos, tan tenue que parecía un espejismo. Caminaron unos metros más y comenzaron a reír y alegrarse por haber llegado por fin a las dos tiendas.

—¡Chicos, somos nosotros, Oliveira y Collado!

La primera de las tiendas tenía la cremallera abierta, cosa que extrañó a los dos policías, y las aletas de tejido impermeables se mecían sin control por el viento que llegaba a ellas, dentro solo se apreciaba el resplandor del hornillo de gas encendido. Ni imaginaron lo que iban a encontrar allí. Un rápido vistazo los hizo quedar mudos y no se atrevieron a entrar. El frío y el cansancio desaparecieron en el acto y ambos se pusieron alerta. Cristina sacó su cuchillo y Oliveira no dijo nada al respecto.

—Toma una de sus linternas y ve por la izquierda, yo buscaré por la derecha. No te separes más de diez metros de la tienda o podrías perder la orientación. ¿Me oyes?

El portugués asintió.

Cristina se topó con la otra tienda cuatro pasos más allá, no había luz en el interior, pero la cremallera también estaba abierta. Temiendo lo que podía encontrarse dentro, respiró hondo varias veces tras apagar su linterna y antes de asomarse. Solo encontró el cadáver de Timothy Brown.

Los cuatro alumnos habían sido ejecutados.

«Bien, ya sabemos quién es el asesino. Ahora solo falta cazarlo antes de que complete su tarea. Antes de que nos cace él a nosotros».

¿Tendría Gómez la pistola? Cristina no podía saberlo. Ella llevaba un cuchillo, Gómez había matado a los cuatro alumnos con otro cuchillo. ¿Quién tenía entonces la pistola de Piero? Quizá también la tuviese Gómez, pero recurrió al cuchillo para no hacer ruido y ser más efectivo, para tomar por sorpresa a sus víctimas.

La adrenalina que brotó al descubrir los cuerpos y sentirse en peligro iba desapareciendo de su organismo. No tenía fuerzas ni se había alimentado desde el desayuno, así que no le quedaban más de cinco o diez minutos antes de desfallecer; si se desplomaba inconsciente sobre la nieve, moriría congelada sin remedio. Puede que Oliveira ya estuviese sobre la nieve, desmayado o... No, prefería no pensar que Gómez lo hubiese sorprendido por la espalda.

¿Podría ella contra el profesor en una lucha cuerpo a cuerpo? Él era el doble de grande, no estaba cansado y había comido. Tampoco sabía cómo se desenvolvía en una pelea. Y esa maldita ropa que llevaba estaba rígida por la congelación y pesaba una tonelada. No, si tenía que pelear con las manos y pies, que por cierto llevaba más de una hora sin sentir, no apostaría por su vida ni un céntimo.

«Solo podría vencerle si lo pillo por sorpresa, pero en estas condiciones no vale de nada la inteligencia o lo sigiloso que sea cada uno. Aquí solo podré ganar si la suerte o la casualidad me hacen descubrirlo por la espalda; pero tengo las mismas opciones de lograrlo que él de descubrirme a mí».

Tras caminar en redondo durante unos minutos, decidió regresar a las tiendas. En una de ellas encontró a Oliveira.

—¿Qué haces?

—No podía más, iba a desmayarme si no entraba en calor y tomaba algo de comida.

—¿Has movido el cuerpo de Brown?

—¡Qué remedio! ¿Cómo íbamos a permanecer en la tienda con el cuerpo tumbado en medio? Ya sé que no debí tocarlo por tema huellas y pruebas, pero nuestra vida es lo único que debería preocuparnos en este momento.

—Está bien, disculpa, estoy algo alterada.

—Igual que yo, y tengo miedo a lo que ese sádico pudiera hacernos. Quizá lleve el arma de Piero.

—Yo también lo pensé. Y si está cerca, podría ver el fuego del hornillo de gas.

—No lo creo.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Él no sabe que veníamos siguiéndolos; piensa que nos quedamos en el complejo, hacia allá habrá ido tras matar a nuestros compañeros; si es que no ha marchado hacia el pueblo. Además, las tiendas tenían las lámparas de carga solar encendidas cuando llegamos, así que no habrá diferencia alguna por añadir la del hornillo.

—¿De veras crees que podría regresar al complejo? Cooper está solo con los tres operarios.

—Sí, es lo más probable si desea acabar con todos nosotros, pero no te montes ideas raras y heroicas, ya que no podríamos alcanzarlo en estas condiciones, ni siquiera sabemos cuánta ventaja nos lleva.

—Los cuerpos están calientes, supongo que unos minutos.

—Pues adelante, sal a por él si así lo decides, pero yo no aguantaría vivo más de diez minutos.

Cristina no pronunció una palabra más. Ella también sabía que no sobreviviría para alcanzar a Gómez, mucho menos para enfrentarse a él. La rabia crecía en su estómago, producida por la impotencia ante no poder salvar al director Cooper y los operarios, que en unas horas se convertirían en nuevas víctimas de ese demente. Cuatro vidas inocentes se perderían sin que ella pudiera impedirlo. Oliveira le extendió una lata de carne guisada. El día anterior pensó que aquel sabor lo recordaría de por vida, estaba harta de comer esa asquerosa carne enlatada muchos años atrás. A saber qué mierda estaba consumiendo y las secuelas que tendría en su organismo ese conservante con el paso del tiempo. Pero esa noche le supo como su plato favorito, devoró la lata entera mientras su compañero se calentaba la suya propia.

—Mira, he encontrado una cerveza, parece que no está congelada. Nos ayudará a dormir.

—No pienso dormir, no quiero que ese cabrón nos pille desprevenidos.

—Relájate, Cristina. Gómez va hacia el complejo pensando que estamos allí. Y nosotros ahora necesitamos, por encima de todo, descansar, recuperar fuerzas y calor. Mañana podría seguir el temporal y tendremos que caminar de vuelta hacia él. Debemos pensar en encontrarlo y poder hacerle frente con garantías.

—Joder, Hoshi era un excelente policía, y era amable, inteligente... Le ha cortado el cuello como quien trincha un pavo en Navidad. —Cristina se estremeció, y el escalofrío hizo que se embutiera más en la gruesa manta que la envolvía. Fuera se oía silbar el viento sobre las ramas como si desease llevar a los dos policías hacia el mundo de Oz.

—Bueno, los demás no somos tan malos.

—Ya sabes lo que he querido decir. Leyna era una joya por descubrir; Feraud, un chico tímido pero amable; Brown era un capullo, pero eso no hace que merezca el final que ha recibido... Aún no he cumplido los treinta y ya he visto morir a demasiada gente.

Pequeños trozos de nieve caían de vez en cuando sobre la tienda de campaña y el impacto hacía sobresaltarse a la chica, que tenía los nervios a punto de hacerla explotar. A ese sonido había que sumar el extraño crepitar de las ramas sobre ellos, tan hipnótico como inquietante. Oliveira dio un trago a la lata de cerveza y se la pasó a Cristina, que dio un sorbo tras pensarlo un instante.

—Todos tenemos el armario lleno de cadáveres, es la maldición del policía —trató de consolarla.

—Pensaba que era la soledad, o un divorcio complicado.

—¿Una broma? ¿Eso ha sido una broma?

—Ya no sé ni lo que digo, no me hagas caso. El cansancio ha llegado y casi no tengo fuerzas ni para seguir conversando.

—¿En serio? Porque necesito desahogarme, no sé si despertaré por la mañana, si moriré durante el camino de regreso o si me matará ese sádico de Gómez. Lo más probable es que no vuelva a ver a mis dos hijos y a mi exmujer, bueno, a ella y a su nuevo novio que los jodan. El caso es que quiero confesar algo que llevo demasiado tiempo guardando para mí.

Cristina lo observaba en silencio, le devolvió la cerveza, ya que consideró que la necesitaba más que ella, y dejó que expulsase lo que llevaba dentro. Tras narrar que había perdido a un rehén de doce años por una negligencia, al disparar al atracador de un banco en lugar de negociar con él, se derrumbó y comenzó a llorar. A ella le hubiese gustado darle un abrazo de apoyo, pero aún trataba de recuperar la temperatura bajo la manta y solo pudo decirle:

—Es fácil hacer las cosas bien cuando uno las piensa en frío y desde la distancia que ofrece el tiempo, cuando ya es demasiado tarde, cuando no se puede regresar para enmendar lo que consideramos un error. Todos llevamos a cuestas ese tipo de experiencias.

—¿Lo dices por la pérdida de tu chico?

—No, no pensaba en eso ahora, sino en otro caso que no tuvo el final más apropiado.

—Aún eres una niña, te quedan muchos casos así. No imaginas lo que duele tener que mirar a los ojos al chico que ha muerto por tu culpa cada noche al dormir, y encontrarlo también al fondo de cada trago de alcohol en el que te refugias para huir precisamente de él.

—¿Tú crees? Yo también tengo ojos que me persiguen cada noche. —Suspiró con tanta fuerza que hizo sobresaltar a Oliveira—. Hace un año pude salvar a una chica, se llamaba igual que yo, y ambas estábamos embarazadas. Su novio le daba muy mala vida; y ella, que con poco más de veinte años había sufrido ya un infierno, pasaba cada día tratando de sobrevivir... Yo tuve en mi mano sacarla de allí, aunque hubiera tenido que meterla en mi casa. Ahora no me importaría hacerlo, claro que lo veo desde la distancia... El problema es que todos somos egoístas, solo pensamos en nosotros mismos y eso hace que el mundo se esté convirtiendo en una puta cloaca.

—¿Qué le pasó a la chica?

—Ya lo sabes, lo que les pasa a esas pobres desgraciadas que no tienen nada ni a nadie en el mundo y se aferran a un clavo ardiendo que les hace más daño aún. Como dijo el sabio: «no importa lo rápido que puedas correr para huir, siempre acabas tropezando contigo mismo una y otra vez». Justo el día en que daba a luz a mi hija, ella moría en una habitación del mismo hospital. Ella y su bebé no sobrevivieron a la paliza que ese cabrón les dio. Solo una semana antes, ella me había ayudado en mi primer caso importante, su información hizo que detuviésemos a una banda de atracadores y me concedieron un ascenso.

—La mirada de esa chica te persigue cada noche, lo entiendo. Seguro que te hubiera gustado vengarla.

—Y lo hice.

Oliveira la observó sin saber con seguridad si mentía o decía la verdad.

—Son dos las miradas que se me aparecen...—continuó ella— la de la chica y la de su pareja. Una madrugada, semanas después, fui a por él y lo llevé a la zona de marismas de mi ciudad, había marea baja. Le di una paliza, lo amarré a la base de un árbol y lo dejé allí esperando a la muerte, durante horas vería cómo la marea subía y se ahogaba despacio. Ese hijo de puta no volvería a tocar a una mujer...

Oliveira no daba crédito a lo que acababa de oír, pero tampoco juzgó sus actos. De hecho, no dijo una sola palabra más, se recostó hacia atrás y dejó a Cristina sola. Ella no tardó más de cinco minutos en seguir sus pasos, quedando dormida en el acto.

El cuerpo sin vida de Timothy Brown les hizo compañía durante el resto de la noche.

Capítulo 11

Sábado

¡Hijos de puta! Tanto esfuerzo en regresar a toda prisa durante la noche, casi perdiendo la vida bajo esa temperatura, y no los encontró en el complejo. Solo estaban el viejo, al que golpeó en la cabeza en cuanto apareció con tantas preguntas y esa expresión de sorpresa al verle; y los operarios, de los que se encargó después.

¿Dónde se habían metido la española y el portugués? Supo que la chica era especial, la más inteligente, desde que la vio el primer día, pero no esperaba que fuese tan escurridiza. No podía permitir que echase por tierra su plan, se lo debía a sus padres, se lo debía a sí mismo. Con la mente fría, tras haber encendido un buen fuego en la sala común y entrado en calor, se preparó un café bien cargado y pensó en las posibles opciones o amenazas a las que se tendría que enfrentar en las próximas horas.

Si la chica y el portugués llegaban tras él, tendría la posibilidad de acabar con ellos y sellar las opciones de que lo descubriesen. Él se conocía mejor el complejo, disponía de tiempo para preparar su plan y estaría descansado y en plena forma para afrontar la batalla final.

Si ellos no regresaban, continuando el viaje hasta el pueblo y eran agentes del FBI los que aparecían, debía desaparecer adentrándose en el bosque; sería un proscrito de por vida, pero lo tenía todo atado: una nueva identidad, dinero y un coche todoterreno escondido a dos horas de camino del edificio. Desde el momento en que descubriesen que su cuerpo era el único que faltaba, quizás dos días después de comenzar la investigación, la orden de busca y captura a nivel nacional se cursaría y llegaría a los

ordenadores de los puestos fronterizos cuando él ya se hubiera establecido en Canadá.

Era absurdo invertir más tiempo en calcular otras posibilidades, lo mejor sería dormir en aquel mismo sillón para despertar al alba y empezar su tarea. Le daba un setenta por ciento de probabilidad a esa primera opción, así que empezaría a poner trampas a primera hora para recibir a la zorra entrometida.

«Sí, sé que vendrás a por mí, no puedes evitar meterte en líos, ¿verdad? Pues este será el último».

En una horas, Cristina estaría muerta.

Cristina estaba muerta, le dolía cada hueso y cada músculo de su cuerpo. Era como si le hubiesen dado la mayor paliza de su vida. Casi no pudo incorporarse cuando despertó con las primeras luces que se filtraron por el tejido de la tienda de campaña. Oliveira roncaba a su lado como un bulldog francés. Mejor dejarlo dormir unos minutos más.

Tenía sed y buscó una botella de agua, no había tiempo para pensar en el desayuno si querían regresar lo antes posible al complejo; pero se impuso la razón, no tendrían fuerzas para recorrer el camino sin haber comido primero. Encendió el hornillo y puso a calentar una lata de carne mientras daba buena cuenta de una bolsa de cortezas. Salió de la tienda para orinar, no nevaba en ese momento, el sol aún no aparecía por el horizonte y el cielo tenía un intenso color cobalto. El aire helado que se filtraba entre los árboles era tan puro que no se pudo resistir a dar dos bocanadas, pero no hubo una tercera, las cortezas tomadas en la cena y el desayuno habían entrado en su organismo, especialmente en la vejiga, para hacer apestar su orina y que se sintiese rodeada de huevos podridos. Antes de regresar, fue a la tienda de al lado y tomó algunas provisiones. Los cuerpos de Hoshi, Feraud y Penz estaban congelados y cubiertos de una escarcha que brillaba como la sábanas que había visto en el complejo, cubriendo los cuerpos de los profesores Billy Coleman y Mark Davis. Se mentalizó para mantener la cordura y las fuerzas y regresó a la tienda. Oliveira ya estaba despierto.

—El olor de la carne es milagroso, mejor que un despertador.

—Pensaba que dormirías hasta el mediodía —le dijo ella.

—¿Me esperarías hasta entonces para regresar?

—Sabes de sobra que no. Tenía pensado volver sola. De hecho, quiero que continúes hasta el pueblo para pedir ayuda al *sheriff*; calculo que habrá unos diez kilómetros y llegarás antes de que el cielo se oscurezca.

—¿Estás loca? ¿Crees que voy a dejarte regresar sola y enfrentarte a ese loco?

—No quiero ser responsable de...

—¿De qué? Me hablas como si fuese un novato. Tengo doce años más de experiencia que tú, me he enfrentado a todo tipo de criminales, en solitario o con refuerzos. No vuelvas a tratarme como a una víctima desvalida.

—Lo siento, yo... yo solo quiero evitar que más personas mueran. No puedo evitar ser como soy.

Oliveira no hizo caso a sus palabras, con un gesto de enfado tomó la lata y la repartió entre dos cuencos metálicos, tendió uno a la chica y comenzó a comer mientras se calentaba la segunda lata.

—Te he traído una cosa, aunque no es zumo de naranja.

El portugués observó la lata de cerveza, hinchada por la congelación. Su semblante cambió al instante.

—Está bien, te perdono, pero no vuelvas a hacerlo.

—Por cierto, Miguel, con respecto a lo que hablamos anoche, me gustaría que...

—No recuerdo nada de lo que conversamos, creo que estaba tan cansado que me quedé dormido antes de terminar de cenar.

Cristina observó que no la miraba a los ojos. No supo cómo interpretar aquello, si era desaprobación por sus actos o el respeto de un compañero que se hace el ciego y sordo ante un acto de justicia. Fuera como fuese, no tenía tiempo para pensar en remordimientos; había dormido como un bebé, como no lo hacía desde años atrás, y ya no sentía, tras llenar el estómago, esas agujetas que la mortificaron al despertar. Podría regresar corriendo al complejo en tiempo récord y enfrentarse al enfermo de Gómez.

—Hemos despertado al alba. No comprendo cómo hemos podido dormir tan poco cuando estábamos destrozados.

—No hemos dormido tan poco como estás pensando; lo que sucede es que nos quedamos dormidos antes de las diez de la

noche. Al llevar horas bajo la oscuridad total de la tormenta, pensamos que era mucho más tarde. Vamos arriba, perezoso, nos queda una buena carrera hasta llegar a nuestro destino.

—¿Crees que podremos con él?

—No lo sé, pero pienso comprobarlo antes de que termine el día.

Pensó que iba a despertarse al amanecer, pero el cansancio por todo el ejercicio realizado lo sumió en un sueño profundo que no cesó hasta las diez y cuarto de la mañana. El sillón era incómodo, pero había servido para su propósito. Las ascuas de la chimenea se habían consumido por completo. Echó, por pura inercia, cuatro troncos más y unas gotas de la botella de gasoil, luego prendió una cerilla y se despidió del generoso fuego para ir a por un café y comenzar con sus tareas.

Cuando salió por la puerta principal para dirigirse a uno de los almacenes, no se percató de las huellas recientes que llegaban al complejo desde el exterior. El hecho de que no esperase la visita de Cristina y Oliveira hasta unas horas más tarde hizo que se confiase en que estaba completamente solo.

En los almacenes exteriores encontraría todo lo necesario para acabar su trabajo e, incluso, reducir hasta las cenizas aquel prescindible lugar que solo servía para fabricar dementes que enviar a guerras o aumentar el ego de estúpidos policías que luego irían presumiendo de logros y aptitudes, cuando en realidad no eran más que pobres diablos asustadizos, miserables que abandonarían a sus compañeros a la primera de cambio. Es lo que merecía la aberración de hormigón que se alzaba ante él: sucumbir bajo las llamas y desaparecer como lo habían hecho todos los alumnos y profesores, o casi, ya solo faltaban...

«¿Qué es eso? Ya recuerdo, es el sendero hacia la casa del ejercicio. ¡Fantástico! La idea de la española de buscar en el escenario me ha dado la clave. ¿Quieres resolver este crimen? ¿Quieres cubrirte de gloria? Pues no imaginas lo que encontrarás...».

En el segundo almacén encontró lo que necesitaba para las trampas principales; en el cuarto, la gasolina y los explosivos que

usaría para su momento final, el que recordaría mientras viviese. Había vengado a sus padres, estaba a punto de cubrir por completo sus huellas, pero aún no había terminado. Aquello era personal, debía demostrar que era el mejor policía, mucho mejor que los apáticos de sus compañeros y que los engreídos de los alumnos que llegaban cada año con la ilusión de resolver lo que era imposible.

Miró hacia el suelo, todo aquel material, especialmente los explosivos, sería imposible de llevar sin una carretilla. ¿Dónde había visto una?

Su visión estaba muy afectada por el golpe, aunque eso lo asustó menos que no ver sangre derramada por el suelo ni en su ropa, sabía lo que eso significaba. El director William Cooper había recuperado la consciencia y ahora trataba de llegar a su despacho. Cojeaba del pie izquierdo, así como sentía dormido el brazo del mismo lado. No tenía ninguna posibilidad de salir con vida de allí, ese golpe lo conduciría en pocos minutos a la muerte por derrame interno cerebral, pero debía tratar por última vez de comunicarse con el exterior, de enviar algún tipo de información para avisar de lo que allí había ocurrido durante esos días. Aunque no estuviesen establecidas las líneas de teléfono e Internet, el correo se enviaría automáticamente cuando se solucionase el problema.

Cuando hubiese muerto, porque tenía la certeza de que moriría antes de ser socorrido, habría enviado su último informe policial. Toda ayuda era poca, ya que los investigadores del extraño y escalofriante caso del que había sido partícipe no sabrían ni por dónde empezar.

Pero había una posibilidad de tener suerte y que consultaran a quien él recomendaría como fuente principal, siempre que esta persona sobreviviera a aquella locura...

Caminaba despacio y con un dolor terrible en la cabeza, observaba el pasillo como a través de un muy lejano y oscuro túnel, la visión le fallaba y casi no sabía ni por dónde iba, pero usó su instinto para orientarse en un lugar que ya conocía de memoria y alcanzar por fin su destino. Se sentó en el sillón y logró, tras tantear

durante unos segundos, encender el ordenador. No veía con mucha nitidez, pero sí la suficiente para escribir un correo electrónico de no más de dos frases. El ordenador tardaba una eternidad en arrancar. Malditos equipos del siglo pasado, con un aparato de esos modernos con la manzana detrás, como el que tenía su nieta, no habría tardado más de unos diez segundos en estar escribiendo.

Por fin, ya parecía listo, abrió el correo electrónico, ahora a esperar otro rato. No veía bien las teclas, cada vez le dolía más la cabeza y sentía menos su mano buena, la derecha; la izquierda colgaba como si hubiera sido anestesiada. Escribió la dirección del destinatario: su compañero de academia Joseph, ahora director del FBI, luego puso en el asunto: urgente. Cuando fue a escribir el mensaje, ya era demasiado tarde.

William Cooper murió en ese mismo instante.

Ya podría haberles obsequiado el clima con ese día magnífico ayer. Cristina observaba el cielo azul intenso mientras corría con todas sus fuerzas hacia el mismo lugar del que había partido menos de veinticuatro horas antes. Cada zancada la acercaba hacia donde no sabía qué iba a encontrar. Las dudas crecían en intensidad y cantidad en su cabeza a medida que pasaban los minutos. El balance de lo ocurrido llegó a su mente, aunque no tan claro como le hubiese gustado.

Alberto Gómez había matado a dos de sus compañeros docentes, luego había encerrado a Piero, tras colocar bajo su cama una pistola; quizá lo tenía por el alumno más aventajado o el italiano había descubierto algo que ella desconocía. Tal vez intentó chantajearlo, que le diese la solución del caso de Rose Moore a cambio de su silencio, sería el primer policía en pasar la prueba y Cristina apostó a que Piero Rossi mataría por añadir ese logro en su currículum. El último día, justo antes de ser encerrado en la celda, el italiano ya no tocó el informe del caso Rose Moore, posiblemente no lo necesitaba si había llegado a un acuerdo con Gómez. Pero, ¿por qué no lo delató cuando fue descubierta la pistola y lo encerraron? Quizá Gómez le prometió liberarlo en unas horas y luego se ocupó de volverlo loco, ya que era el encargado de custodiarlo y darle la

comida, Piero no podría hablar con otros profesores y contar la verdad... Ahora ya nadie sabría la verdad, salvo que el homicida quisiera compartir sus secretos. Gómez siguió con su plan, persiguió a Rob y los otros dos alumnos para terminar con ellos cuando salieron con el coche hacia el pueblo; tal vez los esperaba a mitad de camino y los sorprendió con la guardia bajada. ¿Cómo pudo planear esa emboscada? Solo se le ocurrió una solución: el primer día caminó hacia la pequeña casa del vigilante de la puerta, allí se deshizo de él y ocultó el cuerpo en el bosque, regresó con su todoterreno y lo ocultó para usarlo en el futuro, todo ello tras inutilizar las baterías de los vehículos del complejo. Todo encajaba, por eso el vigilante y su todoterreno no estaban en la puerta de acceso. Más tarde, Gómez solo tuvo que montar la expedición cuando todos estaban desesperados y aguardar a la noche para acabar con ellos de esa forma tan cruel.

Cristina ya lo tenía todo, menos el móvil. ¿Qué lo había empujado a cometer esos crímenes? No confiaba en que se tratase de un simple brote de locura.

Cristina paró de correr.

—¿Qué te pasa? ¿Te encuentras mal? —preguntó Oliveira.

—No, es que no quiero llegar sin comprender todo lo que ha sucedido. ¿Por qué Gómez querría matar a todo el mundo?

—Quizá se volvió loco.

—Eso es demasiado sencillo. No me lo creo.

—Tal vez solo quería matar a sus compañeros: Coleman y Davis, por el motivo que fuese. Luego se volvió loco... o trató de eliminar a todos los testigos de su masacre.

—Pero sigo sin el móvil. ¿Por qué matar a sus compañeros?

—No lo sé, la gente mata por muchos motivos: envidia, dinero, miedo, locura, peleas, venganza...

—¿Qué tenía en común Gómez con Coleman y Davis? No vi nada que los relacionase en sus expedientes.

—¿De qué me hablas? ¿Has visto los expedientes de los profesores?

—Ahora no es momento de detallarte mis acciones.

—¿En serio? ¿Estamos en este infierno juntos y me guardas secretos?

—Joder, Miguel, no son secretos, es que... Está bien, Rob Howard me enseñó los expedientes de cada profesor y alumno tras la muerte de Coleman.

—No sabía que vosotros...

—¡No, joder! Rob y yo no tuvimos nada íntimo, solo me permitió husmear cuando se lo pedí, solo eso. Aunque me importa una mierda lo que pienses de mí.

—No quise decir... Olvídalo.

—Sí, será mejor olvidarlo y seguir corriendo, solo queda una hora, calculo, para llegar al complejo.

—Allí encontraremos el final de esta historia.

Cristina no añadió nada más, solo se recolocó el gorro de lana bajo la capucha del chaquetón, respiró hondo y partió de nuevo a la carrera.

Oliveira no se equivocaba, pronto encontrarían el final de la historia.

Qué repulsión le provocaba la casa del ejercicio, un claro ejemplo de lo absurda que era aquella institución. ¿En qué momento decidió formar parte de semejante pantomima? Claro, fue cuando empezó a tener uso de razón y supo que el atajo de cobardes que dejaron morir a su padre, lo que provocó la muerte después de su madre, había ingresado con honores en el FBI. ¡Qué pena que uno hubiese muerto de un ataque al corazón, otro en un accidente de coche y el tercero en una misión al enfrentarse a un asesino! Le hubiese encantado tenerlos a todos ante él, a los cinco, para cumplir su venganza de la forma adecuada.

El lugar era enorme, sería difícil averiguar los pasos que daría la chica para buscarlo en el interior de la vivienda, porque sabía con total seguridad que aparecería para ir en su búsqueda. Pero aquel sitio sería el último que revisaría, el más apartado y, a la vez, el más simbólico de cuantos componían la zona. Aquella casa destartada era el símbolo de la excelencia policial, de ser capaz de resolver lo que era imposible de resolver. Cristina Collado no se resistiría a buscarlo en el único lugar en el que su mayor enemigo la estuviera esperando.

Las trampas colocadas, por el camino de la entrada y en el mismo lugar, acabarían con esa zorra, sin duda. Llevaba dos horas armando cada una de ellas y asegurándose de que fuesen invisibles. Estaba empapado en sudor por el esfuerzo, pero merecería la pena antes de que la noche volviera a sorprenderlo con una nevada de las que caracterizaban aquella apestosa zona.

Nadie mejor que él sabía de lo que hablaba. Más de una década tuvo que prepararse a conciencia para soportar la temperatura a la que debía trabajar para lograr su objetivo. Ahora le llegaban a la mente los años que pasó en mitad de la nieve con ropa interior, corriendo sin cesar, golpeando bolsas de arena que había colgado de los árboles, lanzando cuchillos contra dianas ocultas, mordiéndose los labios ante la impotencia e incertidumbre de llegar sano y salvo a la cabaña, cuando cada día partía de un punto cien metros más alejado que el anterior. Luchando contra la muerte, conviviendo con ella. Se puso a prueba sin piedad, colocando cada vez el destino más lejano y difícil y concienciándose de que no lograría alcanzarlo. Las peores condiciones mentales posibles para luchar contra la realidad que lo esperaba.

Y allí estaba, tras asesinar a los responsables de la muerte de sus padres que aún quedaban vivos, además de otros nueve que habían elegido el peor de los momentos para estar a su lado cuando cumplía con la tarea. Nadie lo frenaría en su misión. Sus padres sonreirían, sí, lo harían sin reparos ante lo que estaba haciendo por limpiar una afrenta... Tal vez no entendiesen que tuvieran que morir otras personas, algunas de ellas inocentes, pero eran daños colaterales que debía asumir con frialdad, con la repercusión que tendría todo lo ocurrido.

A través de las ventanas de la cocina pudo ver cómo se aproximaba la pareja que esperaba desde hacía horas. En ese instante comprendió que toda su vida había estado aguardando el momento en el que se decidiría su valía, su compromiso con la familia a la que debía explicaciones en el más allá y su inteligencia a la hora de combatir contra los mejores.

Se alejó despacio de la ventana y fue a su escondrijo. Desde allí contemplaría lo que era capaz de hacer la chica española.

No serían aún las cuatro de la tarde, el cielo seguía despejado aunque la temperatura era más baja de lo que Cristina hubiera pensado soportar cuando todavía no había aterrizado en suelo estadounidense. Esas eran las premisas cuando la silueta del edificio de hormigón apareció ante ellos como si se tratase del paraíso celestial. Llegaban cansados y sedientos por la carrera, así que entraron por la puerta principal, abierta aún, y se dirigieron a las cocinas.

—Debemos localizar a Cooper y a los operarios, por si aún están con vida, pero vamos a ir juntos para asegurarnos de no caer en una emboscada, ¿de acuerdo?

—Quizás el asesino sea alguno de los operarios.

—No lo descarto, aunque me extrañaría que fuese así; habría matado también a Gómez en la tienda de campaña. De todos modos... máxima precaución.

Oliveira asintió con la cabeza mientras buscaba entre las provisiones de las neveras de la cocina. Cristina preparó café para tomar tras la comida y recargar al máximo sus energías. Necesitaba estar despierta para adentrarse en los pasillos infinitos que recorrían el complejo como si de túneles de un hormiguero se tratase.

Un hormiguero con una araña letal dentro. Agazapada y al acecho.

—Debemos extremar la precaución, podríamos encontrarnos con el asesino y sería fatal que el factor sorpresa se pusiera de su lado. Aunque seamos dos, si él cuenta con una pistola, estaríamos perdidos.

—¿Por dónde tienes pensado comenzar su búsqueda? —preguntó Oliveira.

—El complejo es un laberinto, sería casi una casualidad que diéramos con él o él con nosotros. Como jugar al comecocos pero sin saber dónde se encuentra cada uno de nosotros. No creo que Gómez se arriesgue a perder por puro azar. Si quiere tener una oportunidad, lo lógico es que nos espere fuera, que nos tenga preparada una emboscada o quizás trampas. Es lo que haría yo para cazarlo con garantías.

—Bien, pues vamos a por Cooper. Si Gómez regresó durante la noche, lo atacaría en su dormitorio.

Al no encontrarlo allí, se dirigieron al despacho, en el mismo pasillo. El cuerpo del director aún estaba sentado en su sillón, con la cabeza sobre el teclado del ordenador. Un enorme hematoma morado cubría casi toda su cabeza, el golpe debió de ser muy fuerte, no lo hizo sangrar pero sí le provocó un derrame interno que acabó con su vida. Oliveira le cerró los ojos con cuidado y ayudó a Cristina a trasladarlo a la cámara frigorífica en la que seguían Coleman y Davis.

Una vez tapado el cuerpo del director con una sábana que llevaron del que había sido el dormitorio del propio Gómez:

—Bien, ya solo falta ir a por ese cabrón.

—¡Cuidado, no hagáis una tontería!

El grito les llegó desde el otro lado de la puerta de la cámara frigorífica. Cristina y Oliveira sacaron sendos cuchillos y se parapetaron tras la mesa en la que reposaba Coleman. Habían reconocido la voz al instante.

—¡No voy armado, solo quiero hablar con vosotros!

—¡Hijo de puta! ¿Por qué has hecho todo esto? ¿Qué clase de enfermo eres? Les cortaste el cuello a los chicos en las tiendas, has matado al pobre viejo de Cooper...

—Por favor, dejadme explicaros que yo no he hecho nada.

—Claro, ¿quién ha sido entonces? Solo quedamos nosotros tres y los operarios. ¿Qué ha sido de ellos?

—Me temo que no lo sé, no los he visto por el edificio.

—Claro, los has matado también.

—Te repito que no he matado a nadie.

—Lo único que sabemos es que no hemos sido Cristina y yo, llegamos a las tiendas cuando ya había sucedido todo, igual que con Cooper.

—No sé quién es el autor, pero os garantizo que tampoco he sido yo —apareció despacio, con las manos en alto y gesto expectante. Tenía el abrigo manchado de sangre reseca—. Dadme solo cinco minutos y os contaré lo que he hecho estas últimas horas.

Oliveira miró a Cristina un instante, esta no quitaba ojo a Gómez. Si se le ocurría sacar un arma rápido, esperaba acertarle en el

pecho con el cuchillo, aunque no serviría de mucho ya que no había practicado el lanzamiento de cuchillos en su vida. Y aquella sería su única posibilidad de sobrevivir, ya que Gómez se encontraba a cuatro metros de ellos, demasiado lejos para llegar a él y aturdirlo con un puñetazo o patada en la cabeza antes de que les disparase con una pistola oculta.

—No voy a hacer ningún gesto brusco, no me moveré, solo quiero cinco minutos para explicaros algo, luego podréis maniatarme y encerrarme o lo que deseéis, no pienso oponer resistencia.

Oliveira comprendió que no perdían nada por escuchar lo que tuviera que decirles.

—Está bien, habla.

—Os haré un resumen de mis últimas horas, ¿de acuerdo? —No esperó respuesta y continuó—. Ayer estuvimos avanzando en dirección al pueblo, creo que recorrimos unos once o doce kilómetros. Las dos últimas horas fueron un infierno, la ventisca era tan intensa que tuvimos que crear un refugio en el sendero cavado y montar las tiendas debajo. Tres alumnos ocuparon una y el otro, Brown, vino conmigo a la segunda. Brown estaba calentando la comida cuando yo salí fuera a orinar, me alejé unos tres metros de la tienda, no más porque no se veía más allá de un palmo y no quería perderme.

»Regresé al cabo de dos minutos y encontré al chico degollado, casi me da un infarto, estaba en los estertores finales. No pude hacer nada por su vida y falleció al cabo de unos segundos entre mis brazos. Me puse muy nervioso, sin estar armado y siendo consciente del peligro. Tras morir Brown, tardé varios minutos en reunir el valor para ir a la otra tienda, donde pensaba encontrar al asesino, pero allí solo estaban los cuerpos de los otros tres alumnos. Me derrumbé por completo, me sentía culpable. Quizás obrando más rápido podría haberlos avisado del peligro. Tal vez un simple grito. Durante unos minutos más estuve pensando qué hacer, y decidí regresar corriendo aquí, avisaros a vosotros dos y a Cooper de lo ocurrido. Cogí una botella de agua y aproveché el sendero cavado para llegar antes del amanecer. Me sorprendí al no encontraros en vuestras habitaciones ni en la sala común, fui a la zona de los profesores y encontré a Cooper muerto en su despacho.

»Confieso que, en un principio, sospeché de uno de vosotros o de los operarios de mantenimiento, pero oyendo la conversación que habéis mantenido aquí, ahora estoy convencido de que ha sido uno de ellos o alguien ajeno al complejo.

—Una historia interesante, e imposible de comprobar, pero no pienso darte la espalda. No te creo, Gómez —le espetó Oliveira.

—Podría haberos encerrado aquí bloqueando la puerta desde fuera. Podría haberos preparado una emboscada. ¿Para qué estar aquí dando explicaciones y con los brazos en alto si podría haber usado el factor sorpresa?

—En eso tiene razón —murmuró Cristina.

—Aun así no me fío de él.

—Yo tampoco. Sé que tú no has matado a los de las tiendas ni a Cooper —le dijo la chica a Oliveira—, y tú sabes que no lo he hecho yo; así que, mientras no tengamos pruebas de que exista esa persona llegada del exterior ni encontremos a los operarios, Gómez estará encerrado.

—Me parece bien, no voy a discutirlo siquiera —asintió Gómez.

—Por cierto, ¿qué has estado haciendo durante las horas que llevas aquí?

—Bueno... esto es algo embarazoso...

—¡Dilo!

—Me escondí. —Se veía muy avergonzado—. Busqué un lugar donde descansar y dormir, lejos de mi dormitorio, y traté de dormir. Hace unos minutos oí voces y desperté. Erais vosotros, así que os seguí en silencio para averiguar si erais los asesinos.

—Está bien, no llegaremos a más si seguimos discutiendo. Quiero probar una cosa.

—¿De qué se trata? —preguntó Oliveira a la inspectora.

—Te lo contaré después, vamos a encerrar a Gómez en un almacén.

—Por favor, dejadme abundante agua y comida, como para una semana.

—¿Por qué para tantos días?

—Si os matan, no quiero morir de hambre o sed antes de que llegue la ayuda desde el exterior.

Cristina y Oliveira se dirigieron al gimnasio, allí ella le contó su plan de salir a hurtadillas por esa puerta que daba al exterior en lugar de usar la principal, tratarían de adelantarse al asesino. Gómez les había asegurado que no había ningún arma de fuego en el complejo, así que estaban a merced de ser más rápidos e inteligentes que su rival. La luz de la tarde no era muy intensa, pero aun así los ponía al descubierto, claro que no tenían otra opción.

—Unos trajes blancos de camuflajes serían bien recibidos.

—Ya te digo. Vamos a esa esquina del fondo, a la vuelta están los cuatro almacenes, en uno de ellos encontramos al operador que nos condujo hacia los coches. Quizás uno de ellos sea el asesino y Gómez tenga razón.

—No veo lógico lo de los operadores de mantenimiento, ¿qué móvil tendrían para cometer estos crímenes? No tiene sentido.

—Ya, yo pienso igual, pero están desaparecidos y no podemos fiarnos de nadie, podría ser un error mortal.

Un metro antes de llegar al final de la pared, Cristina se arrojó al suelo y gateó despacio hasta poder comprobar con seguridad que no había nadie acechando desde el otro lado de la esquina. Se giró y le dijo a Oliveira que parecía despejado, pero había muchas huellas en dirección a los almacenes, algunas frecuentes.

—Está ahí, te lo aseguro. Sea quien sea, está acechando en este momento. Tal vez nos haya visto venir hace dos horas.

—Es posible, pero no podemos hacer más que acercarnos despacio, reptando por la nieve, para comprobar los almacenes. Se acabó la conversación, a partir de ahora: silencio absoluto.

El portugués asintió y se agachó a su lado. Gatearon hasta llegar al pequeño edificio que quedaba más cerca, allí Cristina se levantó lo justo para tratar de abrir con sumo cuidado el picaporte; la puerta estaba abierta y no parecía haber nadie dentro. Eso creyó ella al asomarse al resquicio de medio centímetro que había abierto. Pasaron al interior y pudieron ponerse en pie.

Fuera comenzaba a oscurecer.

—Aquí no hay nadie —susurró Oliveira.

—Inspeccionemos con cuidado de no hacer ruido, por si hubiese algo que se pudiera usar como arma.

Tras veinte minutos registrando el pequeño cobertizo, salieron gateando para dirigirse al segundo. En el tercero, ya casi en completa oscuridad, encontraron los cuerpos de los tres operarios de mantenimiento, degollados y congelados. Cristina y Oliveira comprendieron que solo quedaban dos opciones: Gómez o ese asesino desconocido. Si se trataba del profesor, estaba a buen recaudo; en caso de ser alguien ajeno a las instalaciones, seguirían en grave peligro al desconocer su paradero ni sus intenciones.

—No te comprendo —dijo Oliveira.

—Quizá piense que nos hemos ido al pueblo. Si tras matar a los acompañantes de Gómez en las tiendas de campaña, regresó para acabar con los tres operarios y con Cooper, es posible que pensara que nos habíamos escapado, que ya estábamos en el pueblo, igual que con Gómez, al que no encontró en la tienda de campaña y por eso aún sigue vivo.

—Por ese razonamiento, el criminal también puede estar en el pueblo o huyendo por la carretera comarcal, si es que tiene un vehículo.

—Aun así, no me fío y quiero registrar hasta el último rincón de todo este complejo de edificios.

El portugués asintió antes de arrojar al suelo y salir gateando por la puerta, Cristina lo observó mientras este se dirigía al cuarto y último almacén, sintiendo como si todo, de repente, ocurriese a cámara lenta. Oliveira llegó al cabo de cinco minutos y tomó el pomo de la puerta como ella lo había hecho las tres veces anteriores, pero esta vez no se abrió, en su lugar se oyó un grito desgarrador. El inspector se estaba electrocutando. Cristina corrió en su auxilio, pero tuvo que soltarlo en cuanto sintió la descarga pasar a su cuerpo. Cuando la corriente cesó, el cuerpo de su compañero se desplomó sobre el suelo, desprendía un olor repulsivo y salía humo de cada recoveco de su ropa.

Oliveira estaba muerto.

Ni se le pasó por la cabeza tratar de abrir la puerta, sabía que no encontraría nada en el interior de esa cabaña. Como también intuía dónde podría esconderse esa rata inmunda que había acabado con casi todos.

Se puso en pie despacio, quedando el cuerpo inerte de su compañero portugués ante ella, se giró despacio para observar un sendero excavado por sí misma y pensó:

«Hemos venido a hacer un ejercicio, una investigación que decidirá quién es el mejor policía, ¿verdad, hijo de puta? Pues ahora solo quedamos dos, dos lobos solitarios. Dentro de unas horas uno de ellos habrá acabado con el otro. Y no tengo ninguna intención de volver a mi casa en una caja de madera...».

Ese monólogo espontáneo le hizo pensar en el móvil del asesinato, en una hipótesis que antes no se había planteado. ¿El mejor policía? ¿Ponerse a prueba? ¿Competir y demostrar la valía? El asesino podría ser un policía no aceptado para participar en las pruebas, un policía que estuviese seguro de sus aptitudes, pero rechazado por algún motivo desconocido y que hubiera ido acumulando odio hacia los profesores y luego hacia los alumnos que sí iban siendo admitidos año tras año...

«—¿Tú participas en el curso?

—No, ojalá. Este curso es para agentes de cuerpos de otros países. También se celebra para agentes de policía nacionales y del propio FBI, para los mejores, pero yo no he sido admitido nunca».

¡Joder! ¿Cómo se llamaba? ¿Jonathan Baxter, Booster, Baker? Eso es, Jonathan Baker, el chico de su misma edad que la recogió en el aeropuerto y la llevó hasta el centro de formación. Le dijo que él regresaría al pueblo... ¿Y si se quedó en la caseta del guarda? Lo mató, se deshizo del cuerpo y usó su vehículo para moverse por la zona. ¿Cómo había sido tan insensata como para olvidarse de ese tipo? Lo cierto es que aquel lugar había logrado que casi olvidase a su fallecido novio en una semana. ¿Qué extraño poder se encerraba entre sus paredes para conseguir semejante efecto en las mentes?

La ventana de la cocina estaba muy sucia, a pesar de eso pudo ver cómo el portugués se freía con una de sus trampas. Una pena que no fuera esa zorra engreída la que muriese achicharrada, pero

aún le quedaban sorpresas para terminar con ella. Era una cuestión de tiempo.

¡Qué coño! Se alegraba de que quedasen solo ellos dos. En el fondo lo esperaba, en su interior sabía que todo se decidiría entre la entrometida y él.

«Vamos, pónmelo fácil y rápido. Eso es —pensaba mientras observaba cómo Cristina se levantaba y dirigía la mirada hacia la casa del ejercicio—. Aquí te estoy esperando, vamos a comprobar si eres tan lista como te crees».

Salió de la cocina, comprobó que las trampas de la puerta principal y de las escaleras estaban correctas y subió hacia el piso superior. Bajo ningún concepto lograría la chica llegar a ese último nivel, pero él estaría esperando de todas formas. Lo único malo de aquellos últimos, pero eternos minutos, sería el no poder observar lo que ocurría a su alrededor, solo podía imaginar la suerte que estaba a punto de correr la chica.

«¿Cuánto más piensa tardar? Joder, ya debería haber llegado a la puerta».

La puerta se abrió despacio, al otro lado pudo observar a Gómez, tumbado en un rincón y sobre una de las mantas que ella y Oliveira le habían entregado dos horas antes, además de agua y víveres para una semana, como había pedido.

—¿Ocurre algo? ¿Dónde está Oliveira?

—Está acompañando a los operarios de mantenimiento, en la sala común.

—¿Han aparecido? ¿Los has interrogado? —Gómez parecía sincero, Cristina escrutaba cada pequeño gesto de sus ojos, boca y manos; se le daba bien observar y juzgar la veracidad de lo que tenía ante sí. Gómez estaba pasando la prueba.

—Sí, y nos han dicho que vieron llegar a un extraño antes de que lo hicieras tú. Estaban escondidos en uno de los almacenes del exterior.

—¿Y qué demonios hacían allí? Esos almacenes no tienen climatización. —Parecía un niño con esos razonamientos tan simples y, a la vez, tan lógicos.

—Quiero que me acompañes a la casa del ejercicio de Rose Moore.

—¿Qué quieres hacer allí?

—Buscar al asesino.

—Pero no estamos armados.

—¿Importa?

—Bueno... no quiero morir.

—Yo tampoco, por eso vamos a tener los ojos y oídos bien abiertos, ¿de acuerdo?

Gómez comprendió que no tenía opción, veía en los ojos de la chica que no le permitiría quedarse como un cobarde allí escondido mientras ella se enfrentaba a solas con un criminal armado. Los años inactivo, acomodado tras una mesa de profesor, lo habían oxidado por completo, sentía un miedo atroz ante la idea de morir, y eso que desconocía la existencia de las trampas y la horrible muerte de Oliveira.

—¿Tienes algún plan? —preguntó a la chica mientras se levantaba despacio para acompañarla.

—Algo he pensado...

Salieron por la puerta principal, pero no se encaminaron a la casa por el camino directo. Dieron un rodeo por detrás de los cuatro almacenes para llegar a la parte trasera, justo donde Cristina había visto una ventana que no se podía cerrar del todo en el piso de abajo cuando inspeccionó la vivienda días antes. Solo podían intuir el camino por las siluetas que dibujaban unas pequeñas bombillas en el exterior del edificio principal; la luz de la luna creciente no suponía una gran ayuda al filtrarse entre los árboles. Otra dificultad añadida fue la nieve, a más de un metro de altura y que no podían apartar cavando por falta de tiempo y de fuerzas, así que usaron unas raquetas de esquimal fijadas a sus zapatos para caminar sobre ella. Las habían encontrado en uno de los almacenes y, aunque debían de tener más de treinta años, cumplieron su función. Tardaron media hora en llegar a la ventana, Cristina arrojó nieve sobre ella para asegurarse de que no había otra trampa eléctrica y luego la abrió sin mucha dificultad ni hacer ruido. El miedo ante lo desconocido y la absoluta oscuridad en el interior hicieron que la

inspectora tardase varios minutos en reunir el valor necesario para entrar.

No podían encender las luces del salón para evitar ser descubiertos por el asesino, ni siquiera la luz de la linterna del móvil. ¿Cómo iba a moverse sin chocar con todos los muebles? ¿Cómo iba a descubrir el lugar en el que se escondía Jonathan Baker? La idea de que aquello había sido un error comenzaba a hacerse fuerte en su mente; y prefería no pensar en el miedo que atenazaría en esos momentos a su compañero profesor. ¿Sería Gómez capaz de suponer una ayuda o un estorbo? ¿Y si era cómplice del asesino y llevarlo con ella había resultado una estupidez? Decidió apartar todas las dudas de su mente y afrontar las consecuencias de sus actos.

Tres veces había entrado Cristina en ese lugar, y cada vez con una sensación completamente diferente. La primera de ellas, una emoción enorme ante la mayor oportunidad laboral posible y una salida a la depresión que la pérdida de su pareja había provocado en su interior; la segunda, el deseo de averiguar qué estaba ocurriendo en el complejo, quién había matado a los dos profesores; ahora, la tercera, sentía miedo. El miedo había vuelto a ella con más fuerza que la ventisca de los dos días anteriores, un miedo atroz a dejar huérfana de padres a su pequeña, un miedo descomunal por no salir de allí con vida, pero sobre todo... un miedo desgarrador por no lograr vencer en aquel duelo en el que ella misma se había implicado.

Era demasiado difícil, por no decir imposible, renunciar a una pelea cuando jamás en su vida lo había hecho, ni se lo había planteado siquiera. «Esta terquedad acabará conmigo —pensó—, pero ojalá no lo haga hoy».

Podría haber ido hacia el pueblo con Oliveira, pedir ayuda al *sheriff* y esperar a los refuerzos del FBI; en su lugar eligió enfrentarse a un peligro desconocido, a una fuerza mayor que atacaría con ventaja. Su decisión había costado la vida de su compañero, otra baja más, otra muesca en la culata del revólver de su incompetencia. Ahora iba con Gómez, cuyo miedo se oía desde kilómetros y quizá eso fuese una mala decisión. Si los nervios provocaban que hiciese una tontería, la arrastraría a ella.

—Quédate aquí —le susurró al oído cuando estaban en el salón —, escóndete tras un sillón. Si el próximo que pasa por aquí no soy yo, clávale el cuchillo, ¿Entendido?

—¿Cómo sabré que eres tú?

—Porque te susurraré tu nombre.

Él asintió con la cabeza antes de acurrucarse tras el sillón de su izquierda. Cristina continuó caminando muy despacio para hacer el mínimo ruido al pisar el viejo suelo de madera; extendía los brazos para no chocar con ningún mueble. El cuchillo en la mano la hizo sentir estúpida, ya que no serviría de nada contra una pistola ni aún lanzándolo con precisión. ¿Cómo iba a sorprender a quien la esperaba escondido? No había nadie en el baño ni la cocina, había revisado todas las estancias de esa planta, ahora debía ir a la entrada y subir las escaleras.

Por suerte, la poca luz de la luna y la de las bombillas del complejo entraban por las ventanas y su vista se había adaptado lo suficiente como para moverse en la penumbra. Gracias a ello pudo ver el cable que salía de la pared rota y llegaba al picaporte de la puerta principal, la misma trampa mortal que había acabado con Oliveira. ¿Habría más? Era muy probable. Pensó en Fran, en cómo se confió ante un asesino y acabó perdiendo la vida. Con mucho gusto habría ocupado su lugar. Incluso pensó durante semanas que ella habría actuado diferente, cuando en su interior sabía que no era así. Uno nunca ve venir el peligro cuando no sabe que lo tiene cerca. Cristina sabía que el peligro estaba a su alrededor en ese momento, así que no tenía excusa para fallar y ser una baja más, otra víctima del lunático que ya había matado a cuatro profesores, el director, nueve alumnos y tres operadores de mantenimiento, y seguro que al pobre vigilante de la finca, cuyo cuerpo habría enterrado o llevado lejos, igual que su coche.

Sintió las pulsaciones en su cuello cuando puso el pie derecho sobre el primer escalón, casi vio pasar toda su vida en un segundo por su mente al hacerlo, miró detenidamente hacia abajo, sin prisas, y observó el delgado cable colocado para hacerla caer en otra trampa al dar el siguiente paso. La escalera tenía una alfombra que amortiguaba los pasos, o casi, Cristina decidió pasar del primero al cuarto de un salto y eso provocó un leve crujido. Durante dos

eternos segundos permaneció quieta y expectante a lo que pudiera suceder, con el cuchillo preparado para lanzarlo.

Nada.

Siguió su ascenso y, cuando estaba llegando arriba...

—Aaaaauuuuuuuuuu.

Toda la piel del cuerpo se le erizó y el escalofrío hizo que tuviera que agarrarse al pasamanos para mantener el equilibrio. El aullido había resultado tan real como si lo hubiese emitido un lobo. Uno enorme y blanco como el de sus pesadillas recientes.

Cristina hizo un esfuerzo para recuperar la templanza.

«¿Quieres una lucha entre lobos, cabrón? Pues deja la pistola y peleemos. No te escondas como un puto cobarde».

Subió los dos escalones que le quedaban, con la vista puesta en cada minúsculo detalle que podía observar en la oscuridad, y sintió que había llegado el momento de la verdad. Entre las paredes que tenía a su alrededor se encontraba un asesino inteligente, minucioso y despiadado que estaba a punto de culminar su obra. ¿Eran aquellos sus últimos segundos o minutos de vida? ¿Qué oportunidades tenía de salir airosa de aquella loca idea de ir a buscar al homicida? Quizá sí, tal vez...

—Aaaaauuuuuuuuuu.

Había tratado de reproducir el aullido de la mejor forma que pudo, y se mantuvo a la espera de lo que pudiera suceder.

Nada.

—Aaaaauuuuuuuuuu. ¡Vamos!, no tendrás miedo a enfrentarte a otro lobo cuerpo a cuerpo, ¿verdad? Un macho alfa, un gran lobo que decide cazar en solitario, no temería ante una pelea con una hembra pequeña y desvalida... salvo que fuese un cobarde. ¿Eres un cobarde? Dime. Aquí te estoy esperando.

El silencio, unido a la oscuridad, iban a volverla loca. Acababa de descubrir su posición y el asesino solo tenía que surgir de entre las sombras para pegarle un tiro en mitad de la frente. Permaneció a la espera durante un tiempo que no podría definir, pero no oyó nada; no estaba funcionando el plan que, en un intento desesperado, había ideado para cambiar las tornas y lograr tener una oportunidad. Quizá las muertes de Oliveira y todos los demás habían sido en balde, quizá no volviera a estar con su familia, quizá no era tan

buena policía como ella y sus compañeros de la comisaría imaginan...

—¿Tan buena te crees?

Fue poco más que un susurro, la voz era ronca y dejaba entrever algo de ¿felicidad?, ¿sarcasmo?, ¿confianza en sí mismo? A Cristina le dio un vuelco el corazón, su adversario había entrado en su juego, otra cosa sería descubrir quién jugaba mejor y acababa ganando la partida.

—Podemos comprobarlo, si quieres —respondió con el mayor tono de seguridad que pudo esgrimir—. Vamos, demuestra lo que sabes hacer. He llegado hasta ti, he sobrevivido a tu carnicería, eso demuestra que he sido más lista, solo queda saber quién pelea mejor, quizá ganes en esa faceta.

—Has sobrevivido porque yo no quise matarte cuando tuve la oportunidad, lo has hecho porque ese estúpido portugués entró en el cuarto almacén antes que tú, lo has hecho porque has tenido suerte... No quieras tentarla más.

—Has cortado el cuello o golpeado a todos. ¿Cómo pretendes acabar conmigo? ¿Como un cobarde? ¿Usando una pistola desde la distancia? ¿Te da miedo acercarte a mí? ¿Así quieres recordar el colofón de tu obra? Seguro que te sientes orgulloso al recordar este momento con el paso de los años, disparando desde tu escondite a una chica desarmada. —Cristina arrojó el cuchillo al suelo—. Seguro que tus nietos verán en ti a un héroe cuando se lo cuentes, al Capitán América, como mínimo.

No esperaba una reacción como la que obtuvieron sus palabras. Pensaba que el asesino optaría por pegarle un tiro y acabar por la vía rápida o tirar el arma al suelo y acercarse para medir sus fuerzas y su habilidad en la pelea, despacio y con la seguridad que se espera de un loco o de quien subestima a su rival. Pero nada más alejado, era ella la que había cometido el error de subestimarle.

Apareció como un huracán y lo arrasó todo, de un solo puñetazo la derribó. La mandíbula le ardía, sentía la sangre bajar por su garganta, seguro que había perdido algún diente. ¿Cómo no había esperado en guardia para frenarlo? No volvería a pasar. Se puso en pie tan rápido como pudo y llevó sus puños a la cara. Una guardia cerrada y la derecha lista para marcar un *jab*. Se acabaron las

contemplaciones, su adversario había golpeado primero, y muy fuerte, pero no la había derrotado y ahora ella usaría su mejor habilidad contra él.

La sombra apareció de nuevo, lanzando otro golpe demoledor, pero esta vez no dio en el blanco, Cristina esquivó con facilidad a pesar de no ver más que una sombra borrosa surgir ante ella.

Un nuevo ataque y luego otro más. En la penumbra observó que el tipo era fuerte y ágil, estaba en forma y no parecía dispuesto a cansarse ni cejar en su empeño de vencerla en combate. Aquello pintaba mal si ella tratase de vencer por fuerza bruta, debía usar la cabeza, y la experiencia de cientos de combates en el tatami y el ring con sus compañeros, a veces haciendo guantes y otras de forma mucho más intensa. Esa experiencia podría darle las claves para llevarse el triunfo. O eso esperaba, al menos.

Cuando vio aparecer a su rival, le lanzó un golpe que este encajó sin acusar daño alguno, luego respondió con un fuerte gancho al estómago de la chica, ella gritó y se retorció de dolor. La pelea tornó más rápida, una lluvia de golpes cayó sobre Cristina, que a duras penas esquivaba unos y encajaba otros. El dolor y el sabor de su propia sangre le recordaron el tiempo que llevaba sin recibir una paliza. Otro golpe y otro más, luego otro y un directo final. Se desplomó en el suelo, su rival parecía disfrutar, en algún momento se había oído un amago de risa contenida.

—No eres tan dura como presumías.

Ella escupió sangre, se frotó la mandíbula y logró levantarse, no sin hacer un esfuerzo considerable.

—¿Has tenido bastante? —Su voz seguía siendo ronca, como la de un animal salvaje y enfurecido—. Puedo acabar con tu agonía de una forma rápida.

—¿Te parece que la pelea haya terminado?

—Tú misma...

Volvió a por ella con toda su fuerza y rapidez, pero esta vez no logró alcanzarla; en cambio, ella sí lo golpeó en la mandíbula, luego en el estómago y de una patada en la cabeza lo derribó.

—No pegas tan fuerte, es fácil encajarte y esquivarte. Los hombres siempre pensáis que las chicas seremos una presa fácil en una pelea.

—Hija de puta —gruñó dolorido.

—¿Rob? ¿Eres Rob?

—Zorra.

—Te creía muerto. Joder, ¿qué coño...? ¿Estás loco? Pensaba que eras un buen policía.

—Y lo soy.

—¡Has matado a una docena de personas, puto lunático!

—Coleman y Davis se lo merecían, el resto... el resto debía desaparecer, son daños colaterales.

—Tú si que serás un daño colateral, no pienso detenerte para que pases el resto de tu vida en una celda, pagarás con tu vida.

—No tan deprisa, inspectora. —Rob Howard sacó la pistola del bolsillo del pantalón y apuntó a su cara. Dos disparos rompieron el silencio.

A Cristina le dio un vuelco el corazón, casi gritó al oír las detonaciones, pero no había sentido nada en su cuerpo. Rob se desplomó ante ella entre gritos de dolor por el cuchillo clavado en su espalda. Tras él apareció la silueta inconfundible de Gómez.

—Pensaba que no vendrías nunca.

—Ya ves, no soy tan valiente como tú.

—Sí que lo eres, has venido a ayudarme, después de todo. Me alegro de que no cayeras en la trampa de la escalera.

—Aún no estoy ciego.

Cristina lanzó una carcajada y Gómez la siguió. En el suelo agonizaba Rob, ya sin el arma, que había tomado Gómez por precaución. Llevaron al asesino a rastras hacia el complejo y lo acostaron en la cama que había sido de un alumno, la sangre que manaba de su espalda era de un color muy oscuro, no sobreviviría más de unas horas.

La cocina y la sala común se mostraban más oscuras y siniestras de lo que habrían imaginado, sobre todo con el recuerdo cercano de las noches pasadas entre risas o discusiones. Ya no estaban Rossi y sus compinches al lado de la chimenea, que permanecía encendida, ni Oliveira tratando de convencer a Hoshi de

que Portugal, aun pobre en renta per cápita, poseía una belleza cultural y unas playas en el sur dignas de cualquier paraíso.

El tapiz indio sobre el fuego hizo recordar a la inspectora las conversaciones con Rob.

Cristina y Gómez cenaron en silencio.

—No volveré a comer carne guisada jamás, y menos en conserva —dijo ella.

—Forma parte de los cursos y entrenamientos. Comida monótona, nada de vistas al exterior, horarios repetitivos; antes teníamos un hilo musical con la misma canción todo el rato, pero eso era imposible de soportar. Aquí no solo hay que resolver un caso difícil, hay que hacerlo compitiendo con los demás en lugar de tener su ayuda y, por si todo eso no fuera ya muy complicado, hacerlo en condiciones estudiadas para que tu estrés se intensifique hasta el punto de volverte loco.

—Prefiero no pensar en qué tipo de lunático ha ideado estos cursos...

—Bueno, ahora solo nos queda descansar y esperar a que venga la caballería.

—¿Cuánto crees que tardarán en venir?

—No más de dos semanas.

—¿En serio?

Capítulo 12

Domingo

Levantarse esa mañana le costó mucho más que las anteriores, no por la hora, ya que el despertador sonó a la habitual, sino por la tarea que le habían asignado. El agente especial Arthur Maxwell llevaba nueve años investigando exclusivamente casos de secuestros por la zona nordeste del país, pero era el único desocupado justo en ese preciso momento, cuando notificaron un extraño mensaje recibido desde el centro de formación Lyndon B. Johnson.

Carraspeó con fuerza ante el lavabo, escupió flemas y abrió el grifo del agua caliente de la ducha antes de quitarse el pijama a duras penas, el dolor de cabeza era de campeonato. Beber alcohol cada noche le producía esos estragos al despertar; ya ni recordaba cuándo empezó a tenerlos. Ni siquiera sabía cómo lograba mantenerse sobrio durante las ocho horas de su jornada habitual.

«Necesito vacaciones. A ver si logro unos días para alejarme de este puto frío y me marcho una semana a alguna playa mexicana. Lo que daría por pasar tumbado todo el día, borracho de Havana's Club desde el amanecer hasta la madrugada».

Sabía que ese ron era cubano, pero suponía que en México lo venderían igualmente. Ya pensaba en alcohol desde el despertar. Antes le preocupaba, ahora se dejaba llevar.

«Tarde o temprano empezaré a beber en horas de servicio y me presentarán la cuenta para deshacerse de mí. A la mierda todo. Este trabajo acabó con mi matrimonio, con mi salud y con mi paciencia. Ya podrían portarse bien con el cheque cuando el fin llegue. No pienso ser un viejo como Cooper, que bebe a escondidas

en la mierda de centro en el que lleva veinte años para evitar la carta de despido. Tengo ya cincuenta y quiero pasar lo que me quede disfrutando todo lo posible de la vida».

Echó un vistazo de reconocimiento, con olfateo incluido, al traje que usó el día anterior. Arrugado pero aceptable. La camisa tenía algunas manchas de grasa, pero no se veían si llevaba la americana abotonada. Se vistió y salió de su apartamento tras coger la cartera, el arma y las llaves del coche.

Llevaba varios días sin nevar, pero dirigirse a los bosques del norte de Maine por esas carreteras comarcales y caminos de pastores era una locura. En Patten, el pueblo más cercano a su destino, debía encontrarse con el *sheriff* y sus ayudantes para que lo acompañasen al complejo. Esperaba no tener que soportar a paletos que siempre se quejaban por participar en misiones de ayuda con las que no podrían luego colgarse una medalla. Los pueblerinos analfabetos con que llevaba lidiando veinte años eran difíciles de trato, no conocían sus competencias y metían las zarpas por todas partes. Y lo peor de todo: cuando se les ponía en su lugar, reaccionaban siempre con gruñidos de malestar.

Joder, odiaba a los paletos. Se pasaban toda la vida sin salir de su pueblucho de mala muerte, creyendo que era una especie de paraíso o algo así. El agente especial Arthur Maxwell emitió un chasquido con la boca y volvió a desear no tener que tratar mucho con el *sheriff* y sus ayudantes.

Llegó al pueblo un poco antes de las doce y media de la tarde, estaba hambriento y paró ante el primer restaurante que vio. En el local solo había dos clientes, se sentó en la primera mesa a su derecha y, cuando la camarera apareció, una tal Agnes, pidió el plato de la casa y una cerveza. La mujer, de unos treinta y cinco años no muy bien llevados, le llenó una taza de café mientras gruñía un «estará listo en quince minutos». Maxwell devoró los macarrones con queso y tomate, demasiado grasientos, y las patatas asadas en un santiamén. Tras pagar, llamó por teléfono móvil al número que le habían dado del *sheriff* para asegurarse de que lo encontraría en su oficina cuando lo visitase en cinco minutos.

El camino hacia el complejo se hizo eterno, no podían conducir a más de veinte kilómetros por hora y su acompañante no paraba de

hacerle preguntas sobre su trabajo.

—Siempre quise ir con un traje negro bien elegante de esos que llevan ustedes en las películas, ¿sabe? Pensaba que usted también llevaría uno, ¿sabe? Recibimos la llamada a las pocas horas de arreglar el cable. Aquí se corta la línea del teléfono tres o cuatro veces cada invierno, ya me comprende, las ramas de los árboles se caen por el peso de la nieve y rompen el cable o alguno de los postes. ¿Sabe lo que le digo?

El *sheriff* tendría unos diez años más que él, el estómago le llegaba al volante y todo el pelo que le faltaba en la cabeza parecía haberle brotado en forma de bigote, que temblaba cada vez que su dueño reía a carcajadas.

—No sé para qué han venido ustedes, que siempre se andan con esos misterios y tonterías como con la muerte de Kennedy, ¿Sabe? Nosotros mismos podríamos habernos acercado al lugar y echar un vistazo. No tenían más que pedirlo. Seguro que ha sido una broma de alguno de los chicos que vienen a hacer la instrucción. Los marines a veces se escapan y van al pueblo para buscar algunas muchachas solteras, pero ya casi no queda gente joven por aquí, todos se marchan a la capital en cuanto terminan el instituto. Con la crisis y las restricciones de tala de árboles, no hay empleo, ¿sabe? Como le iba diciendo, podríamos habernos acercado ayer por la tarde, cuando recibimos la llamada y...

—El complejo y todo el recinto es propiedad del Gobierno Federal, con una participación militar. Ustedes no tienen autoridad ni jurisdicción allí.

—No me venga con monsergas, carajo, aquí todos estamos en el mismo bando, ¿no? Somos los buenos, joder. Hace quince años que... no, ya hace diecisiete que un tipo secuestró a la sobrina de un buen amigo mío: Billy Bob; tuvimos que esperar un montón de horas a que llegaseis los señoritos del FBI, tan estirados y con tantas normas; y todo para encontrar a la chica violada y muerta en el interior de un pozo. Destrozada la pobre niña. Nosotros lo habríamos hecho más rápido, eso comprendimos entonces y eso sigo pensado hoy en día, ¿me comprende? Debemos actuar como un equipo, no como enemigos.

—Aparque justo ahí —fue la única respuesta de Maxwell a su acompañante al llegar a la puerta del complejo. El agente especial entraba en el edificio cuando aún se oía al *sheriff* a su espalda esgrimiendo las mismas quejas, esta vez las sufrían los dos ayudantes que los habían seguido en otro coche.

Según el informe que le habían enviado por correo electrónico la tarde anterior, allí debería encontrarse con cuatro profesores, el director Cooper, diez alumnos y varios técnicos de mantenimiento, por eso se extrañó al sentir un silencio mortecino. En la caseta del vigilante, dos kilómetros más atrás, tampoco había nadie. Los años en el FBI, y antes en la policía de Boston, habían creado un instinto que le decía cuándo algo iba mal. Sacó su arma y comenzó a caminar despacio. Se pensó durante unos segundos la posibilidad de pedir cobertura al *sheriff* y los suyos, pero estaba convencido de que supondrían más un estorbo que una ayuda, no deseaba que le disparasen en el culo cuando alguno de ellos diese un traspié; así que continuó en solitario hasta llegar a un largo pasillo con una docena de puertas metálicas a la izquierda, abrió dos de ellas y constató que eran dormitorios, no había nadie en su interior y siguió hasta un gran espacio abierto con una chimenea encendida al fondo. Había alguien, después de todo.

En el informe también aparecía la transcripción de la llamada de auxilio. Según el operador que recibió el aviso, se trataba de una chica con acento extranjero: «Por favor, a quien escuche este mensaje: les llamo desde el centro Lyndon B. Johnson, a veintidós kilómetros de Patten, estado de Maine. Estamos aislados por la tormenta. Uno de los profesores se ha vuelto loco y ha asesinado a la mayoría de los que aquí recibíamos un curso del FBI. Solo quedamos dos supervivientes, manden ayuda lo antes posible».

El fuego de la chimenea crepitaba generoso.

—¿Dónde se habrá metido esa chica? —susurró.

—¿Hola? —oyó Maxwell sin saber de dónde venía la voz.

—¿Hay alguien ahí? Soy el agente especial Arthur Maxwell del FBI.

—No dispare, soy Cristina Collado, inspectora de la policía española. He sido yo quien les ha llamado y estoy desarmada.

Maxwell vio cansancio y esperanza en los ojos de la chica, su cabello, en cambio, necesitaba un tinte con extrema urgencia. Bajó el arma convencido de que no suponía una amenaza y preguntó:

—¿Qué ha pasado aquí? ¿Dónde están los demás?

El *sheriff* y sus ayudantes devoraban varias latas de comida aderezadas con unas cervezas frente a la chimenea. Gómez había aparecido, se encontraba en el baño cuando llegó el agente especial y ahora los tres charlaban confidencialmente en el otro extremo de la sala.

—Pero eso es inverosímil, parece sacado de una pesadilla. ¿Lleváis aquí una semana conviviendo con cadáveres?

—¿Le parecemos dos cómicos bromeando en un programa de la televisión? Durante estos días hemos tenido tiempo de sobra para muchas cosas, pero el primero lo invertimos en llevar todos los cuerpos a una cámara frigorífica, en la que ya estaban los dos primeros. Nos referimos a los fallecidos en el complejo, los del camino deben ser buscados si el tiempo lo permite.

—Pero... esto es una barbaridad. ¿Por qué... por qué creen que ese profesor cometió estos crímenes?

—Bueno, solo tenemos conjeturas. No hemos tenido nada mejor que hacer durante estos días que meditar e investigar. Aquí, la señorita española es una investigadora de primer nivel y lo ha demostrado sacando toda la vida de Rob Howard al detalle. Continúa tú, por favor, es tu investigación.

—No es necesario, puedes contarlo tú —dijo ella mientras daba vueltas a un vaso de café entre las manos.

—Insisto, por favor.

—Sí, yo también —dijo Maxwell—, porque creo que algo así necesitará que nos demos prisa. Tanto el papeleo como las ruedas de prensa posteriores serán de récord Guinness; ya no digamos el trabajo con las embajadas, que pedirán mil explicaciones a la vez que se hacen las autopsias y luego repatrían los cuerpos para que sus familias los entierren.

Cristina dio un sorbo al café y comenzó a narrar cómo había descubierto que Rob Howard había cambiado su apellido paterno

por el de soltera de su madre, así que se llamaba en realidad Robert Mitchell, hijo de Christian Mitchell, policía de Maryland que falleció en febrero de 1992. Robert tenía diez años en aquel entonces. Según aparece en el informe, Christian murió en acto de servicio, tras un tiroteo y la detención de los miembros de una banda muy peligrosa. Se encontró su cuerpo congelado a unos cien metros del lugar. Los compañeros aseguraron en el informe que no lo habían buscado en un primer momento porque pensaban que había muerto en el tiroteo; luego hicieron una batida pero llegaron demasiado tarde, murió de frío extremo.

—¿Qué tiene que ver la muerte del padre con todo esto? — preguntó Maxwell.

—Aquel grupo de homicidios estaba muy unido, eran una piña, les gustaba hacerse llamar «Manada de lobos» y se comportaban como tal, como hermanos de leche. Aquel día abandonaron a su suerte a uno de ellos y acabó muriendo, aunque es posible que tuvieran razón y se despistaran por la confusión inicial del tiroteo... En fin, eso solo lo sabrían ellos, ya que han muerto los dos que quedaban con vida. Los dos primeros crímenes que cometió Rob fueron los de Billy Coleman y Mark Davis, que eran los dos policías que aún quedaban vivos de aquella «manada».

—¿Una venganza?

—Eso parece. Estuvo durante todos estos años planificándolo.

—Un puto lunático.

—Los compañeros de su padre, además de lavarse las manos tras la muerte, dieron la espalda a la viuda y al niño. La mujer cayó en el alcohol y acabó muriendo en un accidente de tráfico dos años después. El chico fue criado por una familia de acogida. Apuesto a que tuvo mucho tiempo para cultivar todo ese odio que aquí se ha liberado.

—¿Y el resto? ¿Por qué mató al resto?

—Eso no lo sabemos, pero supongo que querría limpiar la escena del crimen de testigos molestos. Tal vez esperaba quedar como único superviviente y montar una historia sobre locura y unos matando a otros, sería difícil de demostrar sin testigos ni pruebas de nada.

Maxwell se levantó de la silla y comenzó a caminar despacio alrededor de la mesa mientras daba pequeños golpes con el puño a su barbilla. Asimilar aquello le llevaría unos minutos, si es que no se trataba de la coartada más inverosímil que había oído nunca y estaba ante los verdaderos criminales.

—¿Y quién me dice que no lo habéis hecho vosotros? Es lo que se podría adivinar a simple vista. No hay pruebas, ya lo has dicho, así que podría pensar que vosotros dos teníais algún tipo de relación. Alguien te acusó, Gómez, de estar manteniendo un idilio con una alumna a la que podías haber dado información sobre el curso y... imaginad el resto. Un entorno como este, donde todo está diseñado para sacar de quicio, aumentar el estrés al máximo y demás, acabó provocando esta ola de crímenes.

—Encontramos en el dormitorio de Howard varias fotos de sus padres y velas a medio consumir, —añadía Gómez—. Había cera derretida sobre el mueble cómoda, como si hubiese montado un altar cada noche para rezar por su memoria, como si se tratase de santos o la estampa de Jesucristo.

—Tener fotos de sus padres y rezar por ellos no lo convierte en un asesino —replicaba el agente Maxwell.

—Ya imaginaba su escepticismo —interrumpía Cristina a la vez que sacaba su teléfono móvil del bolsillo del pantalón—. Quizá esto aclare sus dudas. Tuve que dejar que Rob me diera unos golpes para que se confiase y, ya de paso, para poder manipular en la oscuridad el teléfono sin que él lo notase.

—¿De qué hablas? —le preguntó el mexicano.

—Aún estabas en la planta de abajo. Fue algo complicado encajar y esquivar los golpes de Rob, peleaba muy bien, mientras desbloqueaba mi móvil dentro del bolsillo de la chaqueta y accionaba la grabadora.

Cristina colocó el teléfono en mitad de la mesa y pulsó un botón: una conversación algo distorsionada rompió el silencio y puso fin al suspense:

«—No pegas tan fuerte, es fácil encajarte y esquivarte. Los hombres siempre pensáis que las chicas seremos una presa fácil en

una pelea.

—Hija de puta.

—¿Rob? ¿Eres Rob?

—Zorra.

—Te creía muerto. Joder, ¿qué coño...? ¿Estás loco? Pensaba que eras un buen policía.

—Y lo soy.

—¡Has matado a una docena de personas, puto lunático!

—Coleman y Davis se lo merecían, el resto... el resto debían desaparecer, son daños colaterales.

—Tú si que serás un daño colateral, no pienso detenerte para que pases el resto de tu vida en una celda, pagarás con tu vida.

—No tan deprisa, inspectora.

¡Bang, bang!

—Arrrggg.

—Pensaba que no vendrías nunca.

—Ya ves, no soy tan valiente como tú».

—¡Para! ¿Mataste al homicida en lugar de detenerlo? —preguntó asombrado Maxwell. Él mismo se sorprendió de su pregunta, ya que habría actuado de igual modo ante el asesino de sus compañeros.

—No, fui yo —apuntó Gómez—, le clavé un cuchillo en la espalda a la vez que él disparaba sobre la inspectora, su pistola y mi cuchillo están guardados en bolsas de plástico.

—Todo esto sigue pareciendo raro, joder, joder... No sé cómo voy a explicar que tengo más de una docena de cadáveres esparcidos por la zona, la mayoría de ellos de agentes de policía extranjeros a los que sus embajadas van a reclamar, por no hablar de las explicaciones de todo tipo... Por lo pronto, me quedo el teléfono para tener la grabación, enseñadme los cuerpos y luego ya pensaré qué voy a hacer y cómo voy a presentar el informe de esta tarde. ¡Coño, y yo que comencé el día pensando en una jubilación anticipada o despido para largarme al Caribe! ¿Tenéis por aquí algo de alcohol que sea más fuerte que una cerveza?

—Te daremos lo que quieras, pero llévanos al pueblo a comer algo que no sea carne guisada enlatada, por lo que más quieras.

Acababa de hablar otra vez con su familia por teléfono. Habían pasado tres semanas desde su salida del complejo y Cristina tenía en su mano el billete de avión que la llevaría por fin a casa. Una odisea de viaje que pasaba por hacer un transbordo en Nueva York y luego viajar en coche, con su hermana, desde el aeropuerto de Faro, en el sur de Portugal, hasta su casa de Huelva; algo insignificante comparado con su estancia en los Estados Unidos, a pesar de las comodidades de las que había disfrutado en un hotel de Washington y visitando las instalaciones modernas de la nueva sede del FBI en la capital del país. No veía la hora de dejar la experiencia atrás y se moría de ganas de reencontrarse con su familia y amigos, y de pasar toda una noche durmiendo con su pequeña Eva entre los brazos, le gastarían la piel con tantos besos que pensaba darle.

A las nueve en punto de la mañana Cristina apareció tras las puertas del ascensor en la planta veinticuatro del complejo de oficinas y se topó con una cara conocida.

—Menuda sonrisa, me alegra verte de tan buen humor. —Era Alberto Gómez, al que llevaba varios días sin ver.

—¿Ha ocurrido algo? Te imaginaba disfrutando de esas vacaciones que te concedieron la semana pasada.

—No pensaba dejar que te marchases sin despedirme. — Sonreía de oreja a oreja.

—Espero que no sea algo definitivo. ¿Vendrás a verme a España?

—Pues claro, quiero conocer esas playas de Huelva de las que me hablabas todos los días en el complejo. Espero que sean tan bonitas como lo narrabas y que haya mojitos suficientes para calmar la sed de un viejo policía como yo.

—Puedes apostar por ello.

—Por cierto, quisiera presentarte a alguien. —Por la puerta de un despacho apareció un tipo alto y delgado, con nariz aguileña y pelo canoso pero bien cuidado y cortado a navaja.

—Buenos días —saludó ella.

—Buenos días, es un honor conocer a la inspectora de la que todos hablan. Mi nombre es Joseph Connors.

—¡Joder! ¡Perdón! Disculpe, es que... ¿Es el director general del FBI?

—Eso parece.

—El honor es mío.

—En absoluto. He venido exclusivamente para conocerte, si permites a este anciano que te tutee. —Acunó la mano de la chica entre las suyas con un gesto paternal.

—Por supuesto.

—¿Sabías que William Cooper fue compañero mío cuando aún éramos agentes? —dijo tras una pausa.

—Vaya, lo siento por la pérdida. Quisiera decirle que se portó muy bien conmigo y con el resto de alumnos. Mantuvimos alguna conversación que jamás olvidaré. Parecía un tipo genial.

—Lo era. También quiero decirte que respeto mucho sus decisiones y valoraciones. Cooper hizo varios informes durante los primeros días del curso, y todos tenían una protagonista absoluta. Te admiraba por tu tesón y tus capacidades.

—No lo sabía, no hablamos más de un par de veces, pero gracias, eso hará que tenga aún mejor recuerdo de él.

—Sí, sin duda. Y es una pena que no pudieras terminar el ejercicio, aunque estás invitada a la siguiente edición, si es que se realiza y no te da pánico volver visitarnos.

—No creo que regrese, pero gracias por la oferta.

—Lo entiendo, recordar ese infierno que has vivido no debe de ser plato de buen gusto.

—No lo digo por eso, no me asustaría volver a vivir la experiencia de las clases, lo digo porque el caso no tiene más interés para mí.

—¿A qué te refieres?

—Al caso de Rose Moore, la solución es bien sencilla.

Joseph Connors miró a Gómez, este se encogió de hombros.

—Explícate.

—Resulta más fácil de lo que parece. Las marcas en los cuerpos de los testigos no se asemejaban a las producidas por un forcejeo, sino más bien por un maltrato continuado. A la anciana y al niño solo

podría maltratarlos la mujer, Rose Moore, hija de la primera y madre del segundo, ya que vivían casi aislados del mundo y hacía mucho que el exnovio de Rose no iba por la casa. Aquí tenemos el móvil del asesinato. En el informe se recogían restos de periódicos quemados, ¿en verano? Nadie enciende fuego en verano si no es para quemar rastrojos o hacer desaparecer algo que no desea que otros vean; y las fotos del terreno lo mostraban lleno de rastrojos sin arrancar. En los periódicos de esas fechas hablaban del asesino en serie, de su *modus operandi* y las pruebas o indicios hallados en las escenas de sus crímenes, así que sería fácil leerlos y poder reproducir un crimen para que pareciese ejecutado por el mismo asesino.

—Esas son conjeturas sin fundamento —la interrumpió Gómez.

—Bueno, aún no terminé. Mi hipótesis es que la anciana lo planificó para proteger a su nieto de una hija alcohólica que ya no se controlaba a sí misma. Esperó paciente, con los deberes hechos, que detallaré a continuación, hasta que la víctima se emborrachó y perdió el conocimiento. La anciana arrastró el cuerpo de su hija hacia la escalera, la subió y dejó en su cama, recreando la escena del crimen que engañaría a los agentes con todo lujo de detalles.

—Pero no había sangre en...

—En las escaleras ni en la cama, lo sé. Eso es porque el asesino la mató antes de subir las escaleras. Y no hablo de la anciana, sino del niño. El chico, que era el más perjudicado por el trato recibido por su propia madre, tomó un cuchillo del fregadero y cortó las venas antes de lo planificado, y ese fue uno de los errores cometidos ese día. Su abuela tuvo que calmarlo, mientras Rose se desangraba al pie de las escalera, y luego subió el cuerpo, lo desnudó y regresó para limpiar con lejía el suelo manchado de sangre. A continuación, la abuela bajó al sótano y se sentó en una silla; el chico le ató manos y pies, luego cerró la puerta por fuera, se dirigió al exterior y gritó durante el tiempo suficiente para que sus vecinos lo oyeran y llamasen al *sheriff*. La voz de un niño gritando es fácil de confundir con la de una mujer, los propios vecinos dudaron de que se tratara de Rose o de su hijo. El niño dio la vuelta a la casa y entró por la pequeña ventana, la cerró y tapó con unos paneles de madera para que no se viera y se sentó en la otra silla,

donde se ató de pies y manos a sí mismo como había ensayado durante semanas.

—¿Cómo sabes lo del ensayo?

—Por los trozos de cuerda que se encontraron, según el informe, en una caja de cartón del sótano. Anciana y niño lo estudiaron a conciencia para salir indemnes. Todos los trozos de la caja tenían un tamaño casi idéntico a los usados para atarlos.

—Pero el arma y otras pruebas, como los cigarrillos...

—Perdón, no he terminado; siento que se me hayan pasado esos detalles. La abuela se hizo con un par de botas, seguramente de su difunto marido o encontradas en algún contenedor de basura, que no correspondían con el número de ellos; se las colocó y pisó por toda la casa. Al mismo tiempo dejó consumirse varios cigarrillos de la marca que fumaba el asesino, dato obtenido por los periódicos; de ahí que no hubiera saliva en las colillas de Marlboro encontradas. Tiró varias colillas al exterior de la vivienda y dejó una en el cenicero junto a las de Lucky Strike. Entonces cometió otro error: recogió los platos del desayuno y el cenicero quedó tapado por ellos. Si el asesino en serie de los periódicos hubiera fumado en la casa, no habría visto el cenicero y habría tirado la colilla al suelo. Luego emprendió el camino que haría desaparecer las huellas y el resto de pruebas. En el informe decían que había pisadas de los tres habitantes de la casa por doquier, pero del asesino solo desde la entrada, donde aparcó el coche, a la vivienda y luego en dirección al bosque. Extraño ¿No? ¿Por qué no regresar hacia el camino de entrada y volver por donde había venido? Pues porque debía despistar a los investigadores y deshacerse de las pruebas de su delito. La anciana caminó con las botas hacia donde empezaba la espesura del bosque, se quitó las mismas y regresó a casa con su calzado habitual para entrar en el sótano, donde se atarían y esperarían pacientes ella y el niño la llegada del *sheriff*.

—¿Deshacerse de las pruebas? No se encontró ni una sola.

—¿En serio? —Cristina esbozó una sonrisa que presagiaba su alegato final—. Los vecinos aseguraron que no tenían perro, así que no era lógico que hubieran enterrado a uno de una forma tan ceremoniosa, al pie de un árbol.

—Pero se desenterró y comprobamos que era un perro.

—Sí, no lo discuto. Claro que esos tres años que tardasteis en resolver el caso fueron los que tuvieron que transcurrir hasta daros cuenta de que el perro era una distracción. Apuesto mi placa a que volvisteis a excavar y localizasteis un metro o dos más abajo una bolsa que, dejadme adivinar, tenía un par de botas del número 44, un paquete de cigarrillos Marlboro, los guantes con los que la anciana lo hizo todo para no dejar huellas y un cuchillo manchado de sangre.

La miraban atónitos.

—Si os soy sincera —añadió—, no lo siento por Rose Moore, seguro que merecía con creces ese final, u otro peor aún, sino por el pobre chucho vagabundo que se cruzó con la anciana y el niño para darles la clave de cómo despistar al FBI.

—¿Y has deducido todo eso sin ver nada más que los interrogatorios?

—Bueno, solo vi el de la anciana, la clase se interrumpió antes de poder analizar los del niño y el resto de sospechosos. Adivinar los pasos seguidos por los homicidas fue lo único que me mantuvo cuerda los días que estuvimos esperando el rescate.

Gómez no era capaz de cerrar la boca, el director Connors estuvo mudo durante unos segundos, luego se despidieron de ella tras regalarle el oído de alabanzas y pedirle que regresase a visitarles, o que se tomase en serio la oferta de trabajo que le ofrecieron con insistencia; solo tendría que cumplimentar unas pruebas rutinarias y solicitar la ciudadanía para formar parte del FBI.

Cristina se marchaba en un coche oficial hacia el aeropuerto mientras ellos dos murmuraban en el despacho.

—¿Cómo ha podido solucionar el caso en tan poco tiempo y sin dar ni el diez por ciento del curso?

—No tengo ni idea —respondía Gómez, aún aturdido por la exposición de la chica.

—Tú eras uno de sus profesores, ¿crees que tuvo información privilegiada?

—No sé qué pensar en estos momentos. Tuvo buena relación con Howard, también acceso a los sistemas informáticos para investigar los datos que le hicieron descubrir la conexión de Howard con Coleman y Davis.

—En definitiva, que se encontró con la solución del acertijo entre las carpetas del disco duro de Cooper.

—Eso no lo sé, ni puedo suponer que fuera así, no me aventuraría a afirmar que...

—Que ella ha resuelto el caso.

—No, quería decir que no puedo asegurar que haya tenido ayuda extra.

Epílogo

Cristina llegó a su casa, como llevaba deseando hacer durante todo el mes, y pasó la noche con su familia. Al día siguiente tuvo unas horas para sus amigos y compañeros de la comisaría, con los que ya había hablado para explicar su situación.

—Lo seguíamos también por la televisión, ha sido la noticia del año en todo el mundo. No sabes lo que he presumido de ser tu mejor amiga ante mis vecinos y conocidos —le decía Nuria Carvallo. Todos reían.

—¡Como en las películas! —David Sobrá se mostraba eufórico—. Un loco matando a gente en un sitio aislado, para volverse loco.

—Y eso que no has visto el sitio... —respondía ella con una sonrisa.

—Lo importante es que ya tenemos entre nosotros a nuestra mejor policía. No sabes el miedo que tenía a que los del FBI te ficharan y no regresases —le dijo el comisario Marcos Navarro.

—Allí hay gente muy buena, no creo que mi perfil les interesase —mintió ella.

—No vamos a dejar que nadie te saque de aquí, eres nuestra heroína y nuestra hermana. —Nuria lloraba al abrazarla.

Cristina agradeció estar de vuelta. Lo vivido iría convirtiéndose con el paso de los meses, y luego años, en un recuerdo brumoso que se confundiría con los sueños hasta no poder estar segura de qué era real y qué ilusión de todo lo sucedido.

Doce años después:

La pantalla digital mostraba las calificaciones de los alumnos, una B era la nota del ganador. El inspector de la policía polaca se

sentía orgulloso ante las miradas de recelo de sus compañeros.

—Casi he rozado la B+ del récord —dijo con arrogancia.

—¿Nunca se podrá resolver el caso Rose Moore, director? —preguntó la gendarme francesa.

—Seguro que sí, es cuestión de tiempo. De hecho... no debería decirlo, pero una vez, hace años... Olvidadlo, son tonterías de un anciano que ya no sabe bien lo que dice.

—Cuéntelo, vamos.

—En serio, no son más que estúpidos recuerdos.

—Aún así, ¿están relacionados con el caso?

—Sin duda, no imagináis cuánto... Hace once... no, doce años, una inspectora española, una chica joven y dispuesta, logró descifrar el caso —respondió el director con la vista perdida hacia la puerta del aula.

—Pero oficialmente el caso no se ha resuelto en todos estos años de curso —reprendió la gendarme.

—Lo sé, pero aquella chica acertó todas las premisas y la solución final. —Los ojos se le llenaron de recuerdos agridulces, de los que escuecen y debe uno limpiarlos con el pañuelo.

—¿Y fue capaz de hacerlo en solo tres semanas?

—¿Tres semanas? —Una sonrisa brotó de sus labios—. Lo hizo en tres días.

—¿Y por qué no aparece su nombre en los listados?

El director Alberto Gómez, apuntalado por su bastón, no dijo una sola palabras más, se marchó para que los alumnos celebrasen el fin del taller y se refugió en su despacho, donde volvió, como cada año, a lamentar el no haber confiado en la palabra de Cristina. Su mente cansada había dejado atrás muchos detalles de su pasado, los más insignificantes, pero jamás podría olvidar la sonrisa amable y los ojos de fuego y sinceridad de la chica.

Encendió el ordenador y buscó en el disco duro la carpeta con fotos personales, como hacía cada año el día del fin del curso; abrió una foto en la que aparecía una preciosa chica rubia que reía a carcajadas mientras abrazaba a un rechoncho profesor, estaban en una oficina en Washington y ella acababa de contar un chiste de un compañero español llamado David... No recordaba el apellido.

Las lágrimas brotaron, como cada año. Extendió una mano temblorosa hacia la pantalla y la acarició con la yema de los dedos.

—La mejor, sin duda. Fuiste la mejor y nadie lo sabrá jamás porque fui demasiado estúpido como para no ver lo que ocurría ante mis ojos... Espero que me hayas perdonado, como yo agradezco cada día que estuvieras aquí para salvar la vida de este necio.

Se recostó en su sillón y cerró los ojos, las lágrimas dieron paso a una sonrisa bobalicona por un recuerdo que cada año se hacía más vivo.

—Cristina... Cristina Collado.

Agradecimientos

Quiero aprovechar la sección para dar las gracias por su apoyo y ayuda a Ramón Portalés y Eva Tendero, vuestro trabajo es infinito, a todos los niveles.

Gracias eternas para Puri Gonzalez, en diez vidas no podré agradecerte lo que has hecho por mí.

Gracias a mis lectores fieles, entre ellos: Izaskun Abíznano, Marian Fernández, Sonia Aguirre, Vanesa María Mulero, Joana Rodríguez, Sonia Rahona, Dulce Landa, Dulce Merce, Laura Chans, Agurtzane Pérez, Sac Sac, Laura Duque, Patricia Puente, Simón Díaz, Margarita Hayas, Lola Fuentes, Rocío, Lore Freire, Beatriz Pascual, Eva suarez, Maribi Sedano, Garbiñe Alvarez, Ana Anita, Miriam HG, Ana Moraño, Elena Martinez, María Peberch, Loli Nóvoa, Alicia Avendaño, Cinta Morales, Nagore Arrabal, Laura Moreno, Pilar Redondo, Juani Romero, Fátima BN, Marisol Guevara, Isa Gómez... Y miles más que seguís a mi lado durante el camino.

Y recuerda que si te gusta esta saga, tienes otra de novela negra: **ALFIL**, protagonizada por el asesino en serie y con un enfoque completamente diferente de la narración y la historia. Además de dos recopilatorios de relatos de terros y violencia: **BLOODY MARY**, que harán las delicias de tus noches.